



**UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO
PROGRAMA DE MAESTRÍA Y DOCTORADO EN PSICOLOGÍA
PSICOLOGÍA Y SALUD**

**NARRACIONES SOBRE LA EXPERIENCIA DEPRESIVA DE HOMBRES:
MASCULINIDAD Y NARCISISMO**

**TESIS
QUE PARA OPTAR POR EL GRADO DE:
DOCTORA EN PSICOLOGÍA**

**P R E S E N T A:
JOSEFINA CRISTINA SÁNCHEZ DE ITA**

**TUTOR PRINCIPAL: DRA. LUCIANA ESTHER RAMOS LIRA
PROGRAMA DE MAESTRÍA Y DOCTORADO EN PSICOLOGÍA**

**COMITÉ TUTOR: DRA. MARIA EMILY REIKO ITO SUGIYAMA.
FACULTAD DE PSICOLOGÍA. UNAM.
DRA. BERTHA BLUM GRYNBERG.
FACULTAD DE PSICOLOGÍA UNAM.
DRA. CLARA FLEIZ BAUTISTA.
PROGRAMA DE MAESTRÍA Y DOCTORADO EN PSICOLOGÍA
DR. SALVADOR CRUZ SIERRA.
PROGRAMA DE MAESTRÍA Y DOCTORADO EN PSICOLOGÍA**

MÉXICO, D.F, FEBRERO, 2015.



Universidad Nacional
Autónoma de México

Dirección General de Bibliotecas de la UNAM

Biblioteca Central



UNAM – Dirección General de Bibliotecas
Tesis Digitales
Restricciones de uso

DERECHOS RESERVADOS ©
PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL

Todo el material contenido en esta tesis esta protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.

A la Dra. Luciana Ramos Lira:

Mi directora de tesis, mi maestra y mi amiga. Doy gracias a la vida por conocerte y coincidir contigo desde aquel primer momento. Por enseñarme que la perspectiva de género no solo incluye a las mujeres, sino también a los hombres. Gracias por todo tu apoyo y guía de siempre, pilares fundamentales que sostienen este trabajo. Te agradezco infinitamente que aún en momentos de mucho cansancio, siempre estuvieras dispuesta a apoyarme. Gracias por tu entusiasmo y alegría, motores que me impulsaban para continuar, gracias por ser mi ejemplo a seguir, gracias, gracias, gracias querida Luciana. Te quiero y admiro.

A la Dra. Emily Ito Sugiyama:

Gracias por enseñarme con su ejemplo el significado de la palabra maestra, porque ahora sé que el rigor metodológico forma parte del compromiso social y ético cuando se hace investigación. Este trabajo está matizado con cada una de sus enseñanzas, agradezco profundamente sus valiosas e inteligentes aportaciones, gracias por todo su apoyo querida maestra.

A la Dra. Bertha Blum Grynberg:

Mi maestra querida, gracias porque con tu experiencia de vida y profesional, me permitieron desarrollar una mirada profunda durante mi formación académica. Pero principalmente gracias por permitirme estar cerca de ti y conocer la calidad humana que hace de ti a la hermosa persona que eres. Gracias por ser la representación viva de quien aspiro ser. Te quiero y admiro Bony.

A la Dra. Clara Fleiz Bautista:

Gracias por abrir brecha en nuestro país en esta línea de investigación, por tus valiosas observaciones que contribuyeron a mejorar este trabajo. Gracias por permitirme estar cerca y conocer tu calidez y calidad humana. Mi respeto y admiración Dra. Clara.

Al Dr. Salvador Cruz Sierra:

Gracias por tu mirada profunda y reflexiva, por invitarme en todo momento a que mi voz como investigadora se escuchara cada vez más y fuera tomando su lugar, gracias por darme tu confianza en ello. Gracias por ser un ejemplo de valor e inteligencia en el campo de la investigación psicológica y social, todo mi respeto y admiración Dr. Salvador.

A mi querido hermano Manuel (+):

Porque sigues siendo fuente de mi inspiración y aun con el paso de los años, tu muerte sigue cobrando nuevos sentidos. Mientras estés en mi recuerdo, seguirás vivo querido hermano.

A mi mamá y papá:

Porque gracias a quienes son, me he forjado a mí misma. Los quiero.

A mi Vicky:

Doy gracias a la vida por juntar nuestros corazones y sueños. Gracias por existir, gracias por tu amor y aliento en momentos de cansancio y duda, gracias por siempre estar y ser parte fundamental de este logro. Te amo.

A quien siempre activo a mis ángeles guardianes para que todo fuera ideal y perfecto para mí en todo momento: **gracias señora Francis, la quiero.**

A mis hermanas del alma Sony Rivero, Rosy Ledón, Dulce Reyes y Olga Velázquez:

Gracias por su cariño y apoyo de siempre.

A la familia Galván Reyes:

Gracias por los momentos que día a día creamos para cuidar lo más preciado que tenemos: nuestro amor de familia, gracias por su amor y apoyo incondicional, los quiero.

A Arturo, René, Juan y Julio:

**Por tomar el riesgo de abrir su corazón y compartir su vulnerabilidad conmigo.
Por aportar su valiosa experiencia y con ello solidarizarse con otros hombres que
pueden estar viviendo depresión aun sin saberlo, infinitas gracias.**

Agradezco al Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología (CONACYT) por permitirme ser estudiante de tiempo completo gracias a la beca que me otorgo a lo largo de mis estudios de doctorado. Gracias a la Universidad Nacional Autónoma de México, por abrirme sus puertas una vez más.

Y volvió con el zorro:

-Adiós- dijo.

-Adiós- dijo el zorro. He aquí mi secreto. Es muy simple: no se puede ver bien, solo con el corazón. Lo esencial es invisible a los ojos.

-Lo esencial es invisible a los ojos- repitió el principito para no olvidarlo.

El Principito. Antoine de Saint-Exupéry.

Í N D I C E

Resumen	10
Abstract	11
Introducción	12

i. MARCO TEÓRICO

Capítulo 1 Acercamiento al estudio de la depresión

1.1 Algunos antecedentes	21
1.2 La depresión en el contexto de la modernidad	23

Capítulo 2 Constitución de la identidad masculina: la mirada psicoanalítica

2.1 Conceptos básicos del modelo psicoanalítico freudiano	30
2.2 Constitución del objeto libidinal	33
2.3 Los procesos de identificación primaria y secundaria	35
2.4 Constitución de la identidad sexual masculina	40

Capítulo 3 La mirada de género acerca de la identidad masculina

3.1 Breve introducción sobre los estudios de género de los hombres	45
3.2 Los estudios de género en los hombres ¿Hablamos de la masculinidad o de las masculinidades?	46
3.3 Masculinidad hegemónica	50
3.4 Las masculinidades	53
3.5 Las perspectivas psicoanalíticas y de género sobre la constitución de la identidad masculina	57

Capítulo 4 La depresión narcisista: pérdida de la propia idealización

4.1 El <i>yo ideal</i>	67
4.2 El <i>ideal del yo</i>	70

4.3 La depresión narcisista: pérdida de la propia idealización	73
--	----

II. EL MÉTODO Y LA MIRADA EPISTÉMICA

Planteando el problema	80
Objetivos	82
Tipo de estudio	82
Primer acercamiento al tema de la depresión en los hombres	82
¿Quiénes participaron y bajo qué criterios?	85
Procedimiento	87
La técnica de recolección de datos	88
Propuesta de dispositivo analítico	90
Consideraciones éticas	91

III. Resultados

La historia de Arturo	95
La historia de René	116
La historia de Juan	135
La historia de Julio	153
Análisis interpretativo integral	171
Discusión	190
Conclusiones	204
Referencias	210
Apéndices	
1. Invitación para participar en el estudio sobre depresión	220
2. Consentimiento informado	221
3. Aspectos biológicos de la depresión	223

RESUMEN

La globalización como fenómeno mundial, ha engrandecido valores como el poder económico, el éxito, la competitividad, etc., mismos que se han configurado como ideales a los cuales aspirar y que encuentran su correspondencia con los que demanda la cultura de género para los hombres. Por lo anterior, las condiciones de precariedad social y económica prevalentes, hacen que para ellos precisamente, alcanzar o mantener estos ideales resulte no tan solo difícil, sino fuente de tensión y conflicto psíquico, pudiendo derivar en padecimientos como la depresión de tipo narcisista, generada por la pérdida de ideales inscritos en la subjetividad como signos una masculinidad valorada o perfecta. Este estudio de corte cualitativo y con una perspectiva interpretativa, tuvo como objetivo conocer la vivencia de la depresión de tipo narcisista, de cuatro varones adultos entre los 38 y 56 años, partiendo de la hipótesis de que dicha depresión no responde a perder cualquier ideal, sino a perder aquellos que se internalizaron de las figuras primarias y secundarias que configuraron su masculinidad. Los resultados revelan que existen circunstancias previas a la manifestación abierta del cuadro depresivo como duelos no elaborados, sobre involucramiento laboral y conflictos de pareja por el ejercicio de la violencia. La metáfora aparece como un recurso que permite al varón describir su experiencia: “es estar en un abismo”, “es estar bajo la ola”, “es el infierno”, etc. Se manifiestan sentimientos de tristeza, soledad, aislamiento, culpa, vergüenza, entre otros. Se emplearon mecanismos de defensa psicológicos como la supresión, la sublimación, el desplazamiento, la idealización, la sustitución y la racionalización. Existe una experiencia de duelo frente a la pérdida de ideales masculinos que formaban parte de la identidad: como el control y dominio que brindaba el puesto laboral, la potencia sexual, y la aceptación femenina, por lo que el narcisismo se impacta de manera diferenciada. Estos resultados sugieren que la depresión de tipo narcisista, puede convertirse en la oportunidad para replantear nuevos ideales a partir de la propia individualidad.

Palabras claves: depresión masculina, depresión narcisista, masculinidad, narcisismo, salud mental.

ABSTRACT

Globalization as a global phenomenon has magnified values as economic power, success, competitiveness, etc., they have been configured as ideals to which to aspire and which find their correspondence with demanding gender culture for men. Therefore, the conditions of social and economic insecurity prevalent cause for them precisely achieve or maintain these ideals is found not only difficult, but a source of tension and psychic conflict and can lead to conditions like depression narcissistic type, generated by the loss of ideals enrolled in subjectivity as a standard signs or perfect masculinity. This qualitative study with an interpretative perspective, aimed to know the experience of narcissistic depression, four adult males between 38 and 56 years, on the assumption that such depression responds to not lose any ideal, but to lose those internalized in primary and secondary figures who shaped his masculinity. The results reveal that exist prior to the open manifestation of depressive symptoms as unprocessed duels, on job involvement and marital conflict through the exercise of violence circumstances. The metaphor appears as a resource for the man described his experience: "is to be in an abyss", "is to be under the wave" "is hell", etc. Feelings of sadness, loneliness, isolation, guilt, shame, among others manifest. Psychological defense mechanisms were used as suppression, sublimation, displacement, idealization, replacement and rationalization. There is an experience of mourning against loss of masculine ideals that were part of identity: as control and domination that offered the job title, sexual potency, and female acceptance, so that narcissism is impacted differently. These results suggest that narcissistic depression can become an opportunity to rethink new ideals from individuality.

Keywords: male depression, narcissistic depression, masculinity, narcissism, mental health.

INTRODUCCIÓN

En este trabajo, el fenómeno depresivo en hombres es abordado desde mi óptica como mujer, por ello pudiera pensarse que de inicio exista un sesgo de género. Sin embargo, confío en que mi mirada haya sido sensibilizada a partir de la experiencia de vivir, sin saberlo, con algunos hombres de mi familia que estaban deprimidos y que no fueron diagnosticados ni atendidos de manera oportuna. Por un lado, debido al desconocimiento de cómo éste padecimiento puede manifestarse en los varones, pero por otro, porque muchas veces se mantiene silenciado al atender contra algunos de los valores enaltecidos en la masculinidad tradicional y dominante que se encuentran arraigados en la subjetividad de muchos hombres: “ser fuerte”, “ser invulnerable”, “aguantarse”, y sobre todo “saber resolver por sí mismos las dificultades”. Afortunadamente, la depresión se investiga cada vez más y como veremos a continuación, se considera ya un problema de salud pública. Sin embargo, para el caso de la población masculina, hay mucho camino que recorrer y visibilizar, pues sigue considerándose un padecimiento propio “de las mujeres”, debido en gran parte a que su prevalencia es mayor en éstas (Moller-Leimkuhler, Bottlender, Straub & Rutz, 2004; Danielsson, Johansson, 2005), pero también a que se ha hecho un uso generalizado de los criterios diagnósticos que no son sensibles a las diferencias de género en su manifestación (Olliffe & Phillips, 2008).

De acuerdo con la Organización Mundial de la Salud (OMS) y la Organización Panamericana de la Salud (OPS, 2012)¹, más de 350 millones de personas de todas las edades padecen de depresión en el mundo. Hasta el año 2000, constituyó la cuarta

¹ Ver http://www.paho.org/arg/index.php?option=com_content&view=article&id=1047:da-mundial-de-la-salud-mental:-la-depresin-es-el-trastorno-mental-ms-frecuente-&catid=669:----salud-mental-y-prevencion-de-la-violencia&Itemid=236
Ver también: <http://www.who.int/mediacentre/factsheets/fs369/es/>

causa de muerte y discapacidad globalmente (AVAD)². Sin embargo, los pronósticos han rebasado la realidad, pues se esperaba que para el 2020 constituyera el segundo lugar, después de las cardiopatías (Hornstein, 2006). Hoy, en el 2015, de acuerdo con estas organizaciones de salud, la depresión es la principal causa de discapacidad y de morbilidad a nivel mundial. En América Latina de cada 10 personas con depresión, 6 de ellas no reciben atención, por lo que aproximadamente 63,000 personas mueren anualmente por causa del suicidio.

Freeman & Freeman (2013), analizan 12 encuestas nacionales sobre trastornos mentales que son comparables, e incluyen a Gran Bretaña, Alemania, Estados Unidos, Australia y Nueva Zelanda, Chile y Sudáfrica. Concluyen que las mujeres presentan prevalencias más altas y tienen más probabilidad que los hombres de sufrir depresión y ansiedad. Éstos últimos presentan mayores prevalencias de abuso y dependencia de alcohol y otras sustancias. A pesar de que no todas las encuestas cubren otros trastornos, estos autores, reportan que según algunas de ellas, las mujeres tienen más probabilidad de desarrollar un trastorno limítrofe de la personalidad y trastornos de la alimentación; mientras que las prevalencias de trastorno de la conducta y de personalidad antisocial son más altas en los hombres.

En general, destaca el que las mujeres no solamente tengan tasas más elevadas de trastornos mentales que los hombres, sino también síntomas más graves y discapacitantes. Respecto a lo que ocurre en nuestro país, la depresión, ya sea como sintomatología o como trastorno mental, también es más prevalente en mujeres de la población adulta (Bautista, Velázquez, Icaza, López, López & Robles, 2012; Rafful, Medina-Mora, Borges, Benjet & Orozco, 2012), y adolescente (Benjet, Borges, Medina-Mora, Méndez, Fleiz, Rojas & Cruz, 2009).

En México, Medina-Mora, Borges, Lara, Benjet, Blanco, Fleiz, y Aguilar, en el 2003 reportaron en la Encuesta Nacional de Epidemiología Psiquiátrica, que uno de cada cinco individuos presentó al menos un trastorno mental en algún momento de su vida. Los trastornos más frecuentes identificados en nuestro país fueron los de ansiedad (con una prevalencia de 14.3% alguna vez en la vida de las personas),

² El AVAD expresa años de vida perdidos por muerte prematura, y años vividos con una discapacidad de severidad y duración especificadas. Un AVAD es, por tanto, un año de vida saludable perdido. Ver: bvs.sld.cu/revistas/hie/vol40_2_02/hie03202.pdf

seguidos por los trastornos de uso de sustancias (9.2%) y los trastornos afectivos (9.1%). Los hombres presentaron prevalencias más altas de cualquier trastorno en comparación con las mujeres (30.4% y 27.1%, alguna vez en la vida, respectivamente). Sin embargo, en el corto plazo, las mujeres presentaron prevalencias globales más elevadas para cualquier trastorno, pues en los últimos 12 meses previos a la encuesta, se registraron 14.8% de mujeres que habían tenido algún trastorno; mientras que para los hombres el porcentaje fue de 12.9%.³ Al analizar los trastornos por sexo, dicha encuesta destaca que en los hombres, la dependencia al alcohol, los trastornos de conducta y el abuso del alcohol (sin dependencia) son los más frecuentes, lo que también se relaciona con el hecho de que las enfermedades de hígado constituyan la quinta causa de muerte en población masculina, de acuerdo con registros emitidos por el Instituto de Estadística y Geografía (INEGI, 2009). En el caso de las mujeres, el estudio ‘Costo Social de los Trastornos Mentales’ de Pro Voz Salud Mental, -un grupo de asociaciones no gubernamentales-, arrojó que las mujeres sufren casi el doble de depresión (14.4%), en comparación con los hombres (8.9%).⁴ Esto último coincide con los datos de prevalencia para la depresión reportados en la literatura científica a nivel mundial, los cuales indican diferencias en la distribución de acuerdo con el sexo, con un predominio de las mujeres de 2:1 respecto de los hombres (Möller-Leimküller, Bottlender, Straub & Rutz, 2004; Danielsson & Johansson, 2005).

Es probable que estos datos diferenciales en la prevalencia, hayan motivado el desarrollo de más investigación con respecto a la depresión en las mujeres. Pero también es factible pensar que esto responda a lo que plantea Burin (1990), es decir, que “en el campo de la salud mental de las mujeres, quienes han formulado las teorías de las cuales se ha partido, los criterios ideológicos y las prácticas utilizadas no han sido precisamente las mujeres, sino que existe claramente un sesgo sexista y una perspectiva que se enraíza en el modelo médico hegemónico” (p. 22). Por lo que la concepción de que las mujeres son las enfermas, y por tanto las que se deprimen, puede subyacer en el momento de plantear protocolos de investigación, de hecho,

³ Ver <http://www.mexicosocial.org/index.php/mexico-social-en-excelsior/item/309-salud-mental-una-agenda-invisible.html>

⁴ Ver <http://www.spps.gob.mx/avisos/869-depresion-y-suicidio-mexico.html>

existen además de la depresión, padecimientos y problemáticas que se enmarcan y estudian como propias de las mujeres (histeria, masoquismo, anorexia-bulimia, anorgasmia), a quienes se les ha considerado a través de la historia desde “vírgenes o pecadoras” hasta “brujas y locas” (Burin, 1990).

Ramos (2002) comenta que la salud mental de las mujeres se ha concebido desde los valores y supuestos que sostienen la sociedad y cultura, propiciando sesgos de género en las teorías psicológicas, en las concepciones y en los métodos con que se investiga, dando lugar a una forma estereotipada de conceptualizar la normalidad y la enfermedad mental, y por tanto, a una ausencia de comprensión en las realidades de las mujeres. En este sentido, si son las mujeres las que se deprimen más que los hombres, cómo explicar el hecho de que sean ellos los que se suiciden en mayor medida, pues en la última estadística de suicidios de los Estados Unidos Mexicanos reportada por el INEGI (2009), quedó asentado que en nuestro país se suicidaron 5,190 personas de las cuales 4201 eran varones y 989 mujeres.⁵

Por otro lado, ser hombre ha sido el parámetro de salud mental, pues como sostiene Bonino (1997), desde el inicio de Occidente, éstos se han colocado como los propietarios de la normalidad y salud, mientras que las mujeres han sido depositarias de la “anormalidad” y patología.

En el caso de México, de Keijzer (1997) plantea que sigue existiendo una normativa hegemónica para la socialización del género de los hombres; la que posibilita que persistan modelos tradicionales de masculinidad muy estereotipados, pero también otros que se resisten o cuestionan dicha normativa. Es en contextos culturales de género tradicionales, donde padecimientos como la depresión pueden permanecer silenciados o invisibilizados al concebirlos como signo de debilidad o vulnerabilidad, ya que desafían los mandatos sociales dictados para los hombres como el “ser fuerte”, “ser invulnerable” o el “poder resolver por sí mismo los problemas”. Ahora bien, respecto a la socialización del género, considero que el psicoanálisis freudiano aporta elementos que permiten explicar cómo es que se interiorizan -durante el proceso primario y secundario de identificación- valores, rasgos, actitudes, enunciados, prácticas, discursos, imágenes, etc., asociados a modelos de masculinidad idealizados,

⁵ Ver <http://www.spss.gob.mx/avisos/869-depresion-y-suicidio-mexico.html>

siendo los padres en primera instancia, quienes perpetúan un mundo simbólico social y cultural de lo que para ellos representa el nacer con un cuerpo biológicamente masculino. De esta manera, como afirma Chodorow (2003) no existirá una única forma de constituir la identidad masculina, pues los discursos y prácticas de género masculino se significarán inevitablemente a partir de la propia historia de vida.

Por ello, esta tesis incorpora al enfoque psicoanalítico freudiano, la perspectiva de género, en la medida en que la cultura de género actual en occidente, coexiste con una cultura globalizada que enaltece valores que representan ideales considerados históricamente como masculinos, tales como: el éxito económico, la competitividad y la racionalidad. Podemos preguntarnos: ¿De qué manera el mundo global está impactando las subjetividades de mujeres y hombres?

Incorporar la perspectiva de género, también partió del hecho de que ampliaría y profundizaría la comprensión al mirar, conceptualizar y abordar el objeto de estudio (Sen, Goerge & Östlin, 2005).

En el caso particular de los hombres, quienes han asumido históricamente el papel tradicional de proveedor-protector-económico (Tena & Jiménez, 2008) surge otra interrogante ¿los estados depresivos⁶, son la resultante de la sobre exigencia de alcanzar ideales masculinos cada vez más ilusorios y obsoletos?

Para responder a esta última pregunta, me interesa abordar los siguientes puntos: a) obtener información basada en la vivencia de hombres con una depresión predominantemente narcisista, es decir, la que ocurre por la pérdida de un ideal o ideales que se inscribieron en la subjetividad como signo de perfección del yo, según lo conceptualizado por Bleichmar (1986), b) conocer cuáles son aquellos ideales de masculinidad interiorizados y su relación o no con la depresión experimentada, y c) obtener información clínica que permita delinear algunas ideas para la detección y tratamiento por parte del profesional de la salud mental en la atención a hombres que acuden a solicitar ayuda profesional por estos padecimientos. Conviene señalar que en este trabajo retomo la definición de vivencia según con lo que Ortega y Gasset (en Sandoval, 2002) plantean para traducir *Erlebnis*, y que connota la experiencia

⁶ Aquéllos de intensidad moderada comparados con la depresión mayor presente en los trastornos neuróticos y psicóticos. Ver http://www.paho.org/hq/index.php?option=com_topics&view=article&id=212&Itemid=40872&lang=es

inmediata de la vida “es aquello que en las percepciones, sentimientos y acciones de los actores sociales aparece como pertinente y significativo” (p.31), y como vivencia alude a la experiencia, en este trabajo las empleo como sinónimos.

Por otro lado, es importante aclarar que dentro del campo clínico, considerar la predominancia entre los diferentes cuadros clínicos, permite establecer diferencias entre éstos. Con respecto a los padecimientos depresivos Bleichmar (1986), hace la siguiente categorización: a) la depresión culposa, b) la depresión narcisista y c) la depresión por pérdida simple de objeto, mejor conocida como duelo normal. Todas ellas comparten aspectos como sentimientos de culpa, tristeza o autorecriminación. Sin embargo, lo que predomine en cada una de ellas, es lo que permitirá establecer su diagnóstico. Bleichmar (1986), propone considerar algunas condiciones como el tipo de ideal que no se satisface o cumple; así como si la persona se siente responsable de lograr o no ese cumplimiento. Así pues, en la depresión culposa, lo que predomina es la culpa por que la persona cree que no alcanza el ideal de “no dañar” o “no perjudicar”, pero además se siente responsable de ello. En la depresión narcisista, lo que predomina es que la persona se siente imperfecta o poco valiosa porque no alcanza el ideal de perfección o porque siente que perdió aquello que lo hacía valer y puede sentirse responsable o no de ello. En la pérdida simple de objeto lo que predomina es el dolor y la pena porque la persona ya no está más. Ahora bien, en este trabajo se reconoce la diversidad de cuadros depresivos⁷; sin embargo, se enfoca a la depresión narcisista, precisamente porque es la que permite explicar cómo el perder o no alcanzar ideales que se inscribieron en la subjetividad como masculinos, puede generar una sensación de no ser valioso o perfecto; o bien de no ser “lo suficientemente hombre”. En otras palabras, la depresión narcisista puede ser originada por la pérdida de ideales constituidos psíquicamente como masculinos, de esta manera el aspecto intrapsíquico con el aspecto sociocultural, encuentran su articulación. De aquí en adelante, cuando me refiera a la depresión narcisista, estaré aludiendo a la predominancia arriba explicada, insisto sin que ello signifique no reconocer la diversidad de cuadros depresivos. En este orden de ideas, lo que

⁷ Además de los propuestos por Bleichmar (1986), como son la depresión anaclítica, la depresión ansiógena, la depresión psicótica, etc.

constituye el principal interés de esta investigación, es explorar como se vive esta modalidad de depresión y si se relaciona precisamente con perder o no alcanzar ideales inscritos en la subjetividad e identidad masculina.

La presentación de este trabajo está dividida en tres partes. En la primera, expongo el sustento teórico que respaldó el mismo. De tal manera que, en el capítulo uno contextualizo la depresión en el marco de la modernidad, la cual pareciera estar creando cada vez más condiciones de precariedad social y económica en la que padecimientos como la depresión parecen ser una de las resultantes.

En el capítulo dos, desarrollo algunos conceptos propios del psicoanálisis freudiano, que permitirán la comprensión de los procesos a través de los cuales la identificación primaria y secundaria tiene lugar. También expongo la propuesta de Silvia Bleichmar (2006) acerca de la constitución de la identidad sexual y genérica masculina.

En el capítulo tres, presento algunos conceptos clave que permiten contextualizar y abordar el tema de la constitución de la identidad masculina desde el enfoque de género y la perspectiva psicoanalítica. Desarrollo también las propuestas teóricas de tres autores, las cuales resultan innovadoras por su mirada que integra lo constitutivo psíquicamente con el contexto cultural de género.

En el capítulo cuatro expongo lo que es, el *yo ideal*, el *Ideal del yo* así como su relación con la depresión narcisista.

En la segunda parte de este trabajo, muestro el método que se siguió para abordar la depresión narcisista que vivían cuatro hombres adultos de 38 a 56 años, uno de ellos estudiante de licenciatura, dos de ellos con ésta, y el cuarto con estudios de maestría. Además, en esta segunda parte presento los objetivos, el tipo de estudio, el primer acercamiento que hice a la experiencia de depresión en los hombres, los criterios que consideré para elegir a los participantes, la técnica empleada para recolectar los datos, el dispositivo analítico propuesto de sistematización y análisis de los datos.

Finalmente, en la tercera parte expongo los resultados analizándolos primero de manera individual, posteriormente en conjunto, para después discutir los hallazgos más relevantes y terminar con las conclusiones.

I. MARCO TEÓRICO

Capítulo 1

Acercamiento al estudio de la depresión

El término “enfermedad” (*disease*) hace referencia a la manera en que se mira un problema desde el modelo y prácticas médicas, concibiéndolo únicamente en términos de alteraciones en la estructura biológica o de funcionamiento. Por su parte, el padecimiento (*illness*) tiene que ver con la forma en que la persona con una enfermedad, percibe, vive y responde a sus síntomas, y cómo enfrenta la discapacidad que ésta conlleva (Kleinman, 1998).

En el padecimiento, las orientaciones culturales locales cobran gran importancia; pues bajo estos contextos las personas aprenden los modelos para pensar y actuar en sus vidas, y determinan el sentido en que comprenderán y enfrentarán la enfermedad padecida. En palabras del autor: “la experiencia de la enfermedad es siempre culturalmente moldeada” (Kleinman, 1998, p.5).

Por lo anterior, es importante considerar que para comprender la vivencia de padecimientos como la depresión, el contexto global y local resultan fundamentales para conocer la singularidad de la historia de vida de cada individuo, máxime si se desea dar cuenta de la vivencia subjetiva que puede tener un hombre cuando vive dicho padecimiento. Además, como afirma Jiménez (2009), es necesario tomar en cuenta otras categorías como la clase social, la etnicidad, la orientación sexual, etc.; de lo contrario, sólo se estarán haciendo “generalizaciones sin importancia” (Jiménez, 2009, p.2).

Asimismo, habrá que considerar cómo se ha identificado históricamente la depresión y sus implicaciones clínicas, particularmente es de mi interés la perspectiva que el psicoanálisis ha aportado para comprender los mecanismos subjetivos que se ponen en juego para su aparición, pues permite abrir el camino

para abordar el tema de la depresión en el contexto de la modernidad y cómo la constitución de la subjetividad termina reproduciendo en gran medida un orden social y cultural de lo que se ha denominado “la condición masculina”.

1.1 Algunos antecedentes

De entrada, conviene tomar en cuenta que previo al vertiginoso estudio de la depresión desde el enfoque médico y psiquiátrico, existen registros de cómo se concebía este padecimiento desde la época de los griegos. Cochran y Rabinowitz (2000) señalan que Hipócrates ya había vislumbrado la existencia de un estado que denominó melancolía y que coincide con lo que actualmente se describe en los manuales de psiquiatría como depresión mayor. Para Hipócrates, este trastorno era causado por el exceso en uno de los cuatro humores corporales que identificó como bilis negra. Creía que el incremento de esta sustancia en el cuerpo, era lo que producía alteraciones en el pensamiento y en el estado de ánimo. Esta perspectiva para describir la melancolía ha influido enormemente en los más tempranos intentos de explicar biológicamente la depresión.

Dentro del campo de la psiquiatría, en 1921 Emil Kraepelin propuso una distinción entre lo que denominó “demencia precoz” (en la actual nomenclatura, esquizofrenia) y la psicosis maniaco-depresiva (desorden bipolar), sugiriendo una terminología que separaba la manía de la depresión. Dio cuenta de que en la depresión se manifestaba un estado de ánimo triste o ansioso, retardo o lentificación de conductas y pensamiento; mientras que la manía se manifestaba con ideas volátiles, ánimo exaltado y actividad apresurada. La distinción entre manía y depresión ha prevalecido a través del tiempo, y hoy por hoy se reconocen de manera diferencial los trastornos depresivos de los trastornos bipolares (Cochran y Rabinowitz, 2000).

En lo que respecta al campo psicológico, fue en 1917 que Freud en “Duelo y Melancolía” identificó y describió un estado de ánimo normal (duelo) y uno patológico (melancolía), surgido ante la pérdida de alguien cercano o ante la

muerte de un ser querido. Caracterizó al duelo como una respuesta normal de dolor. A la melancolía, la describió con síntomas muy parecidos a lo que hoy clínicamente identificamos como depresión.

Afirmó que en ambos cuadros clínicos existen paralelismos y diferencias que son importantes de considerar. Comparten los siguientes elementos: pueden ser reacciones surgidas ante la pérdida de un objeto amoroso –la pérdida puede ser real y afectiva-, se experimenta dolor y sufrimiento, existe desinterés por el mundo externo; y en ambos existe incapacidad de amar. Sin embargo, para el caso de la melancolía, existe una disminución del amor propio que se manifiesta en constantes autorreproches y autoacusaciones. En la melancolía, la persona “sabe a quién ha perdido, pero no lo que ha perdido... diferenciándose del duelo, en el cual nada de lo que respecta a la pérdida es inconsciente” (Freud, 1917, p.2092).

Otra diferencia que Freud señaló como importante es que en el duelo, la realidad ayuda paulatinamente a la persona a sustraer la energía libidinal depositada en su objeto de amor perdido, mientras que en la persona melancólica su permanente autoevaluación y humillación frente a otros parece indicar, según este autor, que “la pérdida ha tenido efecto en su propio yo [...] En el cuadro de la melancolía resalta el descontento con el propio yo, desde el punto de vista moral...” (Freud, 1917, p.2094).

La influencia de esta distinción prevalece hoy en día; tanto investigadores como clínicos intentan diferenciar si este padecimiento responde principalmente a fuerzas biológicas; o si más bien, son los eventos en la vida de la persona los que tienen mayor peso en su aparición.

En 1940, Melanie Klein (Segal, 2009), contribuyó a la teoría psicoanalítica al proponer la existencia de lo que denominó la posición esquizo-paranoide y la posición depresiva como fases del desarrollo psíquico del individuo, argumentando que el término *Posición* alude a “una configuración específica de relaciones objetales, ansiedades y defensas persistentes a lo largo de la vida. La posición depresiva nunca llega a reemplazar a la posición esquizoparanoide [...], de modo que el individuo puede oscilar siempre en ambas posiciones” (p.17).

Caracterizó la posición esquizo-paranoide con el hecho de que el “bebé” no reconoce personas, sino que se relaciona con objetos parciales: pecho bueno y pecho malo, predominando la ansiedad paranoide y la escisión. Cuando el bebé puede reconocer a su madre como objeto total, es porque ha dado inicio la fase depresiva, caracterizada por la presencia de ansiedad depresiva y culpa, por dañar al objeto (Segal, 2009).

Desde la escuela psicoanalítica, también Hugo Bleichmar (1986) ha profundizado en el estudio de la depresión, que por ser la que retomo y desarrollo en este trabajo, baste señalar que este autor plantea que aunque es común referirse a la depresión como si existiera una sola entidad, en realidad existen diferentes formas de “depresiones”. Esto es importante señalarlo pues si bien en este estudio se reconoce la diversidad de cuadros depresivos, este trabajo sólo se enfoca en el estudio de la depresión predominantemente narcisista, explicando en el capítulo cuatro la razón.

Una vez presentados algunos antecedentes históricos acerca del estudio de la depresión, a continuación lo enmarco en el mundo moderno.

1.2 La depresión en el contexto de la modernidad

Vivimos en una época de permanentes cambios sociales, económicos, tecnológicos, etc. Algunos autores han tratado de describir y caracterizar dichos cambios en las sociedades occidentales. Por ejemplo, Giddens (2000) afirma que los efectos de la globalización mundial no tan solo inciden en el área económica, sino también afectan directamente el terreno político, tecnológico, cultural, así como el personal.

Por su parte, desde una visión sociológica y filosófica Bauman (2006) analiza a la sociedad occidental “moderna”; para ello propone la metáfora de la fluidez o liquidez, afirmando que lo impermanente y cambiante propio del concepto, describe y caracteriza a las sociedades capitalistas actuales. Las “certezas” y estabildades implícitas en la antigua “solidez”, se han sustituido por lo líquido, es decir, ahora se valora y privilegia lo liviano, lo pequeño, lo más

portable. Lo líquido implica en la modernidad global “mejora y progreso” y simboliza mayor poder (p.ej. se sobrevaloran teléfonos celulares y computadoras pequeñas y delgadas).

De acuerdo con este autor, la evidencia más notable de la desaparición de las antiguas seguridades, de lo que llama “la solidez”, es la nueva fragilidad de los vínculos humanos. Hay un carácter quebradizo y transitorio que según Bauman (2006), puede ser el precio que tenemos que pagar por el derecho de alcanzar objetivos individuales, pero al mismo tiempo “es un formidable obstáculo para perseguir esos objetivos efectivamente [...] y para reunir el coraje necesario para hacerlo” (p.181). Para este autor, existe una paradoja que se encuentra en lo más profundo de la sociedad líquida, pues acceder a una vida “moderna” parece implicar la fragilidad de los vínculos, donde el interés individual prevalece sobre el interés colectivo. Sin embargo paradójicamente, sin relaciones o vínculos interpersonales estrechos, sin intimidad y cercanía emocional con otros, resulta sumamente difícil encontrar y/o sostener la motivación y fuerza para lograr proyectos individuales de una manera efectiva y que impliquen satisfacción y plenitud.

Asimismo, plantea que la falta de certezas y seguridades frente a la perspectiva de la vejez, junto con los peligros de la vida urbana, son por lo general la causa de la angustia difusa que experimentan en la actualidad la mayoría de las personas frente a su presente inmediato. Esta ausencia de certezas es promovida entre otros factores, por el alto índice de desempleo; pero también por la falta de seguridad de permanecer empleado.

En lo que respecta a nuestro país, la Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económico (OCDE) reveló en su reporte de Panorama de Empleo 2012, que el desempleo en México continuaría en niveles superiores al 5%; es decir, el número de personas sin trabajo en México era aproximadamente de unos 2.5 millones, y se calculaba que el desempleo se reduciría hasta los primeros meses del 2013. Hasta el 2014⁸ se reportó que en nuestro país, son cada vez más las personas que no tienen empleo por largos periodos (12 meses

⁸ Ver en <http://www.oecd.org/centrodemexico/estadisticas/>

o más) y que desde que inició la crisis, el desempleo en el largo plazo ha tenido un crecimiento mucho más rápido que el desempleo general en casi todos los países de la OCDE, entre las personas de 15 y 64 años. Por otra parte, no hay que olvidar que la informalidad es también una situación grave en nuestro país, pues unos 13 millones de personas laboran en condiciones precarias, sin seguridad social, ni salarios fijos; y si a éstos se suman los 2.5 millones de desempleados y los 4 millones de subocupados –personas que declararon tener la necesidad y disponibilidad de laborar horas extras– estamos hablando de aproximadamente 19 millones de mexicanos trabajando en condiciones poco favorables. Peor aún, la OCDE reportó que la tasa de desempleo juvenil duplicó a la tasa de desempleo total en el cuarto trimestre de 2011, la que alcanzó el 10%⁹.

Evidentemente, estas condiciones de precariedad laboral repercuten en las nuevas generaciones de jóvenes, pero también en hombres y mujeres adultos de nuestro país, quienes para acceder a un nivel económico que les permita “mejorar” sus condiciones de vida, pueden ya sea inscribirse en las filas de la informalidad, emigrar al extranjero de manera ilegal -colocándose en un lugar de completo riesgo y vulnerabilidad- o en el peor de los casos, involucrarse en actividades delincuenciales comunes u organizadas. Bajo este contexto económico y social, podemos constatar lo paradójico de los modelos de masculinidad dominantes que enaltecen y proponen como parte de la identidad masculina, tener trabajo cuando no existen las oportunidades ni condiciones para tenerlo y/o mantenerlo.

A diferencia de la llamada primera modernidad del siglo XX, en donde el vivir implicaba espacios cerrados y delimitados por los estados nacionales y las respectivas sociedades nacionales, actualmente la soberanía tiene una nueva forma. Ahora es definida por organismos internacionales y supranacionales, así como por corporaciones transnacionales unidas por una única lógica de dominio. Esta nueva lógica está caracterizada por una ausencia de fronteras; no hay

⁹ Datos tomados de la Revista Proceso: En 2012 el desempleo en México seguirá en niveles superiores a 5%: OCDE, por Juan Carlos Cruz Vargas. En <http://www.proceso.com.mx/?p=313813> [Recuperado el 26 de septiembre de 2012]

límites, existe un nuevo régimen que gobierna el “mundo civilizado” (Olavarria, 2010).

Beck (en Olavarria, 2010) afirma que la miseria es jerárquica, pero el nuevo riesgo¹⁰ es democrático, pues afecta también a ricos y poderosos. Este marco mundial globalizador fuerza a los individuos a adaptarse a estas realidades: “los contrastes y contradicciones del mundo tienen lugar no sólo en el afuera sino también en el centro de la propia vida, en la subjetividad y las identidades, en el cuerpo y su interpretación, en los matrimonios y familias, en el trabajo, en el círculo de amigos” (p.164).

Podemos advertir entonces un contexto que, junto a los innegables avances de las mujeres en términos de derechos y equidad de género, en cierta medida está llevando a que algunos varones se cuestionen las exigencias que les demanda la masculinidad interiorizada, lo que puede generar como Olavarría (2001) comenta, “manifestaciones de malestar que van más allá de la esfera íntima y que les plantea preguntarse sobre lo que actualmente hacen y a no tener claro como lo harán en el futuro” (p. 26). A este respecto, Jiménez¹¹ (2009) comenta que las transformaciones que se han dado en las subjetividades masculinas y en las paternidades, tienen que ver con nuevas modalidades de la división sexual del trabajo, que no han sido elegidas precisamente por los hombres. La crisis laboral, que de hecho está afectando también de manera grave a países europeos, ha conllevado a que hombres y mujeres estén perdiendo su trabajo, obligándolos a quedarse en casa. Para muchos hombres, esta situación puede generarles además de malestar, verdaderas crisis de identidad, ya que además de no ser una condición elegida, atenta contra uno de los mandatos masculinos más poderosos que se supone “deben” cumplir y que anteriormente percibían más accesible de lograr: el de la proveeduría económica (Jiménez, 2009, p. 2).

¹⁰ Entendido por este autor no solo como consecuencia del abandono de las formas de vida tradicionales, sino derivado del descontento del “éxito” de la modernización.

¹¹ Ver en www.redmasculinidades.com/resource/images/BookCatalog/Doc/Entrevista004.pdf

Por su parte, Burin (2007) afirma que la globalización es uno de los factores que ha puesto en crisis las subjetividades femeninas y masculinas, ya que éstas se sustentan en valores específicos como consumismo, individualismo, glorificación de mercados, éxito y mercantilización, mientras que los vínculos interpersonales aparecen desdibujados detrás de dichos valores, dejando a los individuos confundidos ante los valores previamente sostenidos.

Bajo este panorama global, podría suponerse que características como la competitividad, el individualismo para alcanzar objetivos, el éxito y el poder económico, entre otras, han ido estableciéndose como los ideales que se aspira alcanzar (o mantener) para preservar un nivel de vida amenazado constantemente por las inseguridades e incertidumbres señaladas.

Ahora bien, en el contexto específico de nuestra sociedad mexicana, la serie de valores antes referidos son validados por un discurso anclado a una cultura de género que, como afirma Muñiz (2002), se ha constituido sobre sistemas binarios que contraponen en un sentido jerárquico al hombre y a la mujer, a lo masculino de lo femenino, donde los tiempos de la globalización no son la excepción; por tanto, la cultura de género constituye una de las más importantes fuentes de legitimación de poder. Para esta autora, este poder intersecta a los sujetos de género; las representaciones de lo masculino y femenino se construyen y modelan a partir de las diferencias visibles entre el cuerpo femenino y el cuerpo masculino, que al ser percibidas y construidas de acuerdo con una visión androcéntrica, se convierten en el garante de significaciones y valores que perpetúan un orden cultural de género, pero también de constitución identitaria, en la que la masculinidad aparece como un lugar de superioridad y privilegios, del cual, paradójicamente, el varón puede ser destituido, por lo menos en su mundo subjetivo (Bleichmar, 2006).

A partir de lo anterior, es factible pensar que dadas las condiciones estructurales y situacionales prevalentes en la actualidad, existirá un riesgo cada vez mayor de que los varones padezcan estados depresivos, particularmente si existe un sistema de creencias de género que mantenga vigente formas estereotipadas de ser hombre; por ejemplo, que presione a demostrar la

hombria a través de logros basados en expectativas y/o exigencias “masculinas” rígidas y tradicionales, sin que medie un proceso reflexivo y de toma de conciencia.

En este orden de ideas, surge entonces la hipótesis de que la depresión podría estar asociada –entre otros factores por supuesto- al “incumplimiento” internalizado de características enaltecidas como masculinas en cada contexto específico, las que, al haber sido idealizadas, resultan además ilusorias por su difícil y/o imposible consecución. Este supuesto es similar a lo que hace ya más de dos décadas planteó Burin (1990) en cuanto a la depresión femenina, o lo que más concretamente denominó “el malestar de las mujeres”, entendido como un modo de enfermar particularmente femenino en la medida en que respondía a las presiones derivadas del incumplimiento o el cumplimiento incompleto de los roles tradicionales de las mujeres, principalmente el de ser madre y esposa.

Es importante recordar que si bien existen diferentes modalidades de depresión, en la presente investigación tengo el interés de abordar únicamente la denominada “depresión de tipo narcisista”, que de acuerdo con Bleichmar (1986), ocurre ante la pérdida de un objeto que es considerado ideal para el sujeto. Parto del supuesto de que las situaciones en las que un hombre pierde algo que le simboliza éxito y logro como “hombre” con base en las exigencias del contexto global y la cultura de género tradicional específica, probablemente pueden desencadenar esta forma de depresión. Tales pérdidas incluyen la del trabajo (o su descenso), la de la pareja, del funcionamiento sexual, de la juventud, de la salud, de la fertilidad, entre otras.

Ahora bien, la depresión narcisista se puede producir por pérdidas que son significadas como fracasos, en gran medida por determinaciones y exigencias de un contexto tanto global como específico, pero también para ello son fundamentales las subjetividades individuales, pues no todo hombre que sufre estas pérdidas padecerá una depresión de este tipo. Para abordar estas subjetividades, los conceptos psicoanalíticos son de gran utilidad, particularmente los que se incluyen en la teoría de la identificación, en la que se propone que los ideales del yo son internalizados tempranamente en la relación

con las figuras primarias, y posteriormente con los personajes significativos en la historia de todo individuo.

Finalmente, quisiera señalar que dado que en este estudio, la depresión narcisista es enfocada desde una lente que da peso al componente intrapsíquico pero también al contexto cultural, las clasificaciones y paradigmas que parten de un modelo médico y psiquiátrico de la depresión¹² si bien se reconocen como importantes, no son abordadas.

En el siguiente capítulo, desarrollo algunos conceptos psicoanalíticos clave, que permitirán abordar más adelante la propuesta de un modelo acerca de la constitución de la identidad.

¹² Tal como la clasificación contenida en el Manual Diagnóstico y Estadístico de los Trastornos Mentales versión cuatro (DSM-IV, 1995). Los aspectos biológicos de la depresión se presentan en el apéndice 3 en caso de que sea de interés para el lector.

Capítulo 2

Constitución de la identidad masculina: la mirada psicoanalítica

A continuación, presento algunos conceptos y premisas del modelo psicoanalítico freudiano que fundamentan teóricamente el presente estudio. Posteriormente, desarrollo los argumentos del mismo que retoma Silvia Bleichmar (2000) acerca de la existencia de un inconsciente que comienza a constituirse en y a través de la relación primaria con la madre (o con quien realice dicha función). Más adelante expongo cómo se constituye el objeto libidinal, y finalmente abordo el proceso de constitución de la identidad masculina desde este enfoque teórico.

De inicio conviene destacar que la propuesta psicoanalítica no necesariamente hace una diferenciación por sexo acerca del proceso de constitución del psiquismo, por lo que al desarrollar este capítulo, básicamente haré referencia al “bebé” o “niño”, sin especificar sexo. La comprensión del proceso de constitución del psiquismo, será la antesala conceptual que permita abordar la depresión narcisista desarrollada en el capítulo cuatro.

2.1 Conceptos básicos del modelo psicoanalítico freudiano

Dentro del psicoanálisis freudiano se parte de un supuesto esencial: la existencia de un psiquismo (o vida mental) conformado por instancias. Una es el *ello*, que contiene todo lo heredado, lo innato y las pulsiones. Otra es el *yo*, que de acuerdo con Laplanche (1970), existe en la obra de Freud en dos acepciones: una metonímica y otra metafórica. La concepción metonímica concibe al *yo* como un órgano especializado, como una verdadera prolongación del individuo, encargado de ciertas funciones particulares; esta concepción es la que retoma la tendencia teórica denominada Psicología del *yo*. Desde la acepción metonímica del *yo* existen tres perspectivas:

a) Genética. Plantea que el *yo* se va poco a poco diferenciando a partir del contacto con la realidad, contacto que es denominado percepción-conciencia.

b) Dinámica. El *yo* desde esta concepción "... se halla conectado a la realidad por medio del sistema percepción conciencia [...] y por los órganos de los sentidos" (Laplanche, 1970, p.75).

c) Económica. La palabra clave que ayuda a comprender esta perspectiva es la continuidad, es decir, el *yo* da continuidad a las pulsiones del *ello*, que son denominadas pulsiones de vida. "Estas pulsiones de vida se encuentran desexualizadas en el *yo*, el *yo* es un transmisor de la energía 'vital' del *ello*, al que depura, domina y orienta lo mejor que se puede" (p.76).

Por otra parte, en la concepción metafórica, el *yo* no es concebido como una prolongación del individuo, sino "como un desplazamiento de él o de su imagen a otro lugar: como una especie de realidad intrapsíquica, una concreción intrapsíquica a imagen del individuo" (Laplanche, 1970, p.76).

De esta manera, la génesis del *yo* se encuentra sellada por la imagen, indisolublemente ligada de sí y del otro. El *yo* tiene su origen y evolución en la teoría de la identificación. Son las identificaciones de objeto, totales o parciales, las que estructuran al *yo* en sus comienzos. Para Laplanche (1970), los resultados de las identificaciones permiten distinguir aquellas que son estructurantes, es decir, definitivas pues introducen un cambio en el ser psíquico; y las transitorias, por ejemplo una identificación histérica, en donde puede observarse el desarrollo de un síntoma, pero que dada su naturaleza parcial y no totalizadora, tiene un carácter temporal.

Por otro lado, Freud (1940) planteó que dado el largo periodo infantil durante el cual las personas dependen de sus padres, se constituye en el *yo* una instancia especial que perpetua esa influencia parental a la que denominó *súper-yo*; asimismo, enfatizó la importante influencia social y cultural en la vida psíquica de las personas a edad temprana:

[...] en la influencia parental no sólo actúa la índole personal de aquellos, sino también el efecto de las tradiciones familiares, raciales y populares que ellos

perpetúan, así como las demandas del respectivo medio social que representan [...] el *súper-yo* incorpora aportes de sustitutos y sucesores ulteriores de los padres, educadores, los personajes ejemplares, los ideales venerados en la sociedad [...] (Freud, 1940, p.3380).

A partir de estos conceptos iniciales, se puede apreciar el importante papel e influencia de los personajes más significativos -la madre, el padre o quien realice dichas funciones- en la historia de todo individuo ya sea en ausencia o en presencia. Los padres (o sustitutos) son los transmisores de tradiciones familiares y culturales, preceptos, ideales, pero también demandas y exigencias del medio social y cultural al que pertenecen lo que da lugar a que el pequeño identifique e internalice imágenes, frases, enunciados, patrones de conducta, actitudes, etc., acerca de lo que se acepta y valora al ser reconocido como “niño” o como “niña” desde el momento de nacer. Antes de continuar vale la pena señalar que Chodorow (1978) cuestiona el supuesto psicoanalítico de la relación madre-hijo o hija, ya que éste perpetua la idea de que, de manera exclusiva, son las madres biológicas las que proveen el cuidado infantil. Propone referirse a “la persona que provee cuidado primario en una estructura familiar precisa y en un tiempo preciso y no necesariamente a la madre” (p.113). Dado que en este trabajo se alude constantemente a dicha relación, se retoma su propuesta, ya que rompe con la visión rígida y estereotipada de que son las mujeres a quienes les corresponde de manera exclusiva dicha función materna. Para fines prácticos, de aquí en adelante, cuando haga referencia a la relación madre-hija/o u padre-hija/o, me estaré refiriendo a aquella persona que haya asumido la función de cuidado primario, aunque sabemos que dicha función sigue siendo cubierta mayoritariamente por la madre biológica o por otra mujer.

Una vez explicadas las instancias que conforman el psiquismo y cómo desde la perspectiva metafórica, el *yo* se estructura como un depositario de identificaciones de las figuras más significativas en la vida, a continuación expongo cómo se constituye el objeto libidinal, lo que preparará el camino para comprender más adelante los procesos de identificación primaria y secundaria que dan origen a la identidad genérica y sexual.

2.2 Constitución del objeto libidinal

Para Silvia Bleichmar (2000), el enfoque psicoanalítico parte de la concepción de que existe un sujeto de inconsciente y atravesado por el inconsciente; de tal manera que no hay un yo desde que se nace, sino que se constituye en la relación primaria madre-hijo. Agrega que la constitución psíquica inicia cuando el bebé nace y ante la sensación de hambre, llora (existe un desamparo originario). Generalmente, la madre traduce el llanto de su bebé como “tiene hambre”, “tiene frío”, respondiendo con una acción específica para calmar esa necesidad, por ejemplo lo alimenta, pero para esta autora, además de alimentar a su bebé, la madre aporta un elemento extra, un “plus de placer”, es decir, a través de sensaciones que acompañan la acción de dar leche (el calor, el olor, etc.), la madre no solo satisface sino que “pulsas” al niño. Entonces cuando el niño llora pedirá ser alimentado, pero también deseará el alimento no solo por necesidad biológica, sino también por el plus de placer que le acompaña. Esta autora indica que este acontecimiento da inicio a un proceso que marca el paso de lo biológico a lo humano: el niño ha grabado o inscrito representaciones-cosa; es decir, cuando tiene hambre, hay alguien o algo que lo satisface y además le da placer.

De esta manera es como se funda el primer momento del inconsciente, por tanto las representaciones-cosa inscriben lo intersubjetivo (en la relación con la madre) y constituyen así lo intrapsíquico, es decir, conforman el psiquismo del pequeño (Bleichmar, 2000).

En la misma línea, Hugo Bleichmar (1986) retoma el concepto de Freud acerca de la “experiencia de satisfacción” del bebé en la que la necesidad de hambre es satisfecha por la madre, quedándose inscrita en el psiquismo del pequeño como una “experiencia de satisfacción”. A partir de su inscripción, cada vez que aparezca la tensión de dicha necesidad, se activará dicha huella mnémica hacia la cual se dirigirá el deseo, definido por Freud (en Bleichmar, 1986) como el movimiento, proceso, tendencia hacia, que va del estado de displacer al de placer; por tanto, el objeto de la “experiencia de satisfacción” será ahora el objeto de deseo. Agrega que

simultáneamente a la actividad de ser alimentado, se dará en el bebé un goce erógeno, pues se estimula la zona de la boca, los labios, la lengua, las mejillas, etc., por lo que dicho goce no se reducirá sólo a la satisfacción de la necesidad biológica. Ahora la evocación de la huella mnémica de la “experiencia de satisfacción”, creará por sí misma un estado de tensión del deseo; y “puesto que este deseo está más allá de la necesidad biológica y se relaciona con un objeto perdido desde siempre y para siempre -pues lo que se busca es aquello que quedó inscrito- la posibilidad de que éste se satisfaga es inalcanzable” (Blum, 2011).

En la experiencia de satisfacción del bebé, está presente el rostro de la madre, sus caricias, su calor, su mirada. Por tanto, la mirada de ésta se recubre de goce erógeno cuando el lactante es amamantado y mira sus ojos. La mirada se convierte en objeto erógeno, capaz de despertar experiencias placenteras (Bleichmar, 1986). Para este autor, es en este momento cuando se da un salto cualitativo en el desarrollo del bebé, pues si en un inicio se encontraba la experiencia de satisfacción ligada a una necesidad biológica y al goce de la estimulación de la boca (zona erógena), ahora la simple mirada o palabras de la madre serán capaces de producir placer; el campo de lo biológico se ha quedado atrás y ahora el bebé se encuentra en el campo del erotismo. De esta forma, la representación del rostro de la madre es hacia lo que tenderá el lactante, su deseo ya no será hacia un objeto material, sino hacia el amor de ese personaje que para él es significativo. Su deseo será ahora ser deseado por otro, ser deseado por su madre: “Para ser el objeto del deseo del otro, se termina deseando lo que el otro desea” (Bleichmar, 1986, p.20). Ahora el objeto del deseo es el amor, la aprobación, el reconocimiento que el otro pueda ofrecer. Consecuentemente, cuando el otro es internalizado y los deseos de la figura significativa se convierten en ideales que el sujeto quiere satisfacer, el objeto del cual se demanda amor es ahora una parte del propio sujeto, que en calidad de *superyó* lo puede amar o reprobar: “Si el sujeto no cumple con los ideales del *superyó* corre el riesgo de perder el amor de éste, así como antes pudo ocurrirle con el objeto externo” (Bleichmar, 1986, p.20).

Bajo este contexto teórico, es factible suponer que en este proceso de constitución e internalización del objeto libidinal, el pequeño¹³ quiere ser el objeto de

¹³ Indistintamente del sexo

amor y deseo de su madre, pero también necesita sentirse reconocido y aprobado por ésta. Por tanto tendrá que cumplir sus expectativas, sus deseos, sus ideales y demandas; que al internalizarse formarán parte de sí mismo. Ahora él por sí mismo podrá amarse o reprobarse al “cumplir” o no con aquellos designios maternos (o paternos), y con aquéllos que los padres perpetúan según la cultura en la que se inscriben. En otras palabras, si el niño internaliza deseos, ideales, demandas y expectativas de sus figuras primarias para sentirse amado, reconocido y aprobado, es fácil imaginar que también incorpore valores e ideales de lo que en su contexto social y cultural se considere representativo y propio de lo femenino o masculino. Para profundizar en este tema veamos ahora el proceso de identificación primaria y secundaria, y cómo se constituye la identidad desde el enfoque psicoanalítico.

2.3 Los procesos de identificación primaria y secundaria

El concepto de identificación de acuerdo con Rosales (2006), es usado de una forma extensa y diversa a lo largo de la obra de Freud, quien al inicio estudió el término dentro del campo de la psicopatología, específicamente en la formación de síntomas. Es en 1921, en “Psicología de las masas y análisis del yo” que Freud clarificó sus ideas en torno a los usos que le estaba dando al concepto, reconociendo que en psicoanálisis la identificación es “[...] la más temprana exteriorización de una ligazón afectiva con otra persona. Desempeña un papel en la prehistoria del complejo de Edipo” (p. 99). El pequeño presenta un interés especial por su padre; querría crecer y ser como él, por lo que éste es tomado como ideal. Contemporáneamente a esa identificación con el padre, y tal vez antes, según este autor, el pequeño investirá sexualmente a su madre, pero al mismo tiempo tomará como modelo a su padre. Madre y padre coexisten en el mundo del pequeño sin influirse ni perturbarse. Con ambos se establece una liga amorosa a través del proceso identificatorio. Sin embargo, la vida anímica continúa y ambos lazos confluyen y es por dicha confluencia que aparece el complejo de Edipo. En el punto álgido de éste, el niño toma a su madre como objeto libidinal, y podrá sentir que su padre le cierra el camino hacia ésta, por lo que su identificación con éste adquiere un matiz hostil, deseando poder sustituirlo. Desde el inicio, la identificación es de carácter ambivalente; pues por un lado puede

expresarse con ternura, pero también con el deseo de eliminación. Asimismo, puede ocurrir que el complejo de Edipo experimente una inversión, es decir, que el niño experimente a su padre como el objeto del cual espera satisfacción a sus pulsiones sexuales y en este sentido, “la identificación con el padre se convierte en la precursora de la ligazón de objeto que recae sobre él. Lo mismo vale para la niña con sus correspondientes sustituciones” (Freud, 1921, p. 100).

Para Freud (1921), la diferencia entre la identificación con el padre y la elección del mismo como objeto sexual estribaría, en que en el primer caso el padre es lo que uno “querría ser”; y en el segundo lo que uno “querría tener”. Agrega que “la identificación aspira a conformar el yo propio a semejanza del otro, tomado como ‘modelo’ (p. 100).”

A partir de lo anterior, vemos que el pequeño se vincula con sus cuidadores primarios de forma desexualizada a través de la identificación; en el caso del padre -o de quien realice tal función-, el niño querrá ser como él, su yo será constituido a partir de las semejanzas que pueda compartir con esa figura u otros modelos identificatorios de la temprana infancia. Ahora bien, considerando que la identidad no es un proceso que se forma de una vez y para siempre, sino que está en permanente cambio y construcción, valdría la pena preguntarnos qué modelos identificatorios están teniendo los niños y jóvenes de nuestro país: Alfredo Nateras señala al respecto: “el desánimo, la desesperanza, la falta de autoestima, la depresión y los suicidios son rasgos frecuentes en el estado emocional de un número cada vez mayor de jóvenes, quienes no encuentran los “modelos identificatorios” que el Estado debiera proveerles para transitar con mayores perspectivas a mejores condiciones de vida”.¹⁴ Por otra parte, la última estadística del INEGI en 2012¹⁵, reporta que el rango de edad en donde existe el mayor porcentaje de suicidios para el caso de los hombres es entre los 10 y 14 años (13.2), y para las mujeres entre los 15 y 19 años (19.9), lo que parece indicar que lamentablemente los modelos de identificación que están ofreciendo no solo los medios de comunicación, sino la sociedad en su conjunto parecen no estar representando una

¹⁴ En México se corre el riesgo de morir por ser joven. Ver en: www.comunicacionsocial.uam.mx/boletines/indice/oct-4-10a.html

¹⁵ Ver en <http://www3.inegi.org.mx/sistemas/temas/default.aspx?s=est&c=17484>

opción identitaria para niños y jóvenes. Bleichmar en el 2002, planteó que no podemos abordar la problemática de la identidad adolescente, tanto en el presente como en sus perspectivas futuras, sin poner en juego nuestra implicación como sujetos históricos en riesgo y que ante la agonía o sufrimiento que parece estar dejando este momento de la historia a los jóvenes, “no es posible objetividad sin implicación”¹⁶. Pareciera entonces que somos corresponsables de crear modelos de identidad alternativos para niños y adolescentes, máxime si se considera la adolescencia como un momento no tan solo de resignificación de los ideales internalizados, sino también de producción de lo que se ha metabolizado y recompuesto psíquicamente de ello. (Bleichmar, 2002)

Por otro lado, Blum (2012), afirma que la identificación primaria es la primera ligazón con el objeto en la que no existe diferencia entre el sujeto y objeto, entre lo interno y lo externo; la identificación es total. Se incorpora al objeto en su totalidad y esta identificación primaria es constitutiva del yo presentándose antes de la relación de objeto debido precisamente a la indiferenciación entre un yo y el objeto. Freud (1921) por su parte, afirmó que la identificación “se comporta como un retoño de la primera fase oral, de la organización libidinal, en la que el objeto anhelado y apreciado se incorpora por devoración y así se aniquila como tal” (p.99).

Para Jeammet (1992), el proceso de identificación se puede dar en dos modalidades: la introyección y la incorporación. En la identificación introyectiva se interioriza la relación con el objeto más que el objeto mismo, lo cual conlleva a un enriquecimiento y extensión del yo. De esta forma, el pequeño introyectará de sus padres el tipo de relación que éstos establecieron con él, ya sea que haya sido expresiva, amorosa, respetuosa o dignificante. Pensemos por ejemplo en aquellos varones -aunque lamentablemente son pocos- que como padres deciden romper con prohibiciones sociales en su paternidad y se vinculan con sus hijos (hombres) a través de la expresión de su amor y ternura; no es difícil suponer que al quedar introyectada esta forma de relación o vínculo, los hijos la reproduzcan en el momento que sean padres. La identificación incorporativa, es la segunda modalidad de identificación, el objeto mismo y sus atributos, pasan al interior del yo pero implican un “enclave

¹⁶ Ver en http://www.silviableichmar.com/actualiz_08/Identificacion_adolescencia.html

parasitario” y lejos de enriquecerlo, lo parasitan. Es decir, no permiten al yo expandirse y evolucionar, sino más bien lo limitan y constriñen. Vemos que el yo será constituido por las identificaciones, introyecciones o incorporaciones que se ha hecho con los modelos de identificación primarios -como hemos enfatizado, en este estudio no nos referimos únicamente a los progenitores, sino a quien haya cubierto dicha función- internalizándolos de forma total o de manera parcial, como a continuación se explica.

Además de la identificación primaria, existe también la secundaria, la cual fue connotada por Freud (1921) con un carácter parcial, ya que se “toma prestado un único rasgo de la persona u objeto” (p.101). Rosales (2006) aclara que para Freud, las identificaciones secundarias son aquellas en las que se sustituye “una ligazón libidinosa de objeto por vía regresiva, por medio de la introyección de objeto en el yo” (p.429).

A este respecto, Blum (2012) afirma que las identificaciones secundarias se caracterizan por internalizar un rasgo o una parte del objeto y se realizan después de la relación de objeto. Esta autora agrega que “el prototipo de las identificaciones secundarias desde una vertiente constitutiva es el complejo de Edipo, en donde la relación de objeto erótica con la madre y el padre regresa al yo desexualizada parcialmente en forma de identificación, siendo el origen del ideal del yo o *súper-yo* [...] los rasgos y/o valores que aparecen como ideales, o como prohibiciones, tienen su origen en dicha relación objetal erótica. Así, lo erótico está en la raíz del *súper-yo* e *ideal del yo*, las cuales son las instancias más sublimes del aparato psíquico, pero son herederas de relaciones eróticas y prohibidas...” (Blum, 2012).

Bajo estos argumentos teóricos, se puede suponer que en el proceso de identificación secundaria, el niño incorpora rasgos, valores, ideales, etc. propios de sus padres, que a su vez corresponden a una cultura de género que reconoce y valora de manera diferenciada el nacer con genitales masculinos o femeninos. La cultura de género que promueve una forma tradicional y estereotipada de ser hombre, sustenta el psiquismo del varón en la exigencia de “cuanto más, más hombre” (Bonino, 1994), así se legitima la connotación de “exceso” como un componente altamente valorado. Por tanto, si como afirma Freud (1921), en el proceso de identificación el yo se constituye primariamente incorporando al objeto de manera total, y en el proceso secundario se

incorporan rasgos o partes de dicho objeto, es viable suponer que los valores masculinos tradicionales y estereotipados, permean este proceso de interiorización desde temprana edad. El niño identificará e internalizará rasgos de un padre (o sustituto) con mucha frecuencia lejano tanto física como emocionalmente, aparentemente fuerte, “invulnerable”, y que seguramente exigirá al pequeño lo que a él en su momento: deberá parecerse a su padre.

A este respecto, Pollack (1998) plantea que dentro de los códigos masculinos internalizados desde que el varón es pequeño, se asume entre otras cosas, una máscara o careta en donde todo pareciera “estar bien”, y cuyo objetivo es ocultar pensamientos y sentimientos más profundos, esconder el verdadero *yo*. Desde que se es pequeño, hay un distanciamiento con respecto a sentimientos que son “inaceptables” en niños y hombres: el miedo, la incertidumbre, la soledad, la sensación de necesitar y la tristeza. Para este autor, el uso de la máscara se vuelve tan habitual que deja de ser consciente. Dichos códigos masculinos meten a los niños y a los hombres a una especie de “camisa de fuerza genérica” que los restringe no sólo a ellos, sino a quienes están alrededor suyo, disminuyéndolos como seres humanos y con el paso del tiempo, convirtiéndolos en seres extraños para sí mismos y para los demás, o al menos impidiendo que se relacionen desde la profundidad de su *yo* real, el cual ha quedado oculto y enmascarado.

Hugo Bleichmar (1986) afirma que “el *yo* se constituye y se mantiene por la identificación con la imagen del otro” (p.51), y esto implica dos caminos: primero que el *yo* se construye por identificación con el “*yo representación*” del otro; y segundo, que “el otro nos ve de determinada manera y nos identificamos con esa imagen” (p.52).

De acuerdo con este autor, la constitución de la identidad es una ilusión, una ideología que puede tener mayor o menor correspondencia con la realidad. Plantea que si bien el *yo* se construye en la infancia, no hay solo un acto de fundación a partir del cual se mantenga, es decir, la presencia de otros influirá e impactará la identidad de manera permanente: “La identidad no se sostiene de por sí en la subjetividad del sujeto, sino en la medida en que otro acepta tal identidad como verdadera, es decir, la

presencia del otro no solo es fundante, sino a la vez es esencial para el mantenimiento y las sucesivas transformaciones del *yo representación*" (p.53).

Retomando los argumentos teóricos de Hugo Bleichmar (1986) acerca de la constitución de la identidad y de Freud (1921) sobre la teoría de las identificaciones, se puede plantear que el proceso identificatorio tiene dos vías : 1) el *yo* será a imagen y semejanza del *yo de* los padres, por ejemplo, la imagen que el padre tenga de sí mismo será la que el hijo internalice en dicho proceso identificatorio (mediando un proceso de metabolización como más adelante se explica) y/o 2) se puede estar identificado con la imagen que el otro ve del pequeño; por ejemplo, la madre o el padre pueden crear la imagen de su hijo siendo fuerte, invulnerable, que no llora, exitoso; y el pequeño identificarse e internalizar dicha imagen o imágenes de cómo es visto por ellos, fincando su identidad en expectativas y exigencias externas de los personajes más significativos de su vida.

Si bien para Bleichmar (1986), la identidad se constituye a través de la dialéctica compleja de estos dos procesos de identificación con la imagen del otro, agrega que no hay identificaciones puras, no se es el espejo de los padres, sino el espejo es la matriz de identificaciones posteriores. Consecuentemente, el niño se identificará con ciertas características de su madre y/o padre, las "metabolizará" y transformará y el resultado quedará introyectado, lo cual sentará las bases para las posteriores identificaciones que el niño haga con las personas importantes de su vida (Blum, 2011). En este sentido, aunque el pequeño no será el espejo de su madre y/o padre, la identificación primaria dará la pauta para las ulteriores identificaciones que el niño haga con las figuras masculinas significativas, que como hemos visto, estarán ancladas, al menos en nuestra cultura, a un lugar de superioridad y poder masculino.

Ahora veamos de manera específica, los tres momentos en que se constituye la identidad sexual masculina, de acuerdo con Silvia Bleichmar (2006).

2.4 Constitución de la identidad sexual masculina

Silvia Bleichmar (2006) afirma que en la constitución de la identidad sexual masculina del varón aparecen fantasmas homosexuales (fantasías de penetración por

otro hombre) que erróneamente se han interpretado como deseos homosexuales inconscientes. Para esta autora, existen paradojas en el tránsito hacia la masculinidad, una de ellas emerge del complejo de Edipo positivo donde “encontramos al niño tiernamente prendido del progenitor del sexo contrario, mientras que en la relación con el de igual sexo prevalece la hostilidad” (p.25). Aquí conviene destacar que en 1921, Freud señaló en “Psicología de las masas y análisis del yo” que el complejo de Edipo podía experimentar una inversión, es decir, el niño podía adoptar una actitud femenina y convertir al padre en el objeto del cual esperaría satisfacción para sus pulsiones sexuales identificándose con éste, constituyendo la fase preliminar de su conversión en objeto sexual. De esta forma, Freud planteó una disposición bisexual para la especie humana: “la relación edípica es a la vez positiva y negativa (Edipo completo), solo que en diferentes proporciones según los casos” (Rosales, 2006, p.440).

A este respecto, Bleichmar (2006) señala que los cuidados tempranos que el padre tiene hacia su hijo varón, al igual que los de la madre, también pulsan al niño; es decir, también le inscribirá su propia sexualidad inconsciente, por lo que el bebé experimentará “mociones, no solo amorosas, sino también eróticas por su padre, que deben sublimarse para lograr la identificación” (p.25).

Esta autora plantea que dicha paradoja en la constitución de la identidad sexual masculina alude a que en este camino se atraviesa por una situación pasiva o de fantasías homosexuales en la que está latente el deseo de penetración por parte de otro hombre. Explica que esto es porque en el tránsito a la masculinidad es otro hombre (padre o quien realice dicha función) quien inscribe la sexualidad masculina en el propio cuerpo del bebé. Esto erróneamente se ha interpretado en los hombres como el deseo inconsciente de una relación de objeto de tipo homosexual. En este punto, valdría la pena preguntarse si el afán de muchos hombres de demostrar a otros que “se es hombre”, responde a dichos fantasmas homosexuales constitutivos de la identidad sexual masculina a la cual se puede llegar, pero también de la cual el varón puede ser destituido, por lo menos en su mundo subjetivo como plantea Silvia Bleichmar (2006). A diferencia, la identidad femenina en las mujeres difícilmente se pone en juego o es amenazada por alguna circunstancia externa.

Silvia Bleichmar (2006) afirma que el hombre constituye su identidad sexual masculina en tres tiempos:

1) Un primer tiempo en el cual se instituye lo genérico. Aquí se marcan los rasgos identitarios en el núcleo mismo del yo, a partir de lo que se es en el momento de nacer “niño” o “niña” y “se instalan los atributos que la cultura considera pertinentes para uno u otro sexo” (p.27). Es importante enfatizar que es el adulto quien ofrece este primer reconocimiento identificador. Para esta autora, el concepto de identificación puede tener tres sentidos: a) la *identificación de un objeto con otro* en el que otro humano reconoce al niño como idéntico ontológico y le da la posibilidad de humanizarse, b) la de *ser identificado* y c) la de *identificarse*, que implica reconocer al yo propio con el de otro y en este proceso emergen diferencias y semejanzas a partir de un sistema de enunciados “que marcan su posibilidad de inscripción en las redes libidinales del otro” (p.28). Esto permite explicar el proceso a través del cual el padre integra a su hijo varón a una cultura y discursos de género masculino transmitidos a través de prácticas, actitudes, comportamientos, pero también los enunciados (p.ej. “ser fuerte”, “no ser vieja”, “tener éxito”) que serán asimilados e internalizados por el hijo en su proceso de humanización y socialización para formar parte del mundo simbólico de los hombres.

Este momento constitutivo será el sostén o núcleo yoico de las identificaciones secundarias que posteriormente se internalizarán.

2) Un segundo tiempo es cuando se establece el descubrimiento de la diferencia anatómica de los sexos. Según esta autora “en el niño varón, el atributo real, biológico, existente en su cuerpo, no es suficiente para constituir la masculinidad genital y la potencia fálica en general” (p.29). El niño tendrá que investir al pene de potencia genital, “no sólo tener pene sino saberlo usar” (Blum, 2012), lo cual se recibe de otro hombre: “a través de un fantasma de incorporación del pene del adulto - estadísticamente el padre- la potencia que confirma la masculinidad y posibilita su ejercicio. Recepción que juega una paradoja: solo se posibilita la instauración de la virilidad a costa de la incorporación del pene paterno, lo cual instala la angustia homosexual dominante en el hombre” (p.30). Esto es, el padre o quien cumpla tal

función, al igual que la madre, implanta la sexualidad en el cuerpo del niño y de la niña. Desde los planteamientos teóricos de esta autora, si bien las fantasías homosexuales forman parte del trayecto hacia la constitución de la identidad sexual en el niño, ello también podría explicar el temor que sigue prevaleciendo en muchos hombres de que se les identifique como homosexuales, lo que se manifiesta en actitudes y comportamientos homofóbicos.

3) En un tercer tiempo, “se definen las llamadas identificaciones secundarias que hacen a las instancias ideales” (p.30). De tal manera que no basta con el hecho de haber nacido con genitales masculinos, la identidad genérica y sexual se constituye a partir de la internalización de rasgos, actitudes, patrones de comportamiento, etc., reconocidos en personas significativas en la propia biografía y que representarán ideales para el yo, ideales de masculinidades venerados en el contexto específico definirán qué clase de hombre se deberá ser: un hombre exitoso, un hombre con poder económico, un hombre sexual, etc., valores articulados en función de las prohibiciones y mandatos que constituyen la conciencia moral y los ideales de la cultura en que se vive. En este sentido, desde el punto de vista psicoanalítico, lo genérico precede al sexo, esto es, antes de que el niño nazca, la cultura de género prescribirá o proscibirá cómo se deberá ser cuando se nace con un cuerpo masculino o femenino. Son los padres en un primer momento los encargados de perpetuar un entramado de signos y significados culturales acerca de lo que implica ser hombre o mujer.

Bajo este panorama teórico, tal como se ha expuesto, lo intrapsíquico se constituye en la relación intersubjetiva con la madre y el padre y va de la mano con la constitución de la identidad sexual masculina de acuerdo a lo propuesto por Silvia Bleichmar (2006). El pequeño constituirá su psiquismo en un primer momento en la relación con su madre y/o padre, pero desde antes de nacer existe ya una cultura y discurso de género asimilados en ambos, quienes se encargarán de reproducir y perpetuar una cultura de género en donde nacer con un cuerpo masculino implica también la posesión condicionada de un lugar de poder y privilegios que, paradójicamente, por ser condicionada se habrá de obtener y ganar.

Una vez que se he desarrollado la mirada psicoanalítica acerca de la constitución de la identidad sexual de los hombres, en el siguiente capítulo presento algunas ideas acerca de lo que la perspectiva de género ha propuesto sobre la constitución de la identidad.

Capítulo 3

La mirada de género acerca de la identidad masculina

En el presente capítulo, presento algunos conceptos clave y antecedentes que permitirán contextualizar el tema de la constitución de la identidad masculina desde el enfoque de género y su vinculación con la mirada psicoanalítica.

3.1 Breve introducción sobre los estudios de género de los hombres

Los estudios sobre las masculinidades surgieron como una respuesta reactiva a los planteamientos feministas iniciados en los años 60 (Ramírez, 2006). Cabe señalar que el feminismo, además de contar con un sustento teórico, se autoafirmó como abiertamente político, denunciando una masculinidad opresiva a la que denominó patriarcado, buscando una respuesta que diera cuenta de la opresión y dominación hacia las mujeres y posibilitara su liberación¹⁷. Por su parte, los estudios de género ampliaron su mirada a las relaciones entre mujeres y hombres.

El tránsito de la teoría feminista a los estudios con perspectiva de género ocurrió gracias a una transformación fundamental: discutir sobre la diversidad de la feminidad, pero también retomar la masculinidad como inherente a la discusión relacional de los géneros (Ramírez, 2006). Sin embargo, Jiménez (2009) propone no olvidar que tanto el feminismo como la perspectiva de género, tienen su fundamento y lucha en el lugar subordinado de las mujeres, aun cuando cada vez existe más consenso de que para resolver los problemas de inequidad de género –tales como problemas derivados del área reproductiva y sexual, del trabajo y de su división en el mundo público y privado-, es insuficiente trabajar solo con ellas.

Es esta lógica la que permea este estudio, pues asumo la postura de que los estudios con perspectiva de género tienen que involucrar tanto a mujeres como hombres, para contribuir a una mayor conciencia y flexibilidad de género.

Así también, la perspectiva de género ha evidenciado que la opresión de las mujeres no se debe a un hecho biológico, sino que éste constituye la base sobre la cual

¹⁷ Ver en <http://www.mujeresenred.net/spip.php?article1396>

se erige un sistema de significados, de tal suerte que el género puede ahora adquirir diversas acepciones, por lo que la concepción ha dejado de ser universal y esencialista. Hablar de género, como categoría analítica implica desde esta perspectiva hablar de poder, pues evidencia la opresión, la desigualdad y la inequidad en la que han vivido las mujeres (Ramírez, 2006). Sin embargo, como vimos en el capítulo anterior, desde el enfoque psicoanalítico freudiano, hablar de género implica también hablar de lo constitutivo, es decir, de lo que psíquicamente se configura en la relación intersubjetiva con las figuras primarias. Por tanto, desde la postura psicoanalítica, no solo el aspecto cultural y social tiene peso en la constitución de la identidad, sino que lo intrapsíquico es de enorme importancia en la medida que esto es lo que construye la individualidad y especificidad de los sujetos.

Kimmel (en Ramírez, 2006), afirma que hacer visible a los hombres ha implicado hablar de los privilegios que se han construido socialmente para ellos y que se han considerado naturales y propios de su biología. Para este autor, el privilegio tiene una peculiaridad, y es que es producto de la lucha y del logro de imponerse a su diferente, a su otredad, a las mujeres, a lo femenino y a lo que de ello se desprende. Sin embargo, si bien la masculinidad se define por su relación opuesta con las mujeres, fundamentalmente los hombres se diferencian entre ellos por la misma, de modo que “el parámetro para determinar el `grado´ de masculinidad dependerá del concepto de masculinidad en un contexto sociocultural específico” (Ramírez, 2006, p.40). En este sentido, la identidad masculina se construye en oposición a las mujeres o a lo femenino, pero el “grado” de masculinidad dependerá de lo que en ese contexto se represente como masculino.

3.2 Los estudios de género en los hombres: ¿Hablamos de la masculinidad o de las masculinidades?

El estudio de los hombres de acuerdo con Ramírez y Uribe (2008) apareció en el espacio académico anglosajón en los años setentas y poco a poco emergió como campo de estudio sostenido en los ochenta y en la primera parte de los noventa. Paralelamente, desde la escuela psicoanalítica surgió la necesidad de diferenciar los

conceptos de sexo y género, los cuales se concebían indistintamente. En 1968, Stoller (en Dio Bleichmar, 1989) planteó que lo que determinaba el comportamiento de género¹⁸ no era el sexo biológico, sino las experiencias vividas desde el nacimiento, dependiendo de si se presentaban genitales masculinos o femeninos. Poco a poco se fue planteando la clara demarcación entre sexo y género.

A partir de entonces, se han propuesto diversas definiciones de sexo y género, en donde sexo se ha equiparado al aspecto biológico, y el género a lo construido socialmente. Por ejemplo, Jiménez (2009) define sexo como las “diferencias y características biológicas, anatómicas, fisiológicas y cromosómicas de los seres humanos que definen a hombres y mujeres. Se nace con esas características y son universales” (p.1). Mientras que *género* lo define como el “conjunto de ideas, creencias y atribuciones sociales, construidas en cada cultura y momento histórico, basadas en diferencias sexuales y que a partir de ello se construyen conceptos de “masculinidad” y “feminidad”, los cuales determinan el comportamiento, las funciones, las oportunidades y valoración y las relaciones entre hombres y mujeres. Se trata de construcciones socioculturales que pueden modificarse, dado que han sido aprendidas” (p.1). Estas definiciones hechas por esta autora, son una muestra de las que prevalecen en la literatura de género y que aluden a que lo biológico precede a lo genérico. Es importante presentar aquí lo planteado precisamente por la postura psicoanalítica freudiana, la cual parte del hecho de que el género precede al sexo, es decir, la construcción de la identidad sexual, no tan solo implica características biológicas que diferencian a hombres y mujeres, sino es un proceso de conformación psíquica que se da en la intersubjetividad con las figuras primarias, por lo que antes de nacer existe un entramado social y cultural de significados y sentidos acerca de lo que se debe ser y se espera de alguien que nace con genitales femeninos o masculinos, siendo las figuras primarias los portadores de dicho discursos, prácticas y expectativas sociales y culturales depositadas en ese cuerpo que se ve nacer. En este sentido, desde esta visión psicoanalítica el género antecede a lo sexual.

Por otra parte, Chodorow (2003) agrega que el género es una creación personal además de cultural, es decir, las personas retoman versiones culturales o lingüísticas y

¹⁸ Mostrar conductas “esperadas” de acuerdo a si en el nacimiento se tuvieron genitales femeninos o masculinos.

las significan de una manera muy particular “las hacen subjetivamente significativas” (p.90). De esta manera crean significaciones de acuerdo con sus propias biografías e historias singulares de vida, significaciones que van más allá de las categorías lingüísticas, de tal manera que la identidad de género como otros procesos de creación psicológica de significaciones, se formula y reformula a lo largo del ciclo de vida (Chodorow, 2003).

El que el género por un lado se haya conceptualizado como una construcción cultural y por el otro, como una construcción individual, ha llevado el debate entre los estudiosos del campo, que se refleja particularmente en los cuestionamientos sobre la pertinencia de hablar de “masculinidad” o “masculinidades”. Al respecto, Careaga y Cruz (2006) afirman que hablar de masculinidades si bien permite visibilizar la diversidad de formas en que los hombres vivencian su masculinidad, no resuelve el problema de fondo, que es evidenciar la lógica que mantiene, produce y reproduce las asimetrías de poder entre hombres y mujeres, es decir, la de la denominada masculinidad “hegemónica”. Sin embargo, dado que el objeto de estudio de la presente investigación incluye visibilizar la diversidad de formas de construir la identidad genérica, he decidido hablar de masculinidades, tal como lo plantea de Keijzer (2006) ya que referirse a la masculinidad en plural permite evidenciar la diversidad de maneras de socializarse y construirse como hombre, considerando además su intersección con otros ejes fundamentales como la nacionalidad, la clase, la edad, la migración, la etnia y la orientación sexual, y como lo he expuesto anteriormente, con lo psíquicamente constituido en las relaciones tempranas. Al hacerlo, se devela la existencia de “una masculinidad dominante, estereotipada, pero también formas de masculinidad que hoy están subordinadas, que resisten y transforman normatividades imperantes, aunque sea una minoría” (Jiménez, 2009, p.6), y que no por ser una minoría se tienen que desdibujar o invisibilizar.

En este orden de ideas, el poder es un eje de análisis fundamental en la perspectiva de este estudio, pues parto de que dicho poder permea una lógica de dominio y de supremacía masculina (la masculinidad hegemónica) en la subjetividad de los padres que ven nacer a un hijo con genitales masculinos y que se materializa en un discurso de género transmitido al bebé varón desde el primer momento de su

nacimiento. Lo que también ocurre (se materializa y reproduce) cuando nace una hija con genitales femeninos. Por todo lo anterior, vale la pena no dejar de considerar las implicaciones epistemológicas y metodológicas que se ponen en juego al estudiar las masculinidades:

[...] implica la existencia de una o más entidades discretas que agrupan una serie de características (actitudes, comportamientos, ideas) observables en ciertas personas o grupos. Sin embargo, para identificar tal entidad es necesario abstraerla de un grupo de individuos que presenten tales ideas, comportamientos o actitudes, lo cual nos lleva a un callejón sin salida [...] es factible que terminemos diciendo lo obvio, que una masculinidad particular es ese conjunto de comportamientos, actitudes y habilidades exhibidas por un grupo de individuos que poseen esa masculinidad” (Amuchástegui, 2006, p.174).

A partir de este cuestionamiento epistémico, la autora propone considerar el aspecto masculino del género sin cosificarlo, reconociendo que es un proceso fluido y en constante movimiento. Asimismo, sugiere emplear el término *construcción social de la masculinidad* “para designar una serie de discursos y prácticas sociales que pretenden definir el término masculino del género dentro de configuraciones históricas particulares, diferenciándolo de las propias experiencias de los hombres, que no están reducidos a someterse a tal construcción y que manifiestan innumerables formas de resistencia” (p.175), y en la experiencia individual de muchos de ellos pueden emerger tensiones, conflictos y formas de resistencia ante los modelos dominantes que dictan cómo ser hombre, como fue el caso de los hombres que participaron en este estudio quienes pudieron en cierta medida expresar sus sentimientos, incluso uno de ellos pudo romper el mandato de “no llorar”, impuesto desde lo social y culturalmente esperado. Por otro lado, es importante no olvidar la postura asumida en este estudio, es decir, que la constitución de la identidad de género también es una construcción individual subjetiva, configurada por las identificaciones que se hacen con las figuras significativas de la propia biografía.

Así pues, en el presente trabajo se hace una diferenciación entre la *construcción social de la masculinidad* en un espacio y en un tiempo específicos -que puede

configurar a la denominada masculinidad hegemónica- y las experiencias personales de los hombres frente a dicha construcción, es decir, *las masculinidades*. Por su relevancia teórica, a continuación abordo ambos constructos iniciando con la masculinidad prototípica y dominante que ha sido denominada “hegemónica”, por ser el modelo aceptado y no cuestionado bajo el que se socializan muchos hombres en contextos específicos desde su nacimiento.

3.3 Masculinidad hegemónica

De acuerdo con de Keijzer (2006), en México y América Latina sigue existiendo un modelo hegemónico de masculinidad al cual define como un esquema culturalmente construido en el que se presenta al hombre como esencialmente dominante y que sirve para discriminar y subordinar a las mujeres y a otros hombres que no se ajusten a este modelo. Ello coincide con lo planteado por Ramírez (2006) quien afirma que “las masculinidades” manifiestan la otra cara de la subordinación, pues ahora no tan solo son las mujeres las que se encuentran subordinadas a una masculinidad dominante, sino que existen masculinidades dominantes y subordinadas. Connell conceptúa la hegemonía (en Ramírez, 2006) como un proceso en el que “grupos particulares de hombres encarnan posiciones de poder y bienestar, legitiman y reproducen relaciones sociales que generan su dominación [...] no supone relaciones cara a cara” (p.41). Sin embargo, más adelante veremos en la narración de uno de los hombres entrevistados en este estudio, que las relaciones cara a cara con otros hombres, tuvo un influjo importante en su subjetividad acerca de lo que era “adecuado” en el contexto específico en que se encontraba. En cada clase social, comenta este autor, habrá expresiones, ideas, y prácticas masculinas que se consideren como representaciones de “lo masculino” por excelencia, excluyendo otras dentro de una misma clase y a todos aquellos que no la representan cabalmente: las mujeres, los niños, los homosexuales y los ancianos.

Ramírez (2006) afirma que desde la hegemonía, se cuestiona permanentemente la masculinidad que no reúne los criterios de lo aceptado; sin embargo, a la vez tiene un carácter relacional y se encuentra en constante reconfiguración, además impone

una distribución sexuada de tareas sociales y emplea recursos ideológicos para asegurarse que sea de una forma y no de otra. En este sentido podemos pensar que tales recursos ideológicos aluden a la burla y a la ridiculización como mecanismos de control empleados por hombres con otros hombres, pero también habría que preguntarse por los recursos ideológicos que algunas mujeres emplean para rechazar a un hombre cuando no cumple con lo que desde los modelos dominantes se imponen como adecuado, por ejemplo, el no llorar.

Ramírez (1998) afirma que el reconocimiento de la superioridad de los hombres y la subordinación de las mujeres está basado en sistemas de creencias; dichos sistemas no son universales, más bien presentan variaciones en los diferentes grupos de una misma sociedad y se modifican también con el tiempo. Comenta que incluso en un mismo sector de la población, se pueden identificar creencias que se contraponen, pero que son utilizadas selectivamente, dependiendo de acontecimientos particulares.

Para este autor, las creencias tienen una serie de características que a continuación enlisto:

- Se asumen sin necesidad de una comprobación filosófica o lógica, sino por conformidad.
- Jamás se les cuestiona.
- Para defenderlas, el sujeto repite una argumentación aprendida mecánicamente.
- Tienen la función de proporcionar certidumbre psicológica.
- La reacción frente al ataque de las creencias es de angustia.
- Con frecuencia, las creencias son tácitas o inconscientes.
- Generalmente se transmiten por signos y no son resultado de la observación.

Desde este sistema de creencias basado por un lado en el repudio a lo femenino; y por otro a la supuesta superioridad y poder del hombre sobre la mujer, en nuestra cultura, existen frases que los varones internalizan tempranamente y que al ser asumidas sin un previo proceso reflexivo, garantizan en cierta medida su perdurabilidad:

a) “¡Eso es cosa de viejas!” El hombre no debe hacer algo que remotamente sugiera feminidad.

b) “¡Tienes que ser un chingón!” La masculinidad se mide por el poder, el éxito, la riqueza y la posición social.

c) “¡No seas puto!”. La prueba de que se es todo un hombre consiste en no mostrar nunca emociones.

d) “¡Mándalos a la chingada!” Alude a una actitud de osadía varonil y agresividad.

Para Kimmel (1997), el fracaso en encarnar estas reglas, en afirmar el poder y el logro de éstas, es una fuente de confusión y dolor de los hombres, aspecto que se abordará en el próximo apartado. Agrega también que la virilidad puede entenderse como un sinónimo de masculinidad, pues a través del tiempo se ha pensado como una cosa o cualidad que el hombre tiene o no tiene, de forma dicotómica o binaria, que es innata, que se halla en la composición biológica del macho humano, que es el resultado de los andrógenos o de la posesión de un pene. Sin embargo, afirma que:

[...] la virilidad no es estática ni atemporal, es histórica: no es la manifestación de una esencia interior, es construida socialmente, no sube a la conciencia desde nuestros componentes biológicos, es creada en la cultura. La virilidad significa cosas diferentes en diferentes épocas para diferentes personas. Hemos llegado a conocer lo que significa ser un hombre en nuestra cultura al ubicar nuestras definiciones en oposición a un conjunto de otros, minorías raciales, minorías sexuales, y por sobre todo, las mujeres (p.49).

En este trabajo distingo la virilidad de la masculinidad en el sentido de que la primera se asocia más con la potencia sexual que un hombre cree tener y también al hecho de que “no tan solo se sabe poseedor de un pene sino de creer que lo sabe usar, [mientras que] la masculinidad tiene que ver más con lo genéricamente constituido a partir de ideales que definen lo que es ser un hombre dentro de una

cultura y momento histórico específico, sin dejar de considerar lo intrapsíquico” (Blum, 2011).

A este respecto, Silvia Bleichmar (2006) afirma que las formas no ritualizadas de “iniciación” de la masculinidad, o más bien de la virilidad, como la visita iniciática del joven al prostíbulo, acompañado de un tío o de un hermano mayor, es un proceso típico de convalidación de la masculinidad en las culturas latinoamericanas, en la que la preocupación del padre por el debut de su hijo reafirma no tan sólo la sexualidad de éste, sino la propia. En consecuencia, habrá que mostrar y reafirmar de manera permanente dicha masculinidad.

Bajo este orden de ideas, observamos cómo las mujeres no son el único grupo subordinado a una masculinidad dominante, sino que, como he afirmado, existen hombres que han vivido oprimidos y subordinados a ésta o que se han resistido a asumirla como la única manera de experimentarse. Por ello, a continuación presento algunas ideas acerca de las masculinidades que trascienden la construcción sociocultural del género masculino.

3.4 Las masculinidades

A mediados de la década de los setenta, las feministas de color y otras con orientación marxista llamaron la atención sobre las interconexiones entre las diferencias de género y otras jerarquías sociales y relaciones de poder vinculadas a la etnicidad, la nacionalidad, la clase social, las identidades racializadas y las orientaciones sexuales (en Viveros, 2008). En este sentido, el *feminismo negro* permitió comprender no tan solo las opresiones de las mujeres negras, sino también las dificultades vividas por los hombres de sus propias comunidades. Algunas teóricas como Patricia Hill, Patricia Williams, Michelle Wallace, Angela Davis y Bell Hooks (como se citó en Viveros, 2008) estudiaron de manera crítica las vicisitudes experimentadas por los hombres negros “para alcanzar las metas que las versiones hegemónicas de la masculinidad les han impuesto y han cuestionado estas formas de

masculinidad por sus características sexistas [...] han expresado su solidaridad hacia los hombres negros progresistas que luchan por sus derechos, señalando que luchan junto a ellos contra el racismo, pero que a la vez luchan contra ellos por el sexismo” (p.28)¹⁹.

Con base en lo anterior, se puede visibilizar la existencia de un modelo hegemónico masculino que somete y domina a mujeres, pero también a los mismos hombres que cuando internalizan y asumen dicho modelo, desarrollan altos costos para su salud física y emocional.

Autores como de Keijzer (2006), con base en su experiencia en temas de salud con hombres mexicanos, han enriquecido el modelo de Kaufmann sobre la triada de la violencia derivada de la socialización de niños y hombres en torno al modelo hegemónico masculino que se caracteriza por:

1. La violencia hacia las mujeres, niñas y niños, a través del maltrato y abuso, la paternidad ausente, la fecundidad impuesta, etc.
2. La violencia entre hombres, principalmente la que se manifiesta en los accidentes, los homicidios y las lesiones.
3. La violencia hacia sí mismo: a través del suicidio, alcoholismo y otras adicciones, enfermedades psicosomáticas, y diferentes formas de descuido del cuerpo.

Sin embargo, esta masculinidad hegemónica es trascendida por el estudio de las masculinidades, que según Connell (1999), requieren mirarse desde lo que denomina “momento etnográfico”, pues bajo esta perspectiva, lo local y lo específico cobran gran importancia. Agrega que las investigaciones realizadas bajo esta perspectiva, explorando desde gimnasios físico-culturistas hasta grupos de ecologistas, han encontrado temas comunes:

- Múltiples manifestaciones de la masculinidad. En las diferentes culturas y en los distintos periodos históricos, el género se construye de diferentes

¹⁹ Un caso paradigmático que denotó estas tensiones fue el de O. J. Simpson, una estrella del fútbol americano de raza negra acusado de asesinar a su pareja, una mujer blanca y que generó una división en la sociedad estadounidense. Ver en http://www.bbc.co.uk/mundo/noticias/2014/06/140616_eeuu_oj_simpson_aniversario_persecucion_los_angeles_jg

maneras. Sin olvidar que el componente psíquico es de gran trascendencia e importancia en la identidad genérica, Conell (1999) arguye que incluso en sociedades multiculturales existen varias definiciones de la masculinidad. Así mismo, coincide con Ramírez (1998) al señalar que se puede encontrar más de un tipo de masculinidad en un mismo contexto cultural o institución.

- Jerarquía y hegemonía. Estas diversas formas de masculinidad ocurren en relaciones sociales definidas, habitualmente jerárquicas y excluyentes. Por lo general, comenta, hay una forma dominante o hegemónica de masculinidad, que es el vehículo del poder de género y no necesariamente tiene que ser la forma más común de masculinidad.

- Construcción activa. Las formas de masculinidad carecen de existencia anterior a la interacción social, pues se generan a partir de la acción de la gente.

- Contradicciones. Los diferentes tipos de masculinidad no constituyen estados homogéneos, sino probablemente engloban divisiones internas y encarnan un estado de tensión entre prácticas y deseos contradictorios.

- Dinámicas. Las diferentes masculinidades se crean en circunstancias históricas específicas y pueden ser objeto de reconstrucción, controversia y sustitución.

Seidler (1995) señala que parte de lo que resulta atractivo al hablar de las masculinidades, por un lado implica que son construidas social y culturalmente; por lo tanto no hay un solo modelo al cual los hombres se tengan que ajustar. Refiere que en diferentes momentos han existido una gran variedad de códigos y maneras de aprender lo que significa ser un hombre. En lo que respecta a la sociedad occidental, ha habido una fuerte identificación entre la masculinidad y la razón, que ha llevado a que los hombres aprendan a usar ésta última para discernir qué es lo que les brindará felicidad. Para este autor, esto ha servido para que el varón tenga una experiencia despersonalizada de sí mismo, dificultándole compartir lo que siente, “dentro de la cultura dominante de la masculinidad blanca de clase media, los varones aprenden a hacer lo que se espera de ellos, y por tanto a definirse externamente” (p.81). La postura de este autor, si bien parece cuestionar la demanda social y cultural de que como

hombre se debe ser racional, también presenta cierta tendencia a generalizar la dificultad de expresar los sentimientos cuando se es hombre. Es de vital importancia no olvidar lo que plantea Amuchástegui, (2006), es decir, si bien existen una serie de prácticas sociales y discursos que pretenden definir lo que es masculino, hay que poder diferenciarlos de las experiencias individuales de los hombres, quienes no solo “están reducidos” (Amuchástegui, 2006, p.175) a obedecer dichos mandatos sociales, pues en la experiencia individual de muchos de ellos pueden emerger tensiones, conflictos y formas de resistencia ante los modelos dominantes que dictan cómo ser hombre, como fue el caso de los hombres que participaron en este estudio quienes en cierta medida pudieron expresar sus sentimientos, incluso uno de ellos pudo romper el mandato social y cultura de “no llorar” esperado para la mayoría de los varones.

Seidler (1995) plantea también que al hombre, le resulta difícil saber las maneras en que le gusta ser tocado o abrazado, pues ello atentaría contra todo lo enseñado desde la masculinidad dominante.

Dentro de las relaciones sexuales, puede ser mucho más seguro `coger por coger´ porque esto es mucho menos amenazante para cierta idea de la identidad masculina. Esto puede ser una manera de encubrir la vulnerabilidad, en lugar de compartirla... hay muy pocas cosas que nos enseñan como niños, que la sexualidad tiene que ver con la vulnerabilidad y el contacto... lo que los varones hemos aprendido es a desear sexo sin contacto ni involucramiento emocional (p.90).

Es importante agregar a lo planteado por Seidler (1995) que la experiencia de la investigadora en el campo clínico y psicoterapéutico, contradice en cierta medida lo anterior, ya que si bien por un lado algunos hombres han reportado dificultades en reconocer sus necesidades afectivas (y muchas de ellas encuentran su satisfacción en el terreno sexual), otros también han expresado la necesidad de establecer una relación de pareja basada en la intimidad y en la estabilidad emocional, más allá de lo sexual. Pareciera entonces que el hecho de no haber aprendido como ser tocado o abrazado como varón, no significa que no lo necesiten.

Resumiendo, si bien existen algunos *ideales* impuestos por una cultura donde impera una ideología de aparentes privilegios para los hombres, no podemos decir que estos ideales sean los mismos para todos los varones debido a que algunos de estos ideales se internalizan tempranamente en las relaciones intersubjetivas con las figuras primarias -que como hemos visto no se reducen a los progenitores-, por lo que se inscriben en la subjetividad y forman parte de la identidad, conformando la matriz sobre la cual se interiorizaran otros ideales masculinos tomados de otros personajes significativos en la historia vital, como por ejemplo del grupo de pares.

3.5 Las perspectivas psicoanalíticas y de género sobre la constitución de la identidad masculina

En este apartado presento tres propuestas psicoanalíticas que han abordado desde una perspectiva de género, el tema de la constitución de la identidad y su vínculo con el contexto cultural: la de Nancy Chodorow, la de Irene Fridman y la de Michel Kimmel.

Chodorow (1978) ha señalado que las diferencias en la constitución de la identidad del niño y de la niña se gestan en el primer vínculo con la madre o con quien ejerza dichas funciones de cuidado primario. Afirma que a pesar de la incursión de las mujeres al mundo laboral, son éstas quienes siguen teniendo la responsabilidad de la crianza y educación de sus hijos e hijas, y no precisamente por un asunto que biológicamente les competa, sino que en su papel de madres, producen hijas con deseos y capacidades de serlo; mientras que en la relación que establecen con sus hijos varones, dichos deseos y capacidades son recortados y reprimidos. Ello garantiza un orden social, ya que la división social y familiar históricamente ha asignado lo doméstico y la maternidad a las mujeres y el trabajo extra familiar, a los hombres.

Esta autora plantea que en esta primera relación temprana con la madre (o cuidadora) es donde: 1) se fundará la actitud hacia lo parental, 2) se inscribirá la memoria de una intimidad única y 3) se proveerá el fundamento de la expectativa de ser madre en las mujeres.

Afirma que la continuidad de este cuidado permite al pequeño desarrollar un *self*, es decir, la sensación de que “yo soy”, que define aspectos de sí mismo (afectiva y estructuralmente) en relación con representaciones internalizadas de aspectos de la madre y de la calidad percibida de su cuidado. Por ejemplo, la experiencia de alimentación y sostén satisfactorio permitirá que se desarrolle una sensación de *self* amado en relación con una madre amorosa y atenta. Por el contrario, si el cuidado que ésta provee resulta insatisfactorio o produce la sensación de rechazo, el bebé lo podrá vivir como rechazo o como algo en sí mismo que aparta el amor de su madre.

La madre es la persona a quien el bebé ama con amor primario y a quien se va a apegar. Ella es la persona que le va a imponer las primeras exigencias de la realidad. “Su actitud fundamental hacia sí mismo y el mundo, sus emociones, la calidad de su amor a sí mismo (narcisismo) o de su odio a sí mismo (depresión), proviene en primera instancia de esta temprana relación” (p.124).

De acuerdo con esta autora, se supondría que desde esta edad temprana, el bebé comience a diferenciar lo que es aceptado o no para su madre y que desde su necesidad y apego a ella, se inicie un proceso donde internalice comportamientos o actitudes que corresponden a lo que su madre espera de él; por lo que es factible suponer que en este proceso de internalización también introyecte lo que desde la cultura de género, representada por su madre, “espera” del pequeño. Expectativas, y demandas vinculadas a discursos y prácticas sociales acerca de lo que es masculino y/o femenino en ese contexto cultural, geográfico e histórico específico.

Para Chodorow (1978), el amor con el padre contrasta, pues el niño lo reconoce desde un inicio como un ser separado, a menos que éste le ofrezca el mismo tipo de relación primaria y atención que da normalmente una madre.

Burlingham (en Chodorow, 1978) ha mostrado que los padres varones no ven a sus bebés como tales, sino como adultos en potencia, transformando su percepción de los recién nacidos en fantasías de lo que esos bebés serán como adultos y sobre las cosas que ambos podrán realizar juntos. Señala que esto se observa en la diferencia con que el padre trata a su bebé (como a un objeto o juguete); que alza, estimula, excita y balancea; y con lo que le da la madre: lo abraza, sostiene en brazos y acaricia. Chodorow (1978) afirma que “el desarrollo de la capacidad de ejercicio maternal en las

niñas- y no en los niños- resulta de diferentes relaciones objetales y del distinto modo en que éstas son internalizadas y organizadas” (p.140). En la relación madre-hija y madre-hijo se dan diferencias cualitativas, de tono, de matiz: ”Si bien hay por supuesto, comprensión y empatía entre las madres y sus hijos niños de ambos sexos [...] la calidad de la empatía y de la reacción de los niños respecto al inconsciente de su madre difiere, según el sexo del bebé [...] las niñas parecen experimentarse a sí mismas como el *self* de la fantasía de la madre; los niños, en cambio, como lo otro” (p.158). Plantea que puesto que hijas y madres son del mismo sexo, y estas últimas fueron niñas, se experimenta a las hijas como parte de ellas mismas:

La madre experimentará muy probablemente una sensación de unicidad y de continuidad con su bebé; sin embargo, esta sensación está más presente con respecto a las hijas, la identificación primaria y la simbiosis con las hijas tiende a ser más fuerte y es más probable que la catexia de las hijas retenga y subraye elementos narcisistas, esto es, hay más probabilidades de que se apoye en la experiencia de la hija como continuación o doble de la madre y que la catexia de la hija como otro sexual resulte un tema más débil y menos significativo (p.165).

Con base en lo expuesto, se puede vislumbrar el nexo existente entre lo intrapsíquico, determinado en la relación intersubjetiva con la madre, y el orden social y cultural que se preserva en esta temprana relación. El sentido de maternidad se gesta en el vínculo primario madre-hija, pero a la vez, perpetúa una disposición ideológica que promueve que sean las mujeres las encargadas del cuidado materno, mientras que en el hijo varón se promueve el abandono y alejamiento de cualquier rasgo o actitud que lo vincule con su madre: cercanía emocional, ternura, entre otras, como a continuación se describe.

Con respecto al aprendizaje del rol sexual diferenciado, esta autora comenta que el niño con el fin de sentirse masculino, tendrá que diferenciarse y distinguirse de un modo que la niña no necesita, se debe de categorizar a sí mismo como alguien aparte: “Define negativamente su masculinidad como lo que no es femenino ni/o no conectado

con las mujeres, no se define positivamente. Y este es otro modo como los niños van a negar y reprimir la relación y la conexión en el proceso de ir creciendo” (p.259). Lo anterior explica por qué en nuestra cultura, padecimientos como la depresión, han sido feminizados al asociarlos con las mujeres; y por tanto, son ocultados y negados pues contradicen lo validado para la identidad masculina.

Chodorow (1978) afirma que las niñas desarrollan una identificación personal con su madre, porque tienen una relación presente y cercana a esta edad por el lazo primario. Sin embargo, como la ausencia permanente del padre es lo más frecuente, el niño tendrá entonces que desarrollar una identificación masculina en ausencia de una continua relación personal con su padre. Desarrollará la sensación de lo que debe ser masculino mediante la identificación de imágenes culturales de la masculinidad y con hombres que percibe como prototipos masculinos, no precisamente de la relación con su padre. Al niño, a diferencia de la niña, se le enseña a ser masculino de manera más explícita y consciente que a la niña a ser femenina. Por tanto, los varones tienen que identificarse con estereotipos culturales del rol masculino, mientras que las niñas tienden a identificarse con aspectos del rol propio y particular de su madre. De esta forma, los roles que las niñas aprenden son más interpersonales, particularizados y afectivos –integrados a la relación con la propia madre- los niños no se identifican y aprenden su rol con la misma probabilidad en la relación con sus padres o con los hombres, sino a través de negar la relación afectiva con sus madres (Chodorow, 1978).

Con base en los argumentos teóricos de esta autora, las identificaciones que hace el varón cuando es pequeño, están basadas en un rol abstracto y lejano, no se constituyen a partir de un vínculo personal y cercano. Es factible pensar que debido a la naturaleza y cualidad de la identificación del niño varón con respecto a la figura de masculinidad del padre²⁰, deje una huella permanente de desconfianza e inseguridad con respecto a su identidad, dando lugar a su constante necesidad de mostrar (se) y demostrar (les) a otros que se es hombre. Silvia Bleichmar (2006) comenta al respecto que “se puede llegar a ser una mujer mejor o peor, pero no se deja de ser mujer, mientras que el hombre puede dejar de ser hombre bajo ciertas circunstancias –al

²⁰ Basada principalmente en la lejanía emocional y/o en la ausencia física.

menos en el imaginario social, o en su propio sistema de representaciones- o tiene que demostrar que lo es” (p.44). Valdría la pena preguntarse, cuáles son los estereotipos culturales con los que se están identificando los y las jóvenes en la actualidad, si son los mismos que hace algunas décadas o si se han transformado. Cajas (2008) afirma que el narcotráfico, uno de los pilares del capitalismo moderno, parece estar representando una opción para los y las jóvenes e identificarse con los modelos de identidad que propone, pues además de que “es una empresa, al mismo tiempo es un importante productor de imágenes que se instalan en el imaginario colectivo” (p.39) siendo los medios de comunicación los que juegan un papel principal en ello. Por ejemplo para algunas mujeres adolescentes, ser la mujer de un narco puede significar resolver “las frustraciones de la existencia” (p.38), aunque ello implique modificar su cuerpo con cirugías estéticas (Cajas, 2008). Por su parte, Nateras²¹ comenta que para muchos jóvenes, la escuela y el trabajo que les ofrece el proyecto neoliberal o de modernidad no les genera ningún sentido, porque no les garantiza una mejor condición de vida. Afirma que es importante saber “leer” estas situaciones donde, para jóvenes de clase media y alta, la educación no les representa nada importante ni económica ni simbólicamente, pues “hay una fractura de sentido”.

Por otra parte, Fridman (2000) coincide con Chodorow acerca de que en nuestra cultura, el camino que habrá de recorrerse para constituir la identidad masculina, se encuentra vinculado con el proceso de separación/individuación con respecto a la madre, y por ello se considera que la masculinidad sería adquirida una vez que se “superan” los sentimientos de fusión y apego con ésta, lo que permite entonces la independencia necesaria para identificarse con el otro progenitor: el padre. Menciona que por ello se habla de una masculinidad que es reactiva a esta importante y significativa identificación primaria. Comenta que dado el distanciamiento y la consecuente falta de intimidad en el vínculo con el padre, el proceso de consolidación genérica requiere de constantes confirmaciones, desencadenando conductas “desafectivizadas” o riesgosas como una forma de comprobar y sostener que la

²¹ Ver en: www.comunicacionsocial.uam.mx/boletines/indice/oct-4-10a.html

separación con la madre se ha hecho y que no existe el peligro de transformarse en mujer. Señala que en la fase preedípica, predominan los cuidados maternos sobre los paternos, dando lugar a que el niño quiera parecerse más a su madre que a su padre, lo que se relaciona con el hecho de que este último aparece tarde en la crianza del niño, o debido al mayor distanciamiento que frecuentemente se da en la relación con su hijo. El paso de esta fusión con la madre denominada profeminidad²², hacia la identificación de la masculinidad -la cual repudia todo lo femenino-, tiene costos importantes para la vida psíquica del pequeño, pues implica también el repudio del afecto íntimo y total con la madre. Esta autora enfatiza el hecho de que en culturas como la nuestra, lo asociado con lo femenino no se encuentra narcisizado como atributos para el varón. Por tanto, la polaridad de los géneros que la cultura promueve, fuerza al varón a negar la dependencia con la madre para convertirse en el género fálico, detentador del poder. Fridman cita a Chodorow (1978) para explicar que el varón de pequeño, quiere escapar de la omnipotencia materna, y es a través de la posesión de su pene y de su masculinidad, que compensa dicha herida narcisista. Sin embargo, el mundo afectivo al quedar asociado a lo materno y a lo femenino, representará un constante peligro de fusión. El padre, al estar más distante, poseerá desde la mirada del pequeño, la omnipotencia que necesita para salir del apego materno; pues él tiene la omnipotencia “que le gustaría tener y que lo defiende de esta primera dependencia” (Fridman, 2000, p.290).

En la búsqueda del reconocimiento de su identidad de género por parte del padre, el niño puede negar que se siente desvalido y vulnerable y en cambio, mostrarse poderoso. En la vida adulta, las sensaciones de desvalidez o vulnerabilidad, estarán asociadas al miedo a no ser suficientemente masculino, pues estas vivencias no están incorporadas “al background de lo masculino” (p. 290), sino a lo que en el imaginario es devaluado: lo femenino.

Asimismo, señala que en el pequeño emerge la necesidad de un afecto amoroso identificatorio con el padre para salir de la omnipotencia materna. Dicha necesidad de amor resulta frustrante, ante al distanciamiento frecuente del padre y frente a la

²² Definida por Stoller, (como se citó en Fridman, 2000) como “la condición producida por la fusión de la simbiosis madre-hijo cuyo desarrollo aumenta cuando menos esté presente la figura del padre para interrumpirlo” (p.288).

angustia del niño de que éste no se acerque lo suficiente y lo reconozca como un igual, otorgándole su identidad masculina, constituyendo el temor más profundo que subyace a la angustia de castración del hijo (Fridman, 2000).

El niño necesita pensar que él es un igual a esta figura idealizada, reconocimiento que no siempre se produce, provocando un anhelo permanente en los varones y la sensación de nunca estar seguros de su masculinidad. Lo que se considera como paradigmático de lo masculino, está hecho de maniobras defensivas para no parecer femeninos; las manifestaciones de ternura, y los aspectos pasivos se reprimirán por el profundo temor de ser deseados por otros hombres (Fridman, 2000, p.291).

Fridman (2000) señala que el pequeño tiene una gran tarea al encarnar lo que la cultura le marca como propio de lo masculino, pues entrará necesariamente en el conflicto de la afectividad y de las relaciones más íntimas, al definir lo masculino negando lo femenino y al ser el padre varón una figura de identificación lejana y distante, instaurándose la lucha constante de “perder su masculinidad” a lo que en la vida adulta dirigirá sus esfuerzos de comprobación.

A partir de lo anterior, Fridman (2000) propone una relación padre-hijo más disponible y presente en la que el hijo identifique en dicha relación cercana con su padre, el deseo amoroso hacia otro hombre, en donde el afecto no se asocie a lo pasivo, sino más bien sea narcisizado por la cultura. Ello probablemente generaría hombres más seguros de su masculinidad y con menos horror a quedar atrapados en el amor de otro hombre.

Kimmel (1997) coincide con la autora anterior al plantear que la masculinidad se ha concebido como la huida y el repudio a lo femenino. Retoma algunos postulados freudianos para explicar que la madre es el modelo primario de identificación para estructurar la identidad de género y buscar la identificación en el caso de los varones, con otros varones. En un momento temprano, el niño va a imitar la dulzura, los movimientos y gestos de la mamá y se va a feminizar, pero esta imitación de la madre socialmente no promueve su masculinidad:

Tal como Freud lo sostenía, el proyecto edípico es un proceso de la renuncia del niño a su identificación con el profundo vínculo emocional con su madre,

remplazándola entonces por el padre como objeto de identificación. Nótese que él vuelve a identificarse pero nunca se vuelve a atar. Todo este proceso, se pone en movimiento por el deseo sexual del niño a su madre. Pero el padre se alza en el camino del hijo y no concederá a ese niño pequeño, su propiedad sexual. Entonces, la primera experiencia emocional, la que sigue a su experiencia de deseo, es el miedo a su padre, quien es más grande, más fuerte, y más poderoso sexualmente, este miedo simbólicamente experimentado como miedo a la castración, es lo que empuja al niño a renunciar a la identificación con su madre y a buscarla con su padre. Al hacerlo, el muchacho es ahora simbólicamente capaz de unión sexual con un sustituto similar a su madre, es decir, una mujer. Al mismo tiempo adquiere género (masculino) y se convierte en heterosexual (Kimmel, 1997, p. 52).

Este autor afirma que en este proceso de masculinización aparece ineludiblemente ligada la sexualidad; y en el caso de la sexualidad del hijo, poco a poco adoptará el carácter de la sexualidad del padre: amenazante, devastador, posesivo y tal vez castigador. Pero hay debajo un terror que el varón mantiene de manera permanente, y es el que pueda ser desenmascarado (por otros hombres) como un hombre que no se ha separado completa e irrevocablemente de su madre: “el fracaso dejará desexuado al hombre, haciéndolo aparecer como que no es un hombre total, será considerado un hijito de su mamá, un afeminado” (p. 52).

Arguye que después de despegarse de su madre, el chico la concibe no como una fuente nutricia y de amor, sino como una figura que lo infantiliza, y puede humillarlo delante de sus pares. Afirma que las madres representan, la humillación de la infancia, desvalida y dependiente. Por esto “todas las delicadezas de la conducta masculina: la modestia, la cortesía, la pulcritud, la limpieza” (p.53), se significan como conceder lugar a lo femenino y se vea amenazada la imagen de hombre cabal.

Para este autor, el enojo y temor que llevan a la huida de la feminidad, surgen porque la madre puede castrar al muchacho fácilmente debido a su poder para volverlo dependiente, o por lo menos de recordarle la dependencia. Esto ocurrirá permanentemente en el varón, la hombría llega a ser una búsqueda durante toda la

vida para demostrar su logro a los demás. Las mujeres en cambio, no se sienten presionadas para probar su condición de mujer. Ellas tienen otro tipo de crisis de identidad de género, que se relaciona más a su sensación de estar excluidas que al cuestionamiento de si son lo suficientemente femeninas.

Finalmente para este autor, el repudio a la madre como indicador de adquisición de identidad de género masculina tiene tres consecuencias para el varón:

- a) Empuja lejos a su madre real y a lo que asocia con ella: compasión, ternura, acogida;
- b) Suprime esos rasgos en él mismo porque revelarán su incompleta separación de la madre. Su vida incluye un comportamiento permanente para demostrar que no posee ninguno de los rasgos de la madre. La identidad masculina nace de la renuncia a lo femenino, no de la afirmación directa de lo masculino.
- c) Con el fin de demostrar el cumplimiento de estas dos tareas, el chico aprende a devaluar todas las mujeres, como encarnaciones vivientes de aquellos rasgos de sí mismo que ha aprendido a despreciar.

Esta propuesta teórica explica el por qué se repudia lo femenino, es decir, por qué la identidad del hombre desde pequeño se construye alejándose y despreciando todo aquello que le reviva (de manera inconsciente o no) la dependencia materna. Sin embargo, Jiménez (2009) cuestiona la argumentación de los modelos teóricos que explican la construcción de la identidad masculina desde el desprecio de lo femenino, planteando que existen contradicciones, y habla de la paradoja de la heterosexualidad de los hombres, es decir “si el varón es formado en la creencia de que sólo el varón es persona plena, sujeto significativo, interlocutor válido, entonces no es de extrañar que prefiera el trato con los varones [...] lo normal es el varón y en consecuencia las mujeres son lo que producen extrañeza” (p. 4). Para esta autora, por eso la homosexualidad entre hombres es repudiada por muchos de ellos, aunque cada vez se están visibilizando más las relaciones sexuales entre los mismos hombres.

Una vez desarrolladas las tres propuestas teóricas acerca de cómo se constituye la identidad masculina, a continuación abordo lo que es el *yo ideal* y el *ideal del yo*, así como su articulación con la depresión narcisista.

Capítulo 4

La depresión narcisista: pérdida de la propia idealización

En este capítulo en primer lugar describo al *yo ideal*, es decir, lo que el sujeto cree que es, el cómo se mira a sí mismo, y más adelante el *ideal del yo*, la parte del yo constituida e internalizada a partir de ideales de perfección y a los que se aspira provenientes de la micro cultura familiar²³, pero también de otros personajes significativos y de los valores sociales y culturales que permean el momento histórico en el que se está inscrito.

4.1 El yo ideal

Para Hugo Bleichmar (1986), cuando una persona construye la representación de sí mismo (*yo representación*) integra siempre elementos valorativos. Por ejemplo, cuando alguien se ve a sí mismo como gordo o flaco, fuerte o débil, exitoso o fracasado, valiente o cobarde, es porque ha integrado juicios de valor que varían según la cultura en general o la micro cultura familiar. Para este autor, todos los rasgos del yo están en correlación con una escala de preferencias; los atributos o características del *yo representación* que se ubican en el extremo de máxima valoración conforman un *yo ideal*. Ahora bien, la palabra *ideal* adjetiva al yo en un doble sentido: es perfecto y se anhela ser como él, pero al mismo tiempo implica un aspecto ilusorio, pues es difícil de lograr. El mismo Bleichmar (1986) propone al *yo ideal* como la representación de alguien que poseería los atributos de máxima (y difícil) valoración; por ejemplo, personajes heroicos, estrellas de cine, figuras de la mitología, etc. los que constituyen prototipos del *yo ideal*. Agrega que dentro del campo de la psicopatología se puede advertir la existencia de un *yo ideal*, por ejemplo, en una persona con delirios megalómanos, a veces tomará forma de santo, millonario o guerrero invencible. Si bien generalmente, se refiere a un *yo ideal* en singular, en realidad no existe uno solo, sino muchos que corresponden a los diferentes rasgos.

²³ Particularmente de los padres o de quienes realicen dicha función.

Para Blum (2012) el *yo ideal* tiene sus orígenes en el proceso de identificación primaria en donde no existe diferenciación entre sujeto y objeto, por lo general la madre y su hijo. Sin embargo, existe en ella un *yo* que se encuentra ya constituido y otro *yo* en vías de constitución, el del bebé. El pequeño conformará su *yo* a partir del *yo ideal* de la madre, esto es, incorporará la imagen o imágenes de perfección de ésta, de lo que ella misma no pudo ser o realizar (Blum, 2012).

Si extrapolamos los anteriores argumentos teóricos a un contexto cultural globalizado y a una cultura de género como la que predomina en la sociedad mexicana, se puede advertir que el hecho de nacer con un cuerpo de hombre (que implica ya de por sí el derecho a una serie de privilegios) dará inicio a un singular proceso primario de identificación en el que se perpetuarán ideales culturales masculinos como la racionalidad, la invulnerabilidad, la competitividad, el éxito, el poder económico, etc., ya que es probable que dichos ideales hayan sido internalizados por la propia madre y conformen su *yo ideal*²⁴ jugando por tanto un papel constitutivo en el *yo* del pequeño. Esto permite comprender que cuando un hombre siente que no representa lo que constituyó como ideal, su vivencia sea la de no ser hombre, o no serlo suficientemente, pues este ideal es un pilar fundamental de su identidad masculina, cuyo cuestionamiento puede poner en duda incluso su propio ser, como a continuación veremos.

Para Hugo Bleichmar (1986) la escala de valoraciones de cada persona tiene puntos máximos en los que en un extremo se ubica el *yo ideal*, pero también tiene puntos de mínima estimación, ya que para que algo pueda concebirse como perfecto, es necesario que se tenga una representación de lo que no lo es, de lo que es imperfecto. Por esto, sólo existen dos posiciones: o se es el *yo ideal*; o se es el negativo del *yo ideal*; es decir, existe una lógica binaria en la que se es todo o nada, quedando excluidas las posiciones intermedias de la escala.

Al respecto, Blum (2012) agrega que las personas que representan su *yo ideal* negativo se encuentran en una “verdadera cuerda floja, pues viven y corren el riesgo de

²⁴ Como se señaló de acuerdo con Bleichmar (1986), existe un *yo* para cada rasgo idealizado.

sufrir colapsos narcisistas”. Hugo Bleichmar (1986) define colapso como “el resultado de una comparación, de una distancia entre el *yo ideal* y del negativo” (p. 65), que, puede vivenciarse como la caída en el negativo del *yo ideal*, produciendo un estado doloroso y angustiante.

Existen, según este autor, dos condiciones para que se presente un colapso narcisista:

a) Se puede presentar en el momento de triunfar, pues éste puede serlo para el observador externo, no así para el sujeto. En este momento de “triumfo” el individuo se evalúa y se compara con respecto a otros. Es como si en ese momento se dijera << ¡Qué miseria es este premio comparado con los altos designios a los que aspiraba!>>, el Premio Nobel por ejemplo. Es experimentado como una derrota en comparación con el ideal que no se puede alcanzar. En este caso, el colapso es el resultado de una comparación, de una distancia entre el *yo ideal* y el negativo.

b) Puede originarse también frente a los éxitos logrados por otras personas. El triunfo de los demás hace que la persona se coloque ante sus ojos como el negativo del *yo ideal*.

Bajo este orden de ideas, se podría decir que el *yo ideal* del varón cuando niño, se constituye al internalizar de la madre valores, actitudes, rasgos, prácticas, enunciados, atributos, etc. que ella misma reproduce de la cultura de género en la que se encuentra inscrita: “poder, agresividad, logicidad, autoconfianza, sexualismo, repudio de lo femenino y superioridad sobre la mujer. Cuanto más, más varón” (Bonino, 1997, p.18). Ahora bien, si desde un discurso de género hegemónico ser hombre implica asumir dichos atributos y valores que conforman los ideales masculinos, es de suponer que ante la dificultad de alcanzar o mantener dichos ideales o al perderlos, desde la experiencia del varón, se desarrolle un colapso narcisista y una depresión. El mismo varón sin plena conciencia, se coloca entonces en el lugar del negativo de su *yo ideal* y se reprueba a sí mismo, ante la imposibilidad de dar satisfacción a las expectativas externas que se han internalizado y vuelto “propias”.

4.2 El Ideal del yo

En 1921 en “Psicología de las masas y análisis del yo”, Freud planteó que en el yo “se desarrolla una instancia que se separa del resto del yo y puede entrar en conflicto con él” (p.103). A esta instancia la denominó *Ideal del yo*, atribuyéndole funciones como la observación de sí, la conciencia moral, la censura onírica y quien ejerce la represión. Afirmó que el *ideal del yo* es la instancia heredera del narcisismo originario, que poco a poco va tomando de las influencias del medio las exigencias que éste le va planteando al yo, las que muchas veces no puede satisfacer “de manera que el ser humano, toda vez que no puede contentarse consigo en su yo, puede hallar su satisfacción en el *Ideal del yo*, diferenciado a partir de aquel.” (p.103)

Su origen son las influencias de las autoridades, sobre todo de los padres: “la medida del distanciamiento entre este *Ideal del yo* y el yo actual es muy variable según los individuos, en muchos de los cuales esta diferenciación al interior del yo no ha avanzado mucho respecto del niño” (Freud, 1921, p.104).

Por otra parte, Rosales (2006) agrega que desde la segunda tópica o estructura tripartita del aparato psíquico, Freud adjudicó a la identificación una función estructurante del *Súper yo* hasta ese momento nombrado como *Ideal del yo*.

Freud (1923) afirmó que las primeras identificaciones, aquellas producidas en la edad más temprana, tienen un efecto universal y duradero. De acuerdo con este autor, es en este proceso identificatorio donde se encuentra la génesis del Ideal del yo, ya que se presenta la primera identificación y la de mayor valor del individuo: la identificación con el padre, aunque como Rosales (2006) resalta, en el pie de página el mismo Freud (1923) aclaró que sería más prudente decir “con los progenitores pues padre y madre no se valoran como diferentes antes de tener noticia cierta sobre la diferencia de los sexos [...]” (p.33).

Freud (1923) agregó que se trata de una identificación directa e inmediata, más temprana y anterior a cualquier investidura de objeto, y que refuerza la

identificación primaria²⁵. Para este autor, existe en este proceso de identificación dos factores que conviene considerar: la disposición triangular de la constelación del Edipo y la bisexualidad constitucional de las personas.

En el caso del niño varón, desde muy temprana edad desarrolla una investidura de objeto hacia la madre que tiene su origen en el pecho materno y “del padre se apodera por identificación” (Freud, 1923, p.33). Ambos vínculos son paralelamente mantenidos por el niño, hasta que por los deseos sexuales hacia la madre, y la percepción del padre como obstáculo para estos deseos, nace el complejo de Edipo. La identificación-padre ahora tiene un matiz hostil, aparece el deseo de eliminarlo para poder sustituirlo. Por tanto, la relación con el padre se vuelve ambivalente, constituyendo el complejo de Edipo simple positivo.

Para Freud (1923), con la demolición del complejo de Edipo, tiene que ser abandonada la investidura hacia la madre, pudiendo existir dos diferentes sustituciones: o una identificación con la madre o un refuerzo de la identificación-padre; este último desenlace para Freud, suele considerarse como “el más normal” (p. 34) pues permite un vínculo tierno con la madre y consolida la masculinidad en el carácter del varón. Cabe señalar que Freud considera simétrica y análoga la posición del niño y la niña (Rosales, 2006).

Freud (1923) agregó que el desenlace de la situación edípica en la identificación-padre o la identificación-madre, depende de la intensidad relativa de las disposiciones sexuales. Para este autor, el complejo de Edipo completo, positivo y negativo, depende en realidad de la bisexualidad originaria del individuo, es decir, el pequeño varón no sólo posee una actitud ambivalente hacia el padre y una tierna hacia su madre, sino que se comporta también como una niña, mostrando una actitud tierna hacia su padre y la correspondiente actitud celosa y hostil hacia la madre.

Para Freud (1923), el *Súper yo* o *Ideal del yo* se forma a partir de la sedimentación de estas dos identificaciones (madre y padre). “Esta alteración del yo recibe su posición especial, se enfrenta al otro contenido del yo como *Ideal del yo* o *súper yo* [...] Su vínculo con el yo no se agota en la advertencia: “Así (como el padre) *debes ser*, sino que comprende también la prohibición así (como el padre) no te es

²⁵ Descrita en el capítulo dos.

lícito ser, esto es, no puedes hacer todo lo que él hace, muchas cosas le están reservadas” (p. 36). El niño debe ser como su padre pero no le está permitido tener o hacer lo que su padre (por ejemplo poseer a la madre). Esta es la doble faz del *Ideal del yo*, de la que habló Freud (1923) en donde la represión juega un papel fundamental. Ahora bien, más adelante puntualizó que por esto, el *Ideal del yo* “es la herencia del complejo de Edipo y de la expresión de las más potentes mociones y los más importantes destinos libidinales del ello (p. 37).

A este respecto, Blum (2012) señala que “el prototipo de las identificaciones secundarias desde una vertiente constitutiva es el complejo de Edipo, en donde la relación de objeto erótica con la madre y el padre regresa al *yo* desexualizada parcialmente en forma de identificación, siendo el origen del *Ideal del yo* o *súper-yo* [...] los rasgos y/o valores que aparecen como ideales, o como prohibiciones, tienen su origen en dicha relación objetal erótica, de tal manera que lo erótico está en la raíz del *súper-yo* e *Ideal del yo*, las cuales son las instancias más sublimes del aparato psíquico, pero son herederas de relaciones eróticas y prohibidas” (Blum, 2012).

Freud (1923) señaló que el *Ideal del yo* contiene el germen a partir del cual se formaron todas las religiones. Maestros y autoridades tomarán el papel del padre, sus mandatos y prohibiciones permanecerán vigentes en el *Ideal del yo* y ahora ejercerán como conciencia o censura moral y el sentimiento generado ante las exigencias de la conciencia moral y las operaciones del *yo* será la culpa. (Freud, 1923).

Partiendo de los argumentos teóricos expuestos, se puede suponer que dado que en la cultura mexicana existen ideales o rasgos masculinos que se valoran diferencialmente dependiendo del contexto específico en que se está inserto, la constitución del *ideal del yo* estará en función en primer lugar de las identificaciones que cada individuo realice con sus figuras primarias, lo que sentará las bases para las futuras identificaciones con todos aquellos personajes que representen una imagen masculina de autoridad. Al respecto, autores como Cruz (2006) y Seidler (2006) coinciden en señalar que en la cultura occidental, la racionalidad sigue sobrevalorándose y superponiendo a la emocionalidad, al asociarse esta última a lo femenino. Ahora bien, como se ha planteado antes, si bien no existe una sola forma de

aprender a ser hombre²⁶, se sigue socializando a los hombres desde pequeños a ser como el propio padre, quien representa como figura de autoridad inicial, un modelo de identificación temprana en el proceso identificatorio primario y secundario y que, al internalizarse por el niño, perpetúan los rasgos asociados al ser hombre. Esto coincide con lo planteado por de Keijzer (2006) cuando señala que al hombre de pequeño se le enseña, promueve y exige la independencia, la agresividad, la competencia, la incorporación de conductas violentas y temerarias en aspectos tan diversos como la relación que establece con los vehículos, las drogas, la familia y la sexualidad, rasgos o características que se incorporan porque aparecen como ventajosas -y en realidad lo son- dentro de las relaciones de poder entre los géneros, puesto que son efectivamente más valoradas.

Asimismo, retomando los conceptos psicoanalíticos sobre la teoría de las identificaciones, se puede deducir que el *yo* del varón se va constituyendo a partir de las identificaciones que va haciendo con ideales preconcebidos por sus figuras primarias, como signos de perfección y a los que tiene que aspirar para ser amado, reconocido y validado por éstos. Pero dado que los padres se encuentran inscritos en una cultura específica, son a la vez portadores y transmisores de un discurso de género que asigna y mandata lo que es masculino y lo que significa ser hombre dentro de ese contexto particular. De esta manera, perder, no alcanzar o no mantener dichos ideales podría atentar contra el propio *yo*; por tanto, el amor propio y la valía personal pueden verse mermados, derivando en una depresión predominantemente narcisista como a continuación se explica.

4.3 La depresión narcisista: pérdida de la propia idealización

Hugo Bleichmar (1986) plantea que cuando se estudia la depresión suele hablarse de ella como si se tratara de una entidad única, sin reconocer la diversidad de cuadros que han recibido esta nominación. Las depresiones del duelo normal, la melancólica, la neurótica, la anaclítica, la depresión psicótica, etc. Si bien tienen

²⁶ Tal como lo sostiene de Keijzer (2006) cuando afirma que con sus variantes nacionales, sigue existiendo una forma hegemónica de socializar a los hombres desde pequeños que esta cultural e históricamente construida y que tiene sus diferencias por clase o etnia, pero que sirve de referente a las formas de socializaciones incluso alternativas y marginales. Ver en www.estudiosmasculinidad.buap.mx/paginas/reportedBenodeKeijzer.htm

diferencias comparten dos condiciones: 1) la existencia de una pérdida de objeto, y 2) la imposibilidad de realizar un deseo o anhelo amoroso, constituyendo ambas condiciones el eje articulador que atraviesa los diferentes cuadros depresivos. Por ejemplo, en el duelo normal se ha perdido un objeto (ser amado) a través del cual se podía satisfacer un deseo de amor. En la depresión narcisista, la persona siente que en lugar de ser el *yo ideal* es el negativo de éste, lo que significa que siendo el *yo ideal* tenía el amor del objeto externo y del *súper-yo*, y no siéndolo pierde el amor de uno y otro, y por tanto no realiza su deseo de amor. En la depresión culposa, se siente culpa por creer que se ha dañado al objeto, por tanto tampoco se satisface el anhelo de amor.

Este mismo autor afirma que en la depresión culposa y en la depresión narcisista, la culpa de la primera, suele confundirse con los sentimientos de inferioridad de la segunda. Sin embargo, lo que puede diferenciar a ambas modalidades de depresión, es primero, el tipo de ideal que no se satisface; y segundo, la adjudicación o no de la responsabilidad con respecto a ese cumplimiento. Con respecto al primer elemento diferenciador, en la depresión culposa, se siente que no se cumple el ideal de “no dañar” o “no perjudicar”, pero además la persona se siente culpable al adjudicarse la responsabilidad de haber actuado activamente en contra de una norma. En cambio, en una depresión narcisista, si bien puede existir también culpa, lo que predomina es la tensión causada por un ideal que no se cumple o se ha perdido, y que en caso de ser satisfecho, permite sentirse perfecto y valioso. El cumplimiento del ideal, permite ocupar un lugar preferido ante los ojos de un otro significativo, que puede ser el propio *superyó* del individuo, y por tanto la persona se siente valiosa y perfecta. Si no cumple con ese ideal, el individuo no se sentirá amado y preferido, se vivirá como relegado frente a un presunto rival que triunfa, pues él se representará a sí mismo como el negativo del *yo ideal*, y el *yo ideal* es otro respecto a él. Ahora bien, puede sentirse culpable de no alcanzar el ideal pero no es lo que predomina. Incluso afirma que en la depresión por pérdida simple de objeto, representada por el duelo por la muerte de un ser querido, más que culpa lo que existe son micro episodios melancólicos, pero realmente lo central es el penar y el dolor porque la persona ya no está más. De tal manera que según Bleichmar (1986), la culpa es un elemento que si bien pueden

encontrarse en la depresión narcisista o en la pérdida simple de objeto, su predominancia es patognómica²⁷, es decir, esto será lo que defina el cuadro de depresión culposa.

Ahora bien, es importante señalar que en el presente estudio si bien se reconoce la diversidad de los cuadros depresivos, solo se focaliza la depresión de predominancia narcisista, por ser la que surge cuando existe una pérdida de un objeto que se ha interiorizado como ideal, en este estudio dicha pérdida se circunscribe a la de perder un ideal o ideales masculinos.

Bleichmar (1986) afirma que si una persona considera que poseer ciertos atributos y rasgos la hacen digna de estimación frente a sí misma y frente a otros, no poseerlos puede desencadenar una depresión, al no poder amarse, pues ha dejado de ser su propio ideal; o porque ha perdido el amor del *súper- yo*, pues constituyó dichos atributos como ideales de perfección. Para que esto ocurra, debió de haberse tomado como objeto de amor, viéndose como un ideal, constituyendo el núcleo de la caracterización del *narcisismo*. Esto permite explicar lo que sucede cuando por ejemplo un varón que ha inscrito en su subjetividad que “debe” tener poder económico para ser un hombre “exitoso” y para sentirse reconocido por su *súper yo*, cuando pierde un puesto laboral que le proveía dicho poder económico, pueda sentir que deja de ser digno de estimación frente a sí y frente a otros, pues interiorizó este atributo como ideal.

El término *narcisismo* surge de una descripción clínica hecha en 1899 por Nacke “para designar aquella conducta por la cual un individuo da a su cuerpo un trato parecido al que daría al cuerpo de un objeto sexual” (en Freud, 1914, p.72). Sin embargo, Freud lo definiría como “la libido sustraída del mundo exterior y que se conduce al yo” (p.72). Asimismo, refirió que una de las formas para estudiar el *narcisismo* es a partir de “la vida amorosa dentro de su variada diferenciación en el hombre y la mujer” (p.84). Afirmó que el niño y el adolescente eligen sus objetos sexuales a partir de sus primeras vivencias de satisfacción: “las primeras satisfacciones

²⁷ Dicho de un síntoma que caracteriza y define una determinada enfermedad. Ver Diccionario de la Lengua Española. <http://lema.rae.es/drae/?val=patogn%C3%B3mico>

sexuales auto eróticas son vivenciadas a remolque de funciones vitales que permiten la auto conservación” (p. 84). Generalmente, las personas encargadas de la nutrición, el cuidado y la protección del bebé llegan a ser los primeros objetos sexuales del niño incidiendo en la futura elección del objeto de amor. Ésta última podrá ser por apuntalamiento: elegir “a la mujer nutricia o al hombre protector” (p, 87) que fueron mamá o papá; o bien, por elección narcisista, según el modelo de sí mismo, por tanto se podrá amar: a) lo que uno mismo es, b) lo que uno mismo fue, c) lo que uno mismo querría ser y/o d) la persona que fue una parte del sí mismo propio. Estos precedentes son importantes porque a partir de dichas observaciones, Freud (1914) presupone la existencia en todo ser humano de lo que denominó *narcisismo primario*, el cual puede expresarse en la elección de objeto. Dicho *narcisismo primario*, aunque difícil de observar directamente, se puede también inferir al considerar la actitud tierna de los padres hacia sus hijos, en la que prevalece “una compulsión a atribuir al niño toda clase de perfecciones [...] y a encubrir y olvidar todos sus defectos” (p. 88). Asimismo, señala que los padres son proclives a evitar en su hijo/a adversidades que tal vez ellos mismos hubiesen atravesado: enfermedad, muerte, renuncia al goce “debe ser de nuevo el centro y el núcleo de la creación: *His Majesty the baby*” (p.88). Los padres ven en su hijo/a quien se encargará de cumplir sus sueños, los deseos no alcanzados “el hombre será un gran hombre y un héroe en lugar del padre, y la niña se casará con un príncipe como tardía recompensa de la madre [...] el conmovedor amor parental, tan infantil en el fondo, no es otra cosa que el narcisismo redivivo de los padres, que en su trasmudación al amor de objeto revela inequívoca su prístina naturaleza” (p. 88). Por lo que padre y madre proyectarán en su hijo o hija sus propios anhelos y deseos insatisfechos, por lo que el *yo ideal* de los padres se infiltra en el *yo ideal* de su hijo el cual está en vías de constitución.

Ahora bien, el tema del *narcisismo* para Bleichmar (1986) implica dos niveles de problema: 1) la relación entre el *yo* y el objeto; y 2) la vivencia de la perfección, de autosatisfacción, de completud, en resumen, de hiperestimación de sí mismo, siendo este segundo nivel el que interesa abordar en este trabajo. Este autor retoma los postulados de Freud al respecto del narcisismo infantil y refiere que el niño se vive placenteramente sintiéndose excelso y perfecto, sabiendo que su inteligencia, belleza y

calidades son hiper-estimadas, recordemos que para los padres y para sí mismo “él es el centro de la creación” De esta manera, la idealización juega un papel importante, pues es lo que caracteriza al amor del *narcisismo*, es a través de la cual se mejoraran las calidades del sujeto. Es una condición en la que el sujeto se toma como objeto de amor, por tanto se hiperestima. Bleichmar (1986) plantea que cuando se presenta una caída de ésta hiper-estimación narcisista, ya sea porque se pierda el objeto de amor o porque se pierde al yo idealizado, se puede producir una depresión de tipo narcisista.

Este autor agrega que a la representación idealizada que la persona hace de sí misma, subyace un orden simbólico que es exterior al individuo y que esta inevitablemente ligado a la cultura en la cual se está inscrito. Por tanto, “la representación valorativa de sí, es construida en la inter subjetividad, esencialmente la existente entre el sujeto y los personajes significativos de su infancia” (p.46). Esto es, la conformación de la representación idealizada de sí mismo, se da en el vínculo con las figuras tempranas, madre y padre. Son éstos los que dictarán qué hombre se tendrá que ser, en función de lo que se valore o admire en el contexto cultural en que encuentran inscritos; así la dimensión intrapsíquica se articula con la dimensión social y cultural, es decir, los ideales que los padres inscriben en su hijo o hija, preservan un orden cultural de género. Por ejemplo, si para la madre y/o el padre una representación idealizada de hombre implica no llorar, el pequeño lo inscribirá en la profundidad de su psique, pues fueron sus padres quienes anteriormente idealizaron la imagen de un hombre que no llora; por tanto, él terminará también idealizando dicha representación. Lo que explica el por qué algunos hombres adultos reportan en psicoterapia que aun cuando sienten ganas de llorar no pueden hacerlo, pues tal vez, sin plena consciencia, implicaría atentar contra la representación idealizada que madre y padre tuvieron de él.

El niño, por la dependencia con respecto a su objeto de amor, se identifica con esa imagen valorada que le viene del otro y pasa a valorarse [...] los padres satisfacen su propia necesidad de estima no solamente hiper-valorando al hijo, que es su producto, sino también que la vivencia del narcisismo satisfecho del niño tiene su origen en los padres. (p.46)

Siguiendo estos argumentos podemos plantear que dado que la representación valorativa de sí, se da en la relación intersubjetiva con los padres, el pequeño se apreciará en función de cómo éstos lo ven, pero también en función de cómo éstos se ven a sí mismos. En su *narcisismo* o amor propio lastimado por no lograr o perder ideales que ha hecho suyos, es muy probable que subyazcan ilusiones y tal vez sueños no logrados de sus propios padres o de quienes fungieron como tales. De esta forma, es muy probable que desarrolle un cuadro depresivo con predominancia narcisista.

Ahora veamos en la segunda parte de este trabajo, la ruta metodológica que se siguió para dar respuesta a la pregunta de investigación planteada y cubrir los objetivos de la misma.

II. EL MÉTODO Y LA MIRADA EPISTÉMICA

PLANTEANDO EL PROBLEMA

A pesar de que la OMS (2012) estima que la depresión es la principal causa de discapacidad y morbilidad, sigue considerando que “afecta más a la mujer que al hombre”²⁸. Sin embargo, desde las últimas dos décadas se ha empezado a reconocer un subregistro de población masculina en las estadísticas de depresión reportadas mundialmente (Möller-Leimküller, Bottlender, Straub & Rutz, 2004; Danielsson & Johansson, 2005) Este subregistro puede deberse a que el diagnóstico está basado en criterios femeninos, dados los sesgos que han estereotipado las concepciones de salud y enfermedad mental y que asocian la depresión con lo “femenino”. Asimismo, no puede dejar de considerarse que los hombres acuden mucho menos a pedir ayuda profesional por estos problemas, tal y como las mujeres tienen dificultades de solicitar atención para las adicciones o afecciones cardíaca pues se asocian a lo “masculino”.

Agreguemos además, un mundo globalizado que promueve valores como éxito, competitividad, poder económico, etc. fortalecidos por una cultura de género en donde se sigue socializando a los hombres desde pequeños a asumir patrones masculinos idealizados, como ser “fuerte e invulnerable”. Desafortunadamente, las condiciones de precariedad social y económica que prevalecen hoy en día, hacen prácticamente imposible alcanzar o sostener dichos valores enaltecidos. De esta forma, la depresión desde la perspectiva de la pérdida de ideales internalizados que definen la propia identidad masculina, puede ser uno de los costos en la salud mental y emocional que trae consigo buscar apegarse a los mandatos de la denominada “condición masculina”. Por tanto, puede hipotetizarse que la depresión está asociada –entre otros factores- a la pérdida de ideales masculinos; o bien a la pérdida de la certeza de poderlos alcanzar, los que precisamente por haber sido idealizados resultan ilusorios por su difícil consecución.

Con base en lo anterior, propongo que situaciones en las que un hombre pierde algo que le simboliza el éxito y el logro precisamente como “hombre” en un contexto

²⁸ Ver en <http://www.who.int/mediacentre/factsheets/fs369/es/>

globalizado y en una cultura de género como la que prevalece en nuestra sociedad, sea muy probable que pueda desarrollar una depresión de predominancia narcisista. Ésta ocurre ante la pérdida de un objeto que es considerado ideal para el sujeto (Bleichmar, 1986), es decir, cuando éste se sabe poseedor de ciertos atributos que lo hacen sentir valioso o perfecto, si desaparecen o se disminuyen por alguna circunstancia, podrá deprimirse al haberse destruido a los primeros, configurados como ideales de perfección. En este sentido, lo que me interesa explorar en este estudio es precisamente cómo se vive y significa perder o no alcanzar ideales interiorizados como “masculinos” desde la historia personal de cada varón; emocionalmente cómo se experimenta, cuáles son las consecuencias de dicha depresión, así como cuáles son aquellos recursos psicológicos que le permiten hacer frente y optar por la vida.

Bajo este contexto, la pregunta que surge y que guía el presente estudio es la siguiente: ¿Cómo es la vivencia narcisista en hombres deprimidos por la pérdida de ideales considerados propios de su masculinidad? En el siguiente apartado presento la ruta metodológica que permitió dar respuesta a la pregunta planteada.

El Objetivo General:

Conocer la vivencia de la depresión de un grupo de hombres que han perdido ideales considerados propios de su masculinidad.

Los específicos

1. Indagar cuáles son los ideales masculinos internalizados por el varón en la constitución de su identidad y

2. Explorar si la depresión predominantemente narcisista está asociada con la pérdida de éstos ideales o con la experiencia de no alcanzarlos o mantenerlos.

Tipo de estudio

La presente investigación es de corte cualitativo, y su enfoque es interpretativo, pues se parte de que la realidad epistémica o forma de construir el conocimiento “depende para su definición, comprensión y análisis, del conocimiento de las formas de percibir, pensar, sentir y actuar propias de los sujetos cognoscentes” (Sandoval, 2002, p.228). Asimismo, esta investigación tiene un sustento psicoanalítico y de género. Explora cómo “la realidad incierta [...], lo imprevisible e inédito de los impulsos de la modernidad impacta en la subjetividad del individuo” (Pantoja, 1998, p.296), específicamente en el proceso de identificación e internalización de ideales que definen lo masculino en el contexto donde se inserta cada uno de los participantes y con ello contribuir a los estudios que pretenden conocer los nexos entre las subjetividades y el contexto sociocultural

Primer acercamiento al tema de la depresión en los hombres

El primer acercamiento al tema de la depresión en población masculina lo realicé al entrevistar a tres hombres adultos que conocía y que sabía habían atravesado por una depresión relativamente reciente o que incluso, estaban todavía experimentándola. Los tres habían presentado situaciones relacionadas con pérdidas que yo suponía

podían haber vulnerado su identidad masculina desde los ideales a los que se les socializa a la mayoría de los hombres desde que son pequeños (fuerza, poder, invulnerabilidad, potencia sexual, etc.). El primero al que llamaré Julio²⁹, presentaba un problema de disfunción eréctil; otro, al que llamaré Cristóbal, había perdido su relación de pareja por la infidelidad de su esposa, mientras él trabaja en Estados Unidos; y Hugo, el tercero, había tenido una separación de pareja debido a que “no habían podido tener hijos”.

A los tres les comenté que estaba realizando un estudio en la UNAM sobre depresión en hombres y puesto que anteriormente me habían compartido que se encontraban deprimidos por una experiencia de pérdida que habían tenido, su testimonio sería muy importante y significativo. Los tres accedieron mostrando una actitud de interés y disposición. Las entrevistas se realizaron en un consultorio particular. Julio y Cristóbal habían acudido a pedir ayuda profesional al darse cuenta de que querían sentirse mejor; como refirió Julio, “mi parte interior me decía tienes que estar bien, busca ayuda” o como afirmó Cristóbal, “yo no me sentía a gusto y yo pensé si no puedo cambiar las cosas pues tengo que cambiar yo ¿no?, entonces es eso, vi formas de cómo salir”.

Julio acudió con un psiquiatra y Cristóbal con un “psicólogo del DIF”, según refirieron. En el caso de Hugo, aunque reconoció durante la entrevista sentirse con depresión, no había solicitado ayuda por lo menos hasta el momento de la misma. A los tres participantes se les realizó una entrevista semiestructurada de una sola sesión, de aproximadamente dos horas de duración en la que utilicé la siguiente guía temática:

1. En tu proceso de vida ¿cómo construiste el sentido de ser hombre?
2. ¿Qué es para ti la depresión?
3. ¿Tú te consideras con depresión?
4. ¿Cómo apareció la depresión en tu vida?
5. ¿Por qué crees que apareció?
6. ¿Qué has hecho para enfrentarla?
7. Desde tu experiencia con la depresión, qué crees que ayudaría a otros hombres que la viven.

²⁹ Por consideración ética y de respeto.

A partir de la este primer acercamiento, donde escuche las narraciones sobre la experiencia de depresión de estos tres varones, pude modificar y replantear el enfoque de entrevista que estaba proponiendo, ya que emergió la necesidad de profundizar más en las temáticas surgidas desde la vivencia y narrativa del varón y no desde una guía de temas estructurados y planteados por mí, por lo que de ser semiestructurada fue propuesta como una entrevista psicológica abierta, focalizada y guiada por los objetivos de la investigación. Asimismo, en esta primera etapa surgió la necesidad de asumirme en la entrevista no tan solo en el papel de investigadora frente a los participantes, sino poner en juego en mayor medida mi formación clínica, con el fin de profundizar en la vivencia de los hombres con respecto a los temas clave de la investigación: *los ideales de masculinidad internalizados a partir de la identificación en la relación temprana con madre y padre*³⁰, *en la relación con personajes significativos en la vida del participante, incluyendo al grupo de pares, la vivencia ante la imposibilidad de alcanzar o mantener dichos ideales y su relación o no con la depresión.*

Es importante agregar que este primer acercamiento a la experiencia de los varones que amablemente accedieron a ser entrevistados, fue sumamente revelador y enriquecedor, ya que surgieron implicaciones tanto a nivel empírico como teórico, pues no tan sólo pude ampliar mi perspectiva como investigadora en el sentido de valorar la enorme importancia de establecer una clima de confianza y mayor empatía con los entrevistados para acceder a la profundidad de su vivencia, sino poder plantear más que un guion temático, ejes temáticos que cubrieran los objetivos de investigación planteados.

De este modo, las preguntas que se realizaron durante las entrevistas finales y que responden a los ejes temáticos explorados, fueron construidas con el fin de explorar procesos internos leídos desde una perspectiva holística e integral, tal como lo señala Ardoino (1988) pues partí de “una visión metodológica alternativa a la que le compete una lectura molar y holística del objeto de estudio” (p.3).

Este autor señala que cuando se realiza investigación, inevitablemente lo imaginario, lo inconsciente y la fantasía de quien hace investigación, forma parte de las implicaciones que como investigador estarán en todo momento presentes.

³⁰ O quienes hayan realizado dicha función.

(Arduino, 1988). Sin embargo, partí del hecho de que el respaldo, la revisión y asesoría tutorial me permitiría una relación satisfactoria entre la implicación y el distanciamiento con el objeto-sujeto de estudio. Esto es, implicarme para comprender los significados y sentidos del entrevistado, pero a la vez poder distanciarme para mirar y comprender en lo posible la narración del participante desde el imaginario, el inconsciente y la fantasía de éste y no del mío.

¿Quiénes participaron y bajo qué criterios?

En total entrevisté a siete varones, sin embargo, solo cuatro cubrieron los criterios de inclusión propuestos. Uno de ellos, Julio, quien había sido entrevistado en el primer acercamiento, fue el único que se incluyó en la muestra final. A continuación presento las características de los varones que conformaron la misma:

- Todos radicaban en el Distrito Federal.
- Tuvieron una edad entre 38 a 56 años, encontrándose en una etapa de la vida laboralmente productiva³¹.
- Todos estaban en un proceso de psicoterapia por lo menos desde hacía tres meses o lo habían iniciado. Ello se basó en el hecho de integrar solo aquellos varones que contaran con un espacio psicoterapéutico o de apoyo en caso de requerirlo, lo que formó parte de las consideraciones éticas de este estudio.
- Fueron identificados por su psicoterapeuta o facilitador/a con depresión.
- De acuerdo con una primera entrevista supervisada, se consideró que padecían depresión narcisista, de acuerdo con lo planteado por Blum (2011), es decir, habían tenido “una pérdida que afectaba fundamentalmente la representación de su yo, en términos de valoración, mermando considerablemente su autoestima”. También retomé lo planteado por Bleichmar (1986) acerca de que la depresión narcisista se presenta cuando existe la

³¹ Aun cuando los criterios de INEGI (2009) establecen una edad de 14 años o más, en esta investigación se tomó solo este rango para evitar la influencia de variables propias de otras etapas del ciclo vital como adolescencia o vejez.

pérdida de un objeto que es considerado ideal para el sujeto; es decir, cuando éste considera que ciertos atributos lo hacen digno de estimación y éstos desaparecen o se disminuyen por alguna circunstancia, puede deprimirse pues ha destruido a los primeros, configurados como ideales de perfección. En este sentido, los varones que participaron en la muestra final, habían tenido pérdidas tales como: pérdida de la pareja, del puesto laboral y del funcionamiento sexual, etc.

Criterios considerados en la exclusión de los participantes:

- Que presentara otro tipo de depresión de acuerdo con lo propuesto por Bleichmar (1986):

a) Depresión culposa. Puede haber semejanza con la depresión narcisista pues aquí se siente culpa por no cumplir el ideal de “no dañar” o “no perjudicar”, pero también porque se adjudica la responsabilidad de hacer algo malo que dañó al objeto de amor, su comportamiento va en contra de lo que interiorizó como norma o regla. Si bien este autor habla de que también en la depresión narcisista puede experimentarse culpa por no cumplir el ideal, en la depresión culposa lo que predomina es el sentimiento de culpa, por lo que ésta es un elemento patognómico que caracteriza y define esta modalidad de depresión.

b) Depresión por pérdida simple de objeto. Se refiere al duelo normal por la muerte de un ser querido. “Aun cuando en todo duelo se pasa por momentos en que hay sentimientos de culpabilidad, éstos son los micro episodios melancólicos dentro de un proceso en que lo central es el penar porque el objeto ya no está más”. (p.124) Lo que predomina es el dolor y la pena, ya que el objeto de amor se ha perdido para siempre.

c) Depresión psicótica. De acuerdo con Kaplan y Sadock (1989), supone una grave alteración, alto riesgo suicida y posible necesidad de hospitalización.

d) Depresión por causas médicas, o inducida por drogas.

e) Otro trastorno psiquiátrico como: esquizofrenia, trastorno esquizoafectivo, trastorno de la personalidad y/o demencia (Elkin, 2000).

Procedimiento

Para acceder a los participantes de este estudio recurrí a mi red social de psicoterapeutas que atendían a hombres adultos en instituciones y que ofrecían servicios clínicos de psicoterapia; o bien que brindaban consulta particular. Les expliqué los objetivos del estudio y los motivos para contactar a usuarios que desde su perspectiva clínica (la del psicoterapeuta) se encontraban con depresión y que de manera voluntaria querrían participar en el estudio. Hecho lo anterior, entregué una invitación al/a la psicoterapeuta, para que se la hiciera llegar al probable participante del estudio, la cual contenía datos para comunicarse conmigo. O bien, que autorizara el que se me proporcionara datos para que yo pudiera contactarlo (ver apéndice 1).

Una vez contactado al probable participante, le invité a ser entrevistado en consultorio particular.

Como lo señalé anteriormente, los siete hombres que respondieron a la convocatoria, fueron invitados a una primera sesión en la que les expliqué los objetivos del estudio y les enfatiqué la importancia de detectar primeramente si estaban experimentando la modalidad de depresión que yo estudiaba (narcisista). Para ello consideré los criterios previamente citados de Blum (2012) y Hugo Bleichmar (1986), es decir, haber tenido la pérdida de un objeto o situación altamente valorados y que hubiera vulnerado su autoestima (p.ej. pérdida de la salud, de trabajo, de la pareja, de su funcionamiento sexual, infertilidad, que hubiera sido descendido de puesto laboral, etc.). De esta manera, esta primera sesión la realicé con todos los varones que quisieron participar, independientemente de si cumplían o no con los criterios de inclusión, brindando un espacio de escucha a quien quiso compartir su experiencia, lo que involucró principalmente un componente ético. Al finalizar, le agradecí a cada participante su apoyo y participación y propuse la posibilidad de una segunda sesión a aquellos que consideré cumplían con los criterios de depresión narcisista. Después de que el diagnóstico de depresión narcisista fue consensado y validado por una psicoanalista experta en dicho tema, contacté nuevamente a cada participante y le confirme la segunda sesión, explicándole nuevamente los objetivos del estudio. Asimismo, le presenté una carta de consentimiento informado (ver apéndice 2). Una

vez creada una atmósfera de confianza, le invité a compartir su experiencia de depresión en una o varias sesiones, iniciando con la siguiente frase introductoria: “Me gustaría que me platicaras de manera amplia cómo fue apareciendo la depresión en tu vida y cómo influyó en ti tomando en cuenta que eres un hombre”. La duración de cada sesión fue de sesenta a noventa minutos cada una.

Es importante señalar que la etapa de convocatoria fue una experiencia de mucho aprendizaje, pues tuve que reestructurar varias veces la manera en que estaba invitando a participar a los varones, ya que en un inicio proporcionaba información detallada acerca de lo que trataba la investigación, lo que podía sesgar la experiencia que cada uno compartiría. Otro aspecto que surgió de manera inesperada, fue descubrir que aun cuando los o las psicoterapeutas que formaron parte de la red social en la que me apoyé, me informaban que sí tenían identificados en consulta algunos probables varones con depresión, cuando les hacían la invitación, la mayoría reportó que “no querían participar pues les daba pena”, aspecto que retomó en el apartado de discusión.

La Técnica de recolección de datos

Tras descubrir durante el primer acercamiento al tema de depresión de los varones, la importancia de profundizar en los temas surgidos desde su propia experiencia, se propuso emplear la entrevista psicológica que de acuerdo con Bleger (1976), es aquella en la que se persiguen objetivos psicológicos; en este caso fueron de investigación. Fue de tipo semi-abierta o focalizada, pues dada su naturaleza flexible dio la libertad de explorar los ejes temáticos que se deseaban investigar, permitiendo al sujeto abordarlos de acuerdo con su estructura psicológica particular (Bleger, 1976).

En el siguiente cuadro presento los supuestos teóricos que sustentaron los objetivos de esta tesis y los ejes temáticos que se exploraron en la entrevista que finalmente se hizo a cada uno de los cuatro participantes que conformaron la muestra final:

Supuestos teóricos	Objetivos específicos	Ejes temáticos
<p>1. En el proceso de constitución de la identidad masculina, se internalizan ideales que definen a un “hombre” en el contexto inmediato, a través de la identificación con las figuras primarias y con otras figuras significativas.</p>	<p>Indagar cuáles son los ideales masculinos internalizados por el varón en la constitución de su identidad.</p>	<p>Ideales de masculinidad internalizados en la relación con figuras primarias y con otras figuras masculinas significativas.</p> <ul style="list-style-type: none"> - Formación del sentido de ser hombre a lo largo de la vida. - Relación con cuidadores primarios, con otros hombres significativos en la vida y con el grupo de pares. - Lo aprendido acerca de cómo ser un hombre, qué significaba ser hombre en el sistema familiar, consecuencias de asumirlo o no. - Sentimientos asociados con asumirlo o no.

<p>2. La depresión predominantemente narcisista puede ser resultado de sentir o creer que se han perdido o no se han alcanzado ideales que forman parte de la identidad masculina (éxito económico, social, laboral, sexual, etc.) desde la perspectiva del varón.</p>	<p>Explorar si la depresión predominantemente narcisista está asociada con la pérdida de éstos ideales o con la experiencia de no alcanzarlos o mantenerlos.</p>	<p>Historia o trayecto de la depresión.</p> <p>Vivencia emocional:</p> <ul style="list-style-type: none"> • Sentimientos • Pensamientos • Acciones u omisiones predominantes • Explicaciones que se le atribuyen • Cómo afecta su estima o valoración como hombre.
--	--	---

Después de conocer los supuestos teóricos que sustentaron los objetivos de este estudio, veamos ahora el dispositivo que se creó para analizar los resultados vertidos en cada una de las entrevistas.

PROPUESTA DE DISPOSITIVO ANALITICO

Con base en la propuesta inicial de análisis de los datos en la que se retomaron algunas sugerencias de Camarena (2012), se planteó un mecanismo de análisis que agregó algunos otros elementos que posibilitaron una lectura más flexible, y que permitió una mirada que incluyó la perspectiva psicoanalítica y la de género, particularmente la que abordaba las masculinidades. Lo que se considera constituye la aportación metodológica más importante de este trabajo, es decir, la sistematización de los datos vertidos en cada una de las entrevistas de una forma ordenada y concreta. A continuación explico el procedimiento realizado para cada una de ellas:

1. Cada entrevista se transcribió inmediatamente después de haberse realizado.
2. Para el manejo de los datos de cada entrevista, realicé un cuadro con dos columnas: la primera fue propiamente para el texto de la entrevista; la segunda, para escribir tema o temas identificados, comentarios y observaciones.
3. Después de leer una o dos veces cada entrevista, se buscó el tema o temas principales de cada párrafo subrayándolos con color diferente. Posteriormente, en la segunda columna se escribió el tema o temas encontrados relacionándolos con su respectivo color de subrayado. Esto se hizo para facilitar la búsqueda de la cita textual que aludía al tema en el momento de redactar la sección de resultados.
4. Identificados y registrados todos los temas en la segunda columna, realicé categorías que fueron registradas en un cuadro, para posteriormente ser ordenadas bajo una perspectiva deductiva, es decir, se buscaron aquellas que eran más generales y aquellas que podían ser englobadas por las generales,
5. De acuerdo con los objetivos planteados, se fueron relacionando y ordenando como categorías (o temas) generales y como categorías (o temas) específicos
6. Dichas categorías (o temas) generales y específicas fueron la base para realizar un índice temático para cada entrevistado.
7. Realicé el mismo procedimiento para cada entrevista.
8. Los cuatro índices temáticos resultantes fueron ordenados mediante una base de datos en un programa de Excel.
9. Finalmente, los índices temáticos permitieron dar estructura al análisis de los resultados.

CONSIDERACIONES ÉTICAS

Como parte de las consideraciones éticas del presente estudio, se propuso que para poner en práctica el principio de consentimiento informado tal como lo plantea Mondragón (2007), la participación en el estudio fue completamente voluntaria,

presentándole al participante la carta de consentimiento informado por escrito antes de la entrevista (ver apéndice 2).

En cuanto al principio de “determinación de los riesgos y los beneficios” (Mondragón p.29), se resguardó la confidencialidad y la privacidad de los participantes cambiando los nombres de los investigados en las publicaciones, de tal forma que nunca se exhibieron los nombres reales de los participantes.

Para reducir el “riesgo de que se pueda desencadenar trastornos en la salud mental y riesgos sociales” (Mondragón, 2007, p.27), en el momento de realizar la(s) entrevista(s), se incluyeron en el estudio únicamente a participantes que se encontraban en tratamiento psicoterapéutico, pues con ello se garantizó, que en caso de que se abriera un tema que generara conflicto, existía un espacio previo de contención emocional. Sin embargo, también se consideró que en caso de surgir la necesidad de dar apoyo emocional y/o de emergencia, la entrevistadora quien había recibido formación y capacitación especializada podría brindarlo.

III. RESULTADOS

RESULTADOS

En este apartado expongo de manera detallada los resultados de los cuatro entrevistados que cubrieron los criterios de inclusión requeridos. Recordemos que una de las entrevistas fue realizada en el primer acercamiento que se tuvo al tema (la de Julio) mientras que las otras tres, fueron realizadas posteriormente a varones que llamaré Arturo, René y Juan³². El análisis de las narraciones de cada participante se realizó bajo las perspectivas teóricas que fundamentaron esta investigación: la psicoanalítica y la de género.

En la presentación de cada entrevistado expongo brevemente algunos elementos: cómo fue contactado, cuál fue la impresión que tuve desde la primera sesión de entrevista, eventos que precedieron su depresión, síntomas presentados, su vivencia y en términos generales, algunas características de su contexto familiar. Posteriormente, muestro los temas que emergieron en la entrevista y que se relacionaron con los objetivos planteados, así como el *yo ideal* y los *ideales del yo* puestos en juego. Finalmente, presento un resumen analítico destacando la especificidad de su historia de vida, es decir, expongo el eje analítico representado por aquel aspecto singular³³ de cada participante que determinó de manera importante la forma de vivenciar los acontecimientos narrados. A continuación, presento un cuadro que contiene información general de cada uno de los entrevistados que participaron en este estudio.

³² Por consideración ética se cambiaron los nombres reales de todos los participantes.

³³ Silvia Bleichmar retoma a Castoriadis al sostener que “los modos singulares históricos de constitución del sujeto dan lugar a tensiones y malestares subjetivos del ser” (Bleichmar, 2006, p.34).

Nombre	Edad (años)	Ocupación	Escolaridad	Estado civil/nro. hijos	Motivo de depresión narcisista	Tiempo en psicoterapia/ ¿Permanece en ella?	Sesiones de entrevista
Arturo	42	Profesionista independiente	Licenciatura	Casado/ Tres	Perder el empleo en una institución de alto prestigio	Inicia proceso en el momento que lo entrevisté	Cuatro
René	41	Administrativo	Estudiante de licenciatura	Casado/ Tres	Relaciones extramaritales de la pareja	8 meses/No	Dos
Juan	56	Profesionista en el campo de la salud	Licenciatura	Casado/ Dos	Tener menos personas en consulta	Siete meses/Si	Una
Julio	38	Comerciante	Maestría	Soltero/ Ninguno	Disfunción eréctil	Tres meses/Si	Dos

LA HISTORIA DE ARTURO

En el momento en que entrevisté a Arturo, contaba con 42 años de edad, tenía poco tiempo de laborar de manera independiente, pues había perdido su puesto como director en una institución gubernamental. Tenía estudios de licenciatura, estaba casado y tenía tres hijos. Fue contactado a través de una colega que formó parte de la red en la que me apoyé para el proceso de búsqueda de los participantes. A dicha colega le había informado de los objetivos de la investigación y de los requerimientos para poder participar. Arturo iba a comenzar un proceso de psicoterapia con ella pero primero lo refirió conmigo. La primera impresión que tuve de él, fue la de que se trataba de un hombre robusto, alto, un hombre físicamente grande. Su actitud desde el primer momento fue abierta, cordial y con disposición a compartir su experiencia.

Como se señaló anteriormente, Arturo había perdido recientemente su empleo en una institución de gobierno de mucho prestigio en la que ingresó como prestador de servicios, llegando a ser director de área después de trece años de dedicación y

esfuerzo. El desarrollo de su depresión estuvo antecedida por ciertos acontecimientos que fueron minando su bienestar emocional tales como: la salud de su esposa se había deteriorado al grado de que “pensaban que tenía cáncer”; y el fallecimiento de su suegro a quien quería mucho, lo que se sumó al hecho de no sentirse reconocido por el nuevo director en su trabajo, cuando él siempre había trabajado para que sus jefes “vieran que podían confiar en él y que podía hacer el trabajo que otros dejaban de hacer”. En las sesiones de entrevista, refirió que durante la depresión presentó síntomas como una pérdida de energía muy fuerte “algo como cuando te cae un peso encima y no te deja levantarte”, sentía que no se podía mover, estaba aletargado. En la esfera emocional, experimentó un sentimiento de vacío “como si se le vaciara el pecho y el estómago”. También presentó la sensación de tener “una nube en la cabeza”, cuando las personas le hablaban, sentía que las palabras “le rebotaban e imaginaba las letras de las palabras volando de un lado a otro”. La depresión la manifestó abiertamente cuando se enteró en su trabajo, que pronto sería despedido. Esos meses de espera los vivió primero como una agonía larga “la depresión fue toda esa parte de despedirme del trabajo, incluso había gente que yo veía, que conocí allí y sentía que era la última vez que la veía que me estaba despidiendo de ella”. Su vivencia fue “como cuando alguien está muriendo, como una defunción... la despedida del trono”. Fue un “funeral” de alrededor de un mes, en el que durante una semana no habló con nadie, se aisló, se deprimió, “lo enterraron” como él mismo refirió. Dentro del sistema familiar de donde proviene, los roles genéricos estaban estereotipadamente definidos, su padre trabajaba todo el día, era “lo que estaba ausente y llegaba por las noches... y mi madre siempre allí”. Su madre se dedicaba a las labores domésticas y a cuidar de él y sus hermanos.

Figuras de identificación e ideales

Sistema familiar

El padre.

Arturo tomó a su padre como la principal figura de identificación, refirió “la influencia más fuerte es mi papá, es como una columna, es fuerte, la imagen que yo tengo de él, es la imagen de la rectitud”. Es la persona a la que acude cuando necesita apoyo y de quien obtiene seguridad. Comenta que su padre es una persona que inspira respeto, que en algún momento percibió como “un monumento de piedra, que pasan los problemas por encima de él y no se mueve, no tiene miedos porque a lo mejor esa era la imagen que me daba mi papá”. Freud (1923) afirmó que las primeras identificaciones, aquellas producidas en la edad más temprana, tienen un efecto universal y duradero. De acuerdo con este autor, es en este proceso donde se encuentra la génesis del *ideal del yo*, en el que subyace la primera identificación y la de mayor valor del individuo: la identificación con el padre, aunque en el pie de página aclara que es más prudente decir “con los progenitores pues padre y madre no se valoran como diferentes antes de tener noticia cierta sobre la diferencia de los sexos, la falta de pene.” (p.33) Con la demolición del complejo de Edipo, tiene que ser abandonada la investidura hacia la madre, pudiendo existir dos diferentes sustituciones: o una identificación con la madre o un refuerzo de la identificación-padre; este último desenlace para Freud, suele considerarse como “el más normal” pues permite un vínculo tierno con la madre y consolida la masculinidad en el carácter del varón (Freud, 1923, p.34). Por su parte, Blum (2012) afirma que el *ideal del yo* es heredero del Complejo de Edipo y del yo ideal de los padres, esto es, “la relación de objeto erótica con la madre y el padre regresa al yo desexualizada parcialmente en forma de identificación, [...] los rasgos y/o valores que aparecen como ideales, o como prohibiciones, tienen su origen en dicha relación objetal erótica”. Se podría entonces pensar que Arturo se identificó con la imagen de un padre metafóricamente de piedra, con la dureza de un monumento que no siente ni expresa miedos. Inscribe a la dureza emocional como parte de su *ideal del yo*, y parece significarla como sinónimo de

invulnerabilidad, ahora que él es padre, se le dificulta la expresión de sentimientos como miedo o debilidad:

Ahora cuando a mí me toca ser papá, a mí me toca ser hombre... mis hijas creen que yo no tengo miedo a nada, o mis hijas creen que yo no tengo ninguna debilidad, creen que soy el soporte de la casa, pero detrás de todo eso hay una persona y también tengo mis inseguridades y mis miedos y mis cosas.

Por otro lado, Arturo comenta que cuando iba a terminar su carrera profesional, su padre también perdió el empleo por lo que decidieron trabajar juntos, momento en que pudo estar en contacto con él: “Conocí otra parte de mi papá, la persona que tiene miedos y que tiene debilidades”. Vemos entonces que es en la vida adulta y no en la infancia o adolescencia, que Arturo conoce otra faceta de su papá, como si en esta relación paterno-filial, el ideal de género³⁴ relacionado con la invulnerabilidad masculina, se hubiera suavizado y hasta cierto punto, fragmentado con el paso del tiempo, permitiendo una mayor cercanía emocional. Carril (2000) señala que “tarde o temprano la mayoría de los hombres toman conciencia de que ese ideal (de hombre duro, hiperviril, proveedor, etc.) poco tiene que ver con la realidad y de ahí la tensión del ideal y las posibilidades individuales” (p.3).

En este sentido, Fridman (2000) propone construir una relación padre-hijo más disponible y presente en la que el hijo identifique en dicha relación cercana con su padre, el deseo amoroso hacia otro hombre, en donde además, la cultura invista de valor dicha posibilidad, sin que medie el temor de ser menos hombre. Ello generaría varones más seguros de su masculinidad y con menos horror a quedar atrapados en el amor de otro hombre.

Por otra parte, Arturo al recordar a su padre de la infancia, comenta:

Yo no veía a mi papá cuando se iba a trabajar, sino verlo llegar en las noches... y la alegría que yo sentía de ¡ah ya llegó mi papá!, pero era eso que está ausente y llega por las noches... y yo creo que eso era mucho, yo creo que esa era la alegría que yo sentía, no lo tenía y llegaba y se iba y llegaba... y mi mamá siempre allí.

³⁴ Carril (2000) se refiere al ideal de género cuando afirma que “cada cultura, en cada momento histórico privilegia determinados ideales genéricos que mujeres y hombres hacen suyos a través de procesos identificatorios y con los cuales constituyen parte de su identidad” (p.29)

Arturo se identificó con la ausencia paterna, con “eso que está ausente y regresa por las noches”, pero además esta ausencia paterna parece cosificar la figura del padre, era “eso que llegaba por las noches”. Al respecto Chodorow (1978), comenta que el varón de pequeño tiene una gran tarea al encarnar lo que la cultura le marca como propio de lo masculino, pues lo más frecuente, es que viva la ausencia permanente del padre. A diferencia de la identificación personal que hace la niña con su madre, el niño tendrá que desarrollar una identificación masculina en ausencia de una continua relación personal con su padre. Desarrollará la sensación de lo que debe ser masculino mediante la identificación de imágenes culturales de la masculinidad y con hombres que percibe como prototipos masculinos, y no precisamente de la relación con su padre. Por tanto, se puede advertir que Arturo internalizó la ausencia como parte del vínculo con los hijos, y ahora que él mismo es padre refiere:

Yo decía todos los días voy a estar con mis hijas, pero el mismo trabajo no te deja... entonces no convivo mucho con ellas o sea soy el papá ausente y yo me considero así, y no me gusta y me duele ¿no? Y me gustaría regresar... pero hay algunas cosas en que trato de compensar.

Dentro de las frases que Arturo internalizó de su padre, es que “como hombre se tiene que salir adelante por los propios medios”:

La actitud de mi papá de ser... de tratar de ser independiente y salir por sí mismo que eso lo aprendió de su papá, el orgullo que tenía de decir ‘yo tengo que salir por mis propios medios’ y yo creo que esa es una de las características que yo vi de ser hombre, que tienes que salir por tus propios medios. No sé si has visto en muchas formas eso de que cuando vas en un carro, la mujer pregunta y el hombre dice ya vamos a llegar, aunque no sepas donde estás, a lo mejor es parte de eso, porque yo así soy, a mí no me gusta preguntar, pero cuándo reflexiono por qué, yo creo que en la base está el poder salir con tus propios medios y a lo mejor es cuando ves que la realidad te aplasta, sientes cierto ahogo, cierta frustración.

“El orgullo de salir por los propios medios” es una frase que Arturo internalizó en el proceso constitutivo de su identidad masculina, también fortalecido por una cultura de género que enseña y promueve a los hombres desde pequeños a ser

independientes y capaces de resolver por sí mismos las adversidades en la vida. El mandato de autosuficiencia y omnipotencia fue internalizado por Arturo al grado de que la realidad lo puede aplastar y ahogar antes de pedir ayuda. Esto ha sido reportado como uno de los principales impedimentos de los hombres para buscar ayuda profesional cuando atraviesan por una dificultad emocional (Addis & Mahalick, 2003).

“Ser el soporte de todo, la cabeza de la familia” es otra de las frases internalizadas por Arturo y pese a que refiere nunca haberse sentido así, cuando vivió la experiencia de un asalto y se mostró “débil” frente a su esposa lo tuvo que asumir, sobre todo porque ella no pudo aceptar esa debilidad:

Después del susto, te cae la impresión, y empiezas a ver tu debilidad y yo creo que fue un momento en que yo me mostré débil y ella me dijo algo así de que ‘tú eres lo que me mantiene en este momento...’ y entonces haz de cuenta que fue como una cachetada y decir ‘acuérdate de cuál es tu posición’, como cabeza de esta familia, yo nunca me he sentido cabeza de familia pero en ese momento sí, en ese momento fue: ‘tú eres mi pilar ¿no?’

Podemos advertir que el mandato de ser cabeza de familia es asumido por Arturo más por obligatoriedad que por voluntad propia, en donde la pareja también participa en este pacto, en el que se espera que el varón “sea el pilar para no derrumbarse.”

La madre

Arturo describe a su madre como “una madre espartana, muy estricta” Recordemos que Esparta fue una ciudad griega constituida por cuatro aldeas de Laconia en el siglo X a.C. que ante la creciente sobrepoblación y escasez de agua, optó por la vía militar para solucionar sus problemas. Uno de los principales objetivos del gobierno de Esparta era “hacer de sus ciudadanos, modelos de soldados bien entrenados físicamente, valerosos y obedientes a las leyes y autoridades. En Esparta, los hombres eran en su mayoría soldados y fueron responsables del avance de las técnicas militares, mejorando el desenvolvimiento militar. Organizaron una disciplina

intensa nunca vista desde entonces³⁵.” Arturo percibió el rigor y la disciplina de su madre principalmente en sus actividades escolares, como se puede apreciar en el siguiente fragmento:

Yo siempre sacaba diez en las tareas pero no era un aspecto que me calificaran a mí... sino yo siempre lo veía como ‘siempre me voy a sacar diez porque tengo a mi mamá, y mi mamá nunca va a dejar que yo no haga la tarea’, era revisarnos todos los cuadernos y nos regañaba si le faltaba una hoja, si venían sucios, eso fue hasta la secundaria [...] yo sabía que mientras yo estuviera bien en la escuela, los demás aspectos de mi vida iban a estar bien, era un peso bien fuerte porque nos decía ‘es que es tu única responsabilidad’.

Por otra parte Freud en 1921, propuso que las identificaciones secundarias tienen un carácter parcial, esto es, en el proceso de identificación secundario se internaliza algún rasgo o rasgos de la persona u objeto. En este sentido, Arturo se identificó parcialmente con la imagen estricta de su madre, pues creció con la presión materna de “ser el inteligente en casa”, y también el rasgo de ser estricto se inscribió en su subjetividad haciéndose patente cuando durante la entrevista se reclamó a sí mismo el no haber ido ese día a trabajar:

Hoy es un día que hice muchas cosas en la casa, no me tenía que ir a meter a la oficina, o sea me tenía que venir, o sea pude haber estado con mis hijas, comer con mis hijas un rato y después venirme, pero no, a la hora que ellas salieron mi esposa fue por ellas y yo me fui a la oficina, en la oficina llegué, vi algunas cosas vi la computadora y me puse a ver películas como a distraerme ¿no? como que necesitaba esa parte [...] soy muy estricto conmigo [...] me digo tienes que ser un poquito más estricto contigo, como que eso es lo que me está sacando ahorita a flote.

Pareciera entonces que la identificación parcial acerca de ser estricto, es un ideal internalizado en la relación con su madre, y que en este momento le permite enfrentar su realidad: “[...] trato de no caer, porque sé que si ahorita lo hago, no estoy en una zona de confort en el que me puedo dar el lujo de deprimirme, tengo que ser más estricto conmigo.”

Dentro de las frases internalizadas de su madre destaca “Ser un buen hombre es hacerte responsable de tu familia”, la que además refirió vivir con peso:

³⁵ Ver <http://www.historiauniversal.com/2009/07/esparta-historia-leonidas-grecia.html>.

Dice mi mamá que cuando yo nací, lo primero que pidió es que yo fuera un buen hombre y esa parte cuando me la dijo, me pesó... porque es como la directriz que llevas toda tu vida, no te puedes salir de allí [...] yo creo que ser buen hombre es ser responsable de tu familia, yo creo que a eso se refería, a seguir los mismos pasos de mi papá, hacerte responsable de tu familia, el cuidarla, el que siempre tengan lo que necesitan [...] cuando yo tenía este trabajo (del que fue despedido), había veces en que la situación era muy pesada, muy difícil el poder soportar las exigencias de los jefes y yo me tenía que aguantar porque era la manera en que yo tenía para proveer a mi casa. Cuando mi esposa entró a trabajar duró dos meses, dijo `ya no aguanto a mi jefe y me voy´, esa situación a mí me pareció injusta, de decir, bueno por qué yo sí me tengo que aguantar y tú no, a veces a mí me hubiera gustado decir ´ya no aguanto a mi jefe, ya me voy ahora trabajas tú´.

Vemos cómo “ser un buen hombre” significa cuidar de la familia y proveer económicamente y a pesar de que Arturo puede vivirlo como “un peso”, y le genera molestia y tensión, asume el mandato pues ha sido constitutivo de su identidad masculina, imperativo que proviene de una de las principales figuras de identificación. Carril (2000) afirma que los ideales de masculinidad y feminidad tradicionales están cambiando en los tiempos posmodernos. Sin embargo, sigue coexistiendo lo tradicional y lo innovador tanto entre los actores como en la propia subjetividad. Esta coexistencia implica un conflicto, ya que los tiempos subjetivos no son los mismos que los tiempos históricos y a veces las prácticas innovadoras ocurren al margen de la apropiación subjetiva de estos cambios. Este conflicto se evidenció en el discurso de Arturo, pues en varios momentos de la entrevista comentó ser un hombre liberal.

En esa parte yo siempre he sido muy liberal, como que yo no tengo la idea de que yo soy el proveedor de la casa, los dos somos una pareja y los dos tenemos que contribuir.

Sin embargo, como podemos advertirlo asume el mandato social de ser responsable y proveer económicamente a la familia a pesar de sentirlo como una carga pesada. La práctica innovadora de liberarse del mandato, no ha encontrado su apropiación subjetiva.

La dinastía

Arturo proviene de una familia en donde ser hombre ha significado “ser el rey”. El poder masculino ha sido transmitido de generación en generación a través del nombre, pero también a través de prácticas, discursos e identificaciones internalizadas. Aulagnier (en Grassi, 2010) afirma que el yo tiene el papel de historizar la propia génesis, pero también de historizar las vivencias del grupo que hay detrás de la familia y que conforman la genealogía. Este papel historizador del yo, conecta a la persona con los mitos de origen constitutivos de la trama discursiva simbólica familiar en la cual se inscribe. Así mismo, lo conecta con fragmentos significantes de la existencia y de la vida psíquica de sus predecesores, con los que tendrá que estructurarse comenzando con la nominación, “paradójicamente su nombre propio, lo más impropio” (Grassi, 2010, p. 68). De esta manera, el yo historizador de Arturo inscribió los fragmentos significantes y míticos en torno a la figura de rey, como se puede apreciar en el siguiente fragmento:

Tú siempre me vas a ver con un libro en la mano porque yo siempre veía a mi mamá leyendo y porque yo veía a su papá, mi abuelo, que se iba a Villahermosa. Cuando regresaba, tú lo veías la mitad del tiempo acostado leyendo, entonces cuando él llegaba, como nunca estaba, era el motivo de que todos, hijas e hijos se reunieran en torno a él, entonces haz de cuenta de que era algo así de que ya llegó el rey, porque aparte se llamaba Reymundo, entonces era el rey, para mí era el abuelo rey... yo lo veía como el sabio porque llegaba y se sentaba o se acostaba y todos alrededor de él, haz de cuenta que tenía corte... era el sabio que se retira y regresa más sabio, entonces la imagen que yo tengo... vamos a suponer que son reyes, uno era el rey que se levantó de la nada... el papá de mi papá, que se levanta de no tener zapatos a ahora tengo un imperio aquí porque aparte él era masón... el otro rey que basaba su reino en la fuerza, en la disciplina estricta... mi papá era como el rey bueno, el rey honesto, porque aparte mi papá es muy dadivoso, es como el rey pródigo.

Grassi (2010) afirma que en su trabajo de historización, “el yo ‘interpreta’, ‘inventa’ historiza y construye su pasado, inscribiendo o coartando la subjetividad desde la infancia y a lo largo de toda la vida” (p.68). La constitución del yo de Arturo parece haber inscrito, interpretado e inventado su historia familiar a partir de la imagen

de un rey, pues además el abuelo materno se llamaba Reymundo y era conocido como el abuelo rey, según refirió.

El grupo de pares

La dificultad de crecer: “Yo no quiero ser hombre”

Arturo refiere que el paso de la primaria a la secundaria lo vivió como una experiencia traumática en la que se sintió forzado a “dejar de ser niño”, donde “le robaron su personalidad”:

Para mí, el paso de la primaria a la secundaria fue a lo mejor hasta traumante, porque pues yo venía de la primaria donde era el niño genio, el que sacaba puro diez en la escuela, el que todo mundo lo conocía en la primaria y tienes todavía un trato de niño y llegas a la secundaria y tienes un trato muy distinto y muy despersonalizado porque dejas de ser Arturo para ser González³⁶, desde allí te roban tu personalidad [...] el salir y convivir con otros niños que están queriendo ser hombres y el forzarte a ti también a hacerlo, entonces yo decía yo no quiero ser hombre, yo quiero seguir siendo niño, pero el forzarte, el enfrentarte a eso, el descubrir la sexualidad, por un lado la fuerza y por otro lado, el peligro que implica la sexualidad.

Llama la atención que en la subjetividad de Arturo ser hombre implica dejar de ser niño, y convertirse en hombre le implicó el robo de su personalidad. Al respecto Silvia Bleichmar (2006) comenta que para las mujeres “se puede llegar a ser mejor o peor, pero no se deja de ser mujer, mientras que el hombre puede dejar de ser hombre bajo ciertas circunstancias –al menos en el imaginario social, o en su propio sistema de representaciones- y tiene que demostrar que lo es” (p.44). Es decir, a Arturo -y probablemente le pase igual a otros varones-, siente que ser hombre es un lugar al cual se tiene que acceder a través de una serie de situaciones en las que “se pone a prueba su hombría”, en donde la sexualidad juega un papel primordial como más adelante el mismo Arturo lo relata. Cruz (2010) en su estudio con jóvenes universitarios, encontró que éstos se encontraban atentos a apegarse a guiones que dictan los modelos y roles

³⁶ Para conservar anonimato se cambió también apellido.

sociales sobre ser varón en donde se van construyendo imágenes “que se acercan a los modelos dominantes de ser hombres y la simulación aparece como recurso” (p.139) lo que se puede constatar en el siguiente pasaje, donde Arturo optó por la simulación “para entrar al juego y tener un lugar en el grupo”:

Te das cuenta de que también es parte de la naturaleza, el entrar a ese juego, en esa sociedad y tratar de dominar a los que tienes a tu alrededor o defenderte de los que tienes a tu alrededor, porque si no te empiezan a dominar también, entonces empiezas a entender que es parte de eso... de ser hombre, el ser responsable, el proveer pero también el luchar por un lugar y allí entendí que yo ya no era el más grande del salón, el más fuerte, ni el más guapo, ni el más inteligente, pero que había cosas con las que yo me podía defender y entendí que podía utilizar lo que yo había aprendido para jugar el mismo rol, esa lucha por un lugar en el grupo.

La sexualidad: un medio para someter al otro

Arturo refiere que la secundaria fue una etapa en la que la sexualidad fue muy importante para poder someter al otro, pero “si quería encajar en eso tenía que ser igual”. A partir de esto se puede inferir que la sexualidad tiene un carácter instrumental, es decir, tiene un fin: dominar y someter a los iguales. Pero como podemos constatar en la siguiente viñeta, en ella subyacen temores que se enmascaran con actitudes como la de ser conquistador de mujeres.

Se nota en el lenguaje, se trata de vencer al otro a través del impulso sexual, yo no entendía por qué pero lo que sí entendía es que si quería encajar en eso, tenía que ser igual, entonces empiezas a ver cómo empiezan a utilizar la sexualidad para someter al otro, entonces esa era la imagen de hombre que yo traía y esa imagen choca, traía la imagen del hombre que trabaja y estudia y que vive para su familia [...] mi primera reacción fue de miedo, yo hablaba con mis amigos y cuando hablas con tus amigos de esa parte de mujeres, es como demostrar ‘ah yo he andado con esta y con esta’ y yo no andaba con ninguna y era introducirme a ese fenómeno, entrar al mundo de ‘yo soy el conquistador de las mujeres’, pero pues yo no sabía cómo.

El yo ideal

Hugo Bleichmar (1986) define al *yo ideal* como la representación que una persona hace de sí misma poseyendo atributos de máxima valoración; por ejemplo, personajes heroicos, estrellas de cine, figuras de la mitología, etc. constituyendo prototipos del *yo ideal*.

Pues yo era el primogénito acá con mi mamá, y con mi papá, en mi familia pequeña. Con mi abuela, con la mamá de mi mamá, mi mamá era la más grande, entonces yo era su primer nieto, allí yo era como el... el heredero.

Se puede advertir que el *yo ideal* de Arturo se inscribió en la representación de sí mismo como “el heredero” tanto en su infancia como en su vida adulta y laboral, ya que en esta última se concebía así mismo como el director que dominaba, el que decía que hacer, el que conquistaba mujeres:

De alguna manera, yo ya me había consolidado, yo ya dominaba bien mi área y yo tenía gente a la que le empezaba a dar trabajo. [...] mi estado emocional era como de una persona exitosa. [...] yo lo comentaba con un amigo es el sentirse el macho dominante, pero no nada más en el sentido sexual sino en el sentido laboral, el decir yo domino en el Centro, yo digo lo que se hace en el trabajo. Y también en el aspecto sexual, el sentirse atractivo para el sexo opuesto, eso contribuye mucho a tu vanidad [...] les mandaba mensajes medio pícaros a mis amigas, a lo mejor por ese afán de sentirme el conquistador.

Asimismo, Hugo Bleichmar (1986) afirma que la función de la palabra ideal es adjetivar al yo, indicando que el yo es ideal en un doble sentido: perfecto y anhelado de ser como él, pero también es ideal por su aspecto ilusorio. En este sentido, si bien el *yo ideal* de Arturo fue constituyéndose como “el heredero”, el director que domina, el conquistador de mujeres; al perder su empleo; la realidad lo sitúa, pues ser el heredero, ser el rey, es una ilusión que no puede sostenerse con el paso del tiempo:

Este despido en esa vanidad a mí me afectó porque me volvió a poner los pies sobre la tierra [...] en el aspecto sexual, me puso en mi lugar.

El mismo Bleichmar (1986) afirma que en la valoración que una persona hace de sí, existen puntos máximos en los que en un extremo se ubica el *yo ideal*, pero en el otro extremo, en el de mínima estimación, se encuentra el negativo del *yo ideal*. Solo existen dos posibilidades: o se es el *yo ideal*, o se es el negativo del *yo ideal*. Se es todo o nada, se es hombre o no se es; al perder su empleo, Arturo pierde también la serie de representaciones ideales que como hombre tenía de sí mismo, es decir, se representó en su negativo del *yo ideal*, dejó de ser hombre desde lo que inscribió en su subjetividad

Bleichmar (1986) afirma que el colapso narcisista puede definirse como “el resultado de una comparación, de una distancia entre el *yo ideal* y del negativo” (p.65), teniendo la sensación de “no valer nada”. Lo que podemos advertir en el siguiente fragmento cuando Arturo relata cómo vivió el despido de su trabajo:

Que de repente te boten así... se siente una sensación de vacío... lo que yo hice internamente fue bloquearlo [...] había trabajado yo con mi familia, pero así lanzarme a la vida laboral, ganarse el sustento con un empleo era la primera vez y entonces ¡imagínate! eran trece años y era la primera vez que me pasaba eso, estaba confundido, era como un choque.

Podemos inferir que Arturo se colapsó al representarse a sí mismo como el negativo de su *yo ideal*, sintió vacío, confusión, un shock emocional.

Al respecto, Carril (2000) comenta que cuando se pierden *ideales del yo*, el psiquismo se enfrenta a un trabajo similar a cuando lo perdido es el objeto. Se atraviesa por un proceso psíquico similar al del duelo, donde la persona se tendrá que desligar y ligar a nuevas investiduras de otros *ideales del yo*. Así mismo, refiere que estos duelos no elaborados por lo regular se encuentran en la génesis de estados depresivos o malestares difusos tanto en hombres como en mujeres. Arturo al perder su empleo, perdió también la representación idealizada de sí mismo, originando un proceso de duelo como más adelante se expone.

El *ideal del yo*

Freud en 1921 planteó que en el yo “se desarrolla una instancia que se separa del resto del yo y puede entrar en conflicto con él” (p.103). La denominó *ideal del yo*, la cual tiene funciones como la observación de sí, la conciencia moral, la censura onírica y quien ejerce la represión.

Emilce Dio Bleichmar (en Carril, 2000) plantea que “los *ideales del yo* de género, forman parte del sistema global. El *ideal del yo* no es estático, sino que cambia y se ve afectado por factores evolutivos y culturales.” (p.3) En este sentido, Arturo, después de trece años de esforzarse por obtener la dirección de su área, alcanzó ideales que internalizó de sus padres y que son constitutivos de su identidad masculina; pero al estar sus padres inscritos a una cultura globalizada, a su vez promovieron en Arturo, el triunfo, el éxito y poder económico como logros altamente valorados en la cultura occidental (Burín, 2007). Lo que puede apreciarse en el siguiente apartado cuando habla de su experiencia de ser director de área:

Yo ponía el símil con un deportista de alto rendimiento, cuando empiezas a tener triunfos es importante cómo lidiar con esos triunfos [...] mi estado emocional de ese momento era como de una persona exitosa, pero yo quería de alguna manera saber controlar ese éxito... económicamente estaba muy bien... las mujeres se empiezan a acercar.

Sin embargo, al perder su empleo también perdió sus ideales individuales, su proyecto de vida se trastocó, lo que lo llevó a la depresión:

Yo tenía muchos planes y de alguna manera ver todos esos planes derrumbarse, yo quería hacer una maestría, yo quería escribir un libro, yo quería dar clases, pues yo quería seguir con mi trabajo, yo quería llegar a ser director del Centro, yo sabía que para eso tenía que hacer un posgrado... y de repente, todo se desechó por un capricho.

“Todo se desechó” incluyendo sus metas, sus sueños, su vida. Arturo al salir finalmente de la institución donde laboraba, entró en duelo, decidió enterrarse, decidió morir simbólicamente como lo podemos advertir en el siguiente fragmento:

Yo agarré una semana en que yo dije yo no quiero ver a nadie y este... haz de cuenta de que es una sensación de que te entierras... de que... o sea muy mecánico ¿no? Yo iba y dejaba a mis hijas en la escuela me regresaba no sé qué hacía... había veces que buscaba un pretexto para no estar en casa, yo nada más quería estar con mi esposa y mis hijas, eso sí me uní mucho a mi esposa.

A partir de lo anterior, podemos inferir que dado que Arturo se percibió a sí mismo como el negativo del *ideal del yo* y junto con ello perdió los ideales genéricos, la profundidad de su depresión fue mayor. Lo que coincide con lo planteado por Carril (2000) quien sostiene que la feminidad y masculinidad son principios que organizan la subjetividad entera, y que los ideales son como varas de medida con las que se miden nuestros deseos, fantasías y conductas. Retoma a Freud al afirmar que el cumplimiento de un ideal es fuente de satisfacción narcisista, aumentándose de esa manera el sentimiento de sí. Pero el *ideal del yo* o *súper yo*, puede recompensar o castigar dependiendo de si los pensamientos, conductas o sentimientos coinciden o no con los modelos del ideal (Carril, 2000). En este sentido, Arturo al perder su empleo, pierde los ideales tanto del *yo* como de género, con los cuales se había identificado, por lo que podríamos suponer que su depresión es producto de un *súper yo* o ideal del yo que lo “castiga” al contradecir o perder los ideales internalizados, como se podrá advertir a continuación en lo que siente, piensa y hace durante su vivencia de la depresión.

La vivencia de la depresión

Acontecimientos precedentes.

Arturo comentó que previo a la manifestación de su depresión, ocurrieron ciertos sucesos que contribuyeron a ella. Existía ya un deterioro en su relación de pareja lo que se sumaba al hecho de que ella enfermó:

La relación en mi casa... empezaba a notar ciertos signos de deterioro, o sea habían pasado ya diez años, teníamos diez años de casados y mi esposa empezaba a tener síntomas como de que algo andaba mal, de que su salud

estaba mal, incluso fue un tiempo en que le hicieron estudios incluso para saber si no tenía cáncer o una cosa así, entonces fueron momentos muy tensos para mí.

Así también existió previamente un sobre involucramiento laboral:

Yo tenía que llevarme trabajo a la casa entonces... especialmente en los puentes de fin de año, los puentes de septiembre, de noviembre y las vacaciones de diciembre yo me la pasaba trabajando [...] yo creo que era el fastidio que traía, el cansancio que yo traía del trabajo, el estar me haciendo cargo del área, ah porque para entonces ya habían despedido a mi jefe, era toda esa carga... aparte los problemas de salud de mi esposa.

Por otra parte, Arturo comenta que la muerte de su suegro originó una depresión en su esposa y que ese hecho aumentó su propia pena y dolor:

Su papá falleció hace un año, entonces ella también entró en una depresión... y de alguna forma yo con su papá me llevaba muy bien entonces un poquito la pena que yo sentía, el verla así como estaba, los problemas que yo tenía en el trabajo.

En el trayecto previo a la depresión de Arturo, también aparece como elemento importante el hecho de que no se sentía reconocido ni valorado en su trabajo por parte de su jefe, lo que sí había ocurrido con anterioridad:

A mí me dan la dirección hace cuatro años y desde entonces fue como pelear para consolidarme... yo lo que empecé a hacer fue a destacar sobre ellos, a que mi director general viera que podía confiar en mí y que yo podía hacer el trabajo que otros dejaban de hacer...esa siempre ha sido mi estrategia... eso hace que los jefes me empiecen a ganar... o que yo me empiece a ganar su confianza, luego empieza a haber problemas porque en este año el director no quería a mi área entonces la empieza a golpear a golpear... todo eso a mí me empezó a generar mucha presión.

Podemos entonces dar cuenta de que la depresión de Arturo tuvo precedentes que deterioraron y minaron su bienestar emocional. Sin embargo, como veremos a continuación la noticia de que será despedido de su empleo originaría la manifestación abierta de la depresión.

La vivencia

Arturo comenta que la manifestación franca y abierta de su depresión ocurre en el momento que se enteró que lo iban a despedir en su trabajo y que vivió como una agonía larga:

La depresión yo la tuve estando en el trabajo en esa parte de todo el tránsito que yo sabía que me iban a despedir [...] fue toda esa parte de despedirme del trabajo, incluso había veces que yo veía a gente que conocí allí y sentía que era la última vez que la veía, que me estaba despidiendo de ella [...] fue muy desgastante, fue como una agonía larga.

Y después de la agonía vino la defunción, según refirió:

Fue todo como... yo lo comparé en ese momento como una defunción... como cuando alguien se muere [...] fue un funeral de un mes o tres semanas... yo lo vi así ¡ah ya lo enterramos ya vámonos! [...] yo agarré una semana en la que dije yo no quiero ver a nadie, entonces haz de cuenta de que es una sensación de que te entierras o sea muy mecánico ¿no? yo dejaba a mis hijas en la escuela me regresaba, no sé qué hacía.

Como anteriormente se expuso Carril (2000) sostiene que cuando existe una pérdida de ideales de género, el psiquismo se enfrenta a un trabajo de duelo similar al que se realiza ante la pérdida de un objeto. Por su parte, Freud (1917) planteó que el duelo es una reacción frente a la pérdida de una persona amada, o de una abstracción como la pérdida de la patria, de la libertad, o de un ideal. El trabajo de duelo implica asumir que ese objeto ya no existe más y se habrá de retirar la libido que liga a él. De esta forma, cada recuerdo y expectativa libidinal que ligaba al objeto son clausurados y sobre investidos. “Una vez cumplido el trabajo de duelo, el yo se vuelve otra vez libre y desinhibido” (p.243) Arturo al perder su empleo, y con él sus ideales, vivenció un duelo profundo. Se enterró simbólicamente así mismo, al no querer hablar con nadie durante una semana, según refirió:

Había veces que yo buscaba pretextos para no estar en mi casa, eso sí como que me unió mucho a mi esposa y yo nada más quería estar con ellas y con mis hijas, yo ya no quería ver a nadie más, pero no se cumplió la semana a los cinco días me habló mi amigo de secundaria, se llama Toño, entonces fue a la única persona que le contesté, ese día nos fuimos al salón Corona, nos pusimos hasta el gorro, pero como que me hacía falta.

A partir de esta experiencia referida por Arturo, se puede plantear que las relaciones de amor con su esposa e hijas así como con su amigo de secundaria, le permitieron empezar a elaborar su duelo, es decir, de acuerdo con Freud (1917) retirar la ligadura libidinal de los ideales previamente investidos que fueron constitutivos de su identidad.

En el siguiente pasaje compartido por Arturo, podemos advertir la profundidad de su dolor y depresión, la tristeza y soledad que sintió ante la pérdida de su trabajo, “del trono”, como él mismo refirió:

El simple hecho de levantarte costaba mucho trabajo, o sea me preguntabas algo y yo escuchaba lejos, le decía a mi esposa haz de cuenta que tengo una nube en la cabeza, haz de cuenta que escuchaba a la gente y la escuchaba lejos... había una sensación de vacío... como un sentimiento que siento aquí (señala su pecho) como que se me empieza a vaciar el pecho y el estómago, como algo que se empieza a vaciar aquí... yo me sentía así con ese letargo, con ese vacío... lo estaba dejando ir... como que yo sabía que era mi despedida del trono, es como alguien que se está muriendo y lo dejas ir... yo así me sentí [...] te sientes absorbido, aislado, en un lugar oscuro y triste, solo.

Por otra parte, existieron pensamientos en Arturo que correspondieron a su vivencia de muerte de sí mismo, como si su vida hubiera llegado a su fin:

Yo tenía muchos planes y de alguna forma era ver todos esos planes derrumbarse, yo quería hacer una maestría, yo quería escribir un libro, yo quería dar clases, pues yo quería seguir con mi trabajo, yo quería llegar a ser el director del centro de estudios, yo sabía que para eso tenía que tener un posgrado y tenía que tener ciertos méritos académicos, yo quería tener esos méritos académicos y de repente ver así como que todo desecho por un capricho, a mí me dio mucho coraje.

La metáfora

Arturo describe su vivencia de su depresión con la metáfora del mar, la cual pareciera ayudarlo a representar la profundidad de los sentimientos que acompañaron su experiencia:

Yo manejaba dos términos la marea alta y la marea baja, marea alta es cuando yo me sentía bien, marea baja haz de cuenta que yo sentía... que me sentía así en el mar como que yo estaba en el mar, y yo estaba en la parte de debajo de la ola, veía para todos lados y veía puro mar, es una sensación muy difícil porque como que empiezas a hundirte y no puedes este... hay momentos en que no me podía ni mover.

Sustituir nuevos ideales

Arturo refiere que perder su empleo le afectó “como hombre” en el sentido de que es él quien tiene que proveer económicamente para la educación de sus hijas:

Yo ya platicué con ellas, les dije que las íbamos a cambiar a una escuela de gobierno, pues están en una particular [...] se pusieron tristes y eso de alguna forma me pego ¿no? [...] no se lo merecen, ellas se merecen un esfuerzo más grande de mi parte.

En la subjetividad de Arturo existe el imperativo de que debe hacer un esfuerzo mayor para solventar la economía en su familia, “no puede darse el lujo de deprimirse”, como el mismo refirió. Esto coincide con lo encontrado por Emslie, Ridge, Ziembland & Hunt (2006) acerca de que algunos de los varones emplean estrategias para reconstruir el sentido y valor de su masculinidad sustituyendo algunos ideales que si bien responden a un modelo hegemónico de ser hombre y pueden resultar dañinos, otros en cambio permiten hacer frente a la depresión; por ejemplo, integrarse a un club deportivo para sentir que se sigue perteneciendo al grupo de hombres; o bien, el sentirse responsables de una familia como el caso de Arturo quien después de perder el ideal de poder y estatus que le brindaba su empleo, afloró su sentido de responsabilidad por sus hijas al sentirse el principal proveedor económico de su familia y según refirió fue lo que “no le permitió caer”, pues además la depresión sería realmente “un lujo” para él.

Mecanismos defensivos frente a la depresión

Laplanche (1993) afirma que la intelectualización es una formulación discursiva a conflictos y emociones con el fin de controlarlos. Dicho mecanismo es utilizado por Arturo cuando habla de que “él sabe hasta dónde” puede enfrentar a su esposa en el tema de la proveeduría económica, la cual asume más por obligación que por voluntad propia. Sin embargo, es un conflicto latente que aparece a lo largo de la entrevista, y que pareciera producirle molestia, misma que suprime³⁷ al afirmar que su esposa “es la mujer ideal para él”. Así mismo, se advierte que ante la pérdida de la influencia y poder que le brindaba su empleo, lo sustituye por sentirse responsable de su familia. Esta estrategia defensiva de intelectualización, supresión y sustitución, parecen apoyar su proceso de enfrentamiento psicológico ante la depresión.

EJE ANALÍTICO

LA HISTORIA DE ARTURO: EL REY QUE PERDIÓ EL TRONO

Se encontraba en la región de los asteroides 325, 326, 327, 328, 329 y 330. Comenzó después a visitarlos para tener una ocupación e instruirse. El primero estaba habitado por un rey, el cual estaba vestido de color púrpura y armiño, estaba sentado en un trono muy sencillo pero majestuoso.

-¡Ah! he aquí un súbdito- exclamo el rey cuando vio al principito.

Y el principito se preguntó:

-¿Cómo puede reconocermé si nunca antes me había visto?- No sabía él que para los reyes, el mundo es muy simple. Todos los hombres son súbditos.

-Acércate para que te vea mejor- le dijo el rey que estaba orgulloso de ser al fin rey de alguien.

Fragmento de “El Principito”. Antoine de Saint Exupéry.

Arturo procede de una familia en la que ser hombre ha significado ser “el rey” como él mismo refirió: “para mí, el ser hombre es ser el rey, y eso lo tengo muy metido en la cabeza, ser el rey en cuanto a ser el líder, el que dice cómo se hacen las cosas”.

³⁷ Operación psíquica que tiende a hacer desaparecer de la consciencia un contenido displacentero. (Laplanche,1993)

Esta manera de significar la hombría, es determinada en cierta medida, por el hecho de que fue el primogénito en la familia materna donde “hacía lo que quería”, pues era el “heredero”, pero también porque en este sistema familiar existió una dinastía en la que el poder masculino fue transmitido de una generación de hombres a otra. Grassi (2010) define un objeto transgeneracional como “el conjunto de experiencias inscritas en las generaciones precedentes y cuya simbolización parcial y fragmentaria se transmite como herencia por vías diversas” (p.71). Podemos entonces pensar a la supremacía masculina como objeto transgeneracional transmitido por medio de discursos, practicas, creencias y actitudes, en el caso de los hombres de la familia de Arturo se transmitió específicamente a través del nombre, el cual se encuentra presente en tres generaciones perpetuando el mandato de que “llamarse Arturo, significa ser el rey”. Por otro lado, Grassi (2010) afirma que el yo es la instancia que interpreta e historiza el pasado de una persona. La historia de Arturo en la que “ser hombre es ser el rey” parece iniciar su inscripción e historización a partir de la imagen mítica de su abuelo materno quien tenía el nombre de Reymundo y era nombrado como “el abuelo Rey”, según se refirió.

Por otra parte, Freud en 1914, afirmó que en el narcisismo primario existe en los padres “una compulsión a atribuir al niño toda clase de perfecciones [...] y a encubrir y olvidar todos sus defectos” (p. 88). El hijo/a “debe ser de nuevo el centro y el núcleo de la creación: His Majesty the baby” (p.88). Los padres ven en su hijo/a quien se encargará de cumplir sus sueños, los deseos no alcanzados “el hombre será un gran hombre y un héroe en lugar del padre, y la niña se casará con un príncipe como tardía recompensa de la madre [...] (p.88)”.

El narcisismo de Arturo como primer hijo y nieto en la familia materna, es un narcisismo fortalecido por un ambiente familiar en el que podía “hacer lo que quería”, pues además “era el heredero”. Fue ante los ojos de sus padres y abuelos “el rey” que dominaba y controlaba, como se puede constatar en la siguiente anécdota:

Quando yo tenía cinco años, mi abuela se cambió a un edificio, vivía en el tercer piso y a mí las alturas siempre me han dado miedo, entonces una vez en un berrinche yo dije ‘me voy a aventar’ entonces todos agarraron y dijeron ‘no, no te avientes’ yo creo que fue lo peor que pudieron haber hecho porque si me

hubieran dicho bueno ‘aviéntate’ no lo hubiera hecho, allí yo sentí que tenía el poder.

Asimismo, su narcisismo fue acompañado por los sueños narcisistas de su madre a los que ésta tuvo que renunciar “a mi mamá no la dejaron estudiar lo que ella quería [...] pero nunca la dejó estudiar mi abuelo porque uno de sus parientes le dijo ¡no ella tiene que ser secretaria! y la mandaron a una escuela comercial”. Arturo estudió la profesión que a su madre no le permitieron “porque no podía haber estudiado otra cosa”. Vemos entonces cómo la vivencia de ser el rey, permea desde diferentes matices cada experiencia vital compartida. La vivencia de perder el empleo, el lugar donde Arturo decía qué hacer y dominaba, se asemeja a perder el trono, perder el poderío de su reinado.

Finalmente, es importante considerar que para Arturo poder sustituir otros ideales como ser “responsable de una familia” o “sentirse proveedor principal en la economía de su casa”, junto con utilizar mecanismos psicológicos como la intelectualización y la supresión, parecen haber apoyado el proceso psicológico de enfrentamiento ante su depresión.

LA HISTORIA DE RENÉ

René, un hombre que en el momento en que lo entrevisté tenía 41 años, laboraba como administrativo en una institución gubernamental, y realizaba estudios de licenciatura, vivía en unión libre y tenía tres hijos. Lo contacté a través de una colega que estaba enterada del estudio que yo realizaba, así como de los objetivos y requerimientos para participar en él. René era su amigo, de quien sabía que había vivido hacía relativamente poco tiempo una separación de pareja por lo que “se había deprimido y había estado en psicoterapia”. Cuando ella le propuso la posibilidad de participar en el estudio “aceptó inmediatamente” según me refirió ella. La primera impresión que tuve fue la de que se trataba de un hombre accesible, cooperador, dispuesto a compartir su experiencia sin mayor problema. Al mismo tiempo parecía que quería agradar desde el primer momento, siendo excesivamente amable conmigo. Su complexión era musculosa, revelando la práctica de algún tipo de ejercicio físico lo cual

se hacía evidente al vestir prendas ajustadas las dos ocasiones que acudió a la entrevista. También parecía que se trataba de un hombre que ponía especial atención a su arreglo personal, lo que cobraría mayor significado al transcurrir las sesiones de entrevista como más adelante veremos. Asimismo, noté que tenía un ojo ligeramente más pequeño con respecto al otro, tema que emergería posteriormente y que refirió no saber si era un “problema congénito o debido a un accidente”. Sin embargo, desde pequeño su parpado “se le cayó” y le hacía ver el ojo más pequeño, lo que vivió como “un problema existencial”, que sin duda marcó su historia vital, ya que por un lado originó que viviera burlas y rechazo en su infancia por parte de sus compañeros de escuela; y por otro, que en la adolescencia se viviera como “no normal”, pues no vivió “el destrampe” y “las novias”. Comentó que a los dieciséis años conoció a la chica que poco después aceptaría ser su esposa, y alcanzar con ello uno de sus mayores anhelos en su historia de rechazos, es decir, sentirse aceptado físicamente por una mujer, ya que no se acercaba a ellas “por lo de su ojo” y por temor a ser rechazado.

En el momento que lo entrevisté refirió que tenía dos años de haber terminado su relación de pareja, la cual había durado aproximadamente diez. Cuando le pregunté cuál había sido el motivo, negó saberlo. Sin embargo, en el transcurso de la entrevista surgió información sobre algunas situaciones que parecen haber deteriorado su relación tales como su problema con el consumo de alcohol, así como la violencia emocional que él ejercía hacia su pareja.

René manifestó su depresión cuando su ex pareja se separó de él y se llevó a sus dos hijos, incrementando de manera considerable su consumo de alcohol: “Fue todo un año lo que yo me aventé sumergido en el alcohol, nunca probé vicios, el alcohol digo al fin y al cabo es una droga, es un vicio, es algo en lo que te refugias”. Sin embargo, refirió que nunca dejó de trabajar, aún en el estado más crítico de su depresión. Comentó también que ha sido muy “apegado a sus hijos, pues tiene el instinto paternal súper arraigado”. En una fiesta familiar donde René se alcoholizó en exceso, sus dos hijos “le dijeron, como si se hubieran puesto de acuerdo, que dejara de tomar pues eso le hacía daño”. A partir de entonces dejó de alcoholizarse ya que esas palabras “las tiene muy grabadas” hasta el día de hoy.

Por otra parte, en su trabajo, una amiga psicóloga que se dio cuenta de su depresión, le recomendó iniciar actividad física en un gimnasio y aunque le resultó difícil adherirse a la recomendación, cuando lo logró se dio cuenta de que su cuerpo empezó “a cambiar” haciéndose más voluminoso y marcado; ello atrajo la atención de las mujeres recuperando su autoestima de “cero a cien” según refirió. Así mismo, en este periodo de recuperación uno de sus hermanos dedicado a realizar shows strippers, lo invitó a bailar, experiencia que le permitiría descubrirse físicamente atractivo para las mujeres.

René proviene de una familia tradicional, apegada a estereotipos de género en la que existió violencia física por parte de su padre hacia su madre. En su sistema familiar, la figura masculina ocupó un lugar privilegiado, mientras que la femenina estaba subordinada y supeditada al poder masculino, el cual fue detentado por el padre, y por cinco hermanos hombres, de los cuales René ocupó el cuarto lugar por lo que podremos advertir más adelante que las figuras masculinas tendrán gran influencia en su vida.

Figuras de identificación

Sistema familiar

El padre

De los primeros recuerdos que surgen en la entrevista en torno a su padre, René menciona que “fue un hombre alcohólico y golpeador con su madre”. Como hemos visto, las primeras identificaciones, las producidas a edades tempranas, son las que de acuerdo con Freud (1923), tienen un efecto universal y duradero. La imagen del hombre que golpea permanece en la subjetividad de René, pues refiere que cuando presenciaba la violencia de su padre pensaba que “cuando tuviera una pareja, él no la iba a golpear, él iba a ser diferente”. Sin embargo, en la siguiente viñeta en donde narra su separación de pareja, podemos advertir que sí ejerció violencia hacia ésta, si bien no fue física como la de su padre, sí fue emocional (al cosificar a su pareja y compararla con un celular) y verbal como se puede constatar a continuación:

Es como si un día yo llego y pongo mi celular aquí y luego ya de manera cotidiana (lo hago), ya para mi es una rutina de llegar y sacar un celular aquí... para mi ese día fue como llegar y no encontrar el celular, yo dije espérame pero qué pasó y ella me dice `ya no quiero vivir contigo´.

Empecé a interactuar con más mujeres y me empiezo a despertar... siempre cotorreaba con mi esposa, yo le decía `hay que hueva ya contigo ya vamos a cumplir cinco años, a los cinco se caduca ¿eh? y decidimos si renovamos o ¿no?´

Asimismo, el hombre que se alcoholiza también forma parte de las primeras imágenes identificatorias que René internalizó no tan solo del padre sino también de un hermano mayor. A pesar de que en cierto momento pensó que él “no era candidato para el alcohol”, fue un problema latente en su relación de pareja, favoreciendo el rompimiento de la misma.

En ese tiempo bueno poquito, empezaba yo a tomar pero era un bebedor malo, porque yo me ponía muy borracho y directito a mi casa y no era así de otro día, de llegar a las tres o cuatro de la madrugada no, me ponía borracho muy temprano, diez once de la noche ya estaba en casita por así decirlo, pero empecé a tomar, cuando yo no era candidato para el alcohol, porque yo decía no, pero sin en cambio lo hacía para convivir con las personas, para estar echando cotorreo por todo eso, entonces ella me achacaba muchas cosas así.

Jeammet (1992) afirma que en el proceso de identificación, existen dos modalidades: la identificación introyectiva en la que “el sujeto interioriza y hace suya la cualidad de la relación establecida con el objeto más que el objeto en sí mismo” (p.45) la cual enriquece y expande al yo. Por otro lado, se encuentra la identificación incorporativa, el objeto mismo o sus atributos pasan al yo constituyendo un “enclave parasitario”, es decir, lejos de enriquecer y expandirlo, dejan al sujeto pasivo, parasitándolo “según el clima emocional que acompañe la incorporación” (p.45) . Podemos comprender que la imagen del hombre que se alcoholiza fue incorporada en la subjetividad de René, dificultando el desarrollo y expansión creativa de su yo, parasitándolo y dejándolo en un lugar pasivo, reproduciendo la violencia y el alcoholismo como su padre.

También internalizó la imagen del hombre que tiene amigos y dinero, pero a diferencia de su padre quien empleaba a éste último para alcoholizarse, a René le permitió obtener reconocimiento ante sus hermanos y sobrinos:

Mi papá aunque ganaba mucho dinero, todo se lo gastaba en bebida, tenía muchos amigos, esta parte de su vida era padrísima porque era Betito, Betito, así se llamaba mi padre y entonces tenía muchos amigos y dinero y mi papá se acabó todo su dinero... yo empecé a trabajar muy pequeño, mis hermanos se juntaban conmigo el domingo que yo no trabajaba, me iba con mis sobrinos, tenía que gastarme todo el dinero, mis hermanos estratégicamente me decían `oye ¿no quieres comprarte ropa?, te acompañamos´, terminaba comprándome una mudita de ropa y lo demás le compraba a mis sobrinos, mis hermanos tenían esa estrategia de `dile a tu tío que te gusta´ `Mira tío´ `te gusta hijo, órale hijo mídetelo y te lo compro´...tenía dinero y lo podía gastar.

“Defiéndete... debes de aprender a meter las manos” y “no chilles cabrón, los hombres no chillan” son frases que René dolorosamente incorporaría para ser validado y aceptado como hombre frente a los ojos de su padre quien practicaba boxeo, y lo obligaba a pelear como a continuación podemos advertir:

Mi padre fue luchador, fue boxeador y nos enseñó toda esa parte de las artes, “defiéndete porque en la vida te encuentras un chorro de cosas y debes aprender a meter las manos” no que pelees por pelear, pero si tienes que hacerlo, no te va a quedar de otra. Cuando nos enseñaba era “vas hacer esto y le vas a dar en la torre a aquel”, y yo decía “no pues es que está más grande”, “no pues así te lo vas a aventar ¿no?”. Y de repente te dan algunos catorrazos y ya te sientes “ya no, ya no” “no seas puto cabrón”, palabras que nosotros escuchábamos y mi padre tenía algunas así como “no chille cabrón los hombres no chillan”, pues no chillo ¿no?

Vemos que René finalmente, internalizó de su padre la prohibición de “no chillar”, imperativo que además la cultura de género refuerza por asociarse a lo femenino. Vale la pena mencionar que el término “chillar” a diferencia de “llorar” parece tener una connotación de mayor desdén, de mayor juicio y estigma en el imaginario masculino, Por otra parte, en la experiencia de René podemos constatar lo que Cruz (2006) afirma “para que un cuerpo corresponda a un tipo masculino, a un cuerpo de un `hombre´ de verdad, éste debe mostrar atributos como la resistencia, la capacidad, la fuerza, cierta

complexión y tono muscular, determinadas marcas y adornos, posturas y movimientos” (p.4) René resiste al dolor de “los catorrazos” con tal de ser aceptado como hombre ante los ojos de su padre, pues no hacerlo hubiera implicado el rechazo y desaprobación de éste al mundo masculino tal como Fridman (2000) sostiene acerca de que el temor más profundo que subyace a la angustia de castración, no es tanto que el padre castigue por desear eróticamente a la madre, sino que no se acerque lo suficiente y reconozca al hijo varón, como un igual, otorgándole por efecto de dación su identidad masculina.

Ahora veamos otra de las figuras de identificación significativas en la historia vital de René.

La madre

La figura de la mujer dentro del sistema familiar de René, es una figura que aparece devaluada y nulificada en su esfuerzo y trabajo doméstico, pues el hecho de que ésta se dedicara a lavar o planchar ajeno no equivalía desde la óptica de René, a trabajar como a continuación se puede constatar:

Mi madre no fue de trabajo, fue una mujer de provincia que igual no se cerraban las puertas, planchaba o lavaba ropa, vendía cosas que le daban a vender perfumes, lo que sea.

Son las mujeres en la historia familiar de René, las figuras encargadas transgeneracionalmente de preservar el sometimiento a la supremacía y dominación masculina, otorgando a los hombres la capacidad de detentar el poder sobre ellas:

Mi padre fue alcohólico golpeador con mi madre, yo veía esta parte de la vida de mi familia y yo decía ¡guau! pues no me gustaría que si yo tengo una pareja fuera golpeada. Vi la vida que llevó mi madre, mi abuela, he visto alguna parte de la vida de mis hermanas que eran casadas y yo decía no... entonces yo trataba de ser diferente.

Asimismo, las frases que René internalizó de su madre forman parte de un sistema de creencias de género tradicional y estereotipado, que permanece latente y

determina el impacto emocional que tuvo su separación de pareja, al contradecir el mandato materno “el matrimonio es para toda la vida”:

En mucho tiempo yo le preguntaba a mi mamá por qué le aguantaba a mi papá cuando la golpeaba tanto, cuando no la proveía como debía y que tenía que estarse tronando los dedos para que comiéramos, le decía a lo mejor tienes más oportunidades, no es que busques otra persona pero igual.... Quiero mucho a mi papá pero no me gusta verlos así, mi mamá decía “no, a mí me enseñaron que te aguantas y te aguantas y esa es tu cruz...”

Para mí era muy marcado de vamos a ser una familia y con la persona que yo me case es para vivir toda la vida, una idea a lo mejor mal tomada pero pues era mi idea, la ideología que yo tenía era esa, que el matrimonio iba a ser para toda la vida, los hijos los íbamos a ver crecer.

Los hermanos mayores

Dentro de los modelos de identificación masculina que René tuvo, fueron sus hermanos mayores varones. Comenta que uno de ellos durante mucho tiempo fue el proveedor de la casa, “era como el papá, porque su papá se iba a tomar”. Más adelante el mismo René, asumiría dicho papel como parte de las identificaciones e ideales masculinos internalizados que estarán presentes a lo largo de su vida, es decir el de trabajar y proveer económicamente:

Vi que mi madre tenía que hacer muchas cosas para el sustento de la casa...Yo quise ser como esta parte del sustento económico y le decía `no te preocupes yo me hago cargo, yo pago...allí yo empecé a ser responsable de mi vida, de mis actos, de una parte de mi familia.

Por otro lado, “ser enamorado” es una de las prácticas masculinas que René internaliza de sus hermanos mayores y de su padre:

Mi hermano, mayor que yo, era para mí un ejemplo, mi papá siempre le llamaba la atención a él, porque era demasiado enamorado, se la pasaba enamorando a las chicas y le decía mi papá `eso no se hace´, aunque mi papá también fue demasiado enamorado. Pero mi papá en sus cinco sentidos decía `eso no se hace´, y menos en el trabajo porque les ocasionas problemas a ellas, fuera del trabajo haz lo que quieras...

A mí me ha gustado siempre vestirme con ropa apretadita, llegaba a un lugar y saludaba, soy como muy apapachador, si son mujeres ¡Hola corazón cómo estas!, regularmente es corazón, ¡Hola corazón buen día! ¡Sí mi amor, que te vaya bien! bla bla bla.

Vemos entonces que la identidad masculina de René se constituyó a partir de identificaciones, frases, prácticas, así como de formas de relación con el sexo femenino, que al tener el “problema” de su parpado caído vivirá como un impedimento narcisista. Pero como veremos a continuación, su cuerpo será la vía a través de la cual recuperará otros ideales de masculinidad que no tan solo se enaltecieron en su historia familiar, sino que además son promovidos en nuestra cultura occidental y globalizada.

El *yo ideal*

La imagen de máxima valoración que una persona tiene de sí, Hugo Bleichmar (1986) la define como *yo ideal*. En este sentido, podemos pensar que “el problema” en el rostro de René tuvo un impacto significativo en la representación psíquica y corporal que constituiría de sí mismo, es decir, este hecho le impidió valorarse como alguien perfecto e ideal frente a sí, pues recordemos también que fue objeto de burlas y rechazo por parte de sus compañeritos de escuela:

Yo era una persona con muchos problemas existenciales, tuve un problema muy marcado en mi rostro que para mí era así... no para los demás... tenía un parpado caído, yo creía que me veía mal, siempre me he considerado un hombre feo pero con suerte... Según mi mamá fue de nacimiento y de repente mi ojito se me empezó a ver más pequeño, no saben ni le achacan a nada en especial, que me haya caído, que me haya golpeado... mi mamá no recuerda una parte de eso, sí recuerda que yo era una persona normal y que la fisonomía de mi cara cambió con mi ojo y para mí fue muy marcado... En la infancia es algo que se nota, los compañeritos de la escuela, el apodo: “el pirata”, “el ojitos” cosas así pues mi ojo siempre se vio más pequeño.

Sin embargo, también Bleichmar (1986) sostiene que para que algo pueda concebirse como perfecto, es necesario tener también una representación de lo que no lo es, de lo que es imperfecto. Se puede inferir, por tanto, que debido a su “ojo más pequeño” René se representó a sí mismo como lo opuesto a lo perfecto, es decir, como el negativo del *yo ideal*. Lo cual se acentuó en la adolescencia, al percibirse como un adolescente “no normal” como lo podemos advertir en la siguiente viñeta:

No recuerdo tantas cosas de chiquillo, para mí fue más marcado en la adolescencia... No entré a hacer la preparatoria, no fui un adolescente normal por así llamarlo que saliendo de la secundaria, la preparatoria, los amigos, el destrampe, las novias, no lo viví.

Vemos que durante la infancia y parte de la adolescencia, René se representó como el negativo del *ideal de yo*, esto es, como un hombre que por su aspecto físico sería probablemente rechazado y golpeado aún más en su autoestima si se acercaba a una mujer:

Yo por mi frustración, no me acercaba a las mujeres...por lo de mi ojo, sentía que el hecho de acercarme a una mujer y decirle ¡Hola, te quiero conocer! o ¡Me gustaría conocerte platicar contigo!, no sé algo, el simple hecho de acercarme, sentir esa parte... como de rechazo, para mí era así como de ¡ay me va a suceder eso! y si de por sí tengo este problema y un rechazo me va a terminar de martajar.

Sin embargo, a la edad de dieciséis años conoció a la mujer que aceptaría ser su esposa y que además era “guapísima”, logrando con ello representarse como el hombre viril y masculino que sería aceptado por una mujer, es decir, la aceptación femenina le permitió representarse en su *yo ideal*:

Vi que esta chica sin problema me aceptó, le dije yo estoy aquí y la verdad es que me gustaría saber si vamos a ser novios... me dijo que sí... para mí fue ¡guau! fue un gran logro porque para mí era una mujer guapísima, bonito cuerpo, todo lo mejor que yo le encontraba a ella.

Sin duda, para René fue un gran logro, y podemos pensar incluso que pudo haberlo vivido como un doble triunfo; pues por un lado, por fin era aceptado y por otro, lo era por una mujer “guapísima”. Imaginemos entonces el profundo golpe narcisista que experimentó diez años después -que será el núcleo de su depresión-, cuando esta misma mujer decide romper la relación, hecho que lo conduciría nuevamente a ese lugar tan conocido para él: a la representación negativa de sí mismo. Silvia Bleichmar (2006) comenta que en el imaginario de los hombres o en su sistema de representaciones se puede dejar de ser varón, por tanto hay que demostrar permanentemente que sí se es. En este sentido, se podría suponer que René haya sentido que al perder a su pareja perdía también su masculinidad y virilidad previamente alcanzada como podemos inferirlo en la siguiente viñeta:

Me sentía como tirado en el suelo pero es que es literal, me hincaba y le decía “piénsalo bien, dame una oportunidad, no me dejes” y ella me decía y se lo admiro era una mujer fuerte, ya después me di cuenta que no era fortaleza, nada más era una caparazón de ella donde protegía su intimidad, me decía “no, no, no, oportunidades tuviste, ya no, adiós...” oye ...”no y no llores, no seas pinche maricón cabrón no llores” y yo peor me sentía y era más el madrazo y madrazo y pues más mal me quedaba, yo decía no importa que me humille.

Ahora veamos los ideales que René interiorizó en el desarrollo de su identidad masculina.

El *Ideal del yo*

Para Freud (1923), el *súper yo* o *Ideal del yo* se forma a partir de la sedimentación de las identificaciones que se hagan con madre y padre. Por ello, podemos inferir que los *ideales del yo* se constituyeron tempranamente en la subjetividad de René a partir de tener que proveer económicamente a la madre y a sus hermanos. Por tanto, la sobre responsabilidad fue configurada como fuente de reconocimiento, del cual René se encontraba carente por su historia de rechazo:

A los siete años empecé a trabajar, a los catorce ya trabajaba de manera oficial, trabajaba como un hombre hecho y derecho... era mi trabajo-mi casa, mi casa-mi trabajo, ese fue mi rol de vida por mucho tiempo... allí empecé a ser responsable de una parte de mi familia... fui muy responsable con mi mamá.

En cuanto a la figura paterna, los ideales que René incorporó en el proceso de identificación se relacionan con el tener un trabajo, pues “un hombre hecho y derecho es aquel que trabaja”, y “el que antepone la responsabilidad de su trabajo a todo”:

Mi papá en sus cinco sentidos decía eso no se hace, eso sí se hace, sí decía mi papá: “dentro de un trabajo la responsabilidad ante todo”, el aprendizaje que a mí me dejó fue ese, trabajar, mi papá era tornero mecánico y me enseñó a trabajar y me decía no debes hablar mal de las personas, siempre tú trabajo es el que te va a recomendar, si tú sabes hacer las cosas, las puertas se te abren.

“Tener un trabajo y ser responsable en él”, se constituyeron entonces como ideales masculinos que le apoyaran en el enfrentamiento de su depresión en el momento más crítico:

Me encerraba y empezaba a beber, a beber, hasta que me cansaba de llorar, hasta que me cansaba de maldecir, de hacer mil cosas porque me sentía muy dolido entonces lloraba, pataleaba, berreaba y tomaba hasta que me quedaba pues perdido. Al otro día me levantaba, me metía a bañar, preparaba mi ropa... no dejé de trabajar nunca... yo por mi trabajo he dado todo, he sido un hombre extremadamente trabajador, hasta la fecha lo sigo siendo.

La sustitución de otros ideales masculinos

Bleichmar (1986) plantea que la identidad no se sostiene por sí misma en la subjetividad, sino es sostenida cuando los demás la aceptan como verdadera: “la presencia del otro no solo es fundante, sino a la vez es esencial para el mantenimiento y las sucesivas transformaciones del *yo representación*” (p.53).

En este sentido, las identificaciones que René internalizó y que se constituyeron como ideales, provinieron como hemos visto no solo de la identificación que hizo con la figura de su padre y madre, sino que además fueron mantenidas y actualizadas por el mundo simbólico masculino representado por sus hermanos mayores, sustituyendo la manera de satisfacer su ideal de aceptación femenina, ya no a través de su relación de pareja, sino a través de un cuerpo atractivo para las mujeres, como podemos constatarlo en el siguiente pasaje:

Les platicué mucho en la oficina que a veces los fines de semana mis hermanos se dedicaban hacer ejercicio y daban shows para mujeres, los llamados strippers... Yo un día salgo con uno de mis hermanos y me dice oye, no vino mi compañero de trabajo baila conmigo, le dije cómo crees, yo los acompaño, les pongo música pero no me pidas que baile... entonces me ánimo y lo hago, si sentí esa parte de nerviosismo, primera vez, la vivo como una experiencia padrísima porque salgo, bailo, hago mi show y siento las caricias de las mujeres. Mi hermano me ayudo en más de una forma, a prepararme psicológicamente para bailar frente a las mujeres.

Pero también como hemos visto, los ideales de género prevalentes en la cultura acerca de lo que significa ser hombre, impactarán la subjetividad de René. Aguiar (1998) comenta que a partir de la caída de Roma y el inicio de la era cristiana, el hombre pasó de ser erótico a erotizante, es decir, el cuerpo masculino en la época griega era un cuerpo erótico digno de admiración. Con el paso del tiempo, los varones

admirarían el cuerpo femenino. De acuerdo con este autor, en la actualidad el varón ha recuperado su condición de objeto erótico en un escenario posmoderno. Explica tres momentos decisivos que así lo permitieron: en el siglo XIX, mujeres artistas pluralizaron sus temáticas al romper con el control ejercido por los mismos hombres en la producción artística, el cuerpo masculino fue entonces representado estéticamente. Por otra parte, a finales del mismo siglo XIX, en el romanticismo, con la poesía maldita y la cultura dandy, artistas masculinos retomaron su atención erótica hacia otros hombres. Un tercero, pero decisivo momento fue la formación de la cultura gay a mediados del siglo XX: “Que hoy día la aspiración masculina en las sociedades contemporáneas sea poseer un cuerpo marcado de voluminosos músculos pero tiernos rasgos, prototipo impulsado por la industria fílmica hollywoodense [...] tiene su génesis en las idealizaciones eróticas de hombres cautivados por su mismo sexo [...]. Si en el siglo XIX, el ideal masculino fue espiritual, algo parecido a una condición del alma, hoy día “es un `ideal carnal´ el que se enfrenta culturalmente: se es hombre a través de y por un cuerpo” (p. 274). En la vida actual ser hombre implica la posesión de un cuerpo, que tendrá que moldearse y ajustarse a estándares masculinos promovidos por la cultura de género tal y como lo plantea Butler (1990) quien desde una óptica filosófica y sociocultural, refiere que el género, al ser instituido por la estilización del cuerpo, debe entenderse como la forma mundana en que los gestos corporales, los movimientos y las normas de todo tipo, constituyen la ilusión de un yo generizado. René a través del gimnasio, moldeó y ajustó su cuerpo a las demandas masculinas respecto al cuerpo físico que interiorizó de su padre, quien era boxeador, pero también de sus hermanos que hacían shows strippers. Dichas aspiraciones relacionadas a la posesión de un cuerpo musculoso y atractivo para las mujeres en la historia familiar de René, encuentran su fortalecimiento en la idealización que se hace en nuestra cultura occidental y globalizada acerca de que tener un cuerpo musculoso, es signo de hombría y virilidad. Vemos pues que los ideales masculinos se han transformado con el paso del tiempo, hoy poseer un cuerpo como el que René logró a través de imponer a su cuerpo rutinas en el gimnasio, valida no tan solo ser un hombre, sino además en su historia particular, poseerlo cobra un mayor sentido, pues le permitió acceder a un ideal anhelado por él desde pequeño: ser aceptado e incluido en el mundo de los hombres.

Si como afirma Butler (1990), el cuerpo es un proceso activo de encarnación de posibilidades culturales e históricas, podríamos también decir que el cuerpo de René encarna ideales masculinos específicos de su particular historia de vida. Por tanto, los ideales de género impuestos por la cultura para los hombres, cobran sentido y significación a partir de la propia biografía, tal y como lo señala Chodorow (2003).

La experiencia de la depresión

Lo que antecede

Durante las sesiones con René, afloró información acerca de que su separación de pareja antecedió al surgimiento de su depresión.

Se llevó a mis hijos, yo llegaba a casa y eso de llegar abrir la puerta y el olor pues de la familia, estando las cosas de mis hijos, el olor yo lo seguía percibiendo tal y como era, cuando antes llegaba y estaban todos y esa era mi frustración... Me encerraba y empezaba a beber.

Su separación de pareja al parecer, fue suscitada por circunstancias frente a las cuales René no asume responsabilidad, por ejemplo en su problema de alcoholismo, en la violencia emocional que ejercía hacia su pareja, así como en las relaciones extramaritales que éste mantuvo, como deja entrever en el siguiente pasaje:

Cuando uno trabaja como chofer, la secretaria o la asistente del jefe, muchas veces tiende a darse una relación, no quiero decir que sea una regla, pero a mí me pasó, lo viví de una manera muy directa y entendí que se puede dar una relación, porque se pasa mucho tiempo junto.

Yo siempre fui de la idea que en el matrimonio o en las relaciones de pareja, una tercera persona, puede ser beneficiosa para la relación de pareja, siempre y cuando no te involucres totalmente o sentimentalmente... se vale la infidelidad siempre y cuando la otra persona no lo sepa, porque si la otra persona no lo sabe, de verdad que no va a pasar nada.

La vivencia

René relata que después de su separación de pareja, se quedó viviendo solo y fue cuando incrementó su consumo de alcohol:

Era como evadirme porque era encerrarme en cuatro paredes... pensaba aquí dentro nadie sabe de mí, ni saben lo que hago... era sufrir sufrir y era llorar y era llorar... fue todo un año que yo me aventé sumergido en el alcohol, nunca probé vicios, digo el alcohol al fin y al cabo es una droga, es un vicio es algo en lo que te refugias.

Los sentimientos que experimentó fueron de soledad y dolor que aparecían al final del día, al regresar a casa y encontrarse consigo mismo.

Lo que yo sentía era un sufrimiento, aunque gran parte del día era estar con alguien, amigos, compañeros, familiares al final llegas a un lugar donde digo no estás solo, pero en ese momento yo así lo vivía, era estar solo.

También experimentó sentimientos de profunda tristeza. Al perder su relación de pareja y lo que con ella había logrado -ser aceptado y serlo por una mujer "guapísima"- René se representó como su negativo del *yo ideal*. Bleichmar (1986) comenta que un colapso narcisista surge cuando la persona hace una comparación entre lo que es y lo que en la actualidad no es. Al sentir que su vida se había desbaratado y derrumbado podemos pensar que René se colapsó:

Lo que me pasaba normalmente era que estaba con los amigos y ¡guau, huy! Y estaba yo solo y me cargaba la tristeza otra vez y vas pa' abajo. Cuando entré a terapia yo seguía removiendo y removiendo el escombros que había en el derrumbe.

Perder su relación lo hizo pensar que la vida que creía construida "se desbarataba", surgió la frustración por no poder conservar a su familia:

Yo decía ya se me desbarató todo, mis hijos por un lado, yo por otro, ella quién sabe qué haga y pensando como hombre, como el macho, yo decía ¡híjole va a estar con otro cabrón.

La metáfora

René describe metafóricamente cómo vivió la depresión y para ello emplea la analogía de “un abismo” y a lo largo de su narración afloraron frases como “me sumergí, me hundí, salí del hoyo” que parecen aludir a una experiencia de ensimismamiento, pero además de devaluación y descalificación como lo vemos en el siguiente fragmento:

Era estar solo, era ¡híjole! entrar en un abismo y decir no tengo nada, no soy nada, me siento por debajo de todo, maldiciendo mujeres, maldiciendo muchas cosas. Yo decía, no importa que me humille, su propia familia me decía: René no te humilles, tú mereces otra cosa, tú no lo mereces.

Ahora veamos qué fue lo que apoyó el proceso de recuperación de René.

Elementos de apoyo en la recuperación de la experiencia depresiva

Uno de los factores que René reporta que le ayudaron a abstenerse de consumir alcohol fue su sentido de paternidad, pues el que sus dos hijos pequeños le pidieron explícitamente que ya no tomara, fue muy significativo para él:

Hasta hoy he sido muy apegado a mis hijos, tengo el instinto paternal ¡híjole súper arraigado, muy metido, para mí antes que otra cosa están mis hijos. Los dos me dijeron así como si se hubieran puesto de acuerdo “papá no vuelvas a tomar porque ve cómo te pones, yo creo que eso te hace daño”, son palabras que tengo muy grabadas.

Pero también la creencia en un ser superior:

Un día sentí la necesidad de hablar con alguien y ese día el pastor me dijo cuando sientas la necesidad de hablar con Dios acuérdate Dios está en todos los lugares, empecé a platicar con Dios quise cerrar mis ojos, estaba con la nariz constipada, mis ojos escurriéndome de lágrimas, lo que me hizo levantarme fue que sentí algo en mi hombro, me quedé callado y dije gracias Dios mío por

haberme escuchado y me levanté y dije ¡ah cabrón si no hay nadie! Sé que Dios existe, lo sentí. Desde ese día que yo dije no vuelvo a beber, es fecha que digo Dios me está permitiendo no darme el permiso, no se me antoja, siento que no lo necesito.

Los estereotipos de género en la familia de origen

René compartió una experiencia con su familia de origen, dejando entrever el sistema de creencias estereotipado en relación a lo que como hombre está permitido y prohibido hacer. Después de que bebió más de un litro de mezcal ocurrió lo siguiente:

Me dio por llorar y estaba mi familia allí, de repente empezaron a burlarse, una de mis tías me dijo “ya hijo, manda a esta vieja a la...” yo no quería que me dijeran nada, simplemente a lo mejor “tranquilo”, pero no que me dijeran que me recalcaran... y entonces un tío empezó “uy ya no vuelvo a invitar al chillón” y uno está así como que en el momento más difícil y era peor, y les dije saben qué “me invitaron a su fiesta, adiós”.

Como podemos advertir, el llanto de René en su contexto familiar no fue bien recibido. Además recordemos que una de las frases que su padre le decía era “que no chillara, que los hombres no chillan”. Kimmel (1997) afirma que en el proceso de masculinización, hay debajo un terror que el varón mantiene de manera permanente, y se relaciona con el hecho de que pueda ser desenmascarado (por otros hombres) como un hombre que no se ha separado completa e irrevocablemente de su madre: “el fracaso dejará desexuado al hombre, haciéndolo aparecer como que no es un hombre total... será considerado un hijito de su mamá, un afeminado” (p. 52). Desde la ideología machista y patriarcal que prevalece en nuestra cultura occidental y particularmente en la familia de René, cuando éste logra expresar su profunda tristeza a través del alcohol, fue juzgado por otro hombre por no aparecer como un hombre “completo y viril”.

Por otro lado, en las sesiones de entrevista, René refirió pensamientos que acompañaron su vivencia en los que se puede advertir su deseo de cobrar venganza:

Entonces para mí era ya no quiero saber nada, las mujeres son unas hijas de la... todas las mujeres son iguales... no valen la pena y de ahora en adelante mujer que conozca, mujer que me voy a coger.

Paralelamente, ocurren dos eventos que le ayudaron a desistir de sus pensamientos. Uno de ellos fue que comenzó a hacer shows strippers; y otro, la ayuda que recibió de una amiga psicóloga, quien le recomendó iniciar actividad física en el gimnasio, con el fin de que le ayudara a expresar el enojo y la frustración que sentía. Pero las rutinas de ejercicio físico que impuso a su cuerpo, le permitieron descubrirse como un hombre atractivo para las mujeres:

Lo que se me vino mucho a la mente es bonito cuerpo, siempre me he caracterizado por ser un hombre pues no guapo, yo siempre digo que soy un hombre feo pero con mucha suerte y entonces cuando empiezo a ver la transformación de mi cuerpo y empiezo a bailar, veo que a las chicas les gusta...para mí fue padre, padrísimo y me gustó y yo decía ¡de aquí soy!, mi cuerpo, creo que no estoy tan mal.

Mecanismos defensivos frente a la depresión

Blum (2014) afirma que el mecanismo de la desmentida es una modalidad del mecanismo de negación, donde coexisten dos cosas contrarias al mismo tiempo y son conscientes. Dicho mecanismo podemos advertirlo cuando René acepta que “empezó a tomar cuando entró a trabajar”, pero aun así no lo considera causa de que su pareja lo haya dejado.

Sí, de repente empecé a tomar cuando entré a trabajar, empecé a hacerme más social... yo no creo que haya afectado mi relación de pareja porque no mezclaba esta parte de acá con mi familia. Pero sí cambié mucho porque me empecé a ser más sociable.

Vemos que ambas condiciones se contradicen, es decir, ciertamente su pareja lo dejó; y al mismo tiempo, René tenía problemas de alcohol, pero la segunda desmiente a la primera, esto es, desde la subjetividad de René su alcoholismo no tuvo que ver con el hecho de que su esposa lo dejara. En términos de Blum (2014) este mecanismo “conduce a una escisión del yo”, por lo que muy probablemente René no aprenda de la

experiencia, de tal manera que es posible pensar que tenderá a repetir sus patrones conductuales cuando esté nuevamente en una relación de pareja, pues no considera que sus problemas de alcoholismo y la denigración que hace de la mujer sea lo que muy probablemente haya afectado negativamente su vida de pareja.

Laplanche (1993) explica que la sublimación es un postulado que Freud planteó que consiste en que la pulsión “es derivada hacia un nuevo fin, no sexual y apunta hacia objetos socialmente valorados” (p.436). Mecanismo que podemos inferir que René empleó cuando acude al gimnasio, por recomendación de su amiga psicóloga, con el fin de expresar “todo el coraje, la ira y la frustración” a través del ejercicio físico.

El mismo Laplanche (1993) planteó que el desplazamiento es un concepto que aparece en los comienzos de la teoría freudiana para explicar a partir de una hipótesis económica, que la energía de catexis puede aumentarse, disminuirse, desplazarse o descargarse. La actividad física permitió a René desplazar la energía de los sentimientos de enojo y frustración, que inicialmente estaba dirigida hacia su ex esposa, hacia los aparatos del gimnasio.

Finalmente, René sustituye no tanto su ideal de aceptación femenina sino la manera de lograrlo, pues si bien antes lo satisfacía con su pareja, después lo obtendrá de las mujeres que acuden a los shows strippers. El empleo de estos mecanismos de defensa psicológicos junto con la experiencia psicoterapéutica, probablemente hayan permitido a René salir poco a poco de su depresión. Sin embargo, no se puede dejar de considerar la vulnerabilidad emocional en la que se encuentra, al fincar su estima y valor masculino en su cuerpo, pues la actividad física en el gimnasio por mas extenuante que sea, no impedirá que el paso del tiempo impregné su huella.

EJE ANALÍTICO

LA HISTORIA DE RENÉ: EL CISNE QUE VOLVIO A SER PATITO FEO

-¡Sí, mátenme, mátenme! -gritó la desventurada criatura, inclinando la cabeza hacia el agua en espera de la muerte. Pero, ¿qué es lo que vio allí en la límpida corriente? ¡Era un reflejo de sí mismo, pero no ya el reflejo de un pájaro torpe y gris, feo y repugnante, no, sino el reflejo de un cisne!

“Los cisnes viejos se inclinaron ante él. Esto lo llenó de timidez, y escondió la cabeza bajo el ala, sin que supiese explicarse la razón. Era muy, pero muy feliz, aunque no había en él ni una pizca de orgullo, pues éste no cabe en los corazones bondadosos. Y mientras recordaba los desprecios y humillaciones del pasado, oía cómo todos decían ahora que era el más hermoso de los cisnes”.

Fragmento de “El patito feo”. Christian Andersen

El cuento de “El patito feo” de Christian Andersen³⁸ permite comprender metafóricamente la historia de René quien desde pequeño se vivió con problemas existenciales pues “tenía un párpado caído”. Ignorando la causa, afirma que para su madre fue una persona normal, recordemos que también en el cuento del patito feo, la madre de éste lo acepta aún con las diferencias físicas que eran evidentes, pues era grande y gris comparado con sus hermanos patos. René al igual que el patito feo, vivió en su infancia rechazo y burlas de parte de sus compañeros de escuela.

Durante la adolescencia, afirma Tubert (2000), una etapa en la que el cuerpo “es la sede de nuestras experiencias de necesidad, de placer y dolor” (p.10) el “problema” en la fisonomía de René cobrará mayor importancia. Sin embargo, a la edad de dieciséis años conoce a la mujer que más adelante aceptaría ser su esposa. René se sintió también como un cisne hermoso pues había sido aceptado por una mujer que consideraba “guapísima”. Como hemos visto, de ser el niño y adolescente imperfecto, de vivirse como el negativo de su *yo ideal*, al ser aceptado por una mujer que consideraba “guapísima” seguramente él se sintió también “guapísimo”, ideal y perfecto, experimentando su *yo ideal*.

³⁸ Ver en http://www.ciudadseva.com/textos/cuentos/euro/andersen/el_patito_feo.htm

Sin embargo, a diferencia del patito feo que “no guardaba una pizca de orgullo”, René comenta que vivió “un despertar” cuando se dio cuenta de que su fisonomía no era el problema, sino era él que así lo pensaba:

Cuando entro a trabajar a esta institución empiezo a ser más social y empiezo a conocer más personas, mi relación siempre se daba con las mujeres y tenía yo... bueno siempre me he dado cuenta de que el atractivo para las mujeres, porque así me lo decían, eran mis nalgas y me decían es que tienes unas nalgas muy bonitas... me empiezo a dar cuenta que realmente mi fisonomía como yo lo pensaba no era el problema, el problema era yo porque lo pensaba. Entonces empiezo a interactuar con las demás mujeres y me empiezo a despertar...Ella (su ex esposa) justamente a los diez años terminó la relación conmigo.

Es así como la mujer que lo elevó a la experiencia de ser un bello cisne, al decidir romper la relación de pareja con él, éste vuelve a experimentar un lugar conocido para él: el del patito feo, es decir, el lugar del hombre imperfecto, quien desde su perspectiva, perdía la hombría y virilidad previamente alcanzada.

Hemos visto que la manera de satisfacer su ideal de aceptación femenina, la sustituye ahora por medio de un cuerpo musculoso y atractivo para las mujeres. Esto junto con otros mecanismos psicológicos como el de la desmentida, la sublimación y el desplazamiento, son recursos psicológicos que le permiten a René salir poco a poco de su estado depresivo. Sin embargo, no puede dejar de considerarse el riesgo que éste presenta de vivir nuevamente una depresión predominantemente narcisista, pues nuevamente está sosteniendo su estima y valor masculino en el reconocimiento externo y no en el reconocimiento de sí mismo como alguien valioso independientemente de su físico, lo que podría cimentar su valor y estima por lo que es y no por la fugacidad de lo que tiene.

LA HISTORIA DE JUAN

En el momento de la entrevista, Juan contaba con cincuenta y seis años, profesional en el campo de la salud, con estudios de licenciatura, estaba casado y tenía dos hijos. Fue contactado por medio de una psicoterapeuta que formó parte de la red

social en la que me apoyé para la búsqueda de participantes. Al enterarse de los objetivos de mi estudio y los requerimientos para participar, derivó a Juan conmigo, cuando llevaba siete meses aproximadamente de asistir a psicoterapia con ella. La primera impresión que tuve de Juan es que se trataba de un hombre con una actitud accesible y dispuesto a compartir su experiencia. Su faz daba la impresión de estar triste y demacrada, su energía vital era baja, afectando el volumen de su voz el cual también era bajo, lo que me impedía escucharlo con claridad y hubo necesidad durante la entrevista de pedirle que repitiera nuevamente algunas frases o palabras. En un inicio reportó que “apenas se estaba enterando de que era depresivo”, pues en un momento de crisis que tuvo anteriormente “su psicoterapeuta le hizo ver los síntomas típicos de la depresión que él estaba presentando”. Al respecto, comentó que hacía unos meses había vivido una crisis económica generada por la disminución de consultantes, ya que se dedicaba a brindar servicios de salud de manera particular: “Cada vez tengo menos pacientes, fue más la frustración, el abatimiento, ansiedad muy fuerte, mucho miedo y falta de energía física”. Esta etapa de crisis la vivió con mucha “culpa y vergüenza”, pues pensaba que “si se encontraba en esa situación, era porque había cometido muchos errores en el trabajo y esto no le debería estar pasando a él, pues a los hombres no les pasa eso... la depresión”. Asimismo comentó que experimentó una sensación de vacío y angustia constante: “como si algo muy grave estuviera pasando y él no podía hacer nada”. Físicamente bajó de peso, lo que le causó debilidad y desgano y sus movimientos eran aletargados y lentos. También refirió haberse sentido como de setenta años cuando en realidad tenía cincuenta y seis. En lo que respecta a su historia familiar, Juan fue el séptimo de ocho hermanos, antes que él hubieron tres hermanos hombres mayores. Proviene de una familia tradicional, apegada a estereotipos de género en donde el poder ha sido ejercido por la figura del padre y los hermanos mayores. Sin embargo, la figura femenina representada por la madre y hermanas, tiene una presencia significativa que ha devaluado lo masculino, lo cual como veremos más adelante, será una fuente importante de conflicto en la subjetividad de Juan con respecto a sus logros alcanzados y su constante descalificación e insatisfacción frente a ellos.

Las figuras de identificación

Sistema familiar

El padre.

Juan comenta que la imagen que tiene de su padre es la de “un hombre fuerte, cariñoso, que lo abrazaba y le expresaba cariño... pero casi no estaba pues trabajaba”. Lo recuerda como “una persona importante en su vida, que sí lo quería y lo cuidaba, sin embargo, su ausencia era muy notoria”. En este sentido, Juan se identificó con el hombre fuerte y cariñoso que lo abrazaba y quería, pero también con el padre que se iba y estaba ausente como podemos constatarlo en el siguiente pasaje:

Lo que hoy me pesa y me hace crisis y sí la depresión tenía que ver con eso... es darme cuenta las veces que no estuve para mis hijos y necesitaban realmente mi apoyo y yo no estuve allí, por andar partiéndome la madre (estaba trabajando mucho), por ser un buen papá (llora), es muy doloroso ver cómo no he estado para ellos, cómo no he estado conmigo, cómo no he estado con mi esposa, me lo reclamé y me enojé... gracias a Dios, ya me di cuenta.

La experiencia compartida de Juan como hijo y posteriormente como padre, permite acercarnos al dolor profundo que implica el cobrar consciencia de haber sido un padre que no estuvo no tan solo para sus hijos, sino tampoco para sí mismo y para su esposa, “pues anduvo partiéndose la madre por ser un buen papá”, ya que estaba cumpliendo con el ideal masculino de la proveeduría económica, pero también se encontraba identificado con la ausencia de la figura del padre, lo que entraba seguramente en contradicción, ya que ser un papá cercano no le hubiera permitido trabajar tanto y al mismo tiempo ser el proveedor económico de su familia. En este punto, valdría la pena cuestionar qué pasaría si los hombres tuvieran resuelto el ideal masculino de la proveeduría económica, ¿implicaría ello cercanía afectiva con sus hijos? Podemos suponer que no necesariamente. Sin embargo, algunos varones, sobre todo de las nuevas generaciones, se están atreviendo cada vez más a romper la prohibición social de cercanía emocional con los hijos y buscan espacios donde compartir y estar cercanos de ellos, sin dejar de trabajar. Pero para hombres de generaciones anteriores como la de Juan, pareciera que se asume en mayor medida, el

proveer económicamente, sacrificando la convivencia y acompañamiento emocional en el proceso de crecimiento de sus hijos.

Fridman (2000) aporta una explicación acerca de la dificultad que tienen algunos hombres para asumir una crianza más cercana con sus hijos, y sostiene que muchas veces responde “al temor de quedar ubicados en lugares considerados como femeninos y poco valorados para ser detentados” (p.292).

Esta autora refiere que una constante entre los varones, es que han asociado la fusión o cercanía emocional con sentimientos homosexuales, existiendo un temor debido a que aquella implica la sensación de apego que guardan con su propia madre y en nuestra cultura, el proceso de “convertirse en varón”, es decir, constituir la identidad de género masculina, está íntimamente ligado al proceso de separación/individuación con respecto a la madre. Por tanto, la masculinidad estará dada por la superación de los sentimientos de fusión y apego hacia ella, lo que implica que el varón se ha separado y que no existe el riesgo de transformarse en mujer. Desde este lugar, la figura del padre se convierte en una figura identificatoria más distante y consciente que el que la niñas mantiene con su madre. El padre varón al estar menos ligado a experiencias relacionales intensas, es por tanto, mayormente imaginado e idealizado (Fridman, 2000). El siguiente fragmento ejemplifica cómo la ausencia del padre dará lugar a su idealización en el psiquismo de Juan, pero también se puede evidenciar el enojo y reclamo de éste último:

Es parte de mi enojo con él (con su padre) , es eso “pero no me dices nada” yo quise suponer que todo lo hacía bien, pero al interior era “y si no lo estoy haciendo bien”, no has dicho nada, allí es donde yo sentía la ausencia de él, es el que está más presente porque él sí es cariñoso y por la fuerza, porque veo sus fotos porque yo me lo imaginaba como más de la mitad de la estatura que tenía... era tú sí me haces caso, tu sí llegas y me abrazas pero no me dices si estoy haciendo las cosas bien, menos me vas a enseñar a hacerlas...

Vemos en la historia de Juan, al igual que en la de Arturo, que la ausencia paterna se experimenta a nivel físico, pero sobre todo a nivel emocional y afectivo. Pareciera que Juan necesitaba un padre involucrado con él y con su vida de niño, un padre que no solo le pidiera hacer las cosas bien, sino que le enseñara a hacerlas, que le guiara y le acompañara en sus aciertos y fallas. Parrini (1999) comenta que entre el padre ideal

y el padre real, entre el que se desea y el que se tiene, existe un espacio de frustración y reclamo: “no tuve el padre que quise, no cumplió con sus responsabilidades, no fue el padre que yo esperaba o necesitaba. Algunos hombres le reclaman a otros hombres no haber cumplido con su tarea.” (p.75) Cuando Juan es padre, se convierte también en un padre que no está presente, fue el padre que interiorizó, no el que deseaba ser.

El mismo Parrini (1999) afirma que vivimos en un patriarcado, es decir, en una cultura del padre, lo que implica que éste es el personaje hegemónico, el cual es investido de los mayores poderes y merecedor de todos los honores. El padre “es una figura contigua a Dios, garante de la cultura, responsable de la continuación de la especie” (p.74). En este sentido, el padre de Juan fue una figura investida de fuerza y poder, la cual era acompañada por la presencia de otros hombres, los hermanos mayores:

Yo sí me veo siendo el séptimo de ocho y veo a mi papá y a mis tres hermanos grandes, para mí todos son grandes y todos son muy capaces de hacer cosas, entre todos sostienen a la familia y yo no hago nada, yo estoy chiquito y si yo vivo eso, con esa sensación de que bueno que tengo a mis hermanos y ese papá que me cuidan porque yo no puedo solo.

Comenta que su padre daba por hecho que Juan todo lo hacía bien, pues era inteligente, sano, pero sobre todo porque “era su hijo”; por tanto, “todo lo iba a hacer bien y no había manera de equivocarse”:

Yo empecé a ir a la escuela, lo escuché presumiéndole a sus amigos que estaban con él de que yo fui el número uno en la clase, en primero de primaria ya sabía leer, me incomodaba... era la sensación de ¡chíngale fui el mejor promedio de la clase y de allí para arriba...! sí me daba cuenta de la exigencia, sí la sentía.

La siguiente viñeta, nos permite advertir que Juan internalizó la imagen del hijo perfecto que su padre vio en él, lo cual fue acompañado de frases como “eres mi hijo, puedes hacer todo bien, perfecto, sin equivocaciones”:

Me veo muy chiquito, queriendo parecer más grande, actuando como si fuera más grande...yo era “el huraño” de la familia porque llegaba alguien a la casa y

para mí era demasiado: “no sé, no voy a saber atender a la visita”, me imagino que eso era porque me quedaba congelado y entonces lo justificaban: “¡ah! no te preocupes es que a él no le gusta estar aquí, es que él es huraño” y yo “¡chin, no...! o sea el conflicto de no, no es eso, es que yo quiero hacer las cosas bien, pero no sé cómo hacerlas, sí queriendo parecer mayor, hacer las travesuras que normalmente hacían los niños, yo delante de los adultos no me las permitía, pero si había un adulto viéndome, me congelaba.

Juan comentó que su padre no tuvo escolaridad, fue seis meses a la escuela. Sin embargo, “leía perfectamente, escribía muy bien y sobre todo, su principal habilidad era hacer cuentas” Presumía mucho de que no había ido a la escuela y lo que aun así había logrado, y aunque es un aspecto que le gusta recordar de su padre, “también le pesa”:

Eso pesa también, “porque si yo que no fui a la escuela puedo hacer todo esto, tú puedes hacer mucho más”, entonces “el modelo de ser chingón es por lo menos como yo soy o mejor en lo que hagas”.

Bleichmar (1986) plantea que en los vínculos tempranos que se establecen con los padres (o sustitutos), se tenderá a “ser el objeto del deseo del otro, y se termina deseando lo que el otro desea” (p.20). De tal manera que cuando el otro es internalizado y los deseos de la figura significativa se convierten en ideales que el sujeto quiere satisfacer, el objeto del cual se demanda amor es ahora una parte del propio sujeto, que en calidad de *superyó* lo puede amar o reprobar. En este sentido, al internalizar los mandatos paternos “En lo que elijas tienes que ser chingón...” y “hacer las cosas excelentes al menos como yo” Juan busca cumplirlos permanentemente y cuando cree no hacerlo, se reprueba y juzga severamente:

El mensaje de mi papá era; “tú vas a hacer lo que quieras, yo no te voy a decir qué hacer en la vida pero en lo que elijas, tienes que ser chingón... hacer las cosas excelentes porque él era campesino y comerciante y era muy bueno... Para mí, hacer las cosas como se deben hacer ha sido, inconscientemente todavía, porque ahora reconozco que por allí no voy a llegar a ningún lado, pero las cosas se deben hacer como debe ser, y cómo debe ser, ¡ése es el problema!, eso es lo que ando buscando siempre, cómo se deberían hacer las cosas.

Lo mismo he hecho conmigo... esforzarme por ser lo mejor y no ver lo que sí hago, en ese esfuerzo es reclamarme todo lo que no hago bien, hacer una lista

interminable de cosas que no hago bien, lo que no termino, lo que se me olvida, lo que pospongo ¡uf!.

Ahora veamos el conflicto permanente que vive Juan acerca de cómo ser desde la mirada paterna y cuando cree serlo, sentir que nunca es suficiente ante los ojos de su madre quien le decía que “ser trabajador, honesto, buen proveedor, no era suficiente”.

La madre

De las primeras referencias que Juan hace de su madre, es que la percibía “ausente”, no le expresaba cariño, pero tampoco hacia sus hermanos pues “le daba trabajo acercarse y también a él se le dificultaba el contacto físico, sí estaba con él cuidándolo, pero no le daba un beso ni lo tocaba”. Comenta que todos los hombres se iban y él se quedaba con las hermanas y madre, y hablaban mal de los hombres, por lo que sentía que las mujeres “no eran nada confiables y corría peligro, deseaba que los hombres llegaran a rescatarlo”. Refiere haber sentido hacia su madre “una rivalidad”, el reto de demostrarle que los hombres no eran como ella decía: “mentirosos, infieles, que no hacían nada realmente, pues nada más iban a trabajar y traían dinero y creían que eso era mucho.” Comenta que ante la mirada de su madre no era suficiente ser trabajador, honesto y bueno con los demás, porque los hombres por naturaleza “son mentirosos”, entonces pensaba que él debía ser “honesto, leal, buen proveedor, muy trabajador, mucho.”

A partir de lo anterior, podemos dar cuenta de que la figura materna es vivida por Juan como una figura emocionalmente distante, poco expresiva en su amor y afecto. Resentida con la figura masculina, con la expectativa explícita depositada en Juan de “no ser tan malo como su papá”. Pero como hemos visto anteriormente, el mandato paterno de “ser al menos como papá o mejor”, generarán en la subjetividad de Juan un conflicto psíquico que lo acompañará toda su vida y muy probablemente, será parte de la génesis de su depresión ya que sus logros son descalificados por sí mismo:

La conclusión que yo saco es que yo no veo a los hombres tan mal, pero estas señoras se la pasan quejándose de ellos... la imagen idealizada de ser hombre es como algo inalcanzable, pero que sí tengo la obligación de ser así. He vivido

en conflicto con eso porque tengo ese modelo, pero tampoco quiero cumplirlo... pero yo sí debería hacerlo y si quiero hacerlo para que las mujeres no hablen mal de mí y no digan que los hombres... es como si tuviera yo la obligación de reivindicar a los hombres ante las mujeres...

A veces es "ora sí, ora sí me están saliendo bien las cosas" y después "ah no siempre no" ¡juta madre! cada vez peor, cada vez es más la frustración frente a mis fallas... y la exigencia y cada vez más difícil salir de ahí, por eso llegué a un punto donde de veras sentí que la vida no tenía sentido.

Juan comenta cómo tendría que ser hombre desde este lugar que ha idealizado: "Ante todo auténtico, nada de mentiras, no fingir nada, ser autosuficiente, no depender de nadie, ser bueno en lo que haga".

"Los hombres son lo peor que hay" es una de las frases que Juan interiorizó de su madre y que seguramente le generaran vergüenza y culpa cuando se vive imperfecto ante los ojos de su madre y padre interiorizados, la mirada que juzga ha sido internalizada y ahora Juan es su propio juez:

La vergüenza, la culpa de saber que no soy quien debería de ser... saber que no lo estoy haciendo, la verdad es que no lo estoy haciendo pero es con vergüenza y culpa, no es el reconocimiento sano de "pues no soy perfecto, nada más soy como soy".

Ahora veamos otras figuras con las cuales Juan se identificó.

Figuras de identificación externas

El Tío paterno

La presencia de un tío paterno aparece en la historia de Juan como un modelo de masculinidad significativo, que tendrá un fuerte influjo en la constitución de su identidad como podemos constatarlo a continuación:

Como somos de pueblo, entonces la familia extensa estuvo presente, sí me marcó una pauta y es que hay rasgos comunes de mi papá con sus hermanos, primos, en esta búsqueda del perfeccionismo en lo que hagas... el hermano de mi papá, mi tío Santiago, es el complemento de lo que es un hombre perfecto.

Era un hombre sensible, muy amoroso... veía cómo trataba a su esposa y a sus hijos, con mucha consideración, así como que mi imagen es así de un hombre fuerte y muy suave, es tierna su manera de hablarles, firme, porque sabe ejercer la autoridad, le dice a sus hijos “haz esto” y lo hacen, no les pega de gritos, a su esposa le pide todo por favor... le ayuda... no me había dado cuenta cuánto lo quiero... sí fue un modelo pero igual es la imagen idealizada que tengo de él, no me la saqué de la nada, pero fue lo que vi... es todavía otra piedrita al costal.

A continuación veremos que estas identificaciones interiorizadas por Juan permearan la representación que tiene de sí.

El *yo ideal*

Bleichmar (1986) afirma que “el *yo* se constituye y se mantiene por la identificación con la imagen del otro” (p.51), y esto implica dos posibilidades: ya sea que el *yo* se construye por identificación con el “*yo representación*” del otro; o bien, que “el otro nos ve de determinada manera y nos identificamos con esa imagen” (p.52). Bajo este argumento, se puede inferir que desde temprana edad, Juan se identificó con la representación que su padre tenía de sí mismo: ser especial y perfecto; pero también se identificó con la imagen que su padre vio en él, es decir, la imagen del hijo que sería como él y que satisfecería sus propias necesidades narcisistas, pues daba por hecho que era inteligente, que todo lo hacía bien, que estaba sano, pero sobre todo que “era su hijo”, no había ningún impedimento para ello:

Sí me daba cuenta de la exigencia, si la sentía, con ganas de decir “Dios mío, por qué me hiciste tan inteligente, por qué no puedo ser como los burros de esta escuela que no saben todavía leer...” Sí, también me hice la imagen de ser especial... yo creo que en el fondo si fue una expectativa no expresada de mi papá... “de ti en particular, espero que sí hagas las cosas al menos tan bien como yo”.

Freud (1914) afirma que los padres ven en su hijo/a quien se encargará de cumplir sus sueños y deseos no alcanzados. Se puede plantear que las expectativas depositadas en Juan por parte de su padre, respondieron más bien a los propios

anhelos y deseos no satisfechos de éste: su hijo se encargaría de satisfacer sus necesidades narcisistas. El *yo ideal* del padre se constituyó también como *yo ideal* en la subjetividad de Juan.

Por otra parte, Bleichmar (1986) plantea que en el extremo opuesto al *yo ideal*; se encuentra el negativo del *yo ideal*. Podemos suponer que las veces que Juan se ha comparado con lo que debía ser ante los ojos de su padre, seguramente haya surgido un estado de insatisfacción y frustración al representarse en el negativo de su *yo ideal*:

Yo me recuerdo, me veo a lo largo de mi historia viviendo... algo característico en mi... mi estado de ánimo oscila desde la euforia hasta el pesimismo, entonces en un momento estoy... como que el punto de partida es abajo... de pronto me animo, ahora sí me va a ir bien las cosas y la frustración me derrumba... hoy me doy cuenta que a lo largo de mi vida ha sido así, y se fueron profundizando los bandazos...

Blum (2012) agrega que las personas que representan su negativo del *yo ideal* corren el riesgo de sufrir colapsos narcisista en el que se experimenta la sensación de “no valer nada”. Es probable que Juan haya vivido un colapso narcisista, es decir, una experiencia profunda de no valer nada, y tal vez lo haya seguido viviendo en el momento en que se le entrevistó, pues recordemos que su actitud y faz impresionó triste y demacrada desde el primer momento que se presentó, su energía vital era demasiado baja y en algunos momentos perdió la ilación de sus ideas.

Conviene resaltar que en las historias tanto de Arturo, de René como en la Juan, vivir el negativo del *yo ideal*, parece indicar un grado de depresión más profundo, pues lo que se pone en juego es el ser, a diferencia de perder o no lograr los *ideales del yo* en donde se pone más en juego el tener. Esto permite pensar que si Juan no hubiera recibido psicoterapia oportunamente, hubiera desarrollado una depresión mayor con un importante riesgo de suicidio como podemos inferirlo en el siguiente pasaje:

Sí fue en la etapa de los primeros meses de este año, le encuentro ahora sentido a la frase de “es estar muerto en vida”, de veras nada tiene sentido, ya nada vale la pena, nunca ha valido la pena y me esforcé en creer que sí, no vale nada, la verdad es que no sirvo para nada, es un pesimismo mortal. Mi maestro

de pathwork me dijo: “pon atención a eso, porque si nada vale la pena, para que chingaos estamos viviendo, y entonces de allí al suicidio nomás es un paso”.

El *Ideal del yo*

Los *ideales del yo* de Juan se inscribieron en su psiquismo como en tener que hacer todo bien, perfecto como su padre. Sin embargo, no es posible alcanzar dicho ideal porque como él mismo refirió, además de que no sabe que significa hacer las cosas perfectas, es una ilusión hacer todo perfecto. Pero como hemos podido advertir anteriormente, su *súper yo* es implacable al juzgar severamente sus acciones.

Bleichmar (1986), propone que el término ideal adjetiva en dos sentidos al *yo*; sin embargo, vemos que también al *súper yo* o *ideal del yo*, es decir, se anhela alcanzarlo por ser perfecto; pero en el caso de Juan, es imposible hacerlo pues su naturaleza es ilusoria y ficticia. Y aun cuando se da cuenta de lo irreal que resulta querer ser el hombre perfecto ante la mirada de sus padres, no logra trascender su conflicto interno:

Los hombres damos, estamos para dar, somos proveedores de la familia, no tienen que agradecerme nada... es una imagen que yo me creé desde chiquito: “ser hombre es hacerse cargo, no depender de nadie, sostener a los demás, mantener a la familia” y tal vez una imagen de “¡juta ser hombre está de la chingada!”, es mucho para mí, es la imagen de lo que yo debería ser, pero no creo que pueda... No es suficiente ser trabajador, ser honesto, leal, buen proveedor, muy trabajador mucho... entonces es una imagen idealizada de ser hombre, es como algo inalcanzable... pero que sí tengo la obligación de ser así.

Ahora veamos de una manera más detallada cómo vivió Juan la experiencia de la depresión.

La vivencia

Acontecimientos precedentes

La insatisfacción

Juan comenta que se recuerda a lo largo de su vida viviendo estados de ánimo que oscilan entre la euforia hasta el pesimismo, y lo que los genera es la expectativa de que “ahora sí le va a ir bien” y como no es así, “la frustración lo derrumba”:

Algo característico de mí y tal vez por eso nunca se me ocurrió comentarle como síntoma a un médico... es mi estado de ánimo que oscila desde la euforia hasta el pesimismo, entonces de pronto en un momento estoy... como que el punto de partida es abajo, de pronto me ánimo “ahora si me va a ir bien” y la frustración me derrumba.

Refiere que a pesar de haber renunciado a la carrera que estudió y elegir la que ahora ejerce, no encuentra satisfacción.

Era en concreto una sensación de insatisfacción en todo lo que hacía, mi vida era así como... y finalmente, sí creo que estoy ya en el trabajo que yo escogí, en lo que yo quiero hacer y no estoy satisfecho.

Vemos entonces que lo que ha predominado en la historia de Juan, es la insatisfacción por no alcanzar el ideal de hacer las cosas, excelentes y perfectas, que ha sido constituido como signo de perfección, y aunque no tiene una idea clara de lo que ello signifique, su búsqueda ha sido incesante, pues lo que busca es una ilusión, un espejismo, no logra alcanzarlo por lo que probablemente esto sea lo que ha originado estados depresivos a lo largo de su vida, acentuándose la profundidad de los mismos con el paso del tiempo como podemos ver a continuación.

La vivencia de no alcanzar el ideal de perfección

Juan comenta que la depresión que ha vivido está asociada al hecho de que no hace bien las cosas:

Esos momentos de la depresión es cuando veo, me doy cuenta de que no es cierto, “no estás haciendo las cosas perfectas... ¡chin! me equivoqué...Eso es y fue lo cabrón, porque sé que no lo estoy haciendo bien... entonces tengo una sensación de vivir en la ilegalidad... esa dificultad de reconocermé en la imagen

positiva que alguien tenga de mí... “Lo que pasa es que no sabe todas las veces que me he equivocado... no sabe los defectos que tengo y más vale que no los sepa.”

Blum (2012) refiere que “lo erótico está en la raíz del *súper-yo* e *Ideal del yo*, los cuales son las instancias más sublimes del aparato psíquico, pero son herederos de relaciones eróticas y prohibidas, y también herederas del *yo ideal*.” Cuando Juan refiere que vive con mucho pesar la frustración ante sus fallas y sus exigencias son cada vez mayores, podemos entonces inferir que existen raíces eróticas sádicas de su *súper-yo*, por ello se juzga implacablemente a sí mismo:

No tener trabajo... es que estoy haciendo mal las cosas, porque si fueras un buen profesional como algunos piensan, para empezar tus pacientes ya te hubieran recomendado a alguien.

Podemos advertir en Juan que su experiencia depresiva se relaciona con sentimientos de enojo, culpa y vergüenza “por saber que no está haciendo las cosas bien, perfectas”, y aun cuando se da cuenta del conflicto en el que se encuentra atrapado, no puede salir de él:

Un dilema, un conflicto permanente es que tengo que ser, todo mi esfuerzo por cubrir esa imagen idealizada, pero de antemano cubrirla no me satisface porque tampoco se lo merecen, tampoco lo quiero hacer... es enojo conmigo porque me importa quedar bien con esos viejos pero a la vez pienso que ni eran cariñosos conmigo, si es una fuerte necesidad de quedar bien con ellos, pero a la vez es decir ¡ni se lo merecen!

Dentro de la vivencia de Juan, aparecieron pensamientos en los que el rol de proveedor no es reconocido ni validado por el mismo, pues desde su subjetividad lo vive como una obligación, en su condición de hombre.

A mí no debería estar pasándome esto... a los hombres no les pasa esto... la depresión... caer en esos estados o sentirme frustrado o “no se reconoce lo que hago” es que “los hombres estamos para dar... somos proveedores de la familia, no tiene que agradecerme nada”.

“Además de imperfecto, ¿depresivo?” fue otro pensamiento que Juan refirió que apareció y que no haberse dado cuenta de su depresión por sí mismo, se relacionó

“con el hecho de ser hombre, pues hay cosas que no se permite” lo cual indica un grado importante de desensibilización y desconexión consigo mismo:

Para mí, es muy difícil aceptar una debilidad ante los demás, una parte de ser hombre es que uno no se enferma y si se enferma disimula, porque estas para los demás, eres el sostén de la familia, cómo me voy a enfermar, entonces cualquier sospecha de enfermedad y más como la depresión tiene el estigma de “no estar bien”... cómo... “ahora resulta... además de los errores que has cometido, vas a salir con que eres depresivo, pues no”, entonces yo creo que sí evadí el darme cuenta y sí tiene que ver con la imagen de ser fuerte.

“A mí no me puede pasar eso... me pueden pasar otras cosas, pero no debo estar deprimido, pues nada más se le echa ganas y ya” fue otro pensamiento en el que Juan negó lo que sentía, debido al estigma que asociaba con la depresión y que como hombre “no estaba bien”.

La metáfora

Juan describe metafóricamente la experiencia depresiva como “estar muerto en vida”:

De veras nada tiene sentido, ya nada vale la pena, nunca ha valido la pena y me esforcé en creer que sí, no vale nada, la verdad es que no sirvo para nada, es un pesimismo mortal... es el infierno, como yo creo que hay algo a lo que se llama infierno, no el lugar donde está el diablo, como se distorsionó en la religión cristiana, es una estado espiritual en el que no hay esperanza... es una oscuridad en la que ni Dios llega. Entonces pues sí, es la soledad más solitaria.

Elementos de ayuda en el proceso de recuperación

Juan refiere que en un primer momento lo que lo hizo pedir ayuda psicoterapéutica fue por un lado su propia exigencia pues “ya habían pasado tres años y no había acudido y como él es profesional tenía que hacerlo”; y por otro, la sensación de insatisfacción que sentía.

No tenía la energía para suicidarme... mi perfeccionismo me impide pensar en eso... no lo pensé, pero mi impulso era “nada vale la pena, mi maestro de

pathwork me dijo pon atención a eso, porque si nada vale la pena, entonces para qué chingaos estamos viviendo, y entonces de allí al suicidio nomás es un paso.”

Vemos que en la vivencia de Juan, la exigencia en el cumplimiento del ideal de perfección tiene dos posibilidades, esto es, no se alcanza pues: 1) su naturaleza es ilusoria y ficticia y 2) porque atentar contra su vida, contradice su imagen de perfección a la que aspira. Paradójicamente, su incesante búsqueda por alcanzar el ideal de perfección, parece haberle permitido continuar con vida.

Por otra parte, Juan comenta que lo que le ha ayudado es “renunciar a la necesidad de mostrar una apariencia de éxito”, es decir, el poder establecer relaciones auténticas con su esposa e hijos y con sus congéneres:

En la clásica pregunta de cómo estás...el poder decir estoy pasándola mal, pero estoy bien. Sí tengo relaciones auténticas, busqué a mis amigos, mi terapeuta, mi esposa, sí hablamos, lo único que hizo fue hacerme sentir que allí estaba y en acciones concretas “pues sí, la verdad es que está de la chingada”. Bueno no me lo dijo así pero me dijo “ahorita no tienes prácticamente ingresos, pero dinero lo tenemos, lo que yo tengo es de los dos también” entonces es la vivencia de saber aquí somos pareja.

Con otro hombre poder decirle “a mí no me está yendo bien”, entonces él me dice “pues a mí menos, mi empresa... porque es empresario esta de la chingada...” me da pena decirlo (ríe), pero me da gusto que esté igual de jodido que yo.

Refiere que lo que le ha apoyado también en el proceso de recuperación es el poder hablar con otros hombres sin competir, ello ha tenido un efecto terapéutico particular:

El hecho de que yo se lo pudiera decir, el simple decírselo... el trabajo que no está saliendo como yo quisiera... no sé por qué y estoy desesperado y no quiero renunciar a esto, platicarlo, decir “no soy un hombre exitoso, las cosas no me están saliendo como yo creía que iban a salir o como quería que salieran y no sé qué hacer, entonces mientras yo hablaba con él de esto y él me escuchaba y llegó el momento en que me dijo “en qué te puedo ayudar...” “ya me ayudaste... ya escuchaste que necesito chamba entonces si puedes ayudarme pues ayúdame, pero ya me ayudaste... el ser escuchado fue suficiente... sí y sin que me diga “no pues a mí me va a toda madre”, no... simplemente me escuchó.

Mecanismos defensivos frente a la depresión

Podemos advertir en Juan mecanismos de defensa como la Idealización que según Laplanche (1993), es el proceso psíquico en virtud del cual se llevan a la perfección las cualidades y el valor del objeto. La identificación con el objeto idealizado contribuye a la formación y al enriquecimiento de las instancias llamadas ideales de la persona (*yo ideal, ideal del yo*) (p.189). Dicho mecanismo lo podemos encontrar a lo largo de la narración de Juan al haber internalizado como ideal, hacer bien las cosas, perfectas, excelentes, desde su subjetividad ello lo convertiría en un hombre “perfecto” ante los ojos de su padre.

Vuelta en contra del sujeto. Este mecanismo es definido como un proceso mediante el cual, la pulsión reemplaza un objeto independiente, por la propia persona (Laplanche, 1993). Este mecanismo se infiere en la subjetividad de Juan cuando comenta: “Enojo conmigo, por qué te importa quedar bien con esos viejos que ni eran cariñosos contigo”

Vemos que Juan se enoja consigo mismo por “querer quedar bien” ante sus padres, y al enojarse consigo mismo, sigue inconscientemente quedando bien con éstos.

EJE ANALÍTICO

LA HISTORIA DE JUAN: EL HOMBRE QUE ANHELABA LA PERFECCIÓN

Y los estudiantes subrayaron estas palabras en sus cuadernos.

- *Un óvulo, un embrión: un adulto, es lo normal. Pero he aquí que el óvulo bakanowskyficado rebrota, se reproduce, se segmenta; y resultan de ocho a noventa y seis brotes, y cada uno se convertirá en un embrión perfecto, y cada embrión en un adulto de perfecta talla.*

Fragmento de “Un Mundo Feliz”. Aldoux Huxley

En la obra de Aldoux Huxley (1985), “Un Mundo Feliz” el autor aborda a las sociedades industrializadas en las cuales la técnica y la ciencia han sido puestas al servicio del poder, concentrado cada vez en menos manos. Pero por otro lado, evidencia la existencia de un mundo que a través de la manipulación genética, crea la perfección pero también la deshumanización. Desde la incesante búsqueda de perfección que atraviesa la historia de Juan, ésta podría metafóricamente representarse con la trama de Huxley, ya que desde que era niño, Juan se identificó con la imagen perfecta que su padre tenía de sí, pero también con la imagen de perfección que éste vio en Juan, que como hemos visto implicó “hacer las cosas excelentes, como debe ser, sin equivocaciones”:

Llama la atención que el ideal de perfección de Juan es acompañado por una falta de reconocimiento de su condición de varón, es decir, asume mandatos sociales como el de la proveeduría económica pero el mismo los descalifica y anula. Hemos visto esta ambigüedad, en donde se asumen mandatos o demandas sociales, generan tensiones y conflictos en las subjetividades tanto de Juan como en la de Arturo, en donde se asumen con molestia y desacuerdo. Sin embargo, pareciera que aún no existe la suficiente fuerza yoica para cuestionarlos o renunciar a ellos. Este conflicto

subjetivo generador de tensiones emocionales está presente en las denominadas masculinidades “emergentes”, “nuevas” o “en crisis”.³⁹

Por otra parte, el padre de Juan fue un hombre de provincia, dedicado al campo y al comercio, y únicamente fue a la escuela seis meses. Sin embargo, “leía perfectamente, escribía muy bien, redactaba muy bien” pero su principal habilidad era “hacer cuentas”. Muy probablemente su padre se vivió así mismo como perfecto, pues según Juan:

Él (su padre) era muy presumido con eso, eso me gusta pero eso también pesa, porque él pensaba “si yo que no fui a la escuela puedo hacer todo esto, tú puedes hacer mucho más, entonces el modelo de ser chingón es por lo menos como yo o mejor... en lo que hagas”

Es fácil suponer que Juan se haya identificado con la imagen de perfección que su padre tenía de sí mismo, pero también con la imagen de perfección que éste vio en su hijo.

Por otra parte, Juan también se identificó con su madre quien lo cuidaba, mientras los hombres de la casa (padre y hermanos mayores) se iban a trabajar. De ella escuchaba frases como “los hombres son lo peor que hay” en donde devaluaba constantemente lo que su padre hacía. La figura materna fue vivida como una figura resentida con la figura masculina, con la expectativa explícita depositada en Juan de “no ser tan malo como su papá”. Pero como hemos visto anteriormente, el imperativo paterno de “ser al menos como papá o mejor”, generará en la subjetividad de Juan un conflicto psíquico⁴⁰ que lo acompañará toda su vida y muy probablemente sea lo que le haya ocasionado sus constantes estados de depresión, profundizándose cada vez más su frustración y auto exigencia.

³⁹ Desarrollado por Montesinos & Carrillo (2010) al intentar considerar específicamente la emergencia de nuevas identidades masculinas, propuso una tipología lo más adecuada a la práctica cotidiana que capta las diferentes formas de expresión de la masculinidad que se manifiestan en la actualidad.

⁴⁰ En psicoanálisis se habla de conflicto cuando en el sujeto se oponen exigencias internas contrarias. El conflicto puede ser manifiesto (por ejemplo, entre un deseo y una exigencia moral, o entre sentimientos contradictorios) o latente, pudiendo expresarse éste último de un modo deformado en el conflicto manifiesto y traducirse especialmente por la formación de síntomas, trastornos de la conducta, perturbaciones del carácter, etc. (Laplanche, 1993, p.76)

Por otra parte, la experiencia compartida por Juan permite develar que la búsqueda inalcanzable del ideal de perfección tiene dos aspectos: 1) se quiere alcanzar porque éste es perfecto, y 2) dada la naturaleza ilusoria y ficticia del ideal, hace que sea imposible hacerlo. La riqueza de su relato revela que la búsqueda por alcanza un ideal, se puede convertir en el sentido que permite continuar con vida. Dentro de los elementos que parecen estar apoyando el proceso de recuperación de Juan son la psicoterapia y el poder establecer relaciones interpersonales, principalmente con sus congéneres, basadas en la autenticidad y no en la competitividad y falsa apariencia.

LA HISTORIA DE JULIO

Cuando entrevisté a Julio se trataba de un hombre de treinta y ocho años, dedicado al comercio, con estudios de maestría, era soltero y no tenía hijos. A Julio lo entrevisté en el primer acercamiento que tuve al tema de la depresión en los hombres. Recordemos que yo sabía que él había atravesado por una depresión relativamente reciente, y que incluso podía estar todavía experimentándola. Consideremos también que en esta etapa de la investigación, la entrevista estaba propuesta como semi estructurada, en la que utilizaba una guía temática que contenía siete preguntas prediseñadas. Es importante señalarlo, pues en ese momento no tenía la claridad y la experiencia que fui adquiriendo con la evolución de este trabajo, particularmente en qué y cómo preguntar con el propósito de profundizar las temáticas surgidas y cubrir con ello los objetivos de la investigación previamente planteados. Sin embargo, se consideró importante incluir la historia de Julio por dos motivos: primero, para exponer el proceso a través del cual se fue construyendo el método para abordar el objeto de estudio de esta investigación; y segundo, por la variabilidad que aportaba a la población estudiada en cuanto al motivo de depresión de predominancia narcisista.

Cuando le platicué a Julio que estaba realizando un estudio sobre depresión, se mostró interesado en aportar su experiencia. Desde un inicio, su actitud fue abierta y accesible. Observé que había prolijidad en su discurso, lo que denotó una importante necesidad de hablar y de ser escuchado. También advertí que en algunas ocasiones,

parecía tener dificultades para enfocar su atención, pidiéndome incluso que le repitiera algunas veces la pregunta planteada. Comentó que había iniciado tratamiento psicoterapéutico tres meses antes y que también había acudido con el psiquiatra por lo que tomaba antidepresivos. Refirió algunos eventos que precedieron a la manifestación franca y abierta de su cuadro depresivo como duelos no elaborados (el de su hermano mayor y el de su directora de tesis) así como el “no encontrar las condiciones ideales para trabajar” y ejercer su profesión. Sin embargo, refiere que lo que “detonó su estado depresivo, fue la disfunción eréctil pues le hizo sentir infeliz e inseguro en poder ser hombre, en “poder cumplir el papel esencial como varón.” Presentó síntomas como falta de energía dificultándose en algunos momentos “el sostenerse de pie”, también experimentó debilidad y “ganas de llorar todo el tiempo”. Antes de acudir con el psiquiatra y psicoterapeuta, había consultado a varios médicos (urólogo, endocrinólogo, sexólogo) pues quería encontrar una “explicación” a lo que le estaba ocurriendo: “yo me sentía enfermo de todo, me hice exámenes de sida, de diabetes, de hipertensión, de testículos de todo, yo quería encontrar la explicación de mi padecimiento, así aparece la disfunción eréctil y dije ¡qué pasa o sea aparte de lo mal que me siento también me pasa esto! y es allí cuando toqué fondo.” Refirió que la vivencia de tocar fondo fue “estar en completa oscuridad, aunque puedes estar rodeado de la gente que te quiere, puedes tener trabajo, puedes tener salud en lo más importante, pero sientes que en cierto momento de nada te sirve ante la oscuridad que ves con la depresión.”

Julio proviene de una familia en la que la figura paterna aparece desdibujada, identificándose principalmente con un hermano mayor, el cual falleció cuando Julio tenía veinte años. Como veremos a continuación, Julio tomará modelos masculinos externos a la familia que fueron determinantes en la constitución de su identidad genérica.

Figuras de identificación
Dentro del sistema familiar
El Padre

En el sistema familiar de Julio, al igual que en el de los otros entrevistados, existe una ausencia emocional de la figura del padre, evidenciada en la única frase que expresó de éste durante la entrevista:

Mi papá...un hombre retraído, no sé si sea esa la palabra... también como enojado con la vida disgustado con la vida, como que sin nada para compartir con otros hombres, sino al contrario, en un grupo como que se cohíbe y eso es algo que yo también sentía antes.”

Jeammet (1992) sostiene que en la identificación incorporativa, el objeto mismo y sus atributos, pasan al interior del yo pero implica una “enclave parasitario” en su interior, esto es, no hay un enriquecimiento ni expansión del yo. Podemos inferir que las identificaciones que Julio hace con su padre son de tipo incorporativo en donde la imagen de hombre “retraído” es internalizada y por ello “también él se sintió en algún momento como su padre”, pero fue una relación que no le enriqueció ni aportó “pues no había nada para compartir con otros hombres”, no expandió su yo. Sin embargo, como afirma Bleichmar (1986), la identidad es un proceso en el que la presencia del otro no solo es fundante sino además requerida para mantenerla y transformarla a lo largo de la vida. En este sentido, veremos a continuación que la presencia de otros hombres, incluyendo a su hermano mayor, cobrarán importancia en la constitución de la identidad masculina de Julio.

El hermano mayor

Al hablar de su hermano mayor fallecido, Julio dedica mucho más tiempo y energía que cuando lo hace de su padre, lo que denota que aquél fue una figura con la que pudo identificarse en mayor medida:

Una persona muy importante en mi vida fue mi hermano mayor, ya falleció, él me enseñó muchas cosas, me enseñó muchos valores como hombre que hasta la

fecha pues sigo practicando y me siento muy bien con ellos... me enseñó valores de honradez, de lealtad, de trabajo.

Refiere el gran dolor que le causó la muerte de su hermano y “para no sentirlo” a los seis meses se fue a estudiar a otro Estado de la República, donde comenzó a hacer “una careta para poder subsistir”:

Para no sentir me fui a estudiar a Oaxaca, enterré ese duelo, en los años posteriores mi imagen fue de fortaleza, empecé a crear realmente mi careta a partir de algo tan doloroso... la careta de inteligente, de trabajador, de responsable, del que siempre está bien, del elocuente, del que piensa mejor.

Para Freud (1921), en el proceso de identificación, el yo se constituye primariamente incorporando al objeto de manera total, y en forma secundaria a partir de la incorporación de rasgos o partes de dicho objeto. Por tanto, es viable suponer que Julio se identificó e internalizó rasgos de su hermano como ser trabajador, honrado y leal, pero como hemos visto en la constitución de la identidad de género, los valores masculinos tradicionales y estereotipados de la cultura, permean este proceso secundario de interiorización desde temprana edad, es decir, las primeras identificaciones que se hacen con las figuras significativas en la temprana infancia constituirán la matriz para otras identificaciones. Veamos qué otras figuras masculinas externas al sistema familiar, aparecen en la historia vital de Julio de manera significativa.

El grupo de pares

Julio relata que a partir de la muerte de su hermano, se separó de su familia y se fue a estudiar a otros estados de la República. Será en estos nuevos contextos y escenarios sociales, donde el grupo de pares influirán en la construcción de su identidad genérica:

Yo me enfrentaba a un ambiente que no había vivido nunca, cuando muere mi hermano yo me fui a estudiar a provincia, no tuve que mostrar una careta de fortaleza ahí...más bien fue como que gradual, cuando terminé la licenciatura,

me fui a la Paz (Baja California Sur), el tanto viajar, el tanto convivir con... me iba en barco, entonces había muchos hombres, había muchos hombres nortños y esos hombres como que siempre han mostrado la careta de que son muy machos, entonces como a veces yo iba con un libro en la mano y a veces me sentía ridículo leyendo entre pura gente que estaba tomando cerveza y pues estaban hablando de tráileres, de viajes, de mujeres y entonces yo decía qué hago con este libro en la mano, me van hasta decir algo ¿no?

Ramírez (2006) afirma que “las masculinidades” manifiestan la otra cara de la subordinación, esto es, no tan solo son las mujeres las que se encuentran subordinadas a una masculinidad dominante, sino que existen masculinidades dominantes y subordinadas. Retoma a Connell para afirmar que la hegemonía implica un proceso en el que “grupos particulares de hombres encarnan posiciones de poder y bienestar, legitiman y reproducen relaciones sociales que generan su dominación [...] no supone relaciones cara a cara” (p.41). Sin embargo, vemos que en la experiencia de Julio las relaciones cara a cara con otros hombres si tuvieron implicaciones. La existencia de “muchos hombres nortños que tomaban cerveza y hablaban de tráileres y mujeres” encarnaron en ese momento una posición de poder, conferido desde la subjetividad de Julio, en quien existía la amenaza de ser burlado y ridiculizado, pues como plantea Kimmel (1997), en el riesgo de no ser validado como hombre por otro grupo de hombres, subyace el temor de ser visto “como un hijito de mami”, que no se ha separado completamente de ella. A partir del relato de Julio, se puede dar cuenta de que en cada escenario social (en este caso el escenario de los hombres nortños que viajan en barco) hay expresiones, creencias, discursos y prácticas masculinas que prescriben y proscriben lo que es considerado como propio (o no) de “lo masculino”, tal como lo afirma Cruz (2006) cuando plantea que “la cultura de género provee, en cada lugar, tiempo y contexto, las bases de los regímenes a los que serán sometidos los cuerpos para producir sujetos sexuados. Cuerpos que están cargados de sentidos y significados y que determinan la forma en que los hombres viven su masculinidad y por ende, su sexualidad, su emocionalidad, su intimidad y su cuerpo.”(p.2) El siguiente fragmento permite acercarnos a la experiencia de Julio acerca de cómo en ese momento, lugar y contexto específico asumió “una imagen de fortaleza” con tal de sentirse perteneciente al mundo masculino y de no ser cuestionado en su hombría:

Como era la mayoría... es ahí cuando entonces empecé no sé... guardo mi libro, saco mis cigarros y me pongo a fumar es ahí cuando... yo tendría como veintisiete o veintiocho años que es cuando me empiezo a ver como que tenía que ser fuerte, una imagen de fortaleza, una imagen de mucha fortaleza... Llego a la Paz (Baja California Sur) e igual encuentro a muchos amigos que fumaban y tomaban, que esa era su forma de convivir, yo no fumé ni tomé, pero bueno para poder estar con ellos, tenía que hablar de sus cosas, hablar de mujeres... hablar de muchas cosas... de mujeres, de borracheras, de haber quién era más hombre amaneciéndose tomando.

Kimmel (1997) señala que asumir el riesgo de no encarnar las reglas que impone el modelo de masculinidad que domine en el contexto específico, generará un dolor profundo, el dolor de no ser reconocido y validado como un hombre. Julio sabía que podía vivir el rechazo y la burla de otros hombres y decide guardar su libro, pues en ese escenario particular “un hombre no lee libros. Un hombre fuma, toma cerveza y habla de mujeres y borracheras”. Su experiencia permite comprender los planteamientos de Butler (1990) cuando sostiene que el género es una identidad que se constituye en el tiempo a través de una repetición estilizada de actos, en donde los gestos corporales, los movimientos y las normas van constituyendo un yo generizado. Julio adoptó normas, y seguramente gestos y actitudes que no eran suyos para sentirse reconocido y validado como hombre frente a otros hombres. A este respecto, Cruz (2006) afirma que la dramatización juega un papel importante en la relación cara a cara que establecen los hombres entre sí, en donde existen claras referencias de imágenes que se van construyendo y “que se acercan a los modelos dominantes de ser hombre en donde la simulación aparece como recurso para ello [...]. Los hombres buscan parecerse al modelo que representa el ser hombre con la finalidad de ser aceptados y reconocidos, para ello adoptan actitudes, conductas y prácticas consideradas masculinas” (p.139). Julio actuó, simuló ser un hombre como la mayoría. Por otro lado, podemos advertir que su temor de ser burlado y ridiculizado, es imaginado y fantaseado, subyace en lo profundo de su psiquismo; ya que en ningún momento comentó que lo hubiera sido. Sin embargo, es posible pensar que el ya conocía tal experiencia lo que seguramente fue lo que lo llevó a guardar su libro y mostrarse como la mayoría de los hombres en ese momento.

Ahora veamos que existen otras figuras externas a la familia que también incidieron en su identidad genérica, por ejemplo, el papá de su primera novia:

Una de las figuras que más influyó fue el papá de mi primera novia, un señor que a diferencia de mi papá, era muy abierto, muy franco, muy sonriente que desde que yo llegué a su casa siempre me trató como a un amigo, siempre me trató con mucho respeto y me di cuenta de que un hombre mayor puede tratar a los jóvenes, porque generalmente, hay como esa lucha generacional... de que yo soy el viejo y tú eres el inexperto, mocoso, no aquí el señor trataba por igual a todo el mundo y tenía mucho respeto por los jóvenes, niños... adultos... ese señor influyó muchísimo en mí... de ser sonriente, de tener una actitud positiva en la sociedad, el hecho de llegar y “buenas tardes, cómo están, los atienden bien, cómo se sienten...” como ser cordial.

Asimismo otras figuras masculinas como los amigos de Julio, le aportarán otros referentes con los cuales identificarse y que se relacionan con la posibilidad y la capacidad de expresar los propios sentimientos:

Ser cordial es algo que nunca vi ni en mi papá, ni en mi abuelo materno, ni en mis hermanos en casa... vi como mucho temor a mostrarse, como temor a expresar lo que sientes, pero además ese temor disfrazado con un rostro adusto, como enojado, por ejemplo mi abuelo siempre muy desconfiado como un hombre que nunca pudo expresar sus sentimientos... o sea muy áspero cuando los quería demostrar, muy rudo. Mi amigo Vicente también influyó positivamente en mí... o sea era abierto... en reírse, algo que he visto como una llave en todos los círculos de amigos que he tenido es la sonrisa, el que sonríe es el que está mejor y el que con frecuencia es el líder, el más sonriente, que demuestre con una actitud de sonrisa, no de estar tenso, el tenso es como más fácil de manipular... Yo me considero un hombre sonriente, últimamente ya no sonreía.

Vale la pena mencionar que durante la entrevista que le realicé a Julio, la figura de la madre no apareció en su discurso sino quizás de manera desplazada cuando compartió que siendo niño tanto su maestra de kínder como de quinto de primaria, le hicieron “sentir muy especial”, pues la primera “lo distinguió” escogiéndolo para bailar con ella en un festival escolar; y la segunda, para ser parte de la escolta de la escuela. Podemos pensar que en la relación con su madre, Julio creció “sintiéndose especial”, por lo que muy probablemente constituyó su *yo ideal* a partir de dicha experiencia.

Veamos a continuación cómo su yo ideal es trastocado con la experiencia de la disfunción eréctil.

El Yo *ideal*

Julio relata que previo a la manifestación de su depresión, existían duelos “no resueltos” (el de su hermano mayor y el de su directora de tesis) y no había encontrado las “condiciones ideales para trabajar. Sin embargo, el “detonador” como él mismo lo nombró, fue “la disfunción eréctil”, frente a la cual “él fue su peor verdugo”, pues a pesar de que su pareja le mostró apoyo, no se perdonaba a sí mismo “el no tener erecciones, pues no era ni la sombra de lo que había sido hacía algunos años”:

Yo tuve una novia a la que quise mucho, entonces en esa etapa pues decidimos también tener relaciones y en ese momento yo me encontraba muy bien en cuanto a lo sexual, tenía erecciones muy prolongadas, mucho muy prolongadas [...] Ahora no soy ni la sombra de lo que fui hace algunos años.

El *yo ideal* es la máxima valoración que una persona hace de sí misma, por lo que podemos pensar que Julio se representó a sí mismo como “alguien quien podía tener erecciones durante una hora o dos”. Sin embargo, como señala Bleichmar (1986) en la escala de valoraciones que la persona hace, también existen puntos de mínima estimación. Es probable que al presentar el problema de disfunción eréctil, Julio se haya representado en su negativo del *yo ideal* como se puede inferir en el siguiente pasaje:

Perdí seguridad como hombre, sí como en poder... como en poder tener... como el poder ser hombre, poder tener esa seguridad de poder cumplir con el papel esencial de lo que soy: un varón, cumplir con la cópula, con el coito. Me sentí poco agradable para las mujeres, como no deseable, me sentía muy débil comparado con otros hombres, como que en desventaja. Veía a otros hombres y decía a lo mejor, cualquiera tiene más vigor que yo, me sentí destruido y aparte la debilidad.

Bleichmar (1986) retomando los postulados de Freud respecto del narcisismo infantil, plantea que el amor del *narcisismo* se caracteriza por la idealización, es decir, el individuo mejora sus cualidades, se toma como objeto de amor, se hiperestima. La

caída de ésta hiper-estimación narcisista, se puede dar al perder el *yo ideal*, pudiéndose presentar una depresión predominantemente narcisista. A partir de estos elementos teóricos, se puede deducir que lo que desencadenó la manifestación de la depresión en Julio fue la caída de su hiper-estimación narcisista por perder su *yo ideal*, provocada por la disfunción eréctil.

Siento que fue un detonador (la disfunción eréctil) en definitiva para sentirme mal, para caer en un estado depresivo muy fuerte, porque de allí mis ánimos decayeron...impactó mucho mi seguridad para poder desenvolverme como macho, como hombre.

El mismo Bleichmar (1986) señala que cuando se habla de valoraciones, “éstas implican un orden simbólico que es exterior al individuo, el de la cultura en la cual se inscribe” (p.46). Esto permite suponer que el valor que Julio dio a su capacidad y potencia sexual, está en correspondencia con el valor y significado sociocultural que implica en el mundo masculino “tener erecciones durante una o dos horas”. En este sentido, Bonino (1994) afirma que dentro del sistema de valores desde los cuales la persona construye su sentido de sí, existen mandatos que prescriben formas diferenciadas de subjetivación, a este conjunto de mandatos, este autor los llama “normativa de género”. Dicha normativa transmite valores y preferencias y deviene en organizadora global de la subjetividad que para el caso del varón, genera un sistema de ideales centrados en el dominio, un deseo sexual vivido como autónomo, pero de fondo lo que subyace es el imperativo “cuanto más, más hombre en donde se legitima el exceso como componente valorado” (Bonino, 1994, p.25). Julio se jactaba frente a sí y frente a otros hombres que tenía erecciones prolongadas lo que desde su normativa o sistema de ideales introyectados, lo hacía “más hombre”:

Antes me alegraba, me jactaba, con las personas que podía hablar de esto, lo hablaba así como que con orgullo ¿no? una o dos horas de tener erecciones... esto sin exagerar.

A mí me gustaba o me gusta ejercer el control en ese aspecto (sexual), entonces sí me dolió, o sea aparte, yo creo que es parte de aceptar el paso del tiempo, entonces a eso me refería con lo del verdugo, porque entonces yo no me comparé con nadie más sino me comparé conmigo hace algunos años... decir bueno cómo quiero ser aquel que fui si ya tengo setenta años.

Vemos el profundo golpe narcisista en el psiquismo de Julio, que la disfunción eréctil le hará sentir “no ser ni la sombra del hombre potente y dominante” que fue hace algunos años y le dejan la experiencia interna de ser un hombre de setenta años, cuando en realidad tiene treinta y ocho, como se puede advertir en el lapsus linguae que tuvo en su relato.

Ahora veamos cuáles son aquellos ideales a los que Julio aspiraba.

El *Ideal del yo*

Vemos en la siguiente viñeta que cuando Julio no logró ejercer su profesión ocurrió lo siguiente:

Empecé a trabajar en un negocio pequeñito mi mentalidad fue sino estoy trabajando en lo mío, tiene que valer muchísimo la pena en lo económico, porque tengo que ser de alguna manera exitoso, pensé “tengo que ganar igual que un profesionista o más... bueno tal vez fue presión social de “qué estás haciendo” “yo tengo un negocio” si alguien me preguntaba era a lo mejor una manera de demostrar que estaba siendo exitoso como hombre, como varón [...] Al menos en la sociedad donde yo me he desenvuelto tanto en el ambiente profesional como en el comercial, el hecho de ser hombre es como ver que más tienes... o sea ¿tienes bienes?, ¿tienes más mujeres?, ¿tienes más carros?, ¿tienes más ropa?.

Yo creo que mi depresión yo me la fui creando con actitudes aparentemente exitosas, como bien vistas ante los ojos de las demás personas y que ante mis ojos eran “buenas”; por ejemplo, estudiar hasta el cansancio, trabajar hasta el cansancio, cuando en el fondo me estaba destruyendo [...] yo creo que en la actualidad pues el hombre que trabaja se considera por todos exitoso y tiene esto, y tiene un carro, tiene una casa, yo así pensaba, debo tener una posición en la sociedad, un buen profesionista, un buen doctor en ciencias con reconocimientos.

Vemos que Julio constituyó sus ideales a partir de la experiencia de tener, y tal como lo plantea Bonino (1994) “cuanto más, más hombre”:

Desde niño me acuerdo que en la escuela se hablaba de haber quien tiene más novias. O el que sea mejor en algo, es más hombre....Desde niño nunca me he

sentido en competencia para decir yo soy más hombre, no me sentí con la necesidad de competir con nadie, simplemente fui luchando por mis ideales.

Podemos pensar que las demandas externas acerca del “tener” provienen tanto del contexto específico infantil en el que Julio estuvo inscrito, pero que coinciden con las demandas de un contexto social y cultural más amplio en el que la exigencia social de “tener”, y en el caso particular de los varones, se relaciona con el cumplimiento del mandato de la proveeduría económica para el sostén de la familia que como afirma Jiménez y Tena (2006) sigue siendo una demanda vigente para los hombres en Latinoamérica. Sin embargo, vemos en Julio, un hombre soltero y sin hijos, que el mandato va más allá de la proveeduría económica, es decir, desde su subjetividad como “hombre hay que ser exitoso”, y ser exitoso significa tener bienes, mujeres, carros, ropa, etc. Ya en 1983, Fromm había planteado que en la sociedad actual se ha desarrollado algo que antes no existía: se produjo no solo bienes sino también necesidades. Es decir, los deseos de las personas “casi no provienen ya de ellos mismos, sino que se les suscita y orienta desde afuera [...]. La autoestima se mide por lo que se posee y si uno quiere ser mejor debe tener lo máximo [...]. La persona se vive solo como lo que tiene, y no como lo que es” (p.43). Vemos que Julio además de internalizar como hombre el mandato de ser exitoso, ha fincado sus ideales en tener y poseer aspectos materiales, dejando de lado incluso la necesidad de ejercer su profesión que tal vez le permitiría más cultivar su sentido de sí.

Ahora veamos cómo es la vivencia de la experiencia depresiva en Julio.

La depresión

Acontecimientos precedentes

Julio comenta que previo a la manifestación de su depresión, existieron duelos que no había elaborado:

Lo que me marcó mucho fue la muerte de mi hermano, allí me empecé a sentir muy mal... siempre ocultando ese sentimiento de frustración y coraje...me sentía como incompleto, como que de allí empezó todo... con una profunda soledad. Todo se fue dando, por ejemplo perdí a mi directora de tesis, una gran persona,

como que he tenido pérdidas muy sensibles en mi vida, como que son cosas que no les di la importancia que tenía que darles, como el no llorar, el no llorar y gritar.

Pero también ocurrió que no encontró “las condiciones ideales para trabajar” cuando quiso ejercer su carrera profesional:

No encontré las condiciones ideales para trabajar, no me aferré mucho, yo entendí o lo quise entender así que no era el momento de ingresar a dar clases o a la investigación que es lo que más me gusta y entonces me metí a un negocio donde estaba la oportunidad de trabajar, de tener buenos ingresos, también tengo que ser realista muy buenos ingresos económicos comparado con el actual problema de desempleo. Lo ideal hubiera sido para mí llegar como profesional, en la universidad que llegué me ofrecían un puesto muy bajo de acuerdo a lo que yo pretendía en ese momento, no acepté las condiciones, me vendía muy caro.

Se puede advertir que la depresión de Julio tiene precedentes clínicos importantes como los duelos no elaborados, así como la dificultad para encontrar un puesto laboral en el cual ejerciera de forma gratificante su profesión. Sin embargo, veamos a continuación que lo que detonó su estado depresivo, fue la disfunción eréctil

La vivencia

Julio comenta que “venía sintiéndose irritable, triste y solo”, pero lo que él considera que “detonó” su depresión fue la disfunción eréctil:

Los últimos años de mi vida han sido de mucho estrés, de mucha exigencia, como persiguiendo lo material, olvidándome realmente de cómo me siento... como que la depresión fue para mí un aviso de lo que te puede pasar, pues yo me sentía enfermo de todo. Entonces, sin querer me hice los exámenes que tendría que estarse haciendo una persona pues mayor, ya enferma, a lo mejor un alcohólico, un adicto a las drogas y es así como aparece la disfunción... es allí cuando toqué fondo.

Refirió que fue cuando tocó fondo, se sintió “en completa oscuridad”:

Aunque puedes estar rodeado de la gente que te quiere, puedes tener trabajo, puedes tener salud, en lo más importante... o sea mantener un estado saludable

orgánico, pero sientes que eso en algún momento de nada te sirve ante la oscuridad que ves con la depresión.

Vivió sentimientos de inseguridad y temor, pero sobre todo de infelicidad:

Temor a lo desconocido, o sea, no temor a la vida ni temor a seguir adelante, sino como un temor a lo desconocido... Impactó mucho mi seguridad para poderme desenvolver como hombre, como macho... no poder cumplir ni siquiera con la cópula, con el coito, porque hubo un momento en que no tenía yo erección, era tanta mi angustia con la depresión, y a parte con mi debilidad que a la hora de realizarme exámenes en los que tenía que dar por ejemplo semen, no tenía erecciones... eso me hizo sentir muy infeliz es allí cuando se acentúo todo.

Desde la experiencia compartida por Julio, se puede dar cuenta de una ruta crítica por la cual se atraviesa para poder encontrar la ayuda profesional adecuada y certera en cuanto al diagnóstico y tratamiento de depresión:

Yo al principio, como no sabía lo que me pasaba, recurrí a muchísimos doctores...y resulta que los médicos generales no la pueden detectar... cuando acudí con los médicos me decían “usted es un hombre atractivo se ve bien, cómo viene que se siente mal...” esos comentarios me hacían pensar “este señor no me entiende, no entiende cómo me siento”, yo me sentía muy mal. Es una suerte que acudas con alguien que te diagnostique que estas deprimido, porque muchas veces te pueden decir que tus estudios están bien “pues estás jodido mano” como a mí me dijeron, comentarios súper destructivos en una etapa en la que estás muy sensible que alguien te haga esos comentarios... se supone que es gente preparada, de eso puede depender tu vida, en esos momentos lo único que me sostenía es que pensaba que yo valía algo, porque a mí me daban ganas de aventarme de un puente cuando me dijo eso ese doctor, pero dije “no, es que yo no puedo estar tan mal... no puedo estar tan jodido”. Es muy importante que te diagnostiquen y depende de uno si buscas información o no, aunque a veces con tal estado de ánimo no te dan ganas ni de leer, es un esfuerzo informarte de tu enfermedad.

A partir de la vivencia de Julio, podemos advertir la enorme importancia de la capacitación sensible e informada del personal médico, pues son los médicos generales, a quienes por lo regular se acude en un primer momento a consultar los indicadores sintomáticos típicos de la depresión. Que en el caso específico de Julio fue “la debilidad y falta de energía extrema que presentó al iniciar su padecimiento depresivo”.

La metáfora

Al igual que Arturo, Julio emplea la metáfora del mar para describir su experiencia subjetiva acerca de cómo vivió la depresión:

Sientes cuando viene la depresión es como el mar que está tranquilo y cada diez o veinte minutos viene un tren de olas, así feas que pueden arrastrarte hacia el fondo incluso te puedes ahogar, como alguien a lo mejor que no conoce el mar, entonces se mete y va transitando en él, y si no conoces que puede venir cada cierto tiempo olas peligrosas, te puede arrastrar hasta que te mueras.

Parece que Julio alude con su metáfora a lo peligroso que puede resultar el mar si no se conoce, pues al igual que la depresión “Te puede arrastrar hasta que te mueras”. Podemos comprender la enorme importancia que para Julio tuvo el poder informarse sobre dicho padecimiento.

Lo que apoyo el proceso de recuperación

Julio comenta que además de tener un diagnóstico certero y comenzarse a tratar con el psiquiatra y psicoterapeuta, lo que le apoyo fue informarse sobre su padecimiento.

Al principio, mi temor era por la ignorancia que tenía respecto a la enfermedad, pero después me prestaron literatura, fui a comprar libros me puse a leer y pues a enfocarme más.

Comentó además que su pareja lo apoyó mucho cuando el problema de la disfunción apareció por primera vez:

Ella no me reclamó, no me reprochó a lo mejor en un principio me dijo “¿qué pasa?” la primera vez, porque desde la primera vez apareció la disfunción, entonces lejos de criticar me dijo qué pasa, si hubo un momento de desconcierto en ella, pensó que no me gustaba y le dije no no es eso, entonces desde allí decide apoyarme.

La psicoterapia, es otro elemento de ayuda que le está permitiendo recuperarse de su estado depresivo:

Yo creo que a partir de que empecé a tratar de frente directamente lo que es la depresión, hasta que deje de ir con tantos doctores y me enfoque en la depresión, ha mejorado todo en general. Me estoy recuperando ahora en ver cómo me siento, si me siento cansado, descanso, si quiero dormirme me duermo.

Finalmente, Julio refirió que lo que apoyó su proceso de recuperación fue que recibió ayuda de parte de su familia y hermanos, así como el cobrar consciencia de que la depresión sí existe:

Primeramente reconocer la enfermedad, es algo importante saberla reconocer, saber que existe. Al menos en mi caso, pensaba que era un mito, la depresión es un mito, yo decía que era de personas que no tenían qué hacer, que tenían tiempo para estarse deprimiendo y no, resulta que la depresión sí existe, te va aislando.

EJE ANALÍTICO

LA HISTORIA DE JULIO: EL HOMBRE VACÍO DE LA MODERNIDAD

En el siguiente planeta, que era el cuarto, habitaba un hombre de negocios, el cual se encontraba tan ocupado que ni siquiera levantó la cabeza para ver al principito que había llegado.

-Buenos días, -le dijo el principito- su cigarro se ha apagado-

-tres y dos son cinco, cinco y siete, doce. Doce y tres quince-. -¡Buenos días!- Quince y siete, veintidós. Veintidós y seis, veintiocho. No tengo tiempo para encenderlo nuevamente. Veintiséis y cinco treinta y uno ¡uf! Esto da un total de quinientos un millones seiscientos veintidós mil setecientos treinta y uno.

- ¿Quinientos millones de qué?-

-Eh ¿estas siempre allí? Quinientos millones de ya no sé... ¡Tengo mucho trabajo! Yo soy una persona seria, no me divierto con tonterías, dos y cinco siete.

Fragmento de “El Principito”. Antoine de Saint Exupéry

Bauman (2006) acuñó el término de modernidad líquida, retomando la metáfora de la fluidez e intemporalidad de los líquidos para describir la naturaleza impermanente que caracteriza a las sociedades capitalistas actuales. Para este autor, sería

imprudente negar o menospreciar el profundo cambio que el advenimiento de la modernidad líquida ha impuesto a la condición humana: “hoy lo que da ganancias es la desenfrenada velocidad de circulación, reciclado envejecimiento, descarte y reemplazo, no la durabilidad ni la duradera confiabilidad del producto” (p.18). En este contexto líquido y desechable, el consumismo cobra terreno. Al respecto, Erick Fromm (1983) comenta que existe en las personas de las sociedades actuales, un consumir compulsivo producto de la avidez: “se trata de una tendencia a comer cada vez más, a comprar cada vez más, a poseer cada vez más, a utilizar cada vez más cosas [...] Uno se llena de cosas para desplazar el vacío interno” (p.21). La experiencia compartida por Julio, se inscribe en dicho contexto, pues relata que desde pequeño la vivencia de “tener” y del “exceso”, fueron valores que constituyó psíquicamente como ideales que definían el ser hombre:

Desde pequeño, me acuerdo que en la escuela se hablaba de haber quien tiene más novias, o sea el que sea mejor en algo es más hombre...
[...] Me encanta la naturaleza, estar en contacto con la gente, cuando estoy frente al mar me dan ganas de llorar, pero regreso a la parte urbana y pues resulta que ese aspecto lo tienes que ocultar, eso es digamos lo que marca a un hombre en nuestra sociedad y más ahora el que tengas, el que tengas significa que vales, lo que hayas alcanzado y muchos vivimos en ese tren, en ese bagaje que te van metiendo artificialmente.

Sin embargo, se da cuenta de que este “bagaje artificial” le originó una profunda soledad y vacío, podemos pensar originado a partir de tratar de cubrir necesidades creadas externamente y no a partir de lo que necesitaba desde su interior:

Ahora entiendo que me puse a trabajar, me refugié en el trabajo, esa es la realidad, fui postergando actividades placenteras, salir, tener una pareja, tener amigos, convivir con mi familia más tiempo, me fui encerrando en mí mismo, creando un mundo aparte de compromisos y viajes y cada vez se iba acentuando más un sentimiento de soledad, ese sentimiento lo sentía más en la noche, en el día lo llenaba de actividades a propósito, y cada vez se fue acentuando más y más la soledad.

Julio se recuerda a sí mismo como un “niño normal, que reía, lloraba y saltaba”. Comenta que “su vida transcurría normalmente hasta los veinte años”:

Era una vida de niño, adolescente y joven normal sin ningún trauma, de ningún tipo, ni familiar ni económico, digo a lo mejor los problemas característicos de a veces ver a mis papás que a lo mejor reñían, pero siento que eso no me impactó tanto como lo que me pasó a los veinte años que es cuando mi hermano muere.

Cuando su hermano muere lo que hizo fue “bloquear el dolor” y “para no sentir” se fue a al estado de Oaxaca a realizar sus estudios de licenciatura. Refirió que fue allí cuando empezó a crear “una careta para poder subsistir”:

Allí comencé realmente a crear mi careta de inteligencia, de trabajador, de responsable, del que siempre está bien, del elocuente, del que piensa mejor las cosas [...] tuve que crear esta careta para poder subsistir, pues me enfrentaba a una ambiente en el que no había estado nunca, y a estar lejos de mi familia en la que yo me sentía muy bien.

Además de su hermano mayor, otros hombres fuera del sistema familiar influyeron en su subjetividad ya que realizaba constantes viajes en barco lo que lo llevó a conocer otras forma de ser hombre: la de los “hombres norteros” quienes “hablaban de tráileres, mujeres y de quién aguantaba más bebiendo alcohol.” La simulación de la que habla Cruz (2006) fue utilizada por Julio como recurso para poder relacionarse con otros hombres, pero también para evitar ser burlado y ridiculizado por éstos. Foucault (1983) plantea que “en nuestras sociedades hay que situar los sistemas punitivos en cierta `economía política del cuerpo´: no tan solo cuando se apelan a castigos violentos y sangrientos, sino cuando se emplean sistemas ´suaves´ que encierran y corrigen, “siempre es del cuerpo del que se trata –del cuerpo y de sus fuerzas, de su utilidad, y de su docilidad, de su distribución y de su sumisión” (p.32). Agrega que la ideología y la violencia son formas en las que se instrumenta este sometimiento: “Las relaciones de poder operan en el cuerpo... lo cercan, lo marcan, lo doman... lo obligan a unas ceremonias, exigen de él unos signos” (p.32). Este autor sostiene que los efectos de la microfísica del poder son efectos de dominación manifestados por disposiciones, funcionamientos, tácticas y maniobras que se infiltran en quienes no detentan el poder, estos efectos de dominación “los invade, pasa por ellos y a través de ellos” (p.33). Se puede decir que la microfísica del poder ya había atravesado el psiquismo de Julio, es decir, no hubo necesidad de que otro hombre lo ridiculizara o se burlara de él, él por sí

mismo “se sentía ridículo leyendo entre pura gente que estaba tomando cerveza”, renunció a lo que quería hacer y se sometió a lo que “debía” hacer:

Yo decía ¿qué hago con este libro en la mano? me van a decir algo ¿no?, como era la mayoría, ahí es cuando entonces empecé... no sé guardo mi libro y me pongo a fumar yo tendría como veinte siete o veinte ocho años.

Por otra parte, Julio narra la muerte de su directora (y amiga) de tesis, como otra pérdida significativa a la que “no le dio importancia” ni tampoco lloró pues mantenía su careta de “fuerte”. Los duelos no elaborados - de su hermano y directora-, junto con el hecho de no encontrar las condiciones ideales para ejercer su profesión, serán precedentes importantes de su depresión, la cual fue “detonada”, según refirió, por “la disfunción eréctil”, y que le hizo “tocar fondo y sentirse profundamente infeliz y destruido, representó su negativo del *yo ideal* y además no pudo mantener el ideal alcanzado algunos años atrás acerca de “tener erecciones por una o dos horas”. Podemos plantear que la normativa de género (Bonino, 1994) y la microfísica del poder (Foucault, 1983), se infiltraron y atravesaron el psiquismo de Julio quien parece haber estructurado su identidad genérica a partir de ideales centrados en el control y dominio, pues recordemos que refirió que le gustaba controlar la relación cuando estaba en pareja. Por otro lado, en la cultura globalizada y de consumo, vemos que los medios electrónicos presentan al hombre no tan solo con poder económico sino también con poder sexual en quien se demanda satisfacer un deseo sexual aparentemente “irrefrenable e impostergable”. Incluso, la posibilidad de que un hombre rechace una propuesta sexual, muchas veces se juzga y se cuestiona su hombría y su virilidad. En este contexto cultural de género en donde se demanda a la mayoría de los hombres estar “disponibles sexualmente” en todo momento, parece que Julio no ha hecho un espacio de reflexión en su vida donde pueda cuestionar mandatos sociales como por ejemplo el que “el hombre es sexual por naturaleza”. Podemos pensar que por lo tanto no ha asumido, ni ejerce su derecho a no tener que estar todo el tiempo dispuesto a responder sexualmente ni tampoco a tener erecciones y eso no lo hace menos hombre.

Finalmente, como se pudo advertir lo que fue ayudando en su proceso de recuperación fue la respuesta comprensiva y empática de su pareja, el apoyo de su

familia, el tomar responsabilidad de su padecimiento informándose, pero también el proceso de sensibilización y reconexión consigo mismo que le permitió la psicoterapia.

ANÁLISIS INTERPRETATIVO INTEGRAL

En este apartado presento un análisis en conjunto de las narraciones de los cuatro hombres entrevistados a partir de lo que considero las categorías más importantes para comprender los aspectos planteados en el problema y en los objetivos. Conviene aclarar que después del primer acercamiento al tema de depresión en los hombres y tras las implicaciones derivadas de ello tanto a nivel teórico como empírico, se consideró que durante la realización de la entrevista, era muy importante tener presentes los ejes temáticos previamente planteados, por lo que si bien la entrevista tenía una dirección -pues se pretendía cubrir estos ejes temáticos y con ello los objetivos de investigación- su naturaleza no fue directiva. De tal manera que las preguntas fueron semi- abiertas y generales, con el fin de permitir a cada participante abordarlas de acuerdo con su estructura psicológica particular (Bleger, 1976) y desde su subjetividad.

MOTIVOS DE CONSULTA Y DESENCADENANTES DE LA DEPRESIÓN

Los motivos por los cuales los participantes buscaron atención psicológica se ligaban a diferentes circunstancias que en ese momento vivían y no necesariamente se debía a que se reconocieran así mismos con una depresión. Tengamos en cuenta también que uno de los criterios para poder participar en este estudio, fue que la o el psicoterapeuta que formó parte de la red social en la que me apoyé en la búsqueda de participantes, considerara que el varón que atendía y que derivaba conmigo, padecía depresión.

Juan acudió a psicoterapia porque “empezó a sospechar que algo no estaba bien con él, físicamente no se sentía bien y tenía una sensación de insatisfacción en todo lo que hacía...un vacío”. Julio, antes de ser diagnosticado con depresión por un médico psiquiatra, acudió a diversos médicos especialistas “cuando se sintió enfermo de todo,

quería encontrar una explicación a su padecimiento”. El primer acercamiento que René tuvo con la ayuda psicológica fue a través de una amiga psicóloga en su trabajo, quien le hizo algunas recomendaciones: “ella me ofreció sus servicios y aunque fue muy concreta y directa me dijo: `yo no podría ser tu terapeuta porque te conozco y te tengo bastante afecto, pero te voy a acompañar en un proceso, donde yo crea, me meto, donde crea que no puedo, te voy a decir adiós y te voy a referir con alguien´ y le dije está bien”. Después de algunos meses, accedió a un proceso de psicoterapia formal, pues su jefa de trabajo lo invitó a participar en talleres vivenciales de desarrollo humano donde “se le movieron muchas cosas” y fue ésta quien le recomendó un psicoterapeuta para que las trabajara. Arturo había perdido el empleo en una institución gubernamental de mucho prestigio e iba a iniciar terapia psicológica, pues “sentía un gran cansancio y vacío”.

Se puede advertir entonces que la búsqueda de ayuda profesional no fue por depresión. Juan, Arturo y Julio reportaron haber sentido una sensación de “vacío y falta de energía”, dos de ellos desarrollaron síntomas físicos por lo que acudieron a un médico general. Johnson, Oliffe, Kelly, Galdas, & Ogradniczuk, (2011) afirman que por décadas los profesionales de la salud han visto a la depresión como un estado negativo asociado con las mujeres y que síntomas como el llanto, son considerados sinónimo de depresión en éstas; sus discursos tienden a ignorar las diferencias de género en los síntomas que expresan hombres y mujeres con depresión, por lo que el sistema de salud tiende a perpetuar y reproducir estereotipos de género. Al respecto, Sebesi, Gabos, Lajos, Moica & Mures (2013) plantean diferencias en la expresión de la depresión de hombres y mujeres que han sido observadas por los clínicos. En los hombres observan que tienden a culpar a otros, se muestran enojados o irritables, tienen un ego grande, son desconfiados, buscan conflictos, pueden ser hostiles, pueden ser agresivos verbalmente, sienten seguridad o poder, esperan respeto de los demás, presentan insomnio, sienten vergüenza, beben alcohol, practican sexo, se preguntan si los demás los aman lo suficiente. Mientras que las mujeres se culpan a sí mismas, se muestran tristes y apáticas, se devalúan a sí mismas, se sienten ansiosas y tímidas, evitan conflictos, son amables y delicadas, son indecisas, duermen más, se sienten débiles, se preguntan si son lo suficientemente deseables. Con respecto a

nuestro país, Fleiz (2010) encontró que las manifestaciones del malestar depresivo de los hombres que participaron en su estudio, estuvieron permeadas por la construcción de su masculinidad y se relacionaron con no llorar, no mostrar dolor o ser fuertes, mientras que los sentimientos de culpa e inutilidad descritos en nosologías psiquiátricas, no estuvieron presentes.

En nuestro contexto social y cultural algunos padecimientos como la depresión siguen asociándose con lo femenino, lo cual es la antítesis de la actitud agresiva y la toma de riesgos fomentados en modelos dominantes de masculinidad. Esto puede explicar la dificultad que tuvieron los participantes de reconocerse como deprimidos y acudir a pedir ayuda profesional por este motivo.

Cuando en la primera entrevista se valoró la depresión, me pude dar cuenta que lo que desencadenó la misma, fue vivir una experiencia de pérdida de ideales internalizados y constituidos no solo como signos de perfección que aportaban orgullo al propio yo (Bleichmar, 1986), sino también que fueron configurados en su historia de vida como definitorios de su identidad masculina: Arturo perdió su empleo y el poder e influencia que le brindaba; René perdió su relación de pareja y con ella la aceptación femenina anhelada; Julio la función eréctil y su poder y control sexual; y finalmente, Juan estaba teniendo cada vez menos pacientes y desde su subjetividad, lo significaba como el no haber hecho las cosas bien.

PRINCIPALES MODELOS DE IDENTIFICACIÓN

Dentro de los modelos tempranos de identificación aparecieron las figuras parentales, es decir, madre y padre biológicos ejercieron la principal influencia identitaria en Arturo, René y Juan. Mientras que en Julio, la figura materna y paterna aparecieron de manera desplazada y desdibujada respectivamente, siendo el hermano mayor el principal modelo identitario. Además de hermanos mayores, emergieron otros modelos masculinos, como tíos, amigos, el grupo de pares y varones de generaciones anteriores como abuelos maternos y paternos, constituyendo modelos de identificación secundarios. Llama la atención que a excepción de la madre como figura femenina identitaria, solo dos de los entrevistados, René y Juan, mencionaron a las hermanas.

En la narración de René, éstas aparecieron validando y preservando un discurso de poder y dominio masculino sobre ellas: “mi mamá decía a mí me enseñaron que te aguantas y esa es tu cruz, esa fue la enseñanza para mis hermanas, mis hermanas aguantaron mucho esa parte, mi mamá les decía se tienen que aguantar... es tu marido”. Por su parte, Juan menciona a sus hermanas afirmando que al igual que su madre “ellas también hablaban mal de los hombres y se quejaban de ellos”.

En el proceso de construcción de la identidad de género “las normas diferenciadas elaboradas por cada sociedad para cada sexo no tienen la misma consideración social, existiendo una clara jerarquía entre ellas. Esa asimetría se internaliza en el proceso de adquisición de la identidad de género...”⁴¹ al menos en la subjetividad de los hombres entrevistados, las mujeres de su alrededor prácticamente no existen, o siguen reproduciendo la jerarquía que posibilita las relaciones de dominación de género, en la medida en que, al menos discursivamente aceptaban como destino fatal ser víctimas de los hombres, o mostraban un resentimiento hacia ellos, sin mostrar algún tipo de actitud o comportamiento alternativo o de resistencia activa. Por lo es factible suponer que en la subjetividad de estos hombres, las mujeres cercanas no constituyen figuras que “valgan la pena”, como para ser consideradas modelos de identificación.

YO IDEAL DE GÉNERO

De acuerdo con Bleichmar (1986) el *yo ideal* se refiere a la representación de máxima valoración que la persona hace de sí. En este sentido, se pudo advertir que si bien Arturo se vivía así mismo como “el heredero” por ser el hijo primogénito, su contexto familiar contribuyó a la constitución de esta representación; recordemos que en su narración apareció una experiencia temprana que fue determinante: a la edad de cinco años amenazó con aventarse de un quinto piso y allí conoció el poder que podía ejercer sobre su madre y abuelos quienes le suplicaron que no lo hiciera, en ese momento fue el quien “dominó y controló”. Más adelante en su vida adulta, continuaría con dicha representación de sí, al vivirse como el director que “mandaba, el que iba al

⁴¹ Ver en http://www.scielo.org.ve/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S1316-37012007000100004&lng=en&nrm=iso

frente dominando y controlando”. Por su parte, René se representó como un hombre viril a partir de la aceptación que le daría la mujer que más adelante se convertiría en su pareja y a quien consideraba “guapísima”, por lo que muy probablemente él también se pudo representar a sí mismo como “guapísimo”, el hombre ideal y perfecto después de una historia de rechazos. Juan se representó como el hijo elegido por su padre para ser como éste e incluso mejor, su vivencia desde niño fue como alguien “especial” que tenía inteligencia, salud, “todo para ser como su padre”. Finalmente Julio, desde pequeño se representó como alguien “muy especial”, pues su maestra de kínder y de primaria, “lo distinguieron”, una para bailar con ella, y la otra para que formara parte de la escolta de la escuela. En su vida adulta seguirá jactándose de ser “muy especial”, pero esta vez en el terreno sexual, es decir, se vivía como capaz de tener erecciones prolongadas, que le permitían en ese momento ejercer control y dominio en sus relaciones de pareja.

Al describir la representación que cada uno de estos varones tenían de sí mismos podríamos preguntarnos ¿Existe algún elemento o elementos comunes en sus historias individuales? Seguramente muchos, sin embargo lo que destaca en primera instancia es que desde pequeños su *yo ideal*, excepto el de René, se inscribió en la imagen de “ser especial”, podemos pensar que su *yo* fue un depositario de identificaciones que validaron y legitimaron dicha representación; y particularmente en las historias de Arturo y Juan, claramente pudimos advertir que en su *yo ideal*, se infiltró el propio *yo ideal* de su madre y padre respectivamente, esto es, la propia representación de perfección que éstos tenían de sí mismos. Pero como hemos visto, la identidad genérica no se forma de una vez y para siempre, sino es un proceso fluido y en permanente cambio (Amuchástegui, 2006). No existe una única manera de representarse, el papel que juegan los otros será de vital importancia en el mantenimiento y/o actualización de la identidad (Bleichmar, 1986). De tal manera que el *yo ideal* se constituye tempranamente y deviene en matriz sobre la cual se erigirán las diversas representaciones que se tenga como hombre, padre, hijo, hermano, trabajador, etc. En este sentido, es factible pensar al *yo ideal* como *un yo que se generiza*, pues la cultura de género se infiltra en la subjetividad por medio de los padres, y la manera de representarse idealmente como hombre, se inscribe

tempranamente en la subjetividad, por lo que cuando se sienta que se representa lo opuesto, es decir el negativo del yo ideal se ponga en juego incluso al ser mismo, pues ello equivale a dejar de ser hombre, desde el binarismo se es o no se es hombre, pilar de la identidad masculina. También es factible pensar que dada su inscripción temprana, existan mayores resistencias a cambiar dicha representación cuando se es adulto. Como hemos visto, el yo es una configuración compleja de identificaciones, no se constituye de un momento a otro, sino en la relación intersubjetiva con otros, en escenarios diversos como la familia, la pareja, las relaciones con los pares, pero también en prácticas sociales deportivas, religiosas, etc., en las que no se es el mismo todo el tiempo, pues surgen tensiones, conflictos y conciliaciones subjetivas (Salguero, 2013). Veamos ahora algunos elementos de la identidad masculina de estos varones entrevistados, que parecen ligarse a la posesión de poder y dominio, elementos identitarios que encuentra su arraigo y validación en la cultura de género prevalente.

EL PODER COMO EJE ARTICULADOR DEL SER Y HACER DE LOS HOMBRES

Ramírez (2006) plantea que existe un eje articulador de aspectos macro y microsociales que configura las masculinidades, este es las relaciones de poder entre los géneros y de modo particular entre los mismos hombres. Las formas de poder infiltradas en las relaciones interpersonales tratan de preservar una dominación y superioridad masculinas. Dicho poder supone autoridad y legitimidad, y por ello, este autor propone identificar los espacios controlados por hombres que refuerzan la idea de dominación de control masculino y que tienen un carácter estructural. En este sentido, vale la pena preguntarse en torno a los entrevistados ¿cuáles fueron los micro espacios en los que legitimaron y validaron su vivencia de ser especiales y perfectos y en dónde aprendieron a ejercer poder y dominio por ser hombres? En los análisis individuales previos, pudimos dar cuenta que un primer micro espacio lo constituye el sistema familiar. Grassi (2010) plantea que a la serie de identificaciones que se hacen con el grupo familiar, con sus ideales, con sus dinámicas y con los afectos presentes durante la crianza, forma parte de lo que llamó contrato narcisista. El contrato narcisista familiar

de los cuatro varones entrevistados parece haber asignado, legitimado y validado la posesión de poder y dominio a aquellos nacidos con un cuerpo biológicamente masculino, pero además a circunstancias específicas que cada uno de ellos vivió. Por ejemplo, Arturo fue el primogénito: “el heredero”. Creció con la idea de que “ser hombre era ser el rey, ser el rey en cuanto al líder, el que dice cómo se hacen las cosas”. Asimismo, describió a su padre y abuelos hombres como si se trataran de reyes. En René, el sistema familiar estuvo organizado de tal manera que las mujeres asumían una posición de sumisión y dominio frente al poder masculino atribuido a padre y hermanos varones, de quienes refirió que eran “extremadamente machistas” con su mamá, pues no permitían una arruguita: “ellos decían, no mamá, eso está mal y lo vuelves a planchar”. En la historia familiar de Juan, fue su padre quien lo legitimó y le asignó poder al elegirlo como el hijo que se encargaría de ser tan perfecto como él, además le asignó poder al presumirlo con sus amigos como “el número uno de la clase”. Vemos entonces que la familia constituye un micro espacio donde se legitima y asigna poder y dominio a aquel que nace con un cuerpo masculino, pero también existen circunstancias específicas y particulares del mismo sistema familiar que pueden todavía ser más estrictas o bien más flexibles en esta asignación de poder. Pero dado que la familia está inserta a un macro espacio cultural de género definido como un “mecanismo legitimador de relaciones de poder” (Muñiz, 2002, p.6), los micro espacios se articulan y suelen corresponder con los macro espacios para preservar un orden social de dominación y supremacía masculina.

Ahora veamos cómo la sexualidad se articula como otro micro espacio de legitimación de poder y dominio masculino.

LA HOMOFOBIA: EL TEMOR A NO SER UN “VERDADERO HOMBRE”

En este estudio, la sexualidad emergió como un espacio donde se legitimó el poder y el dominio masculino en dos de los varones entrevistados. Recordemos, que Julio “se jactaba frente a sus amigos de durar dos o tres horas con erección” y “le gustaba tener el control y dominar en la relación”. De acuerdo con Kimmel (1997) “el padre es el primer hombre que evalúa el desempeño masculino del muchacho, el

primer par de ojos de varón frente a los cuales él se trata de probar a sí mismo. Esos ojos lo seguirán por el resto de su vida. Otros ojos de hombres se unirán a aquéllos -los ojos de los modelos tales como los maestros, los entrenadores, los jefes, o de héroes de los medios de comunicación, los ojos de sus pares, de sus amigos, de sus compañeros de trabajo y los millones de otros hombres vivos y muertos de cuyo escrutinio no se encontrará jamás libre” (p.56). En este sentido, podríamos pensar que desde la subjetividad de Julio, el grupo de amigos constituyó la mirada que legitimaría y aprobaría su virilidad, es decir, donde sería aprobado como un hombre verdadero, potente y sexual. Por otra parte, puede inferirse la existencia de un temor velado: el temor de no aparecer lo suficientemente hombre frente a hombres nortefños que “son muy machos”. Este temor se hace evidente cuando refiere que “se sentía ridículo leyendo entre pura gente que estaba tomando cerveza y hablaba de tráileres, de viajes, de mujeres, y como pensó que le podían decir algo, guardó su libro y sacó sus cigarros”. Kimell (1997) afirma que en realidad lo que subyace a la homofobia, es el miedo a ser desenmascarado por otros hombres como poco hombre, a no alcanzar los estándares impuestos para ser un verdadero hombre. “El miedo -a veces consciente, otras no-, de que otros puedan percibirnos como homosexuales, nos presiona a ejecutar todo tipo de conductas y actitudes exageradamente masculinas, para asegurarnos de que nadie pueda formarse una idea errada de nosotros [...] los hombres gay se convierten en el otro contra los cuales los hombres heterosexuales proyectan sus identidades [...] al suprimirlos, proclaman su propia virilidad” (Kimmel, 1997, p.59). Podríamos pensar que Julio temió ser percibido como poco hombre al ir leyendo un libro. Por supuesto que desde éste temor y duda de la propia hombría, las manifestaciones de sensibilidad que refirió en la entrevista: como el conmoverse y llorar cuando se encontraba frente al mar, si bien podían desestabilizar los discursos y estándares hegemónicos masculinos inscritos en su subjetividad, amenazaban su identidad masculina, por lo que dichas manifestaciones las suprimía y silenciaba. Estos hallazgos difieren de los reportados por Emslie, Ziebland & Hunt (2006), cuando entrevistaron a algunos hombres, que aunque fueron los menos, sí construyeron una narrativa alrededor del valor positivo de sus diferencias con respecto a las exigencias que la masculinidad dominante imponía. Incluso uno de ellos, señalan, se comparó con

dos hombres quienes padecieron de depresión: Churchill, primer ministro británico durante la segunda guerra mundial, y Hemingway -autor norteamericano quien se suicidó-. Sus narraciones perfilaron la noción de que los hombres que padecen depresión, además de distanciarse y diferenciarse de las características dominantes de masculinidad, tienen otras cualidades valoradas como mayor inteligencia o mayor sensibilidad. Los hallazgos de estos investigadores permiten vislumbrar la posibilidad de que la depresión aparezca como una respuesta de inconformidad y resistencia no reconocida conscientemente, frente a discursos de masculinidad dominantes.

Ahora veamos cuales fueron los ideales a los que cada uno de los entrevistados aspiró y que ante la vivencia de perderlos o no alcanzarlos, desencadenaron su depresión.

LOS IDEALES DEL YO PERDIDOS O NO ALCANZADOS

Para Blum (2012) el *Ideal del yo* es la instancia heredera del Complejo de Edipo y del *yo ideal*, su origen son las influencias de las autoridades, sobre todo la de los padres. Éstos son los portadores de una cultura de género que se materializa por medio de expectativas, demandas, prácticas sociales y discursos que suelen preservar un orden social de supremacía y privilegios masculinos. Por ello, desde el punto de vista psicoanalítico, se considera que el género precede al sexo, es decir, antes de determinar si se ha nacido con un cuerpo con genitales de hombre o de mujer, existe ya un entramado social y cultural acerca de lo que se espera que se sea en función del cuerpo con el que biológicamente se nace. Los padres, sin plena consciencia, al depositar la serie de demandas y expectativas al recién nacido, reproducen ideales a los que hay que aspirar como hombre. Con respecto a la constitución de la identidad sexual masculina recordemos que Bleichmar (2006) plantea que existen tres momentos cruciales: Primeramente se instituye lo genérico; la cultura de género existente marca los rasgos identitarios en el núcleo del yo, son los adultos quienes instalan los atributos que la cultura cree pertinentes para un sexo o para el otro, dando con ello entrada al segundo momento de constitución donde lo genérico se une o abrocha a la diferencia sexual. En un tercer momento “se definen las llamadas identificaciones secundarias

que hacen a las instancias ideales” (Bleichmar, 2006, p.30), esto significa que no basta con el hecho de haber nacido con genitales femeninos o masculinos, la identidad genérica y sexual se constituye a partir de identificar e internalizar rasgos, actitudes, patrones de comportamiento, discursos, etc., de personas significativas en la propia biografía y que representan ideales para el yo, Pero en el caso del varón, dada la ausencia de una relación afectiva y cercana con el propio padre, se internalizarán ideales de masculinidad enaltecidos en el contexto específico social y cultural en el que se está inscrito (Fridman, 2000). Por tanto, es en este tercer momento de constitución identitaria que se configura en la subjetividad qué clase de hombre se aspira a ser: un hombre fuerte, un hombre exitoso, un hombre con poder económico, un hombre sexual, etc. De tal suerte que es a través de éstos *ideales del yo* inscritos en la subjetividad de los varones, que la dimensión sociocultural encuentra su articulación y preservación. En este sentido, ¿cuáles son los ideales a los que los varones de este estudio aspiraron? ¿Fueron los mismos para todos o variaron? ¿Son estos ideales de masculinidad los mismos que hace algunas décadas o están impregnados por los valores del mundo moderno y globalizado que estamos viviendo? Al analizar las narraciones de los varones entrevistados se advierte que los ideales interiorizados de madre, padre y figuras secundarias, no fueron los mismos para todos; por tanto, la historia individual de cada uno de ellos matizó lo que se inscribió como ideal o ideales en su psiquismo. Por ejemplo, vimos que Arturo al ser el primer hijo y nieto en su familia paterna y materna, se representó a sí mismo como el heredero, como el futuro rey en una dinastía de reyes; configurando como ideal o ideales, el poder y dominio de “quien va al frente”, “de quien dice qué hacer”. Estos ideales masculinos inscritos en su subjetividad, encuentran su articulación y perpetuación en la concepción que se sigue teniendo de la familia como micro espacio que preserva un orden familiar en donde según Olavarria (2001), sigue existiendo un sistema patriarcal como paradigma, evidenciado en la trilogía: padre proveedor y autoridad, madre en la crianza y responsable del hogar, e hijo/as criados y acompañados en su crecimiento, prevaleciendo como modelo de familia aceptable. Vemos entonces que sigue existiendo la imagen paradigmática de que “es el hombre quien va al frente en una familia, es quien dice qué hacer”:

Por otra parte, René aspiró a la aceptación femenina de su cuerpo y con ello adquirir virilidad, misma que al perder su relación de pareja diez años después, lo conduciría a una depresión profunda que pudo superar debido a su transformación física en un gimnasio, moldeando su cuerpo y ajustándolo a estándares masculinos impuestos en el mundo moderno y globalizado, pues tal y como plantea Aguiar (1998) en nuestro tiempo “se es hombre a través de y por un cuerpo [...] se es hombre mediante un cuerpo sexuado, un conjunto de músculos, una apariencia elaborada” (p.283). El gimnasio constituyó para René un espacio que le permitiría recuperar su ideal de aceptación como hombre viril. En este aspecto, Moreno (2011) al entrevistar a mujeres y hombres boxeadores arguye que el gimnasio, constituye “un espacio empleado para la masculinización de los niños y los jóvenes, donde se endurece el cuerpo y el carácter mediante técnicas corporales orientadas en una rigurosa disciplina con la que los varones se preparan no solo para la pelea, sino también para la vida” (p.163). Recordemos en este punto que el padre de René luchaba y boxeaba, y una de las frases que René recuerda que éste le decía era “defiéndete porque en la vida te encuentras un chorro de cosas y debes aprender a meter las manos”. De tal manera que frente a la pérdida de la aceptación de la mujer que le otorgó virilidad, endureció y moldeó su cuerpo para recuperarse, lo que sin duda le permitió enfrentar dicho golpe narcisista.

Por otra parte, Julio logró poseer poder y dominio sexual en sus relaciones de pareja, ideal interiorizado y fortalecido por su historia vital en donde un hombre “se medía en función de lo que tenía”. Pero al experimentar el problema de disfunción eréctil, se convirtió “en su peor verdugo” ya que se comparaba con aquél que había sido y no se perdonaba el no poder cumplir con “lo más elemental como hombre: con la cópula”. Ideal que además es ampliamente fortalecido por el mundo global en el que vivimos, en donde el valor personal se mide por lo que se posee y “si uno quiere ser mejor, debe tener lo máximo [...] La persona se vive solo como lo que tiene, y no como lo que es” (Fromm, 1983, p.43), lo que incluye la posesión de poder en el ámbito sexual.

Asimismo como afirma Hornstein (2006), en una cultura del éxito y de la acción individual como en la que vivimos, hay que ser el primero para no ser el último. Por

tanto, el desempeño sexual masculino en una cultura de género como la nuestra, representa la vara de medida para la hombría y la virilidad, en donde el componente de exceso es símbolo de mayor hombría, “cuanto más, más hombre” (Bonino, 1994).

Finalmente, Juan refirió haber vivido depresiones a lo largo de su vida debido a que creía que no alcanzaba aquello que desde su subjetividad había constituido como ideal: hacer las cosas perfectas, “profundizándose cada vez más los bandazos” y que de no haber recibido psicoterapia en el momento que sintió que “nada tenía sentido”, muy probablemente habría transitado de una ideación a un plan suicida. Pero, ¿qué significa hacer las cosas perfectas?, para Juan significaba “hacer todo bien, no equivocarse, pues si su padre, que no había estudiado, hacía las cosas perfectas, el que tenía todo y era su hijo lo podía hacer”. Con lo anterior, podemos constatar la severidad de su *súper yo*, quien lo juzga y condena por no alcanzar lo que inscribió como ideal, creciendo cada vez más la propia exigencia y devaluación de sus propios logros. En la cultura de género como la nuestra, que otorga privilegios a aquellos nacidos con un cuerpo biológicamente masculino, paradójicamente también demanda y exige en mayor medida a hombres que a mujeres, la perfección, que en ciertos momentos puede rayar en la dureza e insensibilidad. Por ejemplo, en la historia de Juan, son los hombres de la familia, los portadores de un discurso social y cultural a través del cual se perpetúa un entramado de creencias, significados, atribuciones de género, pero también demandas y exigencias de perfección que conllevan cierta dosis de estoicismo acerca de cómo se debe ser por ser hombre, y que asumirlas tiene un costo emocional muy alto. Möller-LeimKühler (2003) comenta que en culturas occidentales como la nuestra se fomenta el estoicismo en los hombres al prohibir el llorar o sufrir. Paradójicamente este estoicismo y no expresión del dolor se relaciona con la dificultad de buscar ayuda y con el hecho de que los hombres recurran al suicidio como una manera de liberarse de la presión social que sienten. Vimos en la historia de Juan, que afortunadamente pudo darse cuenta de su falta de sentido frente a la vida por lo que buscó ayuda profesional, pues de no hacerlo muy probablemente hubiera desarrollado pensamientos y/o intentos de suicidio.

LO QUE ANTECEDE A LA VIVENCIA

Tanto en Arturo como en Julio, “hubo duelos normales” (Bleichmar, 1986, p.124) por la muerte de un ser querido. Arturo y René, expresaron que la relación con su pareja estaba deteriorada, en el primero porque “tenían diez años de relación” y por la incertidumbre al desconocer qué enfermedad padecía su esposa. En el segundo, por la violencia que éste ejerció contra su pareja y por los problemas de alcoholismo de éste. Arturo refirió como antecedente importante que se había sobre involucrado en el trabajo, por lo que previamente a la manifestación de su depresión, se encontraba fastidiado y cansado Al respecto, Branney & White (2008) retoman el modelo de “la gran construcción” creado por Brownhill (2005) para explicar las prácticas que los hombres presentan cuando viven depresión que resultan en una trayectoria emocionalmente debilitante, ya que muestran comportamientos evasivos para entumecer y escapar de ella, pudiendo escalar a la violencia y suicidio. Es factible pensar que también Arturo se sobre involucró en su trabajo como una manera de evadir, adormecer y escapar de su estado depresivo. Por otro lado, Julio expresó que el hecho de no haber podido colocarse en un empleo gratificante, contribuyó a su depresión. Nateras⁴² comenta que precisamente la falta de oportunidades de empleo en población joven, y vemos que también en adultos, genera estados depresivos y en ocasiones lamentables suicidios. Al respecto, en la última estadística de suicidio de INEGI, en el 2009, quedó asentado que en nuestro país se suicidaron 5,190 personas, de los cuales 4201 eran varones y 989 mujeres.⁴³ Estas cifras preocupantes dejan ver la necesidad de seguir investigando sobre las experiencias de depresión, con el fin de obtener información clínica que permita su detección y tratamiento oportunos.

LA VIVENCIA DE LA DEPRESION

Recordemos que en este estudio la vivencia es entendida como la experiencia inmediata de la vida “aquello que en las percepciones, sentimientos y acciones de los

⁴² Ver en: <http://ciudadanía-express.com/2010/10/20/en-mexico-se-corre-el-riesgo-de-morir-por-ser-joven/>

⁴³ Ver en: <http://www.spss.gov.mx/aviso/869-depresion-y-suicidio-mexico.html>

actores sociales aparece como pertinente y significativo” (Sandoval, 2002, p.31). Por lo que la forma en que cada uno de los varones vivió la depresión fue diferente: Arturo la experimentó como una agonía larga que inició al enterarse de que en poco tiempo iba a ser despedido, una vez que lo fue, la vivió como “un funeral de 2 o 3 semanas”. René la experimentó como “un abismo”, como “un derrumbe. Juan la vivió como estar muerto en vida...un estado espiritual donde no hay esperanza” y finalmente Julio la experimentó como cuando “hay un tren de olas peligrosas en el mar, que si no se sabe de ellas, pueden matar”.

LO QUE SE SIENTE

Los sentimientos referidos por los entrevistados en su experiencia depresiva, evidentemente también variaron figurando la tristeza, el enojo, la frustración, la insatisfacción, la inseguridad y temor. En relación con la tristeza, esta fue manifestada por dos de ellos, a pesar de que en nuestra cultura sea uno de los sentimientos menos permitidos para los varones, ya que atenta contra los mandatos dominantes acerca de que “se debe ser fuerte” e “invulnerable”; Incluso se permitieron llorar en algunos momentos de la entrevista, lo cual parece indicar que si bien el mandato social existe, estos varones asumieron una postura más flexible y de momento pudieron romper el mandato. Así mismo Arturo, René y Juan manifestaron enojo y frustración, uno “al ver desecho todos sus planes al ser despedido”, el segundo por perder a la pareja, y el tercero por no poder hacer las cosas “perfectas”. Algunos autores reportan que dentro de las manifestaciones emocionales atípicas que presentan los hombres cuando se encuentran con depresión, es la dificultad de manejar su enojo y frustración, e incluso pueden expresarse sentimientos de hostilidad y agresión hacia otros, a diferencia de las mujeres, quienes cuando se encuentran en este estado, se muestran dóciles y amables⁴⁴ (Branney & White, 2008, Fleiz, 2010). Por otra parte, la inseguridad y temor fueron sentimientos reportados en la narración de Julio ante la posibilidad de aparecer como poco hombre frente a otros hombres, lo que podría ser indicativo de un grado de homofobia, pero en realidad lo que subyace a ella es precisamente el temor de ser

⁴⁴ Ver en: <http://www.bjceap.com/?id=33129&sid=34>

considerado poco hombre u homosexual (Kimmel,1997). Lo que coincide con lo reportado por Beng, Johansson, Danielsson, Lehti & Hammarström (2008) acerca de que la inseguridad y temor son sentimientos manifestados por los varones ante la posibilidad de que otros hombres se burlen o lo ridiculicen. Llama la atención que los sentimientos similares que los cuatro entrevistados expresaron fueron la soledad y el vacío, sentimientos también manifestados por los varones entrevistados por Fleiz en 2010. Es posible pensar que dicha soledad y vacío se relacione con lo difícil y amenazante que es para algunos varones, contradecir el mandato social de que por hombre “debe” poder resolver los problemas por sí mismo. Buscar ayuda desafía y contradice tal introyecto, por lo que la prohibición interiorizada pueda derivar en aislamiento y soledad para los hombres, una diferencia importante con respecto a las mujeres, quienes desde pequeñas aprenden habilidades de comunicación que permiten pedir ayuda en momentos de crisis emocional, y los sentimientos de soledad y vacío son más factibles vivenciarlos al contradecir el mandato social de que como mujer se “debe” tener a una pareja al lado para “no estar sola”.

LO QUE SE PIENSA

Emergieron diversos pensamientos en las narraciones de los entrevistados que acompañan la experiencia de haber llegado al final: “Yo tenía planes [...] todo se desechó por un capricho” “Ya se me desbarató todo”; y por el deseo de cobrar venganza: “Mujer que conozca, mujer que me voy a coger”. Asimismo, afloraron otros pensamientos ante la falta de comprensión y empatía particularmente por parte del profesional de la salud mental: “Este señor no sabe cómo me siento...no entienden como me siento”. Resaltan también aquellos pensamientos que anularon el propio esfuerzo al cumplir uno de los mandatos sociales para los hombres que hoy día prevalecen: el de ser proveedor económico: “Los hombres estamos para dar, somos protectores de la familia y no tienen que agradecernos nada”.

MECANISMOS DEFENSIVOS

Laplanche y Pontalis (1967), definen a los mecanismos de defensa como “diferentes tipos de operaciones utilizadas por el yo que varían según el tipo de afección que se considere, según la etapa genética, según el grado de elaboración del conflicto defensivo” (p.221). Los mecanismos psicológicos empleados por los cuatro hombres entrevistados, parecen haberles permitido enfrentar durante la experiencia depresiva, la serie de tensiones y conflictos subjetivos originados por la interiorización de mandatos de género en los que en ciertos momentos parecía asomarse cierta resistencia o cuestionamiento a asumirlos. Por ejemplo, vimos en la historia de Arturo que intelectualizaba para evadir el conflicto y malestar que le estaba ocasionando ser el principal proveedor económico en su familia, e incluso manifestó molestia en varios momentos de la entrevista, pero debido al mecanismo de supresión que también utilizaba, podía “hacer desaparecer de la conciencia un contenido displacentero o inoportuno: idea, afecto, etc.” (p. 422), es decir, suprimía su molestia e inconformidad. En la historia de Juan, se pudo evidenciar el mecanismo no solo de supresión sino también de negación⁴⁵ del dolor, cuando refirió que “los hombres no se deben enfermar y si se enferman disimulan”. Sin el ánimo de generalizar estos resultados a otros hombres, pues además de que no es el objetivo de este estudio, sino más bien desde querer encontrar posibles respuestas a la dificultad que tienen los hombres de solicitar ayuda profesional oportuna, es viable deducir que estos dos mecanismos psicológicos, la supresión y la negación, sean empleados por muchos de ellos ante el dolor físico y emocional y derive en el descuido de su salud en estas dos áreas de su vida: la física y la emocional.

Asimismo, Julio comentó que se consideraba un hombre muy sensible, al grado de conmovearse y llorar cuando estaba frente al mar, pero que regresaba “a la parte urbana y era un aspecto que tenía que ocultar”. Es posible pensar que estas expresiones de sensibilidad que podrían desestabilizar en cierta medida los discursos dominantes que impiden como hombre sentir o ser sensible, sean precisamente

⁴⁵ “Procedimiento en virtud del cual el sujeto a pesar de formular uno de sus deseos, pensamientos o sentimientos hasta entonces reprimidos, sigue defendiéndose negando que le pertenecen” (Laplanche y Pontalis, p.233)

silenciados u ocultados debido a los mecanismos de supresión y negación, impidiendo que afloren de una manera más libre y espontánea.

Por otra parte, advertimos en René, que el mecanismo de la desmentida es empleado para enfrentar la pérdida de su relación, sin asumir la corresponsabilidad frente a ello. Mientras que el mecanismo de sublimación le ayudó a dar cauce, de una manera socialmente aceptable, a su frustración y enojo al integrarse a las actividades físicas de un gimnasio. Asimismo, con el mecanismo de desplazamiento pudo dirigir su enojo y frustración a los aparatos del gimnasio. Mientras que en la subjetividad de Juan, advertimos el mecanismo de vuelta hacia la propia persona⁴⁶, cuando expresó enojó consigo mismo, en lugar de hacerlo con “esos viejos que ni eran cariñosos con él” refiriéndose a sus padres.

Ahora veamos el mecanismo psicológico que fue similar en los entrevistados.

LA SUSTITUCIÓN DE IDEALES MASCULINOS Y OTROS RECURSOS DE RECUPERACIÓN

Al abordar las entrevistas de los cuatro participantes se advirtió que cada uno de ellos refirió diferentes elementos de ayuda que contribuyeron al enfrentamiento del proceso depresivo como a continuación veremos. Sin embargo, lo que sí fue semejante en ellos fue el empleo de la sustitución como mecanismos psicológico defensivo que a continuación describo.

Vemos que en la vivencia de pérdida de ideales definitorios de su masculinidad, tanto Arturo como René, emplearon el mecanismo de sustitución⁴⁷ en diferentes sentidos. Arturo, al perder su empleo el cual le otorgaba poder económico y dominio sexual, lo sustituyó por el ideal de ser un padre proveedor y protector para sus hijas y esposa; aun cuando refirió que “le pesaba”, también lo impulso a “no dejarse caer”. Por lo que asumió el papel de proveedor económico principal otorgándole valor y

⁴⁶ “La pulsión reemplaza un objeto independiente por la propia persona” (Laplanche & Pontalis, 1967, p.456).

⁴⁷ Entendido como “aquel que designa los síntomas o formaciones equivalentes, como los actos fallidos, los chistes, etc., en tanto que reemplazan los contenidos inconscientes” (Laplanche & Pontalis, 1967, p.165).

significado después de haber perdido el ideal de sentirse poderoso y con influencia. René por su parte, sustituyó la forma de satisfacer su ideal de aceptación femenina, pues si en un primer momento lo obtenía en la relación de pareja, posteriormente lo hizo a través de la posesión de un cuerpo musculoso que atraía la atención de las mujeres. Vemos cómo los ideales de masculinidad dominantes que permean la subjetividad de Arturo y René, encuentran su sustitución en otros que, lejos de dañarlos, parecen ser un recurso psicológico que les permite enfrentar la pérdida de ideales inscritos en su identidad masculina. Esto resulta sumamente revelador, ya que ofrece indicios acerca de que la sustitución de ideales o la sustitución de vías para satisfacerlos, puede constituir una alternativa de enfrentamiento psicológico y un recurso personal que se podría promover en la atención psicoterapéutica que se brinde a un varón con depresión de modalidad narcisista.

Por otra parte, lo que apoyó el proceso de recuperación de René fue su sentido de paternidad; ya que refirió estar “muy apegado a sus hijos” y cuando éstos le pidieron que dejara de tomar, así lo hizo “pues tenía muy presentes sus palabras cuando le pidieron que ya no tomara pues le hacía daño”. Asimismo, en la narración de Arturo vimos que ante la falta de solvencia económica frente a los gastos de la escuela de sus hijas, “sentía que tenía que dar un esfuerzo más grande” y “que no podía darse el lujo de caer”. De tal manera que su sentido de responsabilidad paterna, jugó un papel importante en el proceso de enfrentamiento y recuperación de su estado depresivo.

Otro recurso que apoyó el proceso de enfrentamiento en la depresión de Arturo, fue la amistad de un amigo de infancia, con el que pudo expresar su enojo y frustración. Consideremos, por otra parte, que Julio refirió el papel importante que jugaron pareja y hermanos al apoyarlo en la búsqueda de ayuda profesional. Esto coincide con lo que reportan Chuik, Greenfeld, Greenberg, Shepard, Cochran & Haley, (2009) acerca de que lo que permitió salir del ciclo de enfrentamiento desadaptativo ante la depresión vivida por los varones de su estudio, fue el apoyo de amistades cercanas, de la pareja, así como de la familia, quienes ayudaron a superar el estigma asociado a la búsqueda de ayuda.

Otro recurso de recuperación referidos por los participantes fue el estar en un proceso de psicoterapia, a Julio le permitió sensibilizarse y reconectarse consigo mismo; y Juan a descubrir que era depresivo. Julio además comentó que también le ayudó buscar información acerca de lo que era la depresión, así como tomar consciencia de que no era mito como había creído, sino que era un padecimiento que en verdad existía. Recordemos que Arturo iba a comenzar un proceso psicoterapéutico cuando lo entrevisté, mientras que René refirió que lo que le ayudo mucho en su proceso de psicoterapia fue el acompañamiento emocional que sintió de su psicoterapeuta frente al “derrumbe” que había tenido al perder a su familia.

DISCUSIÓN

La presente tesis se propuso explorar desde una perspectiva de género, la vivencia que tienen los hombres que presentan una depresión predominantemente narcisista, y si ésta se vincula de alguna manera con la pérdida o no logro de los ideales constituidos como masculinos en los procesos de identificación con figuras primarias y secundarias, enmarcados en un contexto global. Este interés de investigación partió del hecho de que algunos autores como Bauman (2006) y Burin (2007), han planteado que los efectos de la globalización mundial impactan las subjetividades de mujeres y hombres. Paradójicamente, las condiciones de pobreza social y económica derivadas de dicho fenómeno globalizador, dificultan el logro o sostenimiento de ideales construidos en lo social y en lo individual como masculinos; por ejemplo, ser exitoso y competitivo a través de un trabajo. En este sentido, partí del supuesto de que la depresión podría surgir como respuesta emocional ante las pérdidas de ideales construidos como definitorios de la identidad masculina.

Los resultados se reportan desde una propuesta interpretativa, bajo un enfoque psicoanalítico y de género, y permiten problematizar las dos dimensiones complejamente interrelacionadas que configuran las maneras particulares de ser hombre: la psíquica individual, construida a partir de la historia personal, y la sociocultural, ubicada en un momento histórico y en un espacio específicos. Dado que partí de la hipótesis de que los ideales constituidos como propios de la identidad masculina eran los que se han perdido o no alcanzado, configurando así la experiencia depresiva de los hombres participantes, era fundamental comprender inicialmente cómo eran configurados dichos ideales. En este sentido, la identidad masculina no podía ser comprendida como construida exclusivamente desde la historia individual, sino que se requería un abordaje que permitiera una perspectiva sociocultural.

Así pues, para comprender cómo se constituye el *yo ideal* y cómo se inscriben los *ideales del yo* en el psiquismo, retomé la teoría freudiana y las concepciones respecto a los procesos primario y secundario de identificación (Freud, 1921). De manera paralela recuperé la propuesta de Chodorow (2003) acerca de que la identidad de

género de cada persona es un entramado inextricable, en donde se fusiona y confluye la significación personal y cultural.

Los hallazgos en torno a la vivencia depresiva revelan que existen una serie de circunstancias que anteceden y parecen facilitar dicho padecimiento, tales como duelos no elaborados y problemas en la relación de pareja, así como insatisfacción y sobre involucramiento en el trabajo. Esto coincide con lo reportado por Fleiz (2010), quien en su estudio sobre el malestar depresivo de hombres urbanos, encontró que éste se vinculaba con pérdidas: de la salud, del trabajo y principalmente de la relación de pareja; así como con los resultados de Chuick, Greenfeld, Shepard, Cochran & Haley (2009), quienes descubrieron un patrón cíclico de depresión en los hombres que entrevistaron, el cual inicia con: a) algún cambio o transición en el estilo de vida, b) con pérdidas: la del trabajo o una reubicación geográfica del mismo y/o c) alguna alteración en las relaciones interpersonales.

En este sentido, podemos pensar al fenómeno depresivo masculino como una trayectoria que va tomando un curso y un cauce, de manera que no se manifiesta espontáneamente, sino que se va gestando silenciosa y asintóticamente, siendo detonado por alguna pérdida fundamental. En los hombres entrevistados en este estudio, dichas pérdidas hicieron referencia al ámbito laboral -la pérdida de trabajo y el no ser suficientemente exitoso/poderoso-, y al sexual/afectivo -la pérdida de la pareja y la pérdida de la potencia sexual-. Podemos entonces aseverar que al menos en ellos, en la vivencia de la depresión narcisista, subyace alguna pérdida que implica un proceso de duelo, tal y como Freud lo planteó en 1917. En el caso de tres de estos hombres, dicha pérdida fue de un ideal que desde su subjetividad se había interiorizado como propio de su identidad masculina, que aportaba valor y orgullo al propio yo, por lo que predominó una depresión más de tipo narcisista, que de duelo por pérdida simple de objeto (Bleichmar, 1986). Para el cuarto varón, la depresión se generó no tanto por perder un ideal interiorizado como masculino, sino porque desde su subjetividad no lo había podido alcanzar. Por todo esto podemos confirmar la hipótesis planteada en este estudio de que esta modalidad de depresión, la narcisista, se relaciona con la pérdida

y/o experiencia de no alcanzar ideales que se han constituido como parte de la identidad masculina.

Ahora bien, los cuatro entrevistados describieron la vivencia de su depresión en términos metafóricos, y manifestaron sentimientos de dolor, tristeza, aislamiento, enojo, frustración, culpa, vergüenza y soledad. Estos hallazgos contradicen lo que algunos autores han planteado acerca de que los hombres presentan lo que se ha denominado alexitimia normativa (Bonino, 1997; Chuick, Greenfeld, Greenberg, Shepard, Cochran Haley, 2009), es decir, que existe en ellos la inhabilidad para identificar y describir las propias emociones. Los participantes de este estudio, si pudieron expresar sus sentimientos, incluso el uso de la metáfora pareció apoyar la transmisión simbólica de su vivencia más íntima de la depresión, pues ésta se describió en términos tales como “estar en un abismo”, “es el infierno” “es estar bajo la ola y ver puro mar” y “es como entrar al mar sin conocerlo”. En esta línea, Browhill, Wilhem, Beerclay y Schmied (2005), encontraron que algunos hombres de su estudio emplearon metáforas y eufemismos para describir los suicidios de otros hombres que ellos habían conocido: “rebasaron la línea”, o “cruzaron el límite”. Asimismo, Emslie, Riedge, Ziembland & Hunt (2006) reportan que los hombres que entrevistaron tuvieron la disposición de hablar de sus sentimientos durante la depresión, manifestando tristeza, culpa, enojo y miedo; y emplearon imágenes realistas para comunicar sus sentimientos de desolación, oscuridad y tormento. Por todo lo anterior, se puede decir que los hombres con una depresión narcisista, sí pueden expresar lo que sienten de manera verbal, y que el uso de la metáfora en sus narraciones es un recurso expresivo que se los facilita y puede ser una herramienta terapéutica efectiva y eficaz en el tratamiento psicoterapéutico al provenir de su vivencia directa.

También es de enfatizar que la culpa fue un sentimiento manifestado de manera significativa en dos de los entrevistados, uno ante la imposibilidad de alcanzar el ideal de “hacer las cosas perfectas” según la expectativa paterna, y otro por no poder proveer económicamente la educación de sus hijas. Esto coincide con los planteamientos de Hugo Bleichmar (1986) acerca de que la culpa puede estar presente en la depresión narcisista ante la imposibilidad de lograr el ideal de perfección

narcisista, pero a diferencia de la depresión culposa - en la que predomina la culpa por sentir que se daña al objeto y se es responsable de ello -, en la narcisista, la culpa surge porque no se alcanza el ideal de perfección interiorizado.

La vergüenza, fue otro sentimiento manifestado abiertamente por un varón al creer que no lograba alcanzar aquel ideal de perfección internalizado en la relación con su padre. Al respecto, Bleichmar (1986) plantea que en la depresión narcisista puede presentarse lo que denomina “tensión narcisista” (p.121), es decir, sentimientos de inferioridad por no cumplir un ideal, pero la vergüenza no es mencionada por este autor. A la luz de los resultados de esta tesis, cabe preguntarse si la manifestación de dicho sentimiento puede ser indicativa de un estado depresivo de dominancia narcisista, en la medida en que dicho sentimiento podría emerger ante el no cumplimiento de demandas de perfección interiorizadas e inscritas en la subjetividad que equivaldrían a decir “si no alcanzo el ideal, entonces no soy hombre y por tanto me avergüenzo de mí mismo”. De ser así, podríamos pensar que la exploración de dicho sentimiento de vergüenza, sería un elemento de ayuda para detectar en el varón una depresión de modalidad narcisista. Al respecto, Apeso-Varano, Barker & Hinton (2014) encontraron en hombres mayores deprimidos, sentimientos de vergüenza por no poder cumplir con los actos de masculinidad que creían se esperaba de ellos; ante los cuales, crearon dos estrategias primarias: o bien sobreactuaban una masculinidad con comportamientos agresivos; o bien, se retraían de situaciones sociales para evitar tal sentimiento.

Destaca también que la vivencia de la depresión en estos hombres mostró algunos pensamientos que minimizan el papel del varón como proveedor económico, en la medida en que se asume dicho rol como obligatorio y como parte de la condición de ser hombre ya que “los hombres están para dar, son proveedores de la familia, y no se les tiene que agradecer nada”, como refirió un entrevistado. Asimismo, emergieron pensamientos relacionados al mandato social de que el varón no se debe enfermar, pues “ser hombre es que uno no se enferme y si se enferma disimula”, lo que sugiere que durante la vivencia de la depresión, se emplean mecanismos psicológicos como la negación y la supresión del dolor tanto físico como emocional, que repercuten negativamente en la salud física y mental de los hombres, quienes difícilmente acuden a solicitar ayuda a servicios de salud. Al respecto, de Keijzer (2006) ha planteado que a

los hombres no se les enseña a cuidar de su salud ni a valorar su cuerpo. Peor aún, como refieren Johnson, Oliffe, Kelly, Galdas & Ogradniczuk (2011), durante la depresión los hombres suprimen sus emociones, en respuesta a los ideales dominantes de masculinidad, evitando ser percibidos como débiles y vulnerables lo que influye en la evitación de la búsqueda de ayuda.

En el presente estudio, los varones entrevistados buscaron ayuda psicológica no porque se reconocieran con depresión, sino porque dos de ellos desarrollaron sintomatología física, por lo que el primer profesional que les brindó la atención fue un médico general. Incluso, uno de ellos manifestó haber consultado diversos especialistas antes de llegar con un médico psiquiatra, quien pudo realizarle el diagnóstico de depresión de manera certera. Un tercer varón reportó que fue una amiga psicóloga quien brindó el primer apoyo psicológico; y el cuarto participante refirió que después de estar atendándose desde hacía siete meses en psicoterapia, su psicoterapeuta le había hecho ver algunos síntomas depresivos por lo que “apenas se estaba dando cuenta de que padecía depresión”. Estos hallazgos coinciden con lo reportado por Oliffe (2008) quien afirma que es frecuente advertir en la práctica clínica hombres con depresión que no son diagnosticados, pues además de que este padecimiento se sigue asociando con las mujeres, la sintomatología masculina de este padecimiento no es considerada dentro de los criterios diagnósticos formales. Por ello, es urgente crear estrategias donde se capacite al personal médico y de salud mental para que se conozcan las manifestaciones sintomatológicas diferenciadas que presentan hombres y mujeres con depresión, y poder contrarrestarse en cierta medida el diagnóstico tardío, y sobre todo para posibilitar el acceso a un tratamiento psicológico, psicoterapéutico, o bien psiquiátrico oportuno.

Ante todo lo anterior, cabe preguntarse ¿la depresión presentada por estos hombres efectivamente tenía que ver con la pérdida o no logro de los ideales que configuran su identidad masculina? Para responder es importante reflexionar sobre la manera en que han construido estos ideales. Si bien el padre y la madre biológicos fueron los principales modelos de identificación para todos los participantes de este estudio, la figura paterna estuvo físicamente ausente en tres de las historias narradas,

situación que no es sorprendente en nuestro contexto, donde una alta proporción de hogares tienen una jefatura femenina. Este hallazgo no es innovador pero sorprende que se haya reflexionado poco sobre sus implicaciones, lo que me lleva a preguntar ¿cuál está siendo el impacto de la ausencia paterna en los procesos identitarios en los hombres de hoy? ¿Bajo qué modelos se están configurando las identidades masculinas? Ya Chodorow (1978) afirmaba que ante la frecuente ausencia física y emocional del padre en la relación intersubjetiva con su hijo varón, las representaciones e imágenes culturales acerca de lo que significa ser hombre, son retomadas para configurar la identidad masculina. ¿Y cuáles pueden ser estas representaciones culturales en México? En este sentido, y ante la violencia extrema que vive nuestro país, no suena descabellado pensar que, como señala Sánchez (2009) la denominada narco cultura como universo simbólico particular, esté representando una opción identitaria para los niños y jóvenes en la actualidad, pues además de que plantea modelos de comportamiento específicos, está acompañada por el “anhelo de poder”, en donde se busca “el hedonismo a ultranza, así como el prestigio social” (p.80), en un mundo adulto en el que prácticamente no existen opciones de trabajo ni de estudio ni modelos identitarios alternativos. Por tanto, como sociedad tendríamos que plantearnos cómo asumir un papel activo y corresponsable en la generación de modelos de identidad alternativos para las nuevas generaciones de jóvenes; así como reconsiderar y revalorar el vínculo padre-hijo e incluso el vínculo abuelo-nieto, en donde se aprecie y resignifique la cercanía emocional de un hombre con otro hombre que da identidad, sin que medie el temor o la amenaza a la propia hombría (Fridman, 2003).

Con respecto al modelo de identificación materno, se puede percibir que si bien es referido en las narraciones de los varones como un modelo principal identitario, éste permanece en su subjetividad en diferentes sentidos: guiando y normando la conducta de manera estricta; perpetuando un papel femenino sumiso y subordinado al poder masculino; y en otro, distante y poco amoroso buscando alianzas con los hijos contra la figura del padre. En las narraciones no se refirió a la madre como una figura cercana y afectiva, a excepción de un varón quien comentó que ésta “siempre estaba”, principalmente cuando se trataba de normar su desempeño en la escuela. En este

punto podríamos preguntarnos si la ausencia de la madre en la historia de estos hombres fue más emocional que física, lo que podría relacionarse con el hecho de que en algunas familias mexicanas sigue prevaleciendo la designación por género de la educación de hijos e hijas, es decir, la creencia de que son los padres varones quienes tienen que relacionarse, educar y guiar a los hijos hombres, mientras que a las hijas mujeres, las educa y guía la madre, perdiéndose con ello la valiosa oportunidad de asumir un papel de mayor involucramiento y participación en la crianza de los hijos varones. Pero también podríamos pensar que dicha ausencia emocional responda al lugar de sumisión y debilidad que la mujer sigue teniendo dentro de algunos contextos familiares y por el cual no puede ofrecer otras posibilidades de identificación madre-hijo. En 1978, Chodorow ya había planteado que la cualidad de la relación que establece la madre con su hija mujer, es de mayor empatía y cercanía emocional, pues la ve incluso como una extensión de sí misma. Sin embargo, lo aquí encontrado permite la posibilidad de replantear y resignificar, el importante papel que juega la madre, y otras figuras femeninas, en la crianza y educación de los hijos varones, pues éstas podrían modelar el respeto y la equidad en el vínculo entre un hombre y una mujer, partiendo del hecho de que dicho vínculo intersubjetivo madre-hijo creará identidad y ello permanecerá inscrito en la subjetividad.

Por otro lado, las figuras transgeneracionales, específicamente los abuelos varones materno y paterno aparecieron de manera trascendente en la historia de uno de los hombres entrevistados, evidenciando que el poder masculino se transmite de generación en generación a través del nombre propio, pero también se transmite en función del lugar que se ocupa cuando se nace, a partir de prácticas y discursos familiares, así como de identificaciones internalizadas (Grassi, 2010). Así pues, las figuras masculinas de los abuelos, podrían recuperarse dentro de los sistemas familiares como modelos significativos identitarios, frente a la frecuente ausencia del padre y/o de la madre quienes por lo regular tienen que cumplir largas jornadas de trabajo para lograr el sustento económico.

Ahora bien, en la historia de dos hombres en este estudio, emergieron además de padre y madre, figuras masculinas externas a la familia que permitieron procesos identitarios secundarios, siendo el grupo de pares un modelo identificadorio que incidió

en la subjetividad de estos dos varones, ya que de alguna manera activó temores e inseguridades acerca de la propia hombría, por lo que era importante no aparecer frente a ellos como “inadecuado” dentro de la heteronormatividad prevalente. Esto me hace pensar si los miedos relacionados con la sexualidad que tenían estos varones, podrían ser vestigios de las fantasías homosexuales referidas por Bleichmar (2006), que forman parte del tránsito a la masculinidad en donde la sexualidad masculina del padre es inscrita en el cuerpo del bebé a través de sus cuidados y caricias. Al respecto, Kimmel (1997) afirma que la homofobia tan frecuentemente manifestada por muchos varones, representa “el esfuerzo por suprimir el deseo homo erótico hacia el padre, para purificar todas las relaciones con otros hombres [...] y para que nadie pueda alguna vez confundirlo con un homosexual” (p.9). Esto puede ser lo que impulsa a muchos varones a mostrar actitudes y comportamientos homofóbicos con el fin de autoafirmarse en su virilidad, en un contexto que además promueve una masculinidad asociada a “demostrar” la hombría. Kimmel (1997) afirma que el deseo homo erótico hacia el padre se suprime, yo agrego que suprimir de la consciencia no equivale a desaparecer, por lo que es viable suponer que este deseo una vez suprimido sea proyectado en aquellos varones que deciden relacionarse homo eróticamente, y una vez proyectado sea objeto de rechazo. Esto podría explicar por qué nombrar “puto” a un hombre en una sociedad como la nuestra, conlleva cierto grado de sadismo y deseo de destrucción, pues se destruye externamente lo que no es aceptado en el mundo interno. Al respecto, Emslie, Ridge, Ziebland & Hunt (2006), comentan que el grupo de pares puede generar temor y amenaza de no pertenencia, particularmente en la infancia y adolescencia de los hombres, al excluir o rechazar a aquellos que no se ajustan a los estándares esperados por el grupo, y la manera de obligarlos a ajustarse es llamándolos “débiles” y “mariquitas”.

La representación de sí mismos, o el denominado *yo ideal* que predominó en la narrativa de tres de los participantes fue la de “ser especial”, lo que por un lado se relacionó con el lugar que se ocupó en el momento de nacer, es decir, en haber sido el primogénito lo que significó ser “el heredero” y por lo tanto “especial”. Pero por otro, también se relacionó con el hecho de haber sido elegido por el padre (o la madre) para satisfacer las necesidades narcisistas de éste (o ésta). Como menciona Grassi (2010),

en estos casos el micro espacio pactó un contrato narcisista en donde se asignó, legitimó y validó la posesión de poder y dominio a aquellos nacidos con un cuerpo biológicamente masculino.

Desde una perspectiva más amplia, esta representación subjetiva de ser “alguien especial”, parece encontrar sustento y validación en la cultura de género que prevalece hoy en día, donde siguen existiendo sistemas de creencias que estimulan y promueven una asimetría de poder al oponer jerárquicamente al hombre y la mujer, a lo masculino frente a lo femenino (Múñoz, 2002), donde la supremacía masculina es evidente frente al opacamiento sumiso de las mujeres. Así pues, tanto en los micro contextos familiares como en los macro contextos culturales, existe un entramado discursivo que perpetúa un orden de género en donde nacer con un cuerpo masculino se significa como un lugar donde “se es especial” y que en algunos casos se potencializa al configurar subjetividades privilegiadas dentro del propio privilegio. Si en el ámbito social existe una cultura del privilegio masculino, pero además se es privilegiado en la familia, es factible pensar que esto sea lo que lleve a algunos hombres a desarrollar francas crisis identitarias cuando salen del sistema familiar y se enfrentan a un mundo donde difícilmente son tratados como “especiales”, ya que no encuentran oportunidades de empleo; o bien, no encuentran un empleo que consideren “digno” para ellos dada su condición de “ser especiales”. Retomemos la historia de uno de los varones participantes, el cual teniendo estudios de posgrado, no encontraba oportunidades de empleo, de modo que el privilegio dentro de su subjetividad, difícilmente pudo sostenerse, lo que en cierta medida contribuyó al desarrollo de su depresión. Podríamos además preguntarnos qué sucedería inversamente, es decir, si el varón no es tratado de manera “especial” o privilegiada dentro de su familia, pero al salir de ésta encuentra un contexto cultural de género de privilegio a los hombres ¿desarrollaría un sentido de mayor equidad? Es factible pensar que sí y que su posicionamiento frente a los discursos y prácticas que promueven tal privilegio, sería cuestionar y resistir a éste.

En cuanto a los *ideales del yo* a los que aspiraron los varones entrevistados, no solo se observaron algunos que podríamos considerar “tradicionalmente masculinos” como la aspiración al éxito económico y sexual, sino también apareció la importancia del

cuerpo. La aspiración de tener poder económico y sexual, es un valor que se reconoce y valida como altamente masculino en el contexto global. Al respecto, algunos estudios como el de Sánchez (2011), han comenzado a develar cómo se construye la masculinidad dentro de corporativos transnacionales, y cómo la competitividad y el liderazgo masculinos son glorificados a través de “rituales” en los que se afirman las nociones hegemónicas de masculinidad ensalzando la obsesión por ganar y conseguir liderazgo.

En el caso del cuerpo, si bien como afirma Cruz (2006), éste representa el lugar donde los atributos o características físicas cobran sentido y significado, se puede agregar que dichos significados están en correspondencia con los modelos de masculinidad ideales venerados y vigentes en el mundo global; que promueven la idea de que hoy por hoy se es a través de y por un cuerpo, y éste ha de cubrir ciertos estándares para ser considerado masculino (o en su caso femenino), siendo los medios de comunicación junto con las nuevas tecnologías, los encargados de enaltecer cuerpos “deseables y viriles” por “el espectáculo muscular que ofrecen” (Aguiar, 1998, p.277). Vemos pues, el surgimiento de nuevas demandas estéticas creadas por los mercados globales, en donde el consumo de ropas, cosméticos, cirugías estéticas, productos para desarrollar la musculatura, etc., encuentran su apogeo en una sociedad como la nuestra, en donde existen patrones masculinos que imponen una estética corporal momentánea y desechable. En la era de la liquidez capitalista, el cuerpo parece también utilizarse con fines mercantilistas como lo develó la historia de uno de los participantes, pues advertimos que a través de su cuerpo “vendía y compraba” la aceptación y admiración femenina en los shows strippers que hacía pudiendo así reconstruir su virilidad, tras haber perdido su relación de pareja. Tal como Foucault en 1983 afirmó, el cuerpo está íntimamente ligado al campo político, pues las relaciones de poder operan sobre él “lo cercan, lo marcan, lo doman, lo someten a suplicio, lo fuerzan a unos trabajos, lo obligan a unas ceremonias” (p.32), por ello es importante develar los sistemas punitivos no solo que apelan a la violencia, sino también a las estrategias de poder “suaves” que lo encierran o corrigen dominándolo, pues un cuerpo “sólo se convierte en fuerza útil cuando es a la vez un cuerpo productivo y sometido” (p.33). Así pues, el poder atraviesa la subjetividad y el cuerpo tanto de hombres como

de mujeres, en donde la aspiración a un cuerpo “ideal” -aquel que posee determinadas características, formas y dimensiones- equivale a aspirar a la aceptación y afecto de los demás, e incluso a la felicidad. Evidentemente, el ejercicio de poder subjetivo ejercido para someter los cuerpos de mujeres y hombres, conlleva la docilidad y obediencia a un sistema de sujeción. Al respecto, conviene preguntarse como hombre o mujer, ¿en qué actividades invertiríamos nuestro tiempo y dinero, si no estuviéramos empeñados en lograr cuerpos musculosos y delgados? Probablemente seríamos una sociedad que reflexionaría y cuestionaría en mayor medida temas que podrían quebrantar intereses de ciertos grupos que están en el poder.

Ahora bien, el cuerpo puede ser también lo único con lo que se cuenta en ciertos contextos sociales, por lo que no es casual que en nuestro país los hombres jóvenes y con menos escolaridad sean las víctimas principales de la violencia letal. Datos de la Oficina de las Naciones Unidas contra la Droga y el Delito (ONUDD) retomados por Merino, Zarkin & Fierro (2013), hacen un hallazgo revelador: en México de 2005 al 2011, las estadísticas de homicidio indican que a menor escolaridad, mayor número de homicidios en hombres de 18 a 40 años. Sin embargo, la tasa disminuye considerablemente en hombres con estudios universitarios o superiores. Si bien no se sabe lo que esté llevando a que los hombres con poca escolaridad padezcan más violencia letal, si contrastamos estos datos con los hallazgos de esta investigación en la que participaron hombres adultos, urbanos, todos ellos con escolaridad al menos de licenciatura -excepto uno que la estudiaba en el momento de la entrevista- y que desarrollaron depresión, podríamos arriesgarnos a pensar que en estos varones su mayor escolaridad, impidió que ejercieran violencia letal contra otros hombres, pero no impidió que se deprimieran. Incluso podemos suponer que pudieron desarrollar mecanismos psicológicos como la supresión y desplazamiento de su enojo y frustración; pero también de sublimación, pues como vimos en uno de ellos, la actividad física en el gimnasio le permitió dar cauce a dichas emociones. Sin el ánimo de generalizar, pues además no es la intención de este estudio, podríamos deducir que existen mecanismos psicológicos -como la sublimación, la supresión y el desplazamiento- que son de mayor accesibilidad a hombres adultos con mayor escolaridad, y que les llevan a que más que atentar contra otros, se depriman e incluso

puedan terminar atentado contra sí mismos en caso de no recibir atención psicológica oportuna, como se advirtió en uno de los participantes.

Por otro lado, podemos plantear que las subjetividades de hombres adultos y urbanos que se han preparado académicamente para ejercer una profesión - como los que participaron en este estudio-, sí estén permeadas por los ideales masculinos enaltecidos en el mundo global. Al respecto, Conell (2006) ha hablado precisamente de la necesidad de considerar las influencias de los mercados globales, la migración laboral y de los medios transnacionales de comunicación, que inciden en las vidas individuales, por lo que para comprender las masculinidades de hoy, habrá que contemplar la historia mundial y la globalización actual. Son precisamente las nuevas tecnologías y los medios de comunicación los encargados de reproducir y preservar un orden mundial de género, al presentar imágenes y narrativas con las que se construyen sentidos de quien se es y de cuáles son aquellas conductas apropiadas con las cuales conducirse, y que dado el contexto urbano en los que se encontraban insertos los varones de este estudio, podríamos pensar que tuvieron mayor influencia en su subjetividad.

Por otra parte, podríamos preguntarnos si las imágenes que narran lo que hoy se considera masculino, aluden a las del “macho mexicano” de hace unas décadas. Considero que las representaciones que se tienen en el imaginario colectivo acerca de lo que es masculino, están influidas y dependen del contexto geográfico y momento histórico, de la clase social, del grupo étnico, de la orientación sexual, de la historia particular de vida, etc., por lo que hoy por hoy se reconoce cada vez más la diversidad de formas de ser hombre. Contrariamente la imagen del “macho mexicano” parece más bien una generalización que estereotipa lo que es ser hombre y que niega las formas particulares de ser varón. Este estudio pretende contribuir a los estudios de género, particularmente a los de los hombres, con el fin de ampliar y enriquecer la manera de conceptualizar la masculinidad, sosteniendo desde una lente psicoanalítica matizada con la de género, que la identidad masculina no solo se construye socialmente, sino que se constituye psíquicamente en la relación intersubjetiva con las figuras primarias y secundarias, existiendo por tanto, formas particulares y diversas de ser hombre. Por el

contrario, las imágenes alusivas al “macho mexicano”, han perpetuado la idea de un esencialismo biológico, evidenciado sobre todo en los llamados “primeros estudios del mexicano” (Machillot, 2013), que si bien constituyen un antecedente básico en los estudios de género, seguir hablando de rasgos o conductas “del mexicano”, es ignorar entre otros aspectos, las singularidades y particularidades que da la historia individual.

Con base en todo lo anterior, cabe cerrar con esta pregunta ¿la depresión narcisista es un padecimiento posmoderno de grandes urbes, con tendencias a ser desarrollado por hombres adultos y con preparación académica? Muy probablemente sí, según mis resultados. Particularmente ubiquemos que los hombres que participaron en este estudio nacieron alrededor de la década de los setenta, una época en donde se crecía con mayor confianza hacia el futuro y se luchaba por “un mejor mañana”, era un mundo de mayor certeza y “solidez” (Bauman, 2006). Podríamos pensar que los ideales que se inscribieron en la subjetividad, tenían mayor posibilidad de alcanzarse. Por ejemplo, en el campo académico-laboral estudiar una carrera profesional constituía un ideal al que se aspiraba, pues ello garantizaba, en cierta medida, acceder a un trabajo que diera la oportunidad de tener una mejor calidad de vida. Hoy, el mundo “moderno” neo liberal y capitalista, ha dado lugar a que no exista ninguna certeza con respecto al campo laboral; y por tanto, el logro o sostenimientos de aquellos ideales inscritos en la subjetividad, que se internalizaron como parte de la identidad masculina como el ser proveedor económico, hoy encuentran dificultades en alcanzarse o materializarse dadas las condiciones de precariedad económica y social existentes en el mundo actual. En este contexto, podríamos ver a la depresión con predominancia narcisista, como una respuesta emocional de varones adultos que inscribieron en su subjetividad una serie de ideales de otra generación, de otro tiempo, de un contexto de mayor estabilidad. Frente a una realidad de aquí y ahora, que quebranta los ideales internalizados de allá y entonces, es imprescindible contar con nuevas construcciones de masculinidad que permitan vidas más satisfactorias y plenas a los hombres, de modo que quienes desarrollen una depresión puedan vislumbrarla como un nicho de oportunidades para replantear nuevos ideales que impliquen formas de vivir generadoras de bienestar emocional, por ejemplo resignificar y revalorar la relación padre-hijo. Considero que decidir en consciencia a cuáles ideales aspirar y a cuales

renunciar dada su dificultad de logro, permitiría tomar mayor responsabilidad sobre la propia vida; qué mejor si tal discernimiento se hace dentro de un espacio psicoterapéutico respetuoso y empático.

CONCLUSIONES

Los resultados mostraron que la modalidad de depresión narcisista en estos hombres efectivamente se relacionó por un lado, con la experiencia de perder ideales constituidos como signos de perfección, pero también con el hecho de no poderlos alcanzar, confirmando uno de los supuestos teóricos planteados al inicio de esta investigación. Ahora bien, las condiciones de precariedad social y económica que ha traído consigo la globalización, han impactado y puesto en crisis las subjetividades femeninas y masculinas, ya que en éstas se han infiltrado valores y nuevas demandas en las que se promueve el logro de ideales como el éxito, el poder económico, el poder sexual, etc. (Burín, 2007), los cuáles son más “masculinos” que “femeninos”, considerando la construcción social tradicional del género. Así, los hombres pueden verse doblemente presionados ante una realidad en la que las dificultades de conseguir o mantener un empleo, o tener un alto salario, son más la regla que la excepción; y en donde además el papel de las mujeres en el espacio público y la división sexual del trabajo doméstico se han modificado profundamente. Es en este contexto de nuevas demandas, en donde perder un puesto directivo, perder a la pareja, perder la potencia sexual o perder pacientes, es significado como dejar de ser hombre, pues existe un binarismo en el cual solamente se es o no se es hombre. Encrucijada subjetiva y pilar de la identidad masculina, en la que dejar de ser hombre es sinónimo de perder la virilidad o perder el dominio y el control detentado históricamente. Lo que generó el estado depresivo en tres entrevistados fue la pérdida de ideales que se invistieron de valor masculino, mientras que en un cuarto lo que la ocasionó fue el hecho de no poder alcanzar aquello que configuró como signo de perfección.

La normativa de género masculino, es decir, la serie de mandatos sociales en la que son socializados la mayoría de los hombres, transmite valores y preferencias, organizando la subjetividad del varón y dando lugar a un sistema de ideales centrados precisamente en el dominio, en el éxito, en el poder económico y sexual (Bonino, 1994). De tal manera que padecimientos como la depresión, al asociarse a lo femenino, pueden vivirse como un estigma y generar un sentimiento de vergüenza, ante la

percepción de que se posee un atributo “impuro” del cual se creía exento (Goffman, 2006). Esta vergüenza y temor al estigma seguramente se relacionan con la dificultad para reunir la muestra en este estudio, pues en la etapa de convocatoria, algunos psicoterapeutas que formaron parte de la red social en la que me apoyé reportaron que sí estaban atendiendo a varones deprimidos en consulta, pero que al invitarlos refirieron que “les daba pena” participar en la investigación.

Aquello que se constituyó como *ideal del yo* y se inscribió en la subjetividad, estuvo en concordancia con los ideales de género, entendidos como los mandatos de masculinidad que imperan y dominan contextos sociales específicos. Sin embargo, estos ideales de género variaron en cada uno de los hombres, ya que fueron internalizados en los procesos identificatorios con las figuras primarias (madre y padre biológicos) y con las figuras secundarias (abuelos, tíos, hermanos mayores o amigos), por lo que cada uno de los participantes configuró ideales del yo específicos y singulares. Se puede plantear entonces que en la depresión de tipo narcisista de los participantes, el narcisismo se impactó ante la pérdida de algún o algunos ideales que fueron inscritos en la subjetividad como masculino(s) y se inscribieron como valioso (s). Pero la singularidad de su vivencia la dio su propia biografía, pues fue el valor específico dado a lo que se vio perdido lo que “disparó” la depresión, lo que para uno pudo ser el empleo, para otro fue la relación de pareja, y para otro la potencia sexual o la reducción de pacientes en consulta. Cada experiencia es única y con el fin de comprender en lo profundo cómo se vive, y los sentidos y significados de la misma, habrá que explorar en la historia individual de cada varón el cómo se representa como hombre -yo *ideal*- así como los *ideales del yo* masculinos puestos en juego, es decir, perdidos o no alcanzados en el proceso depresivo. Se puede concluir que lo similar en la vivencia de la depresión narcisista de los participantes fue que se presentó la experiencia de perder ideales, pero dado que estos ideales estuvieron permeados por la cultura de género en la que las figuras primarias y secundarias estaban inscritas, el *yo ideal* y el *ideal del yo* se generizaron a partir de las demandas y expectativas de la cultura de género, las cuales se inscribieron en el psiquismo por medio de las identificaciones hechas con dichas figuras.

Como parte de la vivencia de la depresión de predominancia narcisista se presentaron manifestaciones emocionales como enojo y frustración, las cuales no son consideradas dentro de las nosologías psiquiátricas como el Manual Diagnóstico y Estadístico Versión IV de la American Psychology Association (APA) de 1995 o como en la Clasificación Internacional de Enfermedades décima versión de la Organización Mundial de la salud (OMS) de 1992. Sin embargo, se podría pensar que son manifestaciones emocionales a modo masculino, ya que difícilmente éstas se manifiestan por las mujeres que padecen depresión. Incluso los criterios nosológicos al estar feminizados (Olfiffe, 2008), no las consideran como parte de los cuadros clínicos de depresión.

Debido a que este estudio se enfocó a la exploración de la vivencia depresiva de modalidad narcisista de cuatro hombre urbanos, de clase media y con estudios de licenciatura, los hallazgos aquí presentados no pretenden de ninguna manera ser generalizables a otros grupos de hombres con diferentes características sociodemográficas o culturales, pues la intención de esta investigación fue profundizar en su vivencia depresiva y desde allí generar conocimiento. En este sentido, se puede continuar concluyendo que el sentimiento de vergüenza manifestado ante la imposibilidad de alcanzar los ideales inscritos como masculinos en la subjetividad, y a la luz de otras investigaciones, podría ser un elemento que contribuya a la detección de la depresión de modalidad narcisista.

Es probable que los recursos diagnósticos con los que se cuenta para el campo clínico o para hacer investigación, al no contemplar las manifestaciones del padecimiento al modo masculino, hayan impactado las estadísticas reportadas mundialmente para la depresión y de allí el subregistro de población masculina en las mismas (Moller-Leimkuhler, Bottlender, Straub & Rutz, 2004; Danielsson, Johansson, 2005).

Por otra parte, este estudio da cuenta de que la entrevista psicológica propuesta por Bleger (1976), dada su naturaleza flexible, permite abordar la subjetividad masculina y profundizar en la experiencia depresiva. Esta modalidad de entrevista

psicológica permeada con una mirada de género, puede ser de gran ayuda en la detección de este padecimiento y en el planteamiento de objetivos terapéuticos que partan de la experiencia individual de aquel varón que acude a solicitar ayuda profesional por depresión narcisista, lo que se considera constituye una de las principales aportaciones metodológicas de este estudio.

Asimismo, se concluye que al estudiar las identidades de género, particularmente las masculinidades, es de gran importancia tomar en cuenta no tan solo la intersección de categorías de análisis como nacionalidad, raza, clase social, edad, orientación sexual, etc., sino también que el género subjetivo acuñado por Chodorow (2003) sea considerado como otra categoría de análisis que da lugar a formas particulares y diversas de ser hombre. En la exploración de dicho género subjetivo se podrían incluir las representaciones que el varón tiene de sí mismo, los ideales a los que aspira y que forman parte de su identidad masculina, así como las identificaciones hechas con las figuras primarias y las secundarias, lo cual se considera constituye una de las principales aportaciones teóricas de esta tesis.

Asimismo, se encontró que los *ideales del yo* perdidos son sustituidos por otros ideales como parte de las estrategias psicológicas de enfrentamiento frente a la depresión, tales como sentirse responsable de una familia asumiendo el papel de proveedor económico principal; o bien, logrando un cuerpo físicamente masculino y viril de acuerdo a los estándares impuestos en la cultura occidental. En este sentido, la sustitución de otros *ideales del yo* se propone como una línea de intervención psicoterapéutica con varones con depresión predominantemente narcisista, es decir, cuando se ha perdido un ideal o ideales configurados como definitorios de la identidad masculina.

En cada una de las historias de vida abordadas en esta tesis, se pudo dar cuenta de que en las identificaciones hechas con las figuras primarias y secundarias, se internalizaron *ideales del yo*, los cuales fueron investidos con valor y significación en la historia individual de cada varón. Pero por otro lado, que existen ideales de género que se inscriben en el imaginario colectivo en forma de modelos dominantes o hegemónicos masculinos que no adquieren el mismo valor e importancia para todos los hombres, pues tendrán que estar en concordancia con lo que se configuró como

ideal constitutivo de la identidad masculina. Sin embargo, dichos valores masculinos idealizados en la cultura global, paulatinamente han empezado a modificarse a través del tiempo, generando un estado de incertidumbre en algunos varones, lo que aparece como elemento novedoso contemplado en el surgimiento de las llamadas masculinidades alternativas. Montesinos & Carrillo (2010) plantean que a través de las décadas, específicamente a partir de los 60's, se ha dado un cambio cultural en las identidades masculinas, pues si bien existía una masculinidad dura y tradicional en donde se proyectaba la imagen de un hombre superior a la mujer, es a partir de la década de los 80's que se puede hablar de la emergencia de masculinidades modernas, en las que el varón se puede identificar de manera parcial con estos modelos hegemónicos masculinos, dando la posibilidad de abrir un espacio de cuestionamiento y reflexión acerca de los ideales de género dominantes que se desean asumir o no.

Vemos así que los ideales de masculinidad y feminidad tradicionales están cambiando en los tiempos posmodernos. Sin embargo, como se develó en este estudio, coexiste lo tradicional y lo innovador en la subjetividad de los varones. Esta coexistencia puede implicar un conflicto, ya que los tiempos subjetivos o psíquicos no son los mismos que los tiempos históricos y a veces las prácticas innovadoras ocurren al margen de la apropiación subjetiva de estos cambios (Carril, 2000). Mientras ocurre dicha apropiación subjetiva de cambios e innovaciones en los ideales que configuran formas diferenciadas de construirse como hombre, es de vital importancia continuar construyendo masculinidades alternativas ante las demandas y exigencias de modelos dominantes cada vez más obsoletos. Padecimientos como la depresión cuestionan y ponen en crisis modelos dominantes de masculinidad, pero también permiten que aflore la necesidad de crear nuevas masculinidades basadas en la construcción de ideales propios y realistas, como el poder establecer una relación paterno-filial de mayor cercanía afectiva, siendo la psicoterapia un espacio de reflexión y acompañamiento para ello.

Así la vivencia depresiva puede ser vista como una ventana de oportunidades para replantear ideales basados en necesidades auténticas e individuales, que permitan una vida de mayor satisfacción y plenitud.

Finalmente me gustaría agregar que la realización de esta tesis me ha hecho crecer no solo en lo académico, sino principalmente en lo personal pues considero que uno de los mayores aprendizajes que me deja es que pude acercarme a las historias de vida y de dolor de cada uno de los hombres que, tal vez sin imaginarse que así sería, compartieron conmigo su vulnerabilidad, lo cual agradezco y valoró profundamente. También porque creo que mi manera de mirar a la depresión en los hombres se ha transformado, pues ahora puedo comprender con mayor claridad y empatía, lo difícil y doloroso que puede resultar perder aquello que tempranamente se estructuró como parte del ser mismo y/o de aquello a lo que se aspiraba y daba sentido a la propia vida.

Considero -y lamento- que el tema de la depresión, tanto en hombres como en mujeres, esté cobrando cada vez mayor vigencia dadas las precariedades del mundo actual, no solo en términos económicos y sociales, sino en términos de dignidad humana. Sin embargo, confío en que esta línea de investigación siga retomándose y que a la luz de investigaciones que permitan profundizar más en la vivencia, como son las de corte cualitativo, pueda vislumbrarse a los estados depresivos como un nicho de oportunidades para replantearse cómo y bajo qué parámetros o ideales se quiere vivir, y que permita encontrar nuevos cauces a partir del reencuentro consigo mismos.

Referencias

- Addis, M.; Mahalik, J. (2003). Men, masculinity, and the contexts of help seeking. *American Psychologist*. 58 (1), 5-14.
- Aguiar, J. (1998). ¡Ámame por ser bello! Masculinidad= cuerpo+eros+consumo. *Revista de Estudios de Género: La ventana*, (8) diciembre, 269-284.
- Amuchástegui, A. (2006). ¿Masculinidad(es)?: Los riesgos de una categoría en construcción. En Careaga, G. y Cruz, S. (Coords.) *Debates sobre Masculinidades. Poder, Desarrollo, Políticas Públicas y Ciudadanía*. México: UNAM-PUEG, 159-181.
- Apeso-Varano, E.; Barker, J.; Hinton, L., (2014). Shards of sorrow: Older men's accounts of their depression experience, *Social Science & Medicine* doi: 10.1016/j.socscimed.2014.10.054.
- Ardoino, J. (1988). Las Ciencias de la educación y la epistemología de las Ciencias del hombre y la sociedad. México, D.F. Trabajo sin publicación.
- Asociación Psiquiátrica Americana (1995). *Manual Diagnóstico y Estadístico de los Trastornos Mentales*. Washington DC: Masson.
- Bauman, Z. (2006). *Modernidad líquida*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Bautista CF, Velázquez JV, Icaza MEMM, López MM, López MDLG, Robles NO. (2012). Sociodemographic and personal factors related to depressive symptomatology in the Mexican population aged 12 to 65. *Revista Brasileira de Psiquiatria* 2012; 34(4): 395-404.
- Bengs C.; Johansson E.; Danielsson U.; Lehti A. & Hammarström A. (2008) Gendered Portraits of Depression in Swedish Newspapers. *Qualitative Health Research*. 18: 962-973. Disponible en. <http://qhr.sagepub.com/content/18/7/962>
- Benjet C, Borges G, Medina-Mora ME, Méndez E, Fleiz C, Rojas E & Cruz C. Diferencias de sexo en la prevalencia y severidad de trastornos psiquiátricos en adolescentes de la Ciudad de México. *Salud Mental* 2009; 32(2): 155-163.

- Bleger, J. (1976). *Temas de psicología: Entrevista y grupos*. Argentina: Nueva Visión.
- Bleichmar, H. (1986). *La depresión: un estudio psicoanalítico*. Argentina: Nueva Visión.
- Bleichmar, S. (2000). *Clínica psicoanalítica y neogénesis*. Buenos Aires: Amorrortú.
- Bleichmar, (2002). La identificación en la adolescencia. *Tiempos difíciles. Encrucijadas de la Universidad de Buenos Aires*. Año 2 (15). Disponible en http://www.silviableichmar.com/actualiz_08/Identificacion_adolescencia.
- Bleichmar, S. (2006). *Paradojas de la sexualidad masculina*. Buenos Aires: Paidós.
- Blum, B. (2011/12/14). Comunicación personal. México, D.F.
- Bonino, L. (1994). Varones y comportamientos temerarios. *Actualidad Psicológica*. Junio, 24-26.
- Bonino, L. (1997). Deconstruyendo la normalidad masculina: apuntes para una psicopatología de género masculino. *Actualidad Psicológica Argentina*. Extraído 13 de septiembre del 2004 desde www.hombresigualdad.com/deconstruyendo.htm
- Branney, P & White, A. (2008). Big boys don't cry: depression and men. *Advances in Psychiatric treatment*, 14, 256-262.
- Brownhill, S.; Wilhelm, K.; Barclay, Y.; Schmied, V. (2005). Big build: hidden depression in men. *School of Psychiatry University of New South Wales*, 921-931.
- Burín, M. (1990). *El malestar de las mujeres: La tranquilidad recetada*. Argentina: Paidós.
- Burin, M. (2007). Trabajo y parejas: impacto del desempleo y de la globalización en las relaciones entre los géneros. Recuperado el 24 de mayo del 2012 en www.crim.unam.mx/drupal/?q=node/388.

- Butler, J. (1990). "Performative acts and gender constitución: an essay and fenomenology and feminist theory". En Sue-Ellen Case, *Performing Feminisms: Feminist Critical Theory an Theatre*. John Hopkins University Press. 270-282.
- Carril, E. (2000). Femenino/Masculino. La pérdida de ideales y el duelo. Recuperado el 13 de septiembre del 2013 en <http://www.psiconet.com/foros/genero/fm-ideales.htm>
- Cajas, J. (2008). Globalización del crimen, cultura y mercados ilegales. *Ide@s Concyteg*, año 3 (36), 31-40.
- Camarena, E. (2012). Comunicación personal. México: UNAM.
- Careaga, G. & Cruz, S. (2006). Introducción. En Careaga, G. y Cruz, S. (Coords.) *Debates sobre Masculinidades. Poder, Desarrollo, Políticas Públicas y Ciudadanía (9-28)*, México: UNAM-PUEG.
- Chodorow, N. (1978). *El ejercicio de la maternidad. Psicoanálisis y Sociología de la maternidad y paternidad en la crianza de los hijos*. España: Gedisa.
- Chodorow, N. (2003). *El poder de los sentimientos*. Argentina: Paidós.
- Cuick, C.; Greenfeld, J.; Greenberg, S.; Shepard, S.; Cochran, S.; Haley, T. (2009). A qualitative investigation of depression in men. *Psychology of Men & Masculinity*. Vol. 10 (4), 302-313.
- Cochran, S. & Rabinowitz, F. (2000). *Men and depression: clinical and empirical perspectives*. San Diego, California: Academia Press.
- Connell, R. (1999). El imperialismo y el cuerpo de los hombres. En T. Valdés (Coord.) *Masculinidades y equidad de género en América Latina (pp.76-89)*. Santiago de Chile: Flacso/Cepal.
- Connell, R. (2006). Desarrollo, globalización y masculinidades. En Careaga, G. y Cruz, S. (Coords.) *Debates sobre Masculinidades. Poder, Desarrollo, Políticas Públicas y Ciudadanía*, México: UNAM-PUEG. 185-210.
- Cruz, S. (2006). Cuerpo, masculinidad y jóvenes. *Voces y contextos*. 1,1-9.
- Cruz, S. (2010). Performatividad e identidad en la experiencia de la intimidad en hombres jóvenes. *Noésis*, Vol.19 (38), 133-152.

- Dajas, F.; Costa, G.; Rivero, G. & Dajas, M. (1994). Estudio transcultural de la psicobiología del suicidio y la depresión. *Revista de Psiquiatría del Uruguay*, 62 (1), 23-30.
- Danielsson, U. & Johansson, E. (2005). Beyond weeping and crying: a gender analysis of expression of depression. *Scandinavian Journal of Primary Health Care*, 23,171-177.
- de Keijzer, B. (1997). El varón como factor de riesgo. Masculinidad, salud mental y salud reproductiva. En Tuñón, E. (coord.). *Género y salud en el Sureste de México*. México: Ecosur y UJAD.
- de Keijzer, B. (2006). Hasta donde el Cuerpo Aguante: Género, Cuerpo y Salud Masculina. *La Manzana*. Vol. I. Núm. I. Ver en <http://www.estudiosmasculinidades.buap.mx/paginas/reporteBenodekeijzer.htm>
- de Saint, A. (2008). *El principito*. México: Leyenda.
- Dio Bleichmar, E. (1989) *El feminismo espontáneo de la histeria*. México: Fontamara.
- Emslie, Riedge, Ziembland & Hunt. (2006). Men's accounts of depression: Reconstructing or resisting hegemonic masculinity? *Social Science & Medicine*. 62 (9), 2246-2257.
- Elkin, G. (2000). *Psiquiatría Clínica*. México: McGrawHill.
- Fleiz, C. (2010). El malestar depresivo: una experiencia vivida por los hombres a través de su construcción de género. Tesis doctoral. Universidad Nacional Autónoma de México.
- Foucault, M. (1983). *Vigilar y castigar*. México: Siglo XXI.
- Freeman D, Freeman J. (2013) *The stressed sex: Uncovering the truth about men, women, and mental health*. Oxford: Oxford University Press.
- Freud, S. (1914). Introducción al narcisismo. En *Obras Completas*. Madrid: Biblioteca Nueva.
- (1917). Duelo y Melancolía. En *Obras Completas*. Tomo II. Madrid: Biblioteca Nueva.

- (1921). *Psicología de las masas y análisis del Yo*. En *Obras completas*. Tomo III. Madrid: Biblioteca Nueva.
- (1923). *El Yo y el Ello*. En *Obras completas*. Tomo III. Madrid: Biblioteca Nueva.
- (1940). *Compendio del Psicoanálisis*. En *Obras completas*. Tomo III. Madrid: Biblioteca Nueva.
- Fridman, I. (2000). *La búsqueda del padre: El dilema de la masculinidad*. En Meler, I. y Tajer, D. (Coords.) *Psicoanálisis y Género. Debates en el Foro*. (283-297) Argentina: Lugar editorial.
- Fromm, E. (1983) *El amor a la vida*. México: Paidós.
- Giddens, A. (2000). *Un mundo desbocado. Los efectos de la globalización en nuestras vidas*. Madrid: Taurus.
- Goffman, E. (2006). *Estigma: la identidad deteriorada*. 1ª. ed., 10ª. Reimpresión. Buenos Aires: Amorrortu.
- Grassi, A. (2010) *La investigación histórica familiar*. En Grassi, A. y Cordova, N. (Comps.) *Entre niños, adolescentes y funciones parentales*. (67-74) Argentina: Entre ideas.
- Hernangómez, L. (2000). *¿Por qué estoy triste? Guía para conocer y afrontar la depresión*. España: Ediciones Aljibe.
- Hornstein, L. (2006) *Las depresiones: afectos y humores del vivir*. Buenos Aires: Paidós.
- Huxley, A. (1985). *Un mundo feliz*. México. Editores Mexicanos Unidos.
- Instituto Nacional de Estadística y Geografía (2009). *Indicadores. Tasa de mortalidad por suicidio según sexo por países seleccionados*. Recuperado de <http://www.inegi.org.mx/sistemas/sisept/default.aspx?t=mvio50&s=est&c=22660>.
- Jeammet, P. (1992). *Psicoanálisis con niños y adolescentes*. Argentina: Paidós.
- Jiménez, L. & Tena, O. (2006). *Algunos malestares de varones mexicanos ante el desempleo y el deterioro laboral. Estudios de caso*. En *Burín, M.; Jiménez, M.L.; Meler, I. (Comps.) Precariedad laboral y crisis de*

- masculinidad: Impacto sobre las relaciones de género.* (33-44) Buenos Aires, Argentina: Universidad de Ciencias empresariales y sociales.
- Jiménez, L. (2009). Clase de seminario del Centro regional de Investigaciones multidisciplinarias. Recuperado el 20 de mayo de 2012. www.educrim.org/drupal612/web/ec/Aula/Sem-genero/masc1.pdf
- Johnson, J.; Oliffe, J.; Kelly, M.; Galdas, P. & Ogrodniczuk, J. (2011). Men's discourses of help-seeking in the context of depression *Sociology of health & Illnes*, 1-17.
- Kaplan, H.I. & Sadock, B.J. (1989). *Compendio de Psiquiatria*. México: Salvat.
- Kimell, M. (1997). Homofobia, temor, vergüenza y silencio en la identidad masculina. *Isis Internacional*. Ediciones de las mujeres, 24, 49-62.
- Kleinman, A. (1998). *The illness narratives*. E.U.A: Basic Books.
- Laplanche, J. (1970). *Vida y muerte en Psicoanálisis*. Argentina: Amorrortu.
- Laplanche, J. (1993). *Diccionario de Psicoanálisis*. España: Ed. Labor
- Laplanche, J. & Pontalis, J. (1967) *Diccionario de Psicoanálisis*. Buenos Aires: Paidós.
- Machillot, D. (2013). El estudio de los estereotipos masculinos mexicanos en las ciencias humanas y sociales: un recorrido crítico-histórico. En Ramirez, J.C. & Cervantes, J.C. (Coords.) *Los hombres en México. Veredas recorridas y por andar*. México: Universidad de Guadalajara.
- Medina-Mora, M.E., Borges, G., Lara, C., Benjet, C., Blanco, J, Fleiz, C. & Aguilar, S. (2003). Prevalencia de Transtornos Mentales y uso de servicios: resultados de la Encuesta Nacional de Epidemiología Psiquiátrica en México. *Salud Mental*, 26(4), 1-16.
- Merino, J.; Zarkin, J.; & Fierro, E. (2013). Marcado para morir. *Nexos*. Ver <http://www.nexos.com/?p=15375>
- Möller-Leimkühler, A. (2003). The gender gap suicide and premature death or: why are men so vulnerable? *Eur Arch Psychiatry Clin Neurosci*, 253, 1–8.

- Möller-Leimküller, A., Bottlender, R., Straub, A. & Rutz, W. (2004). Is there evidence for male depressive syndrome in inpatients with major depression? *Journal of affective Disorders*. 80, 87-93.
- Mondragón, L. (2007). Ética de la investigación psicosocial. *Salud Mental*, 25-31.
- Montesinos, C.; Carrillo, R. (2010). Cambio cultural y masculinidades emergentes. *Fazendo Género: Diásporas, Diversidades, Deslocamientos*, 23 a 26 de agosto, 1-13.
- Moreno, H: (2011). El boxeo como tecnología de la masculinidad. *La ventana*, 33, 152-196.
- Muñiz, E. (2002). Cultura de género y democracia. Omnia, Marzo, México: UNAM.
- Olavarria, J. (2001). Hombres e identidades: Crisis y globalización. *En Hombres, Identidades y violencia*. 2do. Encuentro de Estudios de Masculinidades: Identidades, cuerpos, violencia y políticas públicas. Chile: Flacso-Red de Masculinidades
- Olavarria, J. (2010). Las ¿nuevas paternidades? La organización del trabajo, la familia y la globalización. En Lerner, S. y Melgar, L. (Coords.) *Familias en el siglo XXI: realidades diversas y políticas públicas*. México: PUEG-COLMEX.
- Oliffe, J. & Phillips, M. (2008). Men, depression and masculinities: A review and recommendations. *Journal Mental Health*, 5 (3), 199-202.
- Pantoja, G. (1998). *Metodología de las Ciencias Sociales II*. Textos Universitarios en Ciencias Sociales. México: Oxford University Press.
- Parrini, R. (1999). Los poderes del padre: Paternidad y subjetividad masculina. Ver en: <https://www.flacso.org.ec/biblio/catalog/resGet.php?resId=23565>
- Pollak, W. (1998). *Qué pasa con los muchachos de hoy. Cómo rescatar a nuestros hijos de los estereotipos sobre lo que significa ser hombre*. México: Norma.
- Rafful C, Medina-Mora ME, Borges G, Benjet C & Orozco R. (2012) Depression, gender, and the treatment gap in Mexico. *Journal of affective disorders* 138 (1): 165-169.

- Ramos, L. (2002). Reflexiones para la comprensión de la Salud mental de la mujer maltratada por su pareja íntima. *La ventana*, 16, 130-181.
- Ramírez, J.C. (1998). Violencia Masculina: algo más que gobernarse a sí mismo. *La ventana*, 7, 225-251.
- Ramírez, J.C. (2006). ¿Y eso de la masculinidad? Apuntes para una discusión. En Careaga y Cruz (Edits.) *Debates sobre masculinidad*. México-UNAM-PUEG.
- Ramírez, J.C.; Uribe, G. (2008). El género de los hombres: un subcampos de estudios en expansión. En Ramírez, J.C & Uribe, G. (Edits) *Masculinidades. El juego de género de los hombres en el que participan las mujeres*. (15-24) Plaza y Valdez.
- Rojtenberg, S. (2001). Depresiones y antidepresivos. Argentina: Editorial Médica Panamericana.
- Rosales, M. (2006) *Conceptos Freudianos*. España: Síntesis.
- Sánchez, J. (2009). Proceso de institucionalización de la narcocultura en Sinaloa. *Frontera Norte*, 21 (41) Enero-Junio.77-103.
- Sánchez, P. (2011). Masculinidad en la clase gerencial trasnacional. *Nueva sociedad*, 232, marzo-abril, 150-166
- Salguero, M. (2013). Masculinidad como configuración dinámica de identidades. En Ramírez, J.C.; Cervantes, J.C. *Los hombres en México. Veredas recorridas y por andar. Una mirada a los estudios de género de los hombres, las masculinidades*. Centro Universitario de ciencias Económico Administrativas. Academia mexicana de Estudios de Género de los hombres, A.C. México: Universidad de Guadalajara. Disponible en www.cucea.udg.mx/?q=acerca/conoce/coordinacion.de.investigacion/publicaciones
- Sandoval, C. (2002). *Investigación cualitativa*. Instituto Colombiano para el Fomento de la Educación Superior (ICFES). Bogotá, Colombia.
- Sebesi, S., Gabos, I., Gabos, C., Lajos, D., Moica, T. & Mures, T. (2013). Gender differences in the prevalence of depression and its clinical features. *Romanian Journal of Psychopharmacology*. 13, 162-170.

- Segal, H. (2009). *Introducción a la Obra de Melanie Klein*. México: Paidós.
- Sen, G., Goerge, A. & Östlin, P. (2005). Incorporar la perspectiva de género en la equidad en salud: un análisis de la investigación y las políticas. *Organización Panamericana de la Salud*. Publicación ocasional No. 14.
- Seidler, V. (1995). Los hombres heterosexuales y su vida emocional. *Debate feminista*, 4, 78-111.
- Seidler, V. (2006). *Masculinidades. Culturas globales y vidas íntimas*. España: Montesinos.
- Tena, O. & Jiménez, P. (2008). Rescate de la imagen paterna en riesgo ante el incumplimiento del mandato de la proveeduría. En J.C. Ramírez & G. Uribe. (Comps.), *Masculinidades. El juego de los hombres en el que participan las mujeres*, (231-246) México: Plaza y Valdez.
- Viveros, M. (2008). Teorías feministas y estudios sobre varones y masculinidades. Dilemas y desafíos recientes. En Ramírez, J.C & Uribe, G. (Coords.) *Masculinidades. El juego de género de los hombres en el que participan las mujeres*. (25-42) Plaza y Valdez.
- Tubert, S. (2000). *El placer de pensar. Un extraño en el espejo*. La crisis adolescente. España: editorial Ludus.

Apéndices

APÉNDICE 1

INVITACIÓN PARA PARTICIPAR EN EL ESTUDIO SOBRE DEPRESIÓN



Te gustaría participar en un estudio sobre depresión que se lleva a cabo en el Doctorado en “Psicología y Salud” de la UNAM, y con ello ayudar a validar el derecho de toda persona a expresar lo que siente y de recibir atención psicoterapéutica oportuna.

Si estás interesado, y eres de sexo masculino por favor comunícate con:

Cristina Sánchez de Ita. Psicóloga clínica, psicoterapeuta humanista gestalt y estudiante de doctorado en la UNAM.

Cel. 044 55 20 93 95 92

E-mail: crissan69@hotmail.com

APÉNDICE 2

CONSENTIMIENTO INFORMADO

¿Quién soy?

Soy Cristina Sánchez de Ita, psicóloga clínica y psicoterapeuta humanista-gestalt estudio actualmente el doctorado en *Psicología y Salud* en la UNAM. Realizo una investigación sobre la experiencia de depresión en los hombres, pues desafortunadamente se ha creído afecta solo a mujeres y al no ser identificada oportunamente en éstos, ello los pone en un lugar de riesgo pues una depresión no diagnosticada o sin tratamiento, puede derivar en problemas adictivos, comportamientos temerarios en el que se ponga la vida en peligro; o en un caso extremo, conducir al suicidio.

¿Quién es el responsable del estudio?

Esta investigación está bajo la tutoría de la Doctora en Psicología Luciana Ramos Lira, investigadora del Instituto Nacional de Psiquiatría “Ramón De la Fuente”.

¿De qué se trata?

Estoy contactando a varones de 35 a 55 años que radiquen en el Distrito Federal y presenten actualmente una depresión o la hayan experimentado en el último año y estén recibiendo ayuda psicoterapéutica, o bien se encuentre participando en algún grupo reflexivo o de autoayuda y deseen compartir su experiencia en una entrevista individual conmigo dentro de un marco de respeto y confidencialidad.

¿Qué se gana con participar en este estudio?

Con tu participación contribuirás a que se reconozca en el campo de la salud mental y emocional, que también los hombres se pueden deprimir y que es muy importante abrir espacios para escuchar su experiencia.

¿Qué se va a hacer con la información de la entrevista?

En todo momento se trabajará dentro de un marco de respeto y confidencialidad, ello significa que se resguardará tu identidad. Si bien la entrevista será audiograbada,

APÉNDICE 3

ASPECTOS BIOLÓGICOS DE LA DEPRESIÓN

¿Qué es la depresión?

Desde el enfoque médico-clínico existen criterios diagnósticos para el cuadro clínico de la depresión; de acuerdo con Kaplan y Sadock (1989) los síntomas necesarios para el diagnóstico son la triada compuesta por 1) poca capacidad de experimentar placer (anhedonia), 2) reducido interés por el entorno (retraimiento) y 3) escasa energía (anergia). Existen diversos síntomas que no son principales sino secundarios: el apetito suele estar alterado, siendo la manifestación más común la pérdida de apetito que cuando es marcada lleva a una considerable pérdida de peso. La alteración de sueño adopta frecuentemente la forma de un insomnio inicial o insomnio terminal; no obstante a veces se observa hipersomnio o insomnio intermedio. Pueden presentarse tanto agitación motora como retardo psicomotor, pero habitualmente sólo uno de estos síntomas se presentan en la misma persona. Los signos de agitación psicomotora incluyen inquietud, deambulación o agitación de manos.

El retardo psicomotor se advierte por la escasez de movimientos y por un habla monótona, lenta, casi ausente. Suele presentarse una disminución de la autoestima, que varía de leve a grave. El paciente puede mostrar acusados sentimientos de culpabilidad por sucesos del pasado, reales o imaginarios.

Son comunes las dificultades de concentración, cálculo, razonamientos y realización de tareas mentales complejas. Es bastante frecuente la indecisión. A veces se describe alteración de la memoria, pero parece asociada a una reducida capacidad para atender a los estímulos más que para registrarlos. En los episodios depresivos mayores son comunes la ideación y los intentos suicidas.

Trastornos depresivos desde el modelo médico-psiquiátrico

Dentro del enfoque médico-psiquiátrico los trastornos depresivos han sido clasificados por la Asociación Psiquiátrica Americana (1995) dentro de los trastornos del estado del ánimo contenidos en el Manual Diagnóstico y Estadístico de los Trastornos Mentales versión cuatro (DSM-IV) A continuación se describen:

Depresión mayor

Dentro de los trastornos depresivos se ubica el trastorno depresivo mayor, en el que debe existir al menos un episodio depresivo mayor y que a su vez deberá estar presente al menos una de las siguientes características:

a) Un estado de ánimo deprimido o triste o

b) Pérdida de interés o incapacidad para sentir placer y al menos cinco de los siguientes síntomas:

- Estado de ánimo triste o deprimido
- Pérdida de interés y capacidad para el placer
- Cambio de apetito, generando pérdida o ganancia de peso
- Insomnio o hipersomnia
- Cambios motores: agitación o lentificación en la actividad motora
- Falta de energía y cansancio
- Sentimientos de inutilidad y culpa
- Capacidad disminuida para pensar, concentrarse o tomar decisiones
- Pensamientos recurrentes de muerte o ideación, planes o intentos suicidas.

Estos síntomas tienen que presentarse la mayor parte del día, durante al menos dos semanas.

Debe generar malestar clínico o deterioro social o laboral.

No debe haber episodio maníaco.

No es causado por el uso de alguna sustancia.

No hay duelo.

Trastorno distímico

Dentro de los trastornos depresivos clasificados en el DSM-IV se encuentra también el trastorno distímico, caracterizado por un estado depresivo experimentado durante al menos dos años la mayor parte del día en la mayoría de los días. Mientras se está deprimido se presentan dos o más de los siguientes síntomas:

- Pérdida o aumento de apetito
- Insomnio o hipersomnia
- Falta de energía o sensación de fatiga
- Baja autoestima
- Dificultad para concentrarse o tomar decisiones
- Sentimientos de desesperanza

Durante el período de dos años de la alteración, el sujeto no ha estado sin síntomas durante más de dos meses seguidos.

No ha habido un episodio depresivo mayor.

No ha habido un episodio maniaco, mixto o hipomaniaco.

No hay un trastorno psicótico crónico.

Los síntomas no se deben a efectos fisiológicos directos de una sustancia (droga o medicamento)

Los síntomas causan malestar clínico significativo o deterioro social.

El trastorno depresivo no especificado se incluye para codificar los trastornos con características depresivas que no cumplen los criterios para un trastorno depresivo ni para un trastorno distímico.

Modelo biológico de la depresión

En el modelo biológico existen líneas de investigación para comprender la depresión. Por un lado, se explora la relación de los neurotransmisores como la serotonina y dopamina en las funciones de sinapsis en el cerebro y su relación con la depresión; por otro se estudian las hormonas sexuales en este cuadro clínico.

Asimismo una tercera línea de investigación son los estudios de la familia y la genética y su vinculación con los trastornos afectivos. (Cochran y Rabinowitz, 2000)

Papel de los neurotransmisores en la neurobiología de la depresión

Como parte del modelo biológico para explicar la depresión, Hernangómez (2000) afirma que los neurotransmisores son sustancias químicas de nuestro sistema nervioso que influyen en muchas funciones de nuestro organismo. En la familia de las monoaminas, se han descubierto dos tipos: las catecolaminas (noradrenalina, adrenalina, dopamina) y las indolaminas (serotonina) que parecen influir de manera significativa en los trastornos del estado de ánimo.

Para Dajas, Costa, Rivero y Dajas (1994) la serotonina es el neurotransmisor utilizado por células de rafe (situadas muy cerca de la línea media del sistema nervioso central) que envían prolongaciones a otras zonas del cerebro que incluyen la corteza cerebral, el hipotálamo y el cerebro. Las áreas del cerebro cuya actividad son reguladas por la serotonina tienen que ver con muchas de las actividades de la vida diaria: afecto, memoria, procesos sensoriales, etc. Estos autores realizaron un interesante estudio transcultural acerca de la psicobiología del suicidio y la depresión en Uruguay y Suecia con el fin de explorar el papel que juegan los aspectos biológicos; y por otro lado, exploraron el papel de los estresores sociales y económicos para desencadenar conductas como el suicidio en las personas. Estudiaron 103 mujeres y 24 hombres uruguayos, midieron sus niveles de serotonina en líquido cefalorraquídeo y el nivel de noradrenalina en orina, así mismo realizaron una evaluación clínica y psicopatológica, basada en los criterios del DSM-III-R y el Eje IV, entre otros instrumentos. Concluyeron que efectivamente los niveles de serotonina y dopamina se encuentran disminuidos independientemente de los diferentes contextos socioculturales y de los diferentes niveles de estrés psicosocial, lo que apunta hacia un rasgo biológico que opera como un indicador de mayor susceptibilidad a desarrollar la depresión.

Por su parte, Rojtenberg (2001) coincide con estos autores al afirmar que algunos antidepresivos actúan elevando las concentraciones de serotonina en las sinapsis. Esto ha llevado a pensar que algunas formas de depresión se deben a un

déficit de serotonina, lo que significa una hipótesis monoaminérgica sobre el origen de los trastornos depresivos. Además, este autor señala que las evidencias clínicas y preclínicas demuestran claramente que todos los tratamientos farmacológicos eficaces en el manejo de la depresión aumentan la neurotransmisión de la serotonina; es decir, potenciar la actividad serotoninérgica, por diferentes mecanismos neurobiológicos, es una vía final común de los tratamientos antidepresivos.

El litio produce un aumento en la actividad serotoninérgica cerebral, potencia el efecto terapéutico de diferentes antidepresivos (triciclos, IMAO, inhibidores selectivos de la recaptación de serotonina: ISRS). Diferentes tratamientos antidepresivos producen un aumento de la actividad serotoninérgica, estudiada mediante técnicas neuroendocrinas que se correlacionan con la respuesta clínica antidepresiva.

Hormonas sexuales y estado de ánimo

Cochran y Rabinowitz (2000) consideran que debido al planteamiento de que las mujeres son particularmente vulnerables a tener cambios de ánimo en el período premenstrual, en el postparto y en la menopausia, la idea de que el factor hormonal juega un papel importante ha ganado considerable popularidad. Ante esto han formulado el cuestionamiento de si existe un paralelo para la hormona masculina en el caso de los varones. Tras revisar la literatura, comentan que las diferencias en cada sexo con respecto al estado de ánimo depresivo y las hormonas se presentan desde la adolescencia. Refieren que estas diferencias se mantienen a través de la vida adulta, confirmándolo a través de una revisión que hicieron de las hormonas sexuales masculinas en niños y varones con manifestaciones depresivas.

Un camino para comprender el papel que juega la testosterona en la depresión masculina ha sido examinar los niveles de ésta en hombres adultos deprimidos. Estos autores reportan que en hombres envejecidos se ha encontrado una relación entre los niveles bajos de testosterona y varias manifestaciones de los trastornos del ánimo, incluyendo el incremento de la depresión, ansiedad, dificultades sexuales e irritabilidad.

Estudios de la familia y genética en los trastornos del estado de ánimo

De acuerdo a Cochran Y Rabinowitz (2000), los dos modelos biológicos de la depresión masculina anteriormente expuestos, han demostrado una modesta validez.

Por otro lado, y de acuerdo a estos autores, los estudios de la genética que han encontrado relaciones entre los subtipos de depresión unipolar y características familiares, proveen gran aporte a la comprensión de la depresión en los varones. El concepto de espectro de la enfermedad depresiva ayuda a comprender cómo los varones pueden estar sub representados en las categorías de la depresión y cómo ellos se pueden encontrar en los trastornos por abuso de alcohol o drogas y en los desórdenes de personalidad, lo que coincide con lo reportado por Oliffe y Phillips (2008): “Muchos de los síntomas que los hombres presentan dentro de la práctica clínica pueden ser erróneamente atribuidos a un diagnóstico de trastorno de la personalidad o a un trastorno por abuso de sustancias, a pesar de existir una base depresiva” (p.197). Los descubrimientos que apoyan el modelo biológico parecen prometedores pero aun no son aceptados ampliamente